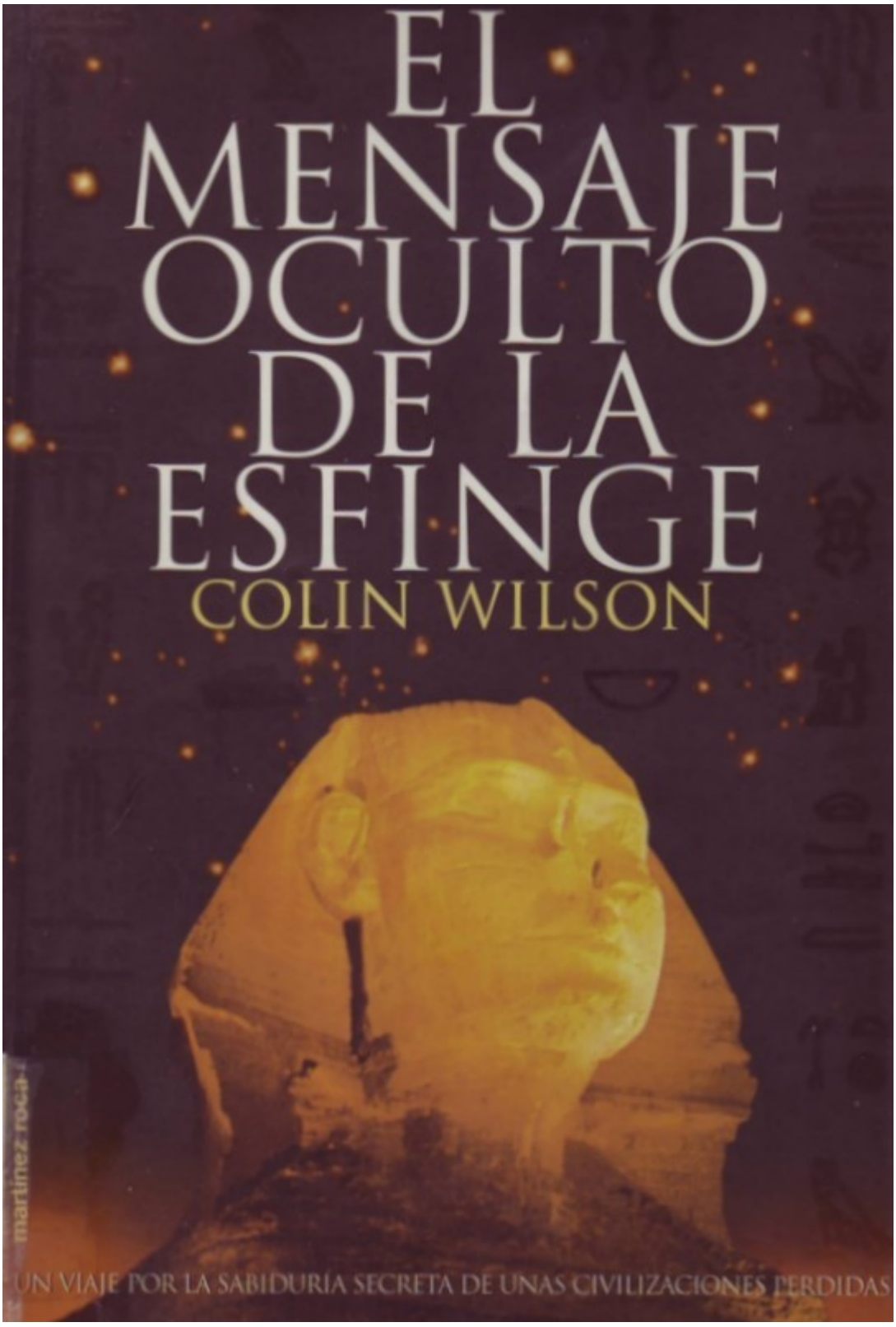
EL MENSAJE OCULTO DE LA ESFINGE

COLIN WILSON



UN VIAJE POR LA SABIDURÍA SECRETA DE UNAS CIVILIZACIONES PERDIDAS

martínez roca

Colin Wilson

El mensaje oculto de la Esfinge

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Traducción de Jordi Beltrán
Revisión y adaptación de Javier Sierra

Cubierta: Compañía de Diseño

AVISO:

Esta copia digital es fiel al contenido del libro copiado pero no a su estructura y apariencia:

-En el libro copiado las notas aparecen en una sección propia, al final del libro. En esta copia digital aparecen a lo largo del libro.

-En el libro copiado las ilustraciones aparecen agrupadas entre las páginas 160 y 161. En esta copia digital aparecen a lo largo del libro.

Título original: From Atlantis to the Sphinx

© 1996, Colin Wilson
© 1997, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Enric Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-2283-2
Depósito legal B. 38.839-1997
Fotocomposición de Fort, S. A., Rosselló, 33, 08029 Barcelona
Impreso por Liberduplex, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

A John West, Graham Hancock y Robert Bauval amigos sin cuya ayuda no hubiera podido escribir el presente libro.

ÍNDICE

Ilustraciones 15
Agradecimientos 17

Introducción 19

Schwaller de Lubicz y la era de la Esfinge... ¿la construyeron los «atlantes»? Los mapas antiguos de Hapgood. El guión de cine de la Atlántida. La conferencia de Schoch en San Diego. El escepticismo de «los expertos». Robert Graves y Mr. Gunn. Prodigios matemáticos. Entrevista con John West. Graham Hancock y Rand Flem-ath. *El Misterio de Orión,* de Bauval. *Al-Kemi,* de André VandenBroeck. Publicación de *Fingerprints of the Gods.* ¿Qué significa todo ello? La búsqueda de «la experiencia de intensidad». ¿Qué pueden enseñarnos «los antiguos»?

1 Misterios egipcios 31

Los Hancock escalan la Gran Pirámide al amanecer. ¿Cómo se construyó? *Símbolo y señal.* ¿Fue la Esfinge erosionada por el agua? *Serpent in the Sky.* Schwaller de Lubicz y la alquimia. La muerte de Fulcanelli. Schwaller en Luxor. André y Goldian VandenBroeck visitan a Schwaller. Una clase diferente de conocimiento. Gurdjieff en la Esfinge. Pitágoras y la música. Schwaller habla del antiguo Egipto

2 La nueva raza 53

Robert Schoch accede a examinar la Esfinge. ¿Quién talló la Esfinge? Schoch está de acuerdo en que la erosión de la Esfinge se debe al agua. ¿Cómo movieron los egipcios

bloques de 200 toneladas? Flinders Petrie descubre «la nueva raza», luego cambia de opinión. Técnicas desconocidas para tallar. Christopher Dunn habla del sarcófago de granito. Una perforadora que funciona 500 veces más rápidamente que una perforadora moderna. Schoch da a conocer sus resultados en San Diego. La BBC demuestra que lo que afirma Schoch sobre los estratos de roca en Gizeh es verdad. El Templo de la Esfinge y el Oseirión. Los «bloques ciclópeos». La Estela del Inventario. Frank Domingo declara que la Esfinge no es Kefrén

3 Dentro de la Pirámide 74

Al-Mamun entra en la Gran Pirámide. La momia desaparecida. La «otra entrada». La Cámara de Davison. Howard-Vyse «prueba» que Keops construyó la Gran Pirámide. Sitchin pone en duda lo que afirma Howard-Vyse. ¿Conocían los egipcios el tamaño de la Tierra? ¿Era la Gran Pirámide un observatorio? Robert Bauval lee *El misterio de Sirio.* ¿Cómo sabían los dogon que Sirio era una estrella doble? Los Textos de la Pirámide. Los pirámides y el cinturón de Orión. Edgar Cayce habla de la Atlántida. ¿Se proyectaron las pirámides en el año 10500 a. de C.? Mendelssohn habla de las pirámides. Embarcaciones. Thor Heyerdahl habla de la construcción naval egipcia

4 La palabra prohibida 110

Maps of the Ancient Sea Kings, de Hapgood. Las grandes glaciaciones. El mapa de Piri Re'is. El significado de Siena. ¿Cómo calculó Eratóstenes el tamaño de la Tierra? *Earth's Shifting Crust.* Una civilización marítima mundial en el año 7000 a. de C. Platón y la Atlántida. Ignatius Donnelly. El camino de Bimini. Randy Flemming empieza una novela sobre la Atlántida. *When the Sky Fell.* ¿Está la Atlántida en la Antártida?

5 El reino de los dioses blancos 130

Cortés y la conquista de México. Careri y los aztecas. Stephens descubre una ciudad en la jungla. ¿Por qué desaparecieron los mayas? Brasseur de Bourbourg habla del «gran cataclismo». Charnay en México. Palenque, la «Ciudad de las Serpientes». Augustus le Plongeon aprende la lengua maya. Indicios de que existió la Atlántida. La reina Moo. James Churchward y Mu. Thompson y Chichén Itzá. Se zambulle en el pozo de los sacrificios. Hoerbiger y la teoría del hielo del mundo. Velikovsky y las catástrofes. El misterio de Tiahuanaco. Los Hancock en Tiahuanaco. Posnansky habla del lugar de las Piedras Verticales. ¿Se construyó Tiahuanaco en 15000 a. de C.? Los dioses peces. Teotihuacán. Cortés sale luchando de Tenochtitlán. Batres excava la Pirámide del Sol. Gerald Hawkins habla de Teotihuacán. Las líneas Nazca. ¿Esperaban que Viracocha volviese por aire?

Adopción de una actitud más prudente. ¿Por qué tanto los egipcios como los mayas consideraban que Sirio era sagrado?

6 La antigüedad del hombre 171

El «viejo pecador» de Scheuchzer. El principio de la paleontología. La teoría de la evolución de Maillet. Cuvier habla de las catástrofes. *Principios de geología,* de Lyell. Breve historia de la Tierra. Cómo evolucionó el hombre a partir de una musaraña. Darwin navega a bordo del *Beagle.* La supervivencia de los mejor dotados. El Eslabón Perdido. El hombre de Piltdown. El descubrimiento del hombre de Neandertal. El hombre de Cromañón. Don Marcelino y la cueva de Altamira. ¿Existía el hombre hace cinco millones de años? Dubois y el hombre de Java. La garganta de Olduvai y el esqueleto de Reck. El hombre de Pekín. Leakey y los cráneos de Kanjera. Dart y el bebé de Taung. El mono asesino. Leakey y *Homo habilis.* Johanson y Lucy

7 Arqueología prohibida 203

¿Qué edad tiene el hombre? Michael Cremo estudia paleontología. Von Ducker y los huesos de Pikermi. Dientes perforados de tiburón del plioceno. Los lechos de los ríos Ribeiro y Tajo. Los pedernales de Bourgeois... ¿obra del hombre o de la naturaleza? Ragazzoni y el hombre del plioceno. «Historia convencional»... resumen. La rueda. Las consecuencias de la «historia alternativa». ¿Qué causó la explosión del cerebro? ¿La lengua? La teoría de Maerth sobre el canibalismo. La teoría romántica de la evolución

8 Más arqueología prohibida 225

¿Por qué es el hombre un animal religioso? Arte rupestre y ritual mágico. Chamanes y «milagros». *The Wizard of the Upper Amazon.* El secuestro de Manuel Córdova. La «mente colectiva» de los indios amahuacas. Grimble y la «llamada de las marsopas». «Radio mental». Mavromatis y la hipnagogia. ¿Por qué ha evolucionado tan rápidamente el hombre? El hombre de Neandertal. Julian Jaynes y la «mente bicameral». El cerebro derecho y el cerebro izquierdo. ¿Se convirtió el hombre en un «ser de cerebro izquierdo» en 1250 a. de C.? Schwaller habla de los jeroglíficos. La mentalidad egipcia. Harvalik y el arte del zahorí. La historia alternativa del hombre. Ritual cinegético de los pigmeos

9 De estrellas y dioses 257

Alexander Thom y el círculo de piedras de Callanish. Los megalitos como observatorios. Anne Macaulay habla del antiguo «código» de Apolo. El hombre de Cromañón como ob-

servador de las estrellas. *Roots of Civilisation,* de Marshack. Robert Graves y *La diosa blanca,* Maurice Cotterell y *The Mayan Prophecies.* ¿Se basa el calendario maya en la actividad de las manchas solares? Santillana y *Hamlet's Mill.* La precesión de los equinoccios. El molino del cielo. La civilización antigua en la India. La fecha del Rig-Veda. Una nueva teoría de la evolución humana. Magia cinegética. Bauval y Hancock reconstruyen el cielo en 10500 a. de C. ¿Por qué los constructores de la Esfinge esperaron ocho mil años para edificar las pirámides de Gizeh? El viaje de Osiris por la Vía Láctea. El viaje a Rostau. Osiris vuelve a Orión. Los «seguidores de Horus». ¿Yace el secreto debajo de las patas posteriores de la Esfinge?

10 La tercera fuerza 289

Edward T. Hall y los indios hopis. Tiempo monocrónico y tiempo policrónico. «Una clase diferente de percepción». Los hopis y la Madre Tierra. Tiempo quiché. Zen y el tiro con arco. Niños en el patio de recreo de una escuela... la danza de la vida. Ritmos básicos. Mike Hayes y el ADN. El misterioso 64. El *I-Ching* y sus 64 hexagramas. La filosofía pitagórica. La tercera fuerza. El número n. La tétrada. El templo de Luxor. Sincronicidad. El chino que hacía llover. Jacques Vallée y Melquisedec. Ross Salmon y el cóndor. Magia egipcia. El antiguo Egipto y el Nilo. Cómo evolucionó el hombre. ¿Cómo movieron los egipcios bloques de 200 toneladas? Ed Leedskalnin y Coral Castle. La plancha de hierro encontrada en la Gran Pirámide. ¿Cómo iluminaban las tumbas los artistas egipcios? Egipto como civilización «colectiva». Ping-pong electrónico en Las Vegas. Boris Yermolayev suspende un paquete de cigarrillos en el aire. Levantamiento de un hombre con cuatro dedos índices. Los inconvenientes de la conciencia de grupo. *El cáliz y la espada...* ¿una civilización matriarcal? *Experiment in Autobiography,* de Wells. ¿Somos humanos? La necesidad de una «tercera fuerza» para dar el siguiente paso en la evolución. Maslow y las experiencias punta. La importancia de las visiones interiores de las civilizaciones pasadas. El «siguiente paso» ya se ha dado

Bibliografía 338

ILUSTRACIONES

Todas las ilustraciones proceden de The Art and Architecture Collection excepto donde se indique lo contrario.

En el libro copiado las ilustraciones se encuentran entre las páginas 160 y 161.

En esta copia digital las ilustraciones están distribuídas de la siguiente forma:

-Mapa de la Atlántida de Mundus Subterraneus, de Athanasius Kircher (The Charles Walker Collection) **entre las págs. 124 y 125**
-El hombre de Neandertal (Hulton Deutsch Collection) **entre las págs. 184 y 185**
-El hombre de Java (Hulton Deutsch Collection) **entre las págs. 191 y 192**
-La Gran Pirámide de Gizeh, Egipto **entre las págs. 79 y 80**
-Las pirámides de Gizeh **entre las págs. 79 y 80**
-El sarcófago de Keops en la Cámara del Rey, la Gran Pirámide **entre las págs. 79 y 80**
-La Gran Galería de la Gran Pirámide **entre las págs. 79 y 80**
-La Esfinge y la Pirámide de Kefrén en Gizeh **entre las págs. 56 y 57**
-La Esfinge **entre las págs. 56 y 57**
-La Pirámide del Sol en Teotihuacán, México **entre las págs. 158 y 159**
-Vista de las ruinas de Teotihuacán **entre las págs.158 y 159**
-Pintura rupestre, Lascaux, Francia **entre las págs.278 y 279**
-Pintura rupestre de urus, Lascaux **entre las págs.278 y 279**

AGRADECIMIENTOS

Muchos amigos me han ayudado a escribir el presente libro, principalmente los tres a quienes va dedicado: John Anthony West, Graham Hancock y Robert Bauval. Este último me ayudó de manera especial proporcionándome información astronómica, a la vez que Graham Hancock tuvo la paciencia de imprimir para mí copias de los manuscritos de *Fingerprints of the Gods y Guardián del Génesis.* Fue el tío de Graham, Jim Macaulay, quien me prestó el importante libro *Time Stands Still,* de Keith Critchlow, y también me dio a conocer las ideas de Anne Macaulay (no son parientes), que tuvo la amabilidad de permitirme leer el manuscrito inédito de *Science and Gods in Megalithic Britain.* Rand y Rose Flem-ath me permitieron ver el manuscrito de su libro inédito (en aquel momento) *When the Sky Fell,* que, en mi opinión, resuelve el problema del paradero actual de la «Atlántida».

Mi viejo amigo Eddie Campbell, para quien yo escribía reseñas cuando él tenía a su cargo la sección literaria del *Evening News* de Londres, me prestó *Al-Kemi,* de André VandenBroeck, hace varios años, y, más adelante, el editor norteamericano de Schwaller de Lubicz, Ehud Spurling, pudo facilitarme la dirección de André. También me envió ejemplares de todos los libros de Schwaller publicados en inglés. (Por desgracia, *The Temple of Man* todavía no está entre ellos). Christopher Bamford también me ha ayudado muchísimo proporcionándome información sobre Schwaller, aunque finalmente sólo pude utilizar una pequeña parte de la misma en el presente libro.

Lo mismo ocurrió con el abundantísimo material que me facilitó André VandenBroeck y que todavía albergo la esperanza de usar en algún libro futuro. Christopher Dunn también ha hecho todo lo posible tratando de ayudarme a encontrar las posibles respuestas de los misterios científicos egipcios. El detective Frank Domingo, del Departamento de Policía de Nueva York, me ha proporcionado información valiosa sobre sus técnicas de reconstrucción facial.

Paul Roberts fue la persona que me dio a conocer las obras de David Frawley sobre la India antigua, y mi amigo Georg Feuerstein me envió el libro que escribió conjuntamente con Frawley y Subhash Kak, *The Roots of Civilisation.*

Una vieja conocida, Carole Ann Gill, me inició en la lectura de la obra de Zecharia Sitchin. Graham Hancock pudo facilitarme la dirección de Sitchin y éste tuvo la amabilidad de responder a mis innumerables preguntas con bondadosa paciencia. También debo dar las gracias a mi viejo amigo Martin Burgess, que resultó ser devoto de Sitchin y pudo contestar a mis numerosas preguntas sobre él.

Fue Alexander Imich quien me recomendó que leyera *Forbidden Archaeology,* cuyo autor, Michael Cremo, también tuvo la gentileza de entablar correspondencia conmigo.

Los lectores que conozcan los libros de Herbert Wendt sobre paleontología se darán cuenta de la deuda que tengo contraída con él en el capítulo 6.

Otros amigos que han leído partes del manuscrito del libro y han hecho sugerencias valiosas son Howard Dossor, Maurice Bassett, Ted Brown, Gary Lachman y Donald Hotson.

Estoy agradecido a Mike Hayes por enviarme su libro *The Infinite Harmony,* que pasó seis meses tirado por ahí en mi desordenada casa antes de que lo leyese y me diera cuenta de que contenía algunas de las respuestas que andaba buscando.

Una visita fortuita de Frank y Carina Cooper dio lugar a que leyese *Out of Control,* de Kevin Kelly, que llegó con una oportunidad perfecta que se parecía notablemente a la sincronicidad. Pero la verdad es que durante toda la redacción del presente libro ha habido una serie de sincronicidades que me han dejado ligeramente incrédulo.

INTRODUCCIÓN

Mi propio papel en esta búsqueda empezó cuando, en julio de 1979, recibí un ejemplar de un libro titulado *Serpent in the Sky,* de John Anthony West, para que escribiese su crítica. Se trataba básicamente de un estudio de la obra de un egiptólogo heterodoxo llamado René Schwaller de Lubicz, y su argumento principal sostenía que la civilización egipcia -y la Esfinge en particular- era miles de años más antigua de lo que creen los historiadores. Schwaller había dedicado la última parte de su vida a probar que los antiguos egipcios poseían «un sistema de conocimientos grande, relacionado y completo» El pasaje que tanto me impresionó estaba en la página 198:

> Schwaller de Lubicz observó que la grave erosión del cuerpo de la Gran Esfinge de Gizeh se debe a la acción del agua y no del viento y la arena.
>
> La confirmación de que la Esfinge fue erosionada por el agua bastaría para echar por tierra todas las cronologías de la historia de la civilización que se consideran válidas; obligaría, revaluar drásticamente la suposición del «progreso», es decir la suposición en que se basa la totalidad de la educación moderna. Sería difícil encontrar una sola y sencilla cuestión que tuviera consecuencias más graves. La erosión de la Esfinge por el agua es a la historia lo que la convertibilidad de la materia en energía es a la física.

El problema es que si bien el título del último capítulo del libro califica a Egipto de «heredero de la Atlántida», en realidad el capítulo dice muy poco acerca del posible vínculo entre los dos. El comentario más importante al respecto aparece en la introducción:

> Siguiendo una observación que hizo Schwaller, ahora es posible virtualmente probar la existencia de otra civilización -quizá más grande- que se anticipó en varios milenios al Egipto dinástico y a todas las civilizaciones conocidas. Dicho de otro modo, ahora es posible probar la «Atlántida», y simultáneamente, la realidad histórica del Diluvio de que habla la Biblia. (Escribo Atlántida entre comillas porque de lo que se trata aquí no es de la ubicación física, sino más bien de la existencia de una civilización lo bastante avanzada y antigua como para dar pábulo al nacimiento de la leyenda.)

Así que, de hecho, West no hablaba forzosamente de la mítica Atlántida de Platón, sino que se refería sólo a la posibilidad de que la civilización sea varios milenios más antigua de lo que creen los historiadores. En tal caso, en cierto sentido lo que se ha dado en llamar «la temida palabra que empieza por A» (que en el acto indica que quien dice esto es un fanático) tal vez no sea necesaria en absoluto. No estamos hablando de la Atlántida ficticia de la novela de Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino* y tampoco de la de *Maracot Deep,* de Conan Doyle, sino sencillamente de la posibilidad de que la cultura humana sea mucho más vieja de lo que creemos.

Ahora bien, al mismo tiempo que recibí *Serpent in the Sky,* otro editor me envió la reedición de un libro titulado *Maps of the Ancient Sea Kings,* subtitulado *Advanced Civilisation in the Ice Age,* de Charles Hapgood, profesor de historia de la ciencia en Nueva Inglaterra. Al igual que West y Schwaller, con el tiempo Hapgood también había aceptado la idea de que existió una antigua civilización anterior al Egipto dinástico. Hapgood había llegado a su conclusión siguiendo una ruta completamente distinta. Había estudiado mapas de navegación medievales llamados «portulanos» y de varios de ellos había sacado la conclusión de que tenían que estar basados en mapas más antiguos, mucho más antiguos, y que del Polo Sur se habían trazado mapas antes de que quedara cubierto de hielo, posiblemente ya en el año 7000 a. de C., tres mil años y medio antes de la Gran Pirámide. Pero Hapgood se guarda mucho de sugerir que esta antigua civilización marítima

podía ser la Atlántida y ni siquiera pronunciar esta palabra. La búsqueda de Hapgood empezó con el llamado mapa de Piri Re'is, que data de 1513 y muestra la costa de América del Sur y también el Polo Sur... muchos siglos antes de que éste fuera descubierto. Me había enterado de la existencia del mapa de Piri Re'is por medio de un libro de tipo popular titulado *El retorno de los brujos* (Plaza & Janés, 1962), de Louis Pauwels y Jacques Bergier, que se había vendido mucho y había empezado el «boom» del ocultismo en 1960, así como en la obra de Erich von Däniken: ambos habían tratado de usar el mapa para probar que la Tierra debía de haber recibido la visita de hombres procedentes del espacio en el remoto pasado. Yo estaba muy dispuesto a pensar sin prejuicios en tal posibilidad -todavía lo estoy-, pero me parecía que sus argumentos eran sencillamente insostenibles y, en el caso de Däniken, a menudo absurdos y falsos. Ahora vi con interés que el argumento a favor de la existencia de una civilización durante la glaciación no dependía de antiguos astronautas, y que el razonamiento de Hapgood era prudente, sólido y de una lógica irrefutable. A juzgar por lo que veía, había demostrado, de una vez para siempre, la existencia de una civilización marítima antes de que el Polo Sur estuviera cubierto de hielo.

Pero yo tenía otras cosas que hacer -por ejemplo, escribir una obra monumental titulada *Criminal History of Mankind*- y dejé a un lado el asunto de la «Atlántida».

En el otoño de 1991 se puso en comunicación conmigo el productor de Hollywood Dino de Laurentiis, que pensaba en la posibilidad de hacer una película sobre la Atlántida y quería darle un tratamiento realista, histórico, dentro de lo posible. De Laurentiis y su colaborador Stephen Schwartz me encargaron que escribiera un esquema. Como es natural, decidí inmediatamente basarme en la teoría de John West.

En noviembre de 1991 me encontraba en Tokio, participando en un simposio sobre la comunicación en el siglo XXI. Hablé de mi proyecto sobre la Atlántida con varios amigos del Club de Prensa y mencioné la teoría de Schwaller según la cual la civilización del antiguo Egipto era la heredera de la Atlántida, y la Esfinge podía datar de miles de años antes de 2400 a. de C., que es el año en que se supone que el faraón Kefrén la construyó. Al decir esto, mi anfitrión, Murray Sayle, comentó que poco antes había leído en el *Mainichi News* un artículo según el cual existían indicios nuevos que corroboraban esta creencia. Naturalmente, sentí un gran interés, y le pregunté si podía buscarme el artículo. Prometió que lo intentaría, pero no lo

encontró.

Al cabo de una semana, en el Savage Club de Melbourne, mencioné el escurridizo artículo a Creighton Burns, el ex director del *Melbourne Age,* y me dijo que él también había visto el artículo sobre la Esfinge. Lo localizó en un número reciente del *Age* y me proporcionó una fotocopia.

Era de *Los Angeles Times,* llevaba fecha del 26 de octubre de 1991, y decía:

> EGIPTO OFRECE UN GIRO NUEVO EN EL MISTERIO DE LA ESFINGE
>
> *San Diego, Miércoles*
>
> Nuevos indicios de que la Gran Esfinge de Egipto puede ser el doble de antigua de lo que se creía han dado pábulo a una furiosa discusión entre los geólogos que dicen que debe de ser más antigua y los arqueólogos que afirman que tal conclusión contradice todo lo que sabemos sobre el antiguo Egipto.
>
> Los geólogos que ayer presentaron sus resultados en la convención de la Geological Society of America pudieron comprobar que las señales de la erosión que se ven en el monumento eran características de un período mucho más antiguo de lo que se creía. Pero los arqueólogos y los egiptólogos insisten en que la Esfinge no podría ser mucho más vieja porque la gente que vivía allí anteriormente no podía haberla construido.
>
> La mayoría de los egiptólogos creen que la Esfinge se construyó durante el reinado del «faraón» Kafre (Kefrén) aproximadamente en 2500 a. de C. Pero unos científicos que llevaron a cabo una serie de estudios sin precedentes en el yacimiento de Gizeh dijeron que habían encontrado indicios de que la Esfinge ya estaba allí mucho antes de que Kafre subiera al poder.
>
> Los indicios hacen pensar que Kafre se limitó a restaurar la Esfinge.
>
> El geólogo de Boston Robert Schoch dijo que los resultados de sus investigaciones inducen a pensar que la Esfinge data de una fecha situada entre 5000 y 7000 a. de C. Añadió que, en tal caso, el monumento tendría el doble de antigüedad que la Gran Pirámide y sería el más antiguo de Egipto.

Pero la arqueóloga californiana Carol Redmount, especialista en artefactos egipcios, dijo: «Eso no puede ser verdad de ninguna manera».

Según Redmount, los habitantes de la región no tendrían la tecnología ni la voluntad necesarias para construir semejante estructura miles de años antes.

Otros egiptólogos dijeron que no pueden explicar los indicios geológicos, pero insisten en que la teoría sencillamente no concuerda con las montañas de datos obtenidos de las investigaciones arqueológicas que han llevado a cabo en la región. Si los geólogos tienen razón, gran parte de lo que los egiptólogos creen saber tendría que estar equivocado.

Así que, al parecer, había realmente indicios de que la Esfinge podía ser mucho más antigua de lo que se pensaba.

Al volver a Inglaterra, me basé en la idea de Schwaller para escribir un esquema novelado y lo mandé a Hollywood. No sé con seguridad qué fue de mi esquema a partir de entonces; es probable que se lo pasaran a media docena de guionistas para que lo mejorasen. Pero me pareció que había conseguido escribir una película básicamente realista en vez del habitual guión con templos griegos, sacerdotes de blancas barbas y hermosas rubias que llevaban togas que parecían albornoces de lino. Y una vez más, aparqué el problema de la «Atlántida» para atender a otros proyectos.

Fue casi dos años más tarde, en el otoño de 1993, cuando recibí noticias de un viejo amigo, Geoffrey Chessler, que me había encargado uno de mis libros anteriores, *Starseekers.* Geoffrey trabajaba ahora en una editorial especializada en libros ilustrados sobre temas de «ocultismo» -por ejemplo, Nostradamus- y quería saber si yo podía hacer alguna sugerencia apropiada. No se me ocurrió nada, pero como tenía que pasar por Londres al cabo de unos días, quedamos en vernos para cenar en un lugar que nos fuera bien a ambos, y resultó que este lugar era un hotel del aeropuerto de Gatwick. Durante la cena intercambiamos varias ideas y posibilidades y yo mencioné como al descuido mi interés por la Esfinge. Geoffrey se mostró interesado de inmediato, así que le hablé detalladamente de mis ideas, y le dije que me parecía probable que el modo de pensar de la «civilización perdida» de Hapgood fuese totalmente distinto del pensamiento del hombre moderno, y Geoffrey me sugirió que le escribiese el esquema de un libro sobre el asunto.

Al llegar aquí, debería explicar que a finales de los años sesenta un editor norteamericano me había pedido que escribiera un libro sobre el «ocultismo». El tema siempre me había interesado, pero tendía a tomármelo todo con cierto escepticismo. Al pedirle que me aconsejara sobre el asunto, el poeta Robert Graves me dijo: «No lo escribas». Sin embargo, fue en La diosa blanca (Alianza Editorial, Madrid, 1983), del propio Graves, donde encontré una distinción básica que era el fundamento del libro: entre lo que él llamaba «conocimiento solar» y«conocimiento lunar». Nuestro tipo de conocimiento -el conocimiento racional- es solar; utiliza palabras y conceptos, y fragmenta el objeto del conocimiento mediante la disección y el análisis. Graves arguye que el sistema de conocimiento de las civilizaciones antiguas se basa en la intuición, que capta las cosas en su totalidad.

En un relato titulado «The abominable Mr Gunn», Graves ofrece un ejemplo práctico. Cuando iba a la escuela, un condiscípulo suyo que se llamaba Smilley era capaz de resolver complejos problemas de matemáticas con sólo mirarlos. Al preguntarle el maestro -el señor Gunn- cómo lo hacía, contestó: «Sencillamente se me ha ocurrido». El señor Gunn no le creyó; pensó que simplemente había buscado las respuestas en la última parte del libro. Al contestarle Smilley que dos de las cifras de la respuesta eran erróneas, el señor Gunn le castigó con la palmeta. Y le obligó a hacer las sumas «de la manera normal» hasta que Smilley perdió su extraña habilidad.

Cabría objetar que Smilley era simplemente un bicho raro, un prodigio con un cerebro que parecía un ordenador. Pero esta explicación no es suficiente. Hay ciertos números, los llamados primos, que no pueden dividirse exactamente por ningún otro número: por ejemplo, el 7, el 13 y el 17. Pero no hay ningún método matemático sencillo que permita averiguar si un número grande es primo, excepto el penoso procedimiento de dividirlo por todos los números inferiores a él. Hasta el más potente de los ordenadores tiene que hacerlo de esta forma. Sin embargo, en el siglo XIX preguntaron a un prodigio del cálculo si un elevadísimo número de diez cifras era primo, y, después de pensar un poco, contestó: «No, es divisible por 241».

Oliver Sacks ha descrito el caso de dos mellizos subnormales que viven en un asilo de Nueva York y son capaces de intercambiar números primos de veinte cifras. Desde el punto de vista científico, es decir, según nuestro sistema de «conocimiento solar» racional, no puede hacerse. Sin embargo, los prodigios del cálculo lo hacen. Es como si su cerebro se cerniera como un

pájaro sobre la totalidad del campo de los números y viese la respuesta.

Esto puede significar una sola cosa: que si bien nuestro sistema de conocimiento solar nos parece completo y del todo suficiente, tiene que haber algún otro medio de obtener conocimiento que logre sus resultados de una manera totalmente distinta. La idea es desconcertante... como tratar de imaginar otra dimensión aparte de la longitud, la anchura y la altura. Sabemos que la física moderna propone otras dimensiones, pero nuestra mente es incapaz de concebirlas. Sin embargo, podemos imaginar algún ser diminuto y ciego, una especie de gusano, que está convencido de que el mundo consiste en superficies y que ni siquiera puede imaginar lo que queremos decir cuando hablamos de altura. Por más que ofenda a la dignidad humana, tenemos que reconocer que, en lo que se refiere al conocimiento, somos unos seres ciegos, parecidos a gusanos.

Así que la idea de que la civilización anterior a la glaciación de que habla Hapgood tal vez difería de la nuestra de alguna manera absolutamente básica no me causaba ningún problema. Recordé una observación del arqueólogo Clarent Weiant en el sentido de que cuando los indios montagnais del este del Canadá desean ponerse en comunicación con algún pariente que está lejos de ellos, entran en una choza del bosque y acumulan la energía psíquica necesaria por medio de la meditación: entonces el pariente oye su voz. Y Jean Cocteau cuenta que cuando su amigo el profesor Pobers fue a estudiar el mismo fenómeno en las Indias Occidentales y preguntó a una mujer: «¿Por qué te diriges a un árbol?», ella le respondió: «Porque soy pobre. Si fuera rica, usaría el teléfono».

De ello parece deducirse que al utilizar el teléfono -y el resto de los chismes del «conocimiento solar»-, hemos perdido algunas habilidades que nuestros antepasados remotos consideraban naturales.

Cuando me vi con Geoffrey Chessler en el aeropuerto de Gatwick yo iba camino de Melbourne otra vez, para asistir al festival literario anual, después del cual pensaba ir a ver a John West en Nueva York. Por pura coincidencia, West me había escrito inesperadamente varias semanas antes y me había mandado una revista que llevaba un artículo suyo sobre las últimas novedades de su investigación, entre las que estaba la «réconstrucción» facial que había hecho el detective Frank Domingo y que demostraba que la cara de la Esfinge no se parecía en nada a la de Kefrén. Nunca habíamos tenido contacto -aunque poco antes yo había hecho la reseña de su libro *The Case for Astrology*- y él no tenía ni idea de que me

interesara la Esfinge. Contesté en seguida a su carta diciéndole que estaría en Nueva York al cabo de unas semanas, y concertamos una entrevista.

Resultó que John West era un hombre delgado, con gafas y lleno de entusiasmo y que la información salía de él a chorros, como agua manando de un surtidor. Comprobé que, al igual que todos los entusiastas auténticos, era generoso con sus ideas y su tiempo. No mostraba ni pizca de la desconfianza que a veces he encontrado en personas que parecen creer que todos los demás escritores están esperando la oportunidad de robarles las ideas. Llevaba consigo un «copión» de la cinta de vídeo de su programa sobre la Esfinge y pudimos verlo en el domicilio del dramaturgo Richard Foreman, que lo encontró tan apasionante como yo. Más adelante, John vino a cenar con mi familia -mis hijos se habían reunido con nosotros en Norteamérica- y con Paul Devereux, autor de libros sobre los megalitos antiguos. Hablamos del libro que pensaba escribir sobre la Esfinge y John mencionó que yo debía ponerme en comunicación con otro escritor, Graham Hancock, que también estaba escribiendo un libro para demostrar que la civilización es mucho más antigua de lo que suponemos. También citó otro nombre de otro autor -Rand Flem-ath- que se encontraba escribiendo un libro en el que argüía que la Atlántida estaba situada en el Polo Sur. Me pareció una teoría sensata, toda vez que Hapgood había argüido que su antigua civilización marítima se hallaba probablemente situada en la Antártida y ahora, al pensar en ello, me pareció que la idea casi caía por su propio peso.

Así que, al volver a Inglaterra, escribí tanto a Graham Hancock como a Rand Flem-ath. El nombre de Graham me resultaba conocido porque había visto un programa de televisión sobre su búsqueda del Arca de la Alianza. Ahora me envió el grueso manuscrito de su libro *Fingerprints of the Gods,* y al empezar a leerlo, me pregunté si valdría la pena seguir adelante con mi propio libro sobre la Esfinge. Graham ya había estudiado todo el asunto del que John West había tratado en su programa para la televisión, que se emitió en Norteamérica poco después de mi regreso.

Además, Graham también estaba perfectamente enterado del asunto de Rand Flem-ath y su teoría sobre la Antártida y la convirtió virtualmente en el punto culminante de su propio libro. Para entonces yo había recibido ya el manuscrito de *When the Sky Fell down,* de Rand y Rose Flem-ath, y sabía que se habían sentido inspirados por el libro de Hapgood titulado *Maps of the Ancient Sea Kings,* así como por su libro anterior, *Earth's Shifting Crust,*

y, sin perder un momento, los pedí prestados en la London Library. Tuve ocasión de desempeñar un pequeño papel en la publicación del libro al persuadir a un editor canadiense a aceptar *When the Sky Fell* brindándome a escribir una introducción.

Seguía sin decidirme sobre si valía la pena escribir mi propio libro. Pero me pareció que se había producido tal cadena de coincidencias y sincronicidad desde que supiera por vez primera de la teoría de Schwaller sobre la erosión producida por el agua, que sería absurdo no persistir en mi propósito.

Durante las semanas siguientes -en enero de 1994- encajaron otras dos piezas del rompecabezas. Recibí, para que hiciese la reseña, un ejemplar del libro *El misterio de Orión,* de Robert Bauval, y por él me enteré de su creencia de que el complejo de pirámides de Gizeh se proyectó nada menos que en 10450 a. de C. En aquellos momentos todavía me encontraba leyendo el grueso manuscrito de Graham Hancock y aún no había llegado a la sección donde habla de Bauval. Pero la breve mención de la Atlántida que hace Bauval me empujó a comentar en la reseña que sus propias conclusions parecían corroborar las teorías de Schwaller y John West. Escribí una carta a Bauval diciéndole que era conveniente que se pusiese en comunicación con John West y mandé a éste un ejemplar del libro de Bauval.

En segundo lugar, también había logrado obtener mi propio ejemplar de un libro titulado *Al-Kemi,* de André VandenBroeck, artista norteamericano que se había convertido en discípulo y amigo íntimo de Schwaller de Lubicz en sus últimos años. Un par de años antes, cuando me hallaba recogiendo información sobre Schwaller, mi viejo amigo Eddie Campbell (al que conocía desde sus tiempos de director de la sección literaria del *Evening News* de Londres) me había prestado el libro, pero su lectura me había resultado pesada. Una vez tuve mi propio ejemplar, me senté cómodamente a leerlo despacio y atentamente, leyendo dos o tres veces algunas páginas difíciles. Y a medida que iba leyendo empecé a sentirme absolutamente seguro de que mi propio libro tenía que escribirse. Porque lo que salió de *AlKemi* fue la certeza de que Schwaller creía que los antiguos egipcios tenían un sistema de conocimiento completamente distinto del que tiene el hombre moderno. No se trataba sencillamente de algo como, por ejemplo, la curiosa habilidad de comunicarse por telepatía con parientes que están muy lejos, sino de una manera diferente de ver el universo. Y lo que me interesaba de forma parti-

cular era la afirmación de VandenBroeck en el sentido de que Schwaller creía que esta diferente «manera de ver» podía acelerar mucho el ritmo de la evolución humana.

Logré ponerme en contacto con André VandenBroeck y entablamos correspondencia por fax. Con inmensa paciencia, hizo cuanto pudo por explicarme muchas de las cosas que yo no había alcanzado a comprender. Y me puse en comunicación con el editor norteamericano de Schwaller, Ehud Spurling, que tuvo la gentileza de enviarme los siete libros que a la sazón se encontraban en las librerías. Resultaron todavía más difíciles que *Al-Kemi,* pero igualmente provechosos, en particular el último de ellos, *Sacred Science.* (La obra principal de Schwaller, *Temple of Man,* que ocupa tres volúmenes, se ha traducido al inglés, pero todavía no se ha publicado.) Poco a poco me di cuenta de que empezaba a entender, aunque a veces era como andar bajo una noche oscura como boca de lobo sin más iluminación que la que proporcionaba algún que otro relámpago.

Cuando apareció en abril de 1995 *Fingerprints of the Gods,* de Graham Hancock, pasó inmediatamente al primer puesto de las listas de libros más vendidos en Gran Bretaña, lo cual indicaba claramente que lo de la civilización anterior a la glaciación fascina a muchísimas personas. Pero en mi caso eso no hacía más que subrayar esta pregunta: ¿qué más da? Sin duda, que la civilización tenga 5.000 o 15.000 o 100.000 años de antigüedad no influye de ninguna manera práctica en nuestra vida.

Por otra parte, si estamos hablando de un sistema de conocimiento diferente, un sistema que es tan válido como el nuestro y que, pese a ello, posee un método diferente, inconcebible, entonces podría tener una importancia inimaginable. La clase de conocimiento que posee el hombre moderno es esencialmente fragmentario. Si unos futuros visitantes procedentes del espacio exterior aterrizasen en nuestro planeta y encontraran inmensas ciudades deshabitadas y llenas de bibliotecas, museos y planetarios, sacarían la conclusión de que los hombres de los siglos XX y XXI debían de ser gigantes intelectuales. Pero al estudiar nuestras enciclopedias de la ciencia, de la filosofía, de la tecnología y de todos las materias concebibles, sus eruditos en seguida se darían cuenta de la imposibilidad de que una sola mente pudiese comprenderlo todo, siquiera remotamente. No tenemos ningún sistema de conocimiento esencial, ninguna manera de ver el universo en su totalidad y encontrarle sentido.

Pero si Schwaller tiene razón y los antiguos egipcios y sus predece-

sores poseían algún sistema de conocimiento completo que les ofreciese una visión unificada el universo y de la existencia humana, entonces las visiones interiores de Hapgood, Robert Bauval y Graham Hancock serían sólo un punto intermedio. La cuestión realmente importante residiría más allá de su convencimiento de que la civilización puede ser miles de años más antigua de lo que suponemos. Residiría en la pregunta: ¿Qué significa todo?

Según Schwaller, una de las consecuencias que pueden sacarse es que debe de haber algún método de acelerar el ritmo de la evolución humana. La razón por la cual esta afirmación me interesó tanto fue el hecho de que ha sido el tema de toda mi propia obra. De niño me había fijado en que en Navidad el mundo entero parece ser un lugar mucho más rico y más maravilloso de lo que reconocemos normalmente. Pero por supuesto, lo que yo quería decir era que la conciencia misma puede ser mucho más intensa que la conciencia cotidiana que aceptamos como «normal». Esta forma «más intensa» de conciencia a menudo aparece de manera fortuita, en momentos de relajación o de alivio al desaparecer una crisis, pero cuando la experimentamos nos damos cuenta de que es «normal», sólo una forma diferente de ver las cosas y responder a ellas. Una de las características básicas de este estado de «conciencia intensificada» es que, al parecer, entraña usar de modo apropiado nuestra energía mental, en vez de malgastarla. La conciencia normal es como un cubo agujereado, o un neumático que pierde aire. Cuando nos hallamos en ciertos estados de ánimo parecemos encontrar el «truco» que nos permitirá tapar los agujeros, y cuando sucede eso la vida deja de ser dura y se convierte en una sensación continua de satisfacción e ilusión, como la que experimentamos al irnos de vacaciones. A veces llamo a esto «conciencia dual», porque depende de ser consciente de dos realidades a la vez, como un niño que está sentado ante una chimenea encendida y escucha el tamborileo de la lluvia en los cristales de las ventanas, o la sensación que experimentamos en la cama una gélida mañana de invierno, cuando faltan cinco minutos para levantarnos y la cama nunca nos ha parecido tan cálida y cómoda.

Nuestro desarrollo personal depende de lo que podríamos llamar «experiencias de intensidad». Estas experiencias pueden ser agradables o desagradables, como las de Paris en los brazos de Helena, o la de un soldado bajo el fuego; pero sin duda surten el efecto de causar alguna clase de transformación de la conciencia, una transformación pequeña pero permanente. Sin embargo, parece una lástima que nuestro desarrollo depen-

da de la casualidad de tener tales experiencias, cuando la conciencia es un estado y no un simple fruto de lo que nos sucede. Un cocinero sabe hacer jaleas y pasteles; un carpintero sabe hacer mesas y armarios; un farmacéutico sabe hacer pócimas para dormir o estimulantes. ¿Por qué no íbamos nosotros a poder hacer nuestros estados de conciencia mediante la comprensión de cómo ocurren?

¿Comprendían los antiguos este proceso? Lo dudo... al menos en el sentido que estoy comentando. A mi modo de ver, lo que es casi seguro que comprendían es algún secreto de la armonía cósmica y sus vibraciones exactas, lo cual les permitía sentirse parte integrante del mundo y la naturaleza, en vez de experimentar la «alienación» que Karl Marx declara que es la suerte del hombre moderno. Una visión interior más profunda del proceso de evolución consciente depende, hasta cierto punto, de haber experimentado el proceso de alienación y haber aprendido a transformarlo.

Lo que puede salir saldrá como resultado de ir más allá de la alienación y captar una vez más este «conocimiento antiguo», el cual, según Schwaller, lleva mucho tiempo olvidado, aunque se ha transmitido a lo largo de los siglos de alguna manera simbólica en las grandes religiones.

El objetivo del presente libro es tratar de captar una vez más la naturaleza de este conocimiento olvidado.

1

MISTERIOS EGIPCIOS

A las 4.30 de la madrugada del 16 de marzo de1993, Graham Hancock y su esposa, Santha, se prepararon para escalar la pared de la Gran Pirámide. Tenían que hacerlo a hora tan intempestiva porque escalar la pirámide estaba rigurosamente prohibido desde 1983, año en que un turista imprudente se rompió el cuello. Hancock había sobornado a los vigilantes con 150 dólares, pero se negaron a seguir siendo corruptos y antes de que le permitieran escalar la pirámide tuvo que sobornarlos otra vez.

Lo primero que descubrieron los Hancock fue que escalar la pirámide no era como subir un tramo de escalera. Los lados de la pirámide tienen forma de escalones -y la han tenido desde que su «revestimiento» de piedra caliza desapareció hace siglos-, pero algunos de ellos llegan hasta el pecho. En cambio, la parte plana del escalón a menudo tiene sólo unos 15 centímetros de profundidad, lo cual explica por qué un turista que pierda el equilibrio probablemente no se detendrá hasta llegar abajo. La pirámide tiene una altura de 203 «escalones» y una inclinación de 52 grados, así que cuando habían subido menos de una cuarta parte los Hancock ya habían perdido el aliento y estaban agotados, y listos para tomarse un largo descanso; pero lo del descanso estaba descartado, ya que sólo faltaba alrededor de una hora para el amanecer y les verían los coches de la policía que patrullaban por la zona.

Al llegar a la trigésima quinta hilada, observaron que los bloques eran

especialmente enormes, que cada uno de ellos pesaba entre 10 y 15 toneladas, y se preguntaron por qué los constructores habrían decidido poner unas piedras tan inmensas en un lugar tan alto de la pirámide en vez de ponerlas en el lugar obvio, es decir, cerca del suelo, y reservar los bloques más pequeños (de unas 6 toneladas cada uno) para la parte de arriba.

De hecho, ahora que estaban escalando la pirámide se percataron de muchos misterios que se te pasan por alto cuando contemplas una postal donde aparecen estos objetos pintorescos recortándose sobre el azul del cielo. Para empezar, con sus más de seis millones de toneladas la Gran Pirámide es el edificio más grande que jamás haya construido el hombre. Contiene más mampostería que el conjunto de las catedrales, iglesias y capillas construidas en Europa durante la Edad Media. Lo cual induce a preguntarse: ¿Cómo se las compusieron los constructores para subir estos bloques inmensos por el costado de la pirámide y colocarlos en su lugar?

Imagínese que es usted contratista de obras y que el faraón le ha encargado que construya la Gran Pirámide. El faraón le da las medidas y le explica que los cuatro lados de la pirámide deben estar orientados al norte, al este, al sur y al oeste, y que cada lado debe tener una longitud de 230 metros y que la altura ha de ser de 146 metros. (Más adelante usted averigua que esto da la misma proporción que la circunferencia de un círculo en relación con su radio.) El faraón le proporcionará todos los bloques que hagan falta y un número ilimitado de trabajadores.

El encargo no parece demasiado difícil. Usted calcula que para cumplir los requisitos del faraón la inclinación de los lados tendrá que formar un ángulo de 52 grados. Así que empezará poniendo la primera hilada, que consistirá en un cuadrado macizo de 230 metros, construido con bloques más o menos cúbicos cuyo peso será de entre 6 y 30 toneladas. Como es obvio, el tamaño de la segunda hilada tiene que ser ligeramente menor, con un ángulo de 52 grados entre el borde de la primera hilada y el de la segunda.

Las piedras para la segunda hilada han de subirse a brazo y colocarse encima de la primera, pero eso es bastante fácil: usted construye una rampa ligeramente inclinada, de tierra y piedras, con tablas de madera encima, y unos veinte trabajadores suben cada uno de los bloques tirando de sogas, hacia arriba. Y cuando ha terminado la segunda hilada repite el procedimiento con la tercera...

Pero ahora se empieza a ver un problema. A medida que la altura de la

rampa va creciendo, usted tiene que incrementar su inclinación -lo cual sería contraproducente- o extenderla mucho más hacia atrás. Rápidamente, usted calcula que cuando llegue a la cúspide de la pirámide la rampa deberá tener más de un kilómetro y medio de longitud y que contendrá alrededor del triple del material empleado en construir la pirámide propiamente dicha. Además, para que la rampa no se derrumbe a causa de su propio peso, habrá que construirla con bloques tan enormes como los de la pirámide.

La opción consiste en utilizar algún mecanismo que sirva para levantar pesos, algo parecido a una grúa moderna, pero construido de madera, por supuesto. Pero entonces se le plantea el mismo problema. Para levantar bloques de varias toneladas de peso hasta una altura de casi 150 metros se necesitaría una grúa construida con varios de esos árboles gigantescos que se encuentran en los bosques norteamericanos. Árboles así no existen en Egipto, ni siquiera en Europa.

Hay otra posibilidad. Suponiendo que dispone de mucho tiempo, podría utilizar mecanismos más pequeños para levantar los bloques y trasladarlos de un escalón de la pirámide a otro, levantando cada bloque de escalón en escalón. De hecho, según Heródoto este fue precisamente el método que se empleó:

> La pirámide se construyó de escalón en escalón, igual que almenas, como las llaman, o, según otros, igual que altares. Después de colocar las piedras de la base, subieron las restantes piedras hasta los lugares que les correspondían utilizando máquinas formadas con tablones de madera cortos. Las primeras máquinas las subieron del suelo hasta lo alto del primer escalón. En éste había otra máquina, que recibía la piedra a su llegada y la transportaba hasta el segundo escalón, desde donde una tercera máquina la subía aún más.

Subir bloques de seis toneladas por medio de tablones parece bastante difícil, pero mover tales bloques en unas cornisas que a veces tenían una anchura de sólo 15 centímetros parece imposible. Por otra parte, para mover de esta manera más de dos millones y medio de bloques, a razón de 25 bloques diarios, se necesitarían unos 150 años. Y si los trabajadores eran sólo temporeros que dedicaban a esta tarea la temporada en que no tenían que ocuparse de sus cultivos, la duración de las obras podía multiplicarse por dos.

De hecho, a mediados de la década de los ochenta los japoneses ha-

bían intentado construir una réplica más pequeña de la Gran Pirámide, para exhibirla. Pese a utilizar maquinaria moderna, el problema pudo más que ellos y abandonaron el proyecto.

Me imagino que, de mala gana, le diría al faraón que se buscara otro ingeniero de construcción y usted, por su parte, se iría en busca de algún proyecto más sencillo, como, por ejemplo, construir el Empire State Building o el puente de Brooklyn.

¿Y qué había llevado a los Hancock a embarcarse en este arriesgado proyecto? La respuesta data de hace once años, de cuando Hancock era periodista especializado en economía, se encontraba en Etiopía y fue a ver la película *En busca del Arca perdida.* La cinta despertó su curiosidad en relación con el Arca de la Alianza, el sagrado cofre de madera forrado de oro que los hebreos llevaban consigo al campo de batalla y que había desaparecido de la historia muchos siglos antes de Cristo. Se sintió intrigado al saber que los cristianos etíopes creían que el Arca de la Alianza se conservaba en una capilla situada en el centro de la ciudad de Aksum, cerca del mar Rojo. Como era de esperar, los estudiosos y los arqueólogos descartaban tal afirmación y la calificaban de absurda. Hancock pensó que semejante actitud se basaba en la arrogancia y la estupidez y se propuso demostrar que estaban equivocados.

Lo que tenía que probar era cómo el arca de Aksum había llegado de Jerusalén -situada cerca de 2.000 kilómetros al norte- a Etiopía y qué estaba haciendo allí.

El estudio de las fuentes bíblicas le convenció de que el arca había desaparecido del templo de Salomón en Jerusalén durante el reinado del sanguinario y brutal Manasés, que ocupó el trono de 687 a 642 a. de C. Manasés había rechazado el judaísmo y profanado el templo instalando en él una «imagen esculpida» de Baal. Parecía haber motivos de sobra para creer que los sacerdotes habían recibido de Manasés la orden de retirar el arca. Pero ¿por qué la habían llevado a un lugar tan lejano como Etiopía?

Hancock obtuvo una pista importantísima de un erudito judío que mencionó que en otro tiempo hubo un templo judío en la isla de Elefantina, en el alto Nilo. Era algo insólito, toda vez que los judíos creían que el suelo extranjero era impuro. Una visita a Elefantina y el descubrimiento de que su templo -que fue destruido- tenía exactamente las mismas dimensiones que el templo de Salomón convencieron a Hancock de que la isla había sido la primera escala importante en el viaje del arca. Los judíos se habían visto obligados a seguir su viaje debido a un choque con sus vecinos egipcios, que

rendían culto a una deidad con cabeza de carnero en un templo cercano y ponían objeciones a que los hebreos sacrificasen carneros. Poco a poco Hancock fue comprobando que habían trasladado el arca a Meroe, en el Sudán, luego a la isla de Tana Kirkos, en el lago Tana, y finalmente a Aksum.

Símbolo y señal cuenta la fascinante historia de cómo Hancock localizó la ruta que había seguido el arca de Jerusalén a Aksum. La búsqueda le obligó a visitar muchos países, entre ellos Egipto, y fue allí donde, en abril de 1990, logró pasar cierto tiempo a solas en la Cámara del Rey de la Gran Pirámide. La experiencia le causó una impresión profunda y luego, al estudiar la historia de las pirámides, se sintió totalmente convencido de que los ingenieros de la antigüedad poseían mucho más conocimiento del que se les ha atribuido. Lejos de ser «hombres primitivos técnicamente hábiles» -como dice una autoridad en la materia-, parece ser que poseían un nivel de habilidad científica que nosotros todavía no hemos alcanzado.

Esta segunda visita a la pirámide en 1993 contribuyó a intensificar su convencimiento. Al estudiar las características matemáticas de sus corredores y cámaras, que eran desconcertantes pero increíblemente exactas, sacó la conclusión de que la ciencia que había hecho posible aquella construcción debía de ser mucho más antigua de lo que están dispuestos a reconocer los egiptólogos profesionales. Los libros de historia nos dicen que la civilización egipcia nació hacia 2925 a. de C. y que al cabo de sólo cuatro siglos ya construía monumentos tales como la Esfinge y las pirámides de Gizeh. A Hancock esto le pareció absurdo. Tenía que haber alguna civilización antigua, «perdida», que datase de miles de años antes.

Este punto de vista lo corroboraba una guía que venía utilizando desde su primer viaje a Egipto: *The Traveller's Guide to Ancient Egypt,* de John Anthony West. Esta guía se diferenciaba de las habituales porque en ella se comentaban los misterios relacionados con las pirámides y los templos, tema que soslayan los autores de guías más ortodoxas. Y West mencionaba en su libro la opinión de un egiptólogo muy heterodoxo, R. A. Schwaller de Lubicz, en el sentido de que la erosión de la Esfinge no se debía a la arena empujada por el viento, sino al agua. Schwaller de Lubicz argüía que dado que la Esfinge está protegida desde el oeste por el muro de su «recinto», y que, en todo caso, ha pasado la mayor parte de su vida enterrada hasta el cuello en la arena, es poco probable que la erosión se debiera al viento. Pero es obvio que en Egipto no ha habido lluvias dignas de consideración desde

hace miles de años, ya que, de lo contrario, no existiría el desierto del Sáhara.

Ahora bien, según los historiadores modernos, la Esfinge fue construida más o menos al mismo tiempo que la segunda pirámide de Gizeh, hacia 2500 a. de C., probablemente por el faraón Kefrén, hijo (o hermano) de Keops, supuesto constructor de la Gran Pirámide. Esta suposición se basa en el hecho de que se encontró el cartucho -la «caja» que lleva el nombre del faraón- de Kefrén en la estela que hay entre las patas de la Esfinge. Pero esta opinión es relativamente reciente. En 1900 Gaston Maspero, director del Departamento de Antigüedades del Museo de El Cairo, sugirió que Kefrén se había limitado a excavar o reparar la Esfinge, que ya era antigua.

Si es verdad que la erosión se debió al agua y no a la arena, es obvio que debe de ser mucho más antigua... quizá miles de años.

Es más, si la Esfinge es más antigua de lo que creen los historiadores modernos, bien pudiera ser que también lo fuese la Gran Pirámide, como ya se le había ocurrido a Graham Hancock después de su primera visita. La idea le resultaba a la vez apasionante e inquietante. Debido a su formación académica, se inclinaba a adoptar una actitud prudente y escéptica. Pero al estudiar el Arca de la Alianza, encontró una referencia tras otra a sus facultades «milagrosas»: matar a personas, destruir ciudades, allanar montañas, causar quemaduras y tumores cancerosos. El viejo monje que afirmaba ser el actual custodio del arca explicó que era envuelta en gruesos paños cuando la llevaban en procesiones religiosas, no para protegerla a ella, sino para proteger a las demás personas de sus facultades. Hacía pensar en las radiaciones atómicas, o quizá en la «energía orgónica» de Wilhelm Reich. Al leer todas las fuentes primarias sobre el arca que pudo encontrar, las cuales hacían referencia a las mismas facultades, Hancock empezó a pensar que se trataba de alguna clase de «aparato» o máquina. La idea se parecía demasiado a las descabelladas aseveraciones de aquel sumo sacerdote de lo improbable que se llamaba Erich von Däniken. Y era Von Däniken quien, al explicar cómo las pirámides fueron construidas por visitantes procedentes del espacio exterior, se las ingenió para multiplicar por cinco el peso de la Gran Pirámide. Hancock no albergaba ningún deseo de que le tomasen por chiflado. Sin embargo, todo lo que leyó sobre el complejo de Gizeh hizo que se sintiera más seguro de que no lo habían construido «hombres primitivos técnicamente hábiles».

La búsqueda de una civilización perdida le haría viajar para ver las lí-

neas de Nazca en Perú, la ciudad inca «perdida» de Machu Picchu el lago Titicaca y Tiahuanaco, así como los grandes templos aztecas de América Central. También los indicios que encontró en estos sitios -y que examinaremos más adelante- parecían señalar una antigüedad mucho mayor que la que dan las guías de viaje. También le intrigaron las leyendas que hablaban de un dios blanco -o unos dioses blancos- que trajo la civilización a América del Sur: a veces lo llamaban Viracocha, a veces Quetzalcóatl y otras veces Kukulkan, y se le representaba con piel blanca y ojos azules... igual que Osiris en las antiguas estatuas egipcias. Cuando volvió a Egipto, para escalar la Gran Pirámide a altas horas de la madrugada, el grado de complejidad técnica necesario para construir aquellos monumentos ya había convencido a Graham Hancock, más allá de toda duda, de que o bien la civilización de los incas y los aztecas se remontaba a miles de años antes de lo que afirman los libros de historia, o en otro tiempo había existido una civilización desconocida que se había perdido y de la que no hablaba la historia.

Fue en Canadá, mientras hacía publicidad de su libro *Símbolo y señal* -que se había convertido en un gran éxito editorial-, donde Graham Hancock conoció a un amigo de John Anthony West y mencionó la admiración que sentía por la *Travellers's Guide to Ancient Egypt.* El amigo de West -que era el escritor Paul Roberts- le preguntó: «Ah, pero ¿has leído su libro *Serpent in the Sky?».* Hancock reconoció su ignorancia. «Pues cógelo y léelo», dijo Roberts, ofreciéndole un ejemplar.

Serpent in the Sky resultó tan fascinante y sorprendente como *Traveller's Guide.* Se trataba básicamente de un estudio de las ideas de Schwaller de Lubicz y su argumento era sencillo. Schawller se había pesado quince años estudiando monumentos egipcios antiguos, en particular el templo de Luxor, y había sacado la conclusión de que según dice West:

> La ciencia, la medicina, las matemáticas y la astronomía egipcias poseían un orden de refinamiento y complejidad exponencialmente superior al que están dispuestos a reconocer los estudiosos modernos. La totalidad de la civilización egipcia se basaba en una comprensión total y exacta de las leyes universales... Además, parece que todos los aspectos del conocimiento egipcio eran completos desde el principio. Las ciencias, las técnicas artísticas y arquitectónicas y el sistema jero-

glífico no muestran virtualmente ningún indicio de un período de «desarrollo»; a decir verdad, muchos de los logros de las primeras dinastías nunca fueron superados, o siquiera igualados, más adelante. Los egiptólogos ortodoxos están dispuestos a reconocer este hecho asombroso, pero se quita hábilmente importancia a la magnitud del misterio que el mismo representa a la vez que no se mencionan sus numerosas consecuencias.

Y West pregunta: «¿Cómo nace una civilización compleja y totalmente desarrollada? Echad un vistazo a un automóvil de 1905 y comparadlo con uno moderno. El proceso de «desarrollo» es inconfundible. Pero en Egipto no hay paralelos. Todo está ya presente al principio». Viene a ser como si el primer automóvil fuese un Rolls-Royce moderno.

West procede entonces a dejar caer su bombazo. Según Schwaller, la civilización egipcia no empezó hacia el año 3000 a. de C. con el legendario rey Menes, como dicen los libros de historia. Miles de años antes Egipto fue poblado por los supervivientes de la Atlántida, que habían atravesado el Sáhara (que entonces era una región fértil) y se habían instalado en el valle del Nilo. Los grandes templos y pirámides de Egipto son un legado de estos supervivientes.

La Atlántida... la palabra sola basta para hacer que un historiador académico esconda la cabeza entre las manos y exclame: «¡Oh, no!». Y aun cuando West trate de desinfectarla entrecomillándola, sugiriendo con ello que no hace más que referirse a alguna gran civilización del pasado que se perdió -pero no necesariamente en el Atlántico-, el nombre solo es suficiente para que quien lo usa deje de ser respetable desde el punto de vista intelectual.

El hecho es que Schwaller de Lubicz creía que la respuesta del misterio de la civilización egipcia radicaba en que la fundaron supervivientes del gran continente perdido que, según Platón, (nuestra única fuente), perecieron en un cataclismo volcánico que tuvo lugar alrededor del 9500 a. de C. Fueron estos supervivientes quienes construyeron la Esfinge y proyectaron -y tal vez incluso edificaron- las pirámides de Gizeh. Y fue Schwaller quien indujo a John West a empezar su búsqueda de la antigüedad de la Esfinge tratando de determinar si la causa de su erosión fue la arena impulsada por el viento o la lluvia.

¿Quién era exactamente Schwaller de Lubicz y qué derecho tenía a pronunciarse sobre estas cuestiones?

René Schwaller nació en Alsacia en 1887, en el seno de una rica familia burguesa. Su padre era químico farmacéutico y René pasó su infancia soñando en los bosques, pintando y llevando a cabo experimentos químicos. Desde el principio se sintió fascinado igualmente por el arte y la ciencia, combinación cuya importancia para la obra de su vida no puede subestimarse. A los siete años de edad, según nos dice su esposa, tuvo una «revelación sobre la naturaleza de lo divino, y siete años más tarde, otra iluminación relativa a la naturaleza de la materia».

Cuando era adolescente se fue a París para aprender a pintar con Matisse. El propio Matisse se hallaba a la sazón bajo la influencia del filósofo Henri Bergson, que hacía hincapié en que la inteligencia no alcanza a captar la realidad -que se le escapa del mismo modo que el agua se escurre por los agujeros de una red de pesca-, y una vez más, su propia tendencia a desconfiar de la «simple ciencia» se vio fortalecida. Sin embargo, típicamente, también se zambulló en el estudio de la física moderna, que en aquellos momentos experimentaba las grandes revoluciones de Einstein y Planck.

Ingresó en la Sociedad Teosófica -su fundadora, madame Blavatski, había fallecido cuando él tenía cuatro años de edad- y no tardaría en pronunciar conferencias y escribir artículos para la revista de la sociedad. En el primero de ellos rindió homenaje a la ciencia, que «conduce a todo el progreso, fecunda toda actividad, nutre a toda la humanidad», al tiempo que la atacaba por su conservadurismo y su nihilismo. Sin embargo, Schwaller era, por naturaleza, mucho más realista y pragmático que los teósofos. Se estaba imponiendo a sí mismo una tarea difícil: combatir el realismo con el pensamiento racional.[1]

Al parecer, el siguiente paso fue el interés por la alquimia, la «ciencia» de la transmutación de la materia y la búsqueda de la «piedra filosofal». Pero lo que interesaba a Schwaller no era tratar de convertir el plomo en oro; creía -como más adelante creería Jung- que la alquimia es básicamente una búsqueda mística cuyo objetivo es la «iluminación» y que la transmutación de metales no es más que un subproducto de la misma. Pronto añadió a sus estudios de alquimia el de las vidrieras de colores y la geometría de las catedrales góticas, convencido de que ocultaban algún conocimiento secreto de los antiguos.

1. Algunos de estos artículos los cita Christopher Bamford en su introducción al primer libro de Schwaller, *A Study of Numbers, 1917.*

La tradición «ocultista» se basa en la idea de que existía en el pasado una ciencia que abrazaba la religión y las artes -incluida la arquitectura-, que este conocimiento sólo lo poseían los miembros de una pequeña casta de sacerdotes e iniciados y que los albañiles medievales lo «codificaron» en las grandes catedrales góticas. Una de las exposiciones clásicas de esta idea, *The Canon,* de William Stirling (publicada en 1897), afirma:

> Desde los tiempos del antiguo Egipto esta ley [el canon] ha sido un arcano sagrado que se comunica exclusivamente por medio de símbolos y parábolas y cuya creación, en el mundo antiguo, constituía la forma más importante de arte literario; por consiguiente, su exposición requería una casta sacerdotal a quien se hubiera enseñado su uso, y en él se instruyó a los gremios de artistas iniciados, que existieron en todo el mundo hasta tiempos relativamente recientes. Hoy en día todo esto ha cambiado...

Stirling dice que la esencia de este arte es «trabajar simbólicamente».

Schwaller tenía poco más de veinte años cuando en la Closerie des Lilas, en Montparnasse, conoció a un alquimista que se hacía llamar Fulcanelli (y cuyo nombre verdadero, al parecer, era Champagne) y habló con él de la *Oeuvre,* la Gran Obra de transmutación. Rodeaba a Fulcanelli un círculo de discípulos que se hacían llamar Los Hermanos de Heliópolis, todos los cuales estaban entregados de lleno al estudio de las obras de Nicolas Flamel y Basil Valentinus. Visitaban las librerías de ocasión de París en busca de antiguos textos alquímicos. En un volumen antiguo que estaba catalogando para una librería parisina había hallado Fulcanelli un manuscrito de seis páginas y tinta descolorida, y lo había robado. Indicaba que el color desempeñaba un papel importante en el secreto de los alquimistas. Pero Fulcanelli, cuya actitud ante la alquimia era materialista, no logró comprenderlo. Schwaller pudo ayudarle en sus interpretaciones. También mostró a Fulcanelli su propio manuscrito sobre las catedrales medievales. Fulcanelli se entusiasmó al verlo y se brindó a ayudarle a buscar un editor. De hecho, Fulcanelli tuvo el manuscrito en su poder durante mucho tiempo y acabó robando la mayoría de sus principales visiones interiores para su propio libro *El misterio de las catedrales* (Plaza & Janés, Barcelona, 1967), publicado en 1925, que se ha convertido en un clásico moderno.

Mientras tanto, Schwaller había trabado amistad con un poeta francés

-que era también príncipe lituano- que se llamaba Luzace de Lubicz Milosz. Durante la primera guerra mundial Schwaller trabajo de químico en el ejército y después de la contienda Milosz le otorgó el título de caballero por los servicios que había prestado al pueblo lituano, así como el derecho a añadir «de Lubicz» a su nombre. (No esta claro qué derecho tenía Milosz a ir por ahí repartiendo títulos de caballero.) En ese momento Schwaller recibió también el «nombre místico» de AOR. Él y Milosz fundaron una organización política llamada Les Veilleurs («los vigilantes»), que se basaba en las ideas de elitismo de Schwaller y a la que en cierto momento perteneció Rudolf Hess (que era también miembro de una orden mágica alemana llamada la Sociedad de Thule). Pero parece que Schwaller se cansó de participar en la política -reconociendo, como la mayoría de los místicos, que es una manera de quedar atrapado- y se mudó a Suhalia, en Suiza, para continuar sus estudios esotéricos con un grupo de amigos de ideas afines, en particular los estudios relacionados con las vidrieras de colores. Esto duró hasta 1934, año en que los problemas económicos causaron la disolución de la comunidad de Suhalia.

Para entonces, Fulcanelli ya había muerto. Según Schwaller, había invitado a Fulcanelli a su domicilio de Grasse, en el sur de Francia, para intentar el *magnum opus,* y el éxito fue total. Convencido de que ya sabía cómo producir la transformación alquímica, Fulcanelli volvió a París y repitió el experimento varias veces... fracasando en todas ellas. La razón, según diría más adelante Schwaller, era que él, Schwaller, había elegido el momento oportuno y las condiciones más indicadas para el experimento, mientras que Fulcanelli no sabía nada de esas cosas. Fulcanelli decidió romper el voto de silencio que había hecho y comunicar a sus discípulos lo que había averiguado. Hizo caso omiso de los ruegos de Schwaller y rechazó su ofrecimiento de seguir ayudándole económicamente a cambio de su silencio. Pero enfermó y murió de gangrena la víspera del día en que pensaba revelar el «secreto» a sus discípulos. Schwaller declaró que era la consecuencia inevitable de haber faltado al voto de secreto de la alquimia.

Schwaller pasó los dos años siguientes en su yate, al parecer sin tener nada que hacer. A su esposa, Isha -que había acudido a él como discípula en los primeros tiempos (atraída, según ella, por algún vínculo telepático)-, siempre le había fascinado el antiguo Egipto, pero Schwaller no compartía su interés. Por fin, en 1936, se dejó persuadir y desembarcó en Alejandría para visitar la tumba de Ramsés IX. Allí tuvo una revelación mientras contemplaba una imagen del faraón, que aparecía representado bajo la forma de la hipo-

tenusa de un triángulo rectángulo cuyas proporciones eran 3:4:5, a la vez que el brazo alzado representaba una unidad complementaria. Estaba claro que los egipcios conocían el teorema de Pitágoras siglos antes del nacimiento de su autor. De pronto, Schwaller se dio cuenta de que la sabiduría de los artesanos medievales se remontaba al antiguo Egipto. Durante los quince años siguientes, hasta 1951, permaneció en Egipto, estudiando sus templos, en particular el de Luxor. Los resultados fueron su voluminosa obra geométrica *The Temple of Man,* en tres tomos, y su último libro, *The King of Pharaonic Theocracy,* traducido al inglés con el título de *Sacred Science.*

No cabe duda de que en el cerebro del lector crecerá la sospecha de que John Anthony West debía de estar un poco loco -o tal vez sólo terriblemente equivocado- al ver que se tomó en serio lo que afirmó Schwaller sobre la erosión de la Esfinge, aunque cabría argüir en su defensa que la devoción a las ideas místicas no significa forzosamente que Schwaller padeciera algún defecto de la vista. De hecho, Schwaller basó su observación en el convencimiento -ya señalado- de que la civilización egipcia tenía que haber nacido miles de años antes de, 3000 a. de C. porque era imposible que el conocimiento codificado en los templos fuese fruto de sólo seiscientos años. El comentario sobre la erosión producida por el agua lo hizo como al descuido en *Sacred Science,* y su amigo y discípulo André VandenBroeck, autor del notable libro de memorias *Al-Kemi,* sacó la impresión de que Schwaller opinaba que la erosión se había producido cuando la Esfinge se hallaba sumergida en el mar. El malentendido, fuera cual fuese, convenció a West de que la erosión marina era una idea que podía confirmar (o refutar) científicamente la teoría de Schwaller sobre la civilización egipcia.

Pero la importancia de Schwaller rebasa en mucho sus teorías sobre la antigüedad de la Esfinge. Después de todo, en cierto sentido apenas importa que la Esfinge tenga cinco mil o diez mil años de antigüedad. Sin duda sería interesante saber que hubo una gran civilización anterior al Egipto antiguo, pero también es indudable que no provocaría ningún cambio de tipo práctico en nuestra vida... la clase de cambio que representó la división del átomo o la invención del «microchip».

Si Schwaller está en lo cierto, semejante opinión representa la incapa-

cidad total de captar lo que hay detrás de los templos egipcios y las catedrales medievales. La tradición hermética afirma que este conocimiento se mantuvo escondido durante miles de años... ¿y por qué iban a esconderlo si no tiene ningún valor práctico?

El escéptico contestará: porque los sacerdotes antiguos se engañaron a sí mismos en relación con el valor práctico de sus tonterías religiosas... o deseaban engañar a otras personas.

A lo cual contestaría Schwaller: se equivoca usted. Este conocimiento sí es práctico. ¿Desea que le ponga un ejemplo? Pues piense en las vidrieras rojas y azules de la catedral de Chartres. El análisis científico no ha logrado identificar los pigmentos que se utilizaron. Esto se debe a que no hay ningún pigmento. Los vidrios se coloreaban mediante un proceso alquímico que liberaba los colores de los metales que los contenían...

(De hecho, hay motivos para creer que ésa fue la *oeuvre* que Schwaller y Fulcanelli ejecutaron en Grasse.)

Schwaller puso cuidado en no hacer ninguna afirmación en este sentido en sus libros. Transmitió verbalmente esta información a VandenBroeck en 1960, el año antes de su muerte, que aconteció en diciembre de 1961. Durante el último decenio de su vida Schwaller vivió retirado en Grasse, no lejos de Cannes, y su nombre era totalmente desconocido para el público en general. André VandenBroeck, artista norteamericano que vivía en Brujas, encontró casualmente uno de los primeros libros de Schwaller, *Esoterismo y simbolismo* (Ediciones Obelisco, Barcelona, 1981), publicado en El Cairo en 1951, que le fascinó en el acto. A VandenBroeck le pareció que Schwaller hablaba de una cuestión que le absorbía desde hacía años: la de qué representa exactamente el arte.

Quizá simplifiquemos las cosas traduciendo el asunto en términos musicales. Nadie alberga la menor duda de que la música de Beethoven «dice» más que la de Léhar. Pero ¿qué le responderíamos a un marciano que nos preguntase qué es lo que dice? Beethoven dijo a Elizabeth Brentano: «Los que comprenden mi música deben de liberarse de todas las miserias que los demás arrastran consigo. Dígale a Goethe que escuche mis sinfonías y verá que estoy diciendo que la música es la única entrada incorpórea en los mundos superiores del conocimiento...». A Beethoven no le cabía ninguna duda de que su música representaba el conocimiento; sin embargo, está muy claro que sería imposible tomar un solo compás de su música y declarar: «Lo que dice esto es que...».

Ahora bien, en VandenBroeck había influido un amigo, Andrew Da Passano, que trató de «probar» la existencia de estados superiores de la conciencia refiriéndose a la obra de Einstein, Bohr y Heisenberg. VandenBroeck había estado leyendo *Los principios de la matemática* (última edición en español: Círculo de Lectores, Barcelona, 1995), de Russell y Whitehead, y le parecía que su propia idea sobre el conocimiento podía expresarse en términos matemáticos. La mayor parte del conocimiento está en función del método que utilizas para lograrlo; por ejemplo, si quieres saber cuántas personas hay en una habitación, las cuentas, y el conocimiento al que llegas está en función de la cuenta. Pero VandenBroeck pensó que sencillamente no puedes decir que al «conocimiento superior» de que hablaba Beethoven se llegara utilizando algún «método» como contar o razonar. VandenBroeck pensó que esta visión interior era un importante avance y escribió una breve monografía en la cual intentó expresar esta idea de un conocimiento que precede al método en términos de lógica simbólica.

Schwaller había empezado su libro sobre los símbolos y el simbolismo comentando que hay dos maneras de leer los textos religiosos antiguos: la «exotérica» y la «esotérica». La primera consiste en significados, y éstos pueden buscarse en un diccionario o en un libro de historia; pero esto sólo sirve de cimientos para el significado esotérico, que Schwaller denomina lo *symbolique,* esto es, un sistema de símbolos.

Está claro que Vandenbroeck se refería al «sistema simbólico» de Schwaller cuando hablaba de conocimiento superior, la clase de conocimiento que sale de las profundidades del alma y no se consigue por medio del «método». Con todo, Schwaller parecía estar diciendo que este conocimiento no era alguna visión interior de carácter religioso -el equivalente del «Amarás a tu prójimo»-, sino que es práctico y científico. VandenBroeck se entusiasmó tanto que se apresuró a coger el coche e ir de Brujas al sur de Francia y presentarse en la puerta de Schwaller.

Se encontró con que Schwaller vivía en una impresionante finca rústica que indicaba bien a las claras que tenía unos considerables ingresos privados. La familia era curiosa y la formaban el alto y canoso sabio de 72 años de edad, su esposa «psíquica», Isha, que recordó a VandenBroeck a una de esas gitanas que dicen la buenaventura, y los dos hijos que Isha tenía de un matrimonio anterior, el doctor Jean Lamy y su hermana Lucie, que había dedicado su vida a ser la amanuense de Schwaller. Isha supuso

que VandenBroeck se había presentado para hablar con ella de sus ideas «ocultistas», lo cual era un error comprensible porque su esposo era virtualmente desconocido, mientras que ella se había ganado una considerable reputación mediante una hábil novela sobre el antiguo Egipto titulada *Chick Pea.*

VandenBroeck y su esposa fueron invitados a comer y durante el almuerzo Isha continuó suponiendo que VandenBroek había acudido para sentarse a sus pies y monopolizar la conversación. Sin embargo, las pocas palabras que logró cruzar con Schwaller convencieron a VandenBroeck de que estaban en la misma longitud de onda, y de que Schwaller tenía mucho que enseñarle. Decidió irse de Brujas e instalarse en Grasse.

Durante el viaje de vuelta a Brujas, VandenBroeck se detuvo en Lyón y compró un ejemplar de *The Temple of Man.* Aunque los dibujos geométricos le desconcertaron un poco, VandenBroeck no tardó en quedar absorto en la lectura del primer volumen, que le producía la sensación continua de «ver un paisaje muy conocido pero olvidado»... «Hablábamos la misma lengua».

Al volver a Grasse, los VandenBroeck pronto empezaron a visitar con regularidad a la familia Schwaller. Necesitó ser discípulo de Isha durante varias semanas -y leer las novelas de *Chick Pea* y escucharla mientras leía pasajes de su última obra, que era de «ficción esotérica»- antes de que la «amable impostura» de Isha y el desagrado innato que en él despertaban las paparruchas «espirituales» le empujaran a apartarse de ella con mucho tacto y a pasar más tiempo con Schwaller (a quien todo el mundo llamaba Aor.)

Había también en Schwaller «una zona gris de especulación donde verdadero y falso no eran conceptos pertinentes»: por ejemplo, en su convencimiento de que el género humano no había evolucionado sino «descendido» de «gigantes que en otro tiempo vagaban por la tierra a un estado casi animal... destinados a un aniquilamiento cataclísmico, mientras una elite en evolución recoge toda la experiencia humana para una resurrección en la espiritualidad». Schwaller también estaba convencido de que el Nilo es un río artificial, dirigido de manera deliberada hacia el interior del valle del Nilo, para formar la base de la civilización egipcia. Pero VandenBroeck tenía la sensación de que podía tomar o dejar tales creencias. Mucho más importante era la visión interior que tenía Schwaller de la naturaleza del sistema de conocimiento de los antiguos egipcios. También eso era un concepto elitista: «a la cabeza, los sacerdotes ilustrados, la perfecta identidad de la ciencia y la teología, sus deberes principales, la cog-

nición del momento presente». Schwaller veía esto como el «absoluto del cual sacamos constantemente nuestro poder».

Este concepto ocupa un lugar central entre las ideas de Schwaller y es quizá su rasgo más significativo. Una manera de explicarlo sería decir que los seres humanos se imaginan que viven en el presente, pero su estado mental básico podría calificarse de «otro lugar», como el colegial que mira por la ventana en vez de prestar atención a lo que dice el maestro. Es, de hecho, increíblemente difícil estar «presente», ya que vivimos en un mundo interpretado. Ni siquiera podemos «ver» sin ideas preconcebidas: «eso es así y así». Nuestro estado de ánimo más básico es el de espectadores; contemplamos el mundo como quien está en el cine. Cuando un hombre se da cuenta de la realidad presente -Dostoyevski cuando estaba enfrente de un pelotón de fusilamiento- todo el mundo cambia. Todo se vuelve súbitamente real. Pero la visión que tiene de sí mismo también cambia: pasa a ser consciente de sí mismo como fuerza dinámica en vez de como ente pasivo.

VandenBroeck descubrió que esto es también la esencia del concepto de la alquimia que tenía Schwaller. La palabra «alquimia», según Schwaller, se deriva de *Kemi,* la palabra griega que significa Egipto, a la que se añade el prefijo árabe «al». En el antiguo Egipto, el faraón, el dios-rey, era el símbolo de este «absoluto del cual sacamos nuestro poder». Y la alquimia, o la transmutación de la materia en espíritu -de la cual la transmutación de los metales de baja ley en oro no es más que un subproducto-, depende de este «momento de poder», de estar totalmente presente en el momento presente. Parece estar hablando de lo que en cierta ocasión Shaw llamó «el séptimo grado de concentración».

Schwaller descarta el concepto de la alquimia que tiene Jung por considerarlo una moda intelectual moderna. Jung pensaba que el verdadero objetivo de la alquimia era el estado que él denominaba «individuación», unidad de ser, pero que, al tratar de alcanzarlo, el alquimista «proyecta» sus propias visiones dentro de la realidad externa... dicho de otro modo, ve alucinaciones. Un texto describe cómo al calentar siete trozos de metal en un crisol con un fragmento de la piedra filosofal, el fuego llenará la habitación y el firmamento estrellado aparecerá en lo alto. Jung creía que el alquimista «proyecta» tales visiones como si, sin saberlo, fuera un proyetor cinematográfico.

Schwaller rechazaba esta idea con desdén. La alquimia, según dijo a

VandenBroeck, depende de resultados de laboratorio. Parece dar a entender que estos resultados se consiguen fundamentalmente por medio de una especie de mente-sobre-la-materia:

> No podría haber más que este acto único de aprehensión total más allá de las palabras que es el conocimiento mismo, donde lo particular desaparece y sólo queda la generalidad más grande, desnuda y desprovista de contenido. En este silencio absoluto las palabras formarían significados de la manera más natural, sin nuestra intervención. Aquí hablaría el universo y no la corteza cerebral. Este es el acto, el estado de conocimiento. No hay ningún referente para el conocimiento. El conocimiento es conocimiento en sí mismo, es primitivo, y no puede referirse a un ser anterior.

Dicho de otro modo, es objetividad total, una huida de la casa de sombras de la personalidad.

De lo que está hablando Schwaller es, en resumen, de una clase diferente de conocimiento. En *La diosa blanca,* Robert Graves habla de conocimiento «lunar» y «solar». Nuestro tipo de conocimiento -el conocimiento racional- es «solar»; utiliza palabras y conceptos y fragmenta el objeto del conocimiento con la disección y el análisis. Pero las civilizaciones antiguas tenían conocimiento «lunar», un conocimiento intuitivo que captaba las cosas en su totalidad.

Tal vez el asunto de que se trata resultaría más claro si hiciéramos referencia a otro pensador «esotérico» del siglo XX, George Ivanovich Gurdjieff. En 1914, Gurdjieff dijo a su discípulo Ouspensky que hay una diferencia fundamental entre el «arte real» y el «arte subjetivo». El arte real no es sólo una expresión de los sentimientos del artista; es tan objetivo como las matemáticas, y siempre producirá la misma impresión en todas las personas que lo vean.

> La gran Esfinge de Egipto es una obra de arte de esta clase, así como algunas obras de arquitectura conocidas históricamente, ciertas estatuas de dioses y muchas otras cosas. Hay figuras de dioses y de varios seres mitológicos que pueden leerse como si fueran libros, sólo que no con la mente sino con las emociones, siempre y cuando estén suficientemente desarrolladas. Durante nuestros viajes por el Asia Cen-

tral encontramos, en el desierto que se extiende a los pies del Hindu-Kush, una extraña figura que al principio pensamos que era algún dios o diablo antiguo. Primero nos produjo sencillamente la impresión de ser una curiosidad. Pero al cabo de un rato empezamos a sentir que dicha figura contenía muchas cosas, un sistema grande, completo y complejo de cosmología. Y lentamente, poco a poco, empezamos a descifrar este sistema. Estaba en el cuerpo de la figura, en sus piernas, en sus brazos, en su cabeza, en sus ojos, en sus orejas; en todas partes. En toda la estatua no había nada accidental, nada que careciese de significado. Y gradualmente comprendimos el propósito de la gente que construyó esta estatua. Empezamos a sentir sus pensamientos, sus sentimientos. A algunos nos pareció ver sus caras, oír sus voces. En todo caso, captamos el significado de lo que querían decirnos desde el otro extremo de miles de años, y no sólo el significado, sino también todos los sentimientos y las emociones relacionados con él. ¡Eso sí que era arte![2]

Según Schwaller, esto es exactamente el objetivo de los egipcios en sus templos, monumentos y estatuas.

En *A New Model of the Universe,* libro que escribió después de convertirse en discípulo de Gurdjieff, Ouspensky había escrito lo siguiente sobre la Esfinge: «A decir verdad, la Esfinge es más antigua que el Egipto histórico, más antigua que sus dioses, más antigua que las pirámides, que a su vez son mucho más antiguas de lo que se piensa». Esto parece un dato adquirido directamente de Gurdjieff.

Pero ¿cómo podría una obra de arte causar el mismo efecto en todas las personas... aunque sus emociones estuvieran «suficientemente desarrolladas»? El arte atrae a lo «personal» que hay en nosotros, ¿no es cierto?

Para comprender por qué no es así, es necesario hablar del fundador de las matemáticas griegas, Pitágoras, que vivió entre 582 y 507 a. de C. Según el artículo típico que encontramos en una enciclopedia moderna, Pitágoras creía en la reencarnación, y «los pitagóricos creían que la esencia de todas las cosas era número y que todas las relaciones podían expresarse numéricamente. Esta opinión les llevó a descubrir la relación numérica de las notas musicales y a cierto conocimiento de la posterior geometría euclidiana».[3] A veces se dice de la filosofía pitagórica que es «misticismo de

2. P. D. Ouspensky, *In Search of the Miraculous,* 1950, p. 27.
3. *Columbia Encyclopedia.*

los números», y el matemático Lancelot Hogben descartó todas estas ideas por considerarlas «supersticiones tenebrosas y puerilidades descabelladas que extasiaban a las personas que vivían en la infancia de la civilización».[4]

Pero eso representa no entender de qué se trata. A los pitagóricos les extasiaban cosas tales como la forma de los cristales y los dibujos que trazaba la escarcha. Sospechaban, con razón, que hay un motivo matemático para ello. Asimismo, piense en el hecho de que las mujeres tienen dos senos, y que en las hembras de los animales el número de tetas es siempre un múltiplo de dos y nunca es un número impar. Por otra parte, los pitagóricos sospechaban que los procesos de la naturaleza son gobernados por leyes matemáticas, y tenían razón.

Volvamos a una pregunta anterior: ¿qué «dice» la música? ¿Por qué ciertas frases musicales nos llenan de curioso placer? Alrededor de 1910 un compositor vienés que se llamaba Arnold Schoenberg sacó la conclusión de que, dado que no podía ver ninguna respuesta obvia del problema de por qué la música afecta nuestros sentimientos, la respuesta debía de radicar en la palabra «hábito»... o condicionamiento. Schoenberg decidió crear una escala musical diferente y escribir música que se basara en varias notas dispuestas en un orden elegido arbitrariamente... en lugar de música que resultase «atractiva» al oído. Pero se equivocó al suponer que la música es «arbitraria». Al cabo de casi un siglo, sus obras y las de sus discípulos todavía suenan extrañas y disonantes -aunque es innegable que su disonancia consigue expresar neurosis y tensión- y su inclusión en un programa de concierto moderno basta para garantizar un descenso en la venta de entradas. Cualquier pitagórico hubiese podido decirle que su teoría se basaba en una falacia: el no haber captado que hay una razón matemática oculta por la cual cierto orden de notas nos resulta armonioso y las notas arbitrarias no producen música con sentido.

Es al aplicar las mismas visiones interiores al reino de las cosas vivas cuando empezamos a captar la esencia del pensamiento egipcio. En *2001,* Arthur C. Clarke popularizó la idea de que un ordenador podía tener sentimientos humanos; y, de hecho, muchos científicos informáticos arguyen que un ordenador que fuera suficientemente complejo en verdad estaría vivo... que si fuera lo bastante complejo como para comportarse como una cosa viva, entonces, de acuerdo con cualquier definición sensata, en verdad sería una cosa viva. En *La nueva mente del emperador* (Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1995), el cientifico oxoniense Roger Penrose dedicó mucho inge-

4. Lancelot Hogben, *Mathematics for the Million,* 1936.

nio a demostrar que esto es una falacia... que aunque un ordenador fuese más complejo que un ser humano, seguiría sin estar «vivo».

La mayoría de los biólogos aceptan ahora la opinión de que la vida evolucionó fortuitamente debido a la acción de la luz solar en los compuestos de carbono, que estos compuestos aumentaron hasta convertirse «fortuitamente» en células capaces de reproducirse y que estas células fueron la primera señal de «vida» en la Tierra. Los argumentos de Penrose sobre los ordenadores son aplicables igualmente a esta teoría. Por muy compleja que fuera una combinación de moléculas de carbono, seguiría sin estar «viva».

Estas ideas sobre ordenadores y moléculas de carbono «vivos» hubieran parecido indescriptiblemente perversas a los egipcios. Para ellos había dos realidades distintas: la materia y el espíritu. En los seres vivos las dos se influyen recíprocamente, y las leyes que gobiernan la interacción son matemáticas. No carece de sentido preguntar por qué las zanahorias son largas y puntiagudas, y los melones son redondos, y los calabacines son largos y redondos. La vida obedece a leyes matemáticas desconocidas.

Gurdjieff también concedía gran importancia al concepto de la alquimia. En su obra principal, *Beelzebub's Tales to his Grandson,* explica que lo que generalmente se denomina «alquimia» es una seudociencia, pero que existía -y existe- una alquimia auténtica, una «gran ciencia», que conocían los antiguos antes de que el hombre empezase a degenerar.

También cabe señalar que en la citada obra Gurdjieff hace que Beelzebub, que es un ser superior que procede de un sistema solar situado en la Vía Láctea, explique que en un principio Egipto estaba poblado por supervivientes de la Atlántida, que fue destruida en dos cataclismos, y que la Esfinge y las pirámides de Gizeh las construyeron los atlantes. (Hay que tener en cuenta que el libro se escribió antes de que Schwallen descubriese el Egipto antiguo, de modo que no hubo influencia mutua.) Al cabo de algún tiempo, más o menos en la época del Egipto dinástico, se produjo un «cataclismo» espiritual que hizo que la humanidad degenerase y pasara a un nivel inferior. El hombre empezó a creer que el mundo material es la única realidad y que lo espiritual es un mero reflejo de lo material. Esto parece un eco del convencimiento de Schwaller de que el género humano ha degenerado de «gigantes... a un estado casi animal».

Parece irónico que el interés de Schwaller por la antigüedad de la Esfinge -y los otros grandes monumentos egipcios- fuera virtualmente un subproducto de su interés por la «alquimia» y su influencia en la evolución humana. Lo que creía haber encontrado en el Egipto antiguo era un modo de pensamiento completamente nuevo... un modo que no puede expresarse en los conceptos analíticos del lenguaje, sino que sólo puede mostrarse en el mito y el simbolismo.

Este conocimiento también llevaba aparejada una tecnología muy avanzada, capaz de proezas tan increíbles como mover bloques de 200 toneladas (que se usaron para construir los templos de la Esfinge) y colocarlos unos encima de otros.

En resumen, Schwaller creía que el Egipto antiguo poseía un sistema de conocimiento que había heredado de una civilización mucho más antigua cuyos modos de pensamiento eran fundamentalmente distintos de los del hombre moderno. Creía que el secreto de este sistema de conocimiento radicaba en el Egipto antiguo.

Probablemente porque no quería dañar la reputación de sus estudios matemáticos en el templo de Luxor, Schwaller puso cuidado en no ser demasiado concreto al referirse a su opinión sobre la antigüedad de la Esfinge. Pero en *Sacred Science,* en el capítulo en el que comenta las leyendas de la prehistoria egipcia, habla de tradiciones antiguas que hacen referencia a los tiempos anteriores a la existencia del delta del Nilo... antes, esto es, de que el Nilo hubiera traído los miles de millones de toneladas de limo que ahora forman el delta. Y añade:

> Una gran civilización debió de preceder los inmensos movimientos de agua que pasaron por encima de Egipto, lo cual nos induce a suponer que la Esfinge ya existía, esculpida en la roca del precipicio occidental de Gizeh, aquella Esfinge cuyo cuerpo leonino, exceptuando la cabeza, muestra señales indiscutibles de erosión acuática.

Y prosigue diciendo: «No tenemos ninguna idea de cómo se produjo la sumersión de la Esfinge...», lo cual parece indicar claramente que piensa en términos de una esfinge sumergida bajo el mar. Pero al leer estas frases, a John Anthony West le llamó la atención un hecho obvio: que esta idea -la erosión causada por el agua- por fuerza podía probarse científicamente. En 1978 expresó este convencimiento en *Serpent in the Sky,* su estudio de Schwaller y el antiguo Egipto. Durante el decenio siguiente trató de despertar

el interés de los estudiosos por el problema. Por ejemplo, preguntó a un geólogo de Oxford si le importaba que le gastara una broma y entonces le enseñó una fotografía de la Esfinge en la cual la cabeza y los demás rasgos que la identificaban aparecían tapados con cinta adhesiva, de tal modo que semejaba un fragmento de precipicio. «¿Cree usted que esto es erosión eólica o erosión acuática?» El geólogo respondió sin titubear: «Erosión acuática». Entonces West quitó la cinta adhesiva y dejó al descubierto la cabeza y las patas. El geólogo miró fijamente la fotografía y dijo: «Oh». Y después de reflexionar un poco más, agregó: «No quiero decir nada más. El desierto no es mi especialidad, ¿comprende?». Otros científicos a quienes West escribió ni tan sólo contestaron.

Pasaron varios años más antes de que encontrara un geólogo sin prejuicios que se avino a ir a echar un vistazo a la Esfinge. Fue el principio de una nueva e importante fase en la búsqueda de la Atlántida.

2

LA NUEVA RAZA

West ha comentado (con comprensible amargura) que encontrar un científico sin pejuicios viene a ser tan fácil como dar con un fundamentalista cristiano a quien le encante Madonna. Pero en 1985 un amigo de la universidad de Boston le comentó: «Me parece que conozco a alguien».

El «alguien» era Robert Schoch, geólogo de la universidad de Boston cuya nota en el anuario *Who's Who* indicaba claramente que sería el partidario ideal. Si bien aún no contaba treinta años de edad, había publicado cuatro libros y era un estratógrafo -un geólogo que estudia las capas de roca sedimentaria- y un paleontólogo muy respetado. Pero al principio pareció que iba a contestar con evasivas, igual que el geólogo de Oxford. Alguien aconsejó a West que no tratase de abordarle de manera directa, para no asustarle. Periódicamente iba recibiendo informes: habían hablado con Schoch, estaba dispuesto a examinar el material, su primera reacción había sido mostrar escepticismo... Finalmente, después de estudiar todo el material que West pudo reunir, Schoch empezó a expresar interés, aunque prudente. Pero estaba a punto de obtener la titularidad y hubiera sido una locura arriesgarse a perderla defendiendo una opinión que sin duda enfurecería a sus colegas de la universidad. Durante varios años más West fue recibiendo estos informes esporádicos hasta que, por fin, viajó a Boston para entrevistarse con él.

Llevaba una caja llena de diapositivas y después de verlas y de comen-

tar todo el asunto, Schoch reconoció lo que le preocupaba. «Por lo que se ve en la foto, es erosión producida por agua. Parece muy obvio. Si tiene usted razón, me cuesta creer que nadie haya caído en ello antes.»

Estaba claro que tendría que ir a Egipto para verlo por sí mismo. Pero el viaje debería esperar hasta que recibiese la titularidad.

Finalmente la recibió, en abril de 1990. Dos meses después se encontraban en El Cairo. West se sentía tenso a medida que iban acercándose a Gizeh y casi daba por sentado que Schoch señalaría algún fallo geológico que destruiría la totalidad de su teoría. Pero Schoch pareció quedar impresionado, aunque no hizo ningún comentario. A primera vista no pudo detectar nada que contradijese la creencia de West de que la erosión la había causado el agua. El recinto de la Esfinge -las paredes de piedra caliza situadas a dos lados de la Esfinge- sin duda mostraban las típicas señales onduladas de la erosión causada por la lluvia. Pero dijo que necesitaba un estudio más detallado, además de la ayuda de un geofísico, así como sismógrafos del último modelo.

Parece probable que la roca original que formaba la cabeza de la Esfinge fuera un afloramiento que en otro tiempo asomaba a la superficie del suelo junto al Nilo. Schoch expresó la teoría de que tal vez la habían esculpido para darle forma de cara, humana o animal (por ejemplo, de león) en alguna fecha remota, cuando la campiña que la rodeaba todavía era verde. Luego, en alguna fecha posterior, se decidió añadirle un cuerpo. A tal efecto, sus creadores excavaron la piedra caliza, que es más blanda, debajo y alrededor de la cabeza -creando una pared o recinto de dos caras- con el fin de tener espacio para trabajar. Los grandes bloques que extrajeron -de 200 toneladas cada uno- se utilizaron para construir dos templos delante de la Esfinge. El estilo de estos arquitectos antiguos podría calificarse de «ciclópeo»: utilizaban bloques absurdamente grandes -que hubiera sido más cómodo dividir en una docena de bloques más pequeños- y con ellos construían estructuras tan sencillas y desprovistas de decoración como la de Stonehenge.

El siguiente paso consistió en cortar la roca que formaría el cuerpo de la Esfinge, que acabaría teniendo unos 73 metros de longitud y unos 20 de altura, tantos como los de un edificio de seis plantas. Desde el punto de vista de la posteridad, es una lástima que toda la Esfinge no se esculpiera en el mismo tipo de roca, ya que el cuerpo de piedra caliza está mucho más erosionado que la cabeza y los hombros, que son de piedra más dura. Los daños que se ven en la cabeza de la Esfinge los causó un fanático jeque ára-

be en 1380 y, más adelante, los mamelucos, que la utilizaron para hacer prácticas de tiro.

¿Y qué datos tenemos sobre la antigüedad de la Esfinge? Por extraño que parezca, no la menciona Heródoto y, por consiguiente, debemos suponer que o bien estaba cubierta de arena cuando éste visitó Egipto hacia el año 450 a. de C., o que el afloramiento de roca muy erosionada que asomaba a la superficie se parecía tan poco a una cara que el historiador griego ni siquiera se fijó en ella.

Cuando en 1817 quitaron la arena que la cubría hasta el cuello, vieron que entre sus patas había un pequeño templo. Dentro del templo encontraron la estatua de un león y tres estelas; la que estaba apoyada en el pecho de la Esfinge llevaba la fecha del rey Tutmosis IV, que subió al trono en 1425 a. de C. La estela principal contaba cómo el rey Tutmosis IV se había quedado dormido cerca de la Esfinge durante una cacería y cómo la Esfinge -en la que habitaba el dios Khepera (una forma el dios sol Ra), creador del universo- le habló en sueños y le pidió que quitara la arena que la enterraba. Tutmosis no sólo quitó la arena, sino que también llevó a cabo extensas reparaciones del cuerpo. Al parecer, no fue la primera vez, ya que la misma estela llevaba el nombre del faraón Kefrén, aunque la escritura que lo rodeaba se había desprendido, por lo que su significado no estaba claro. Gaston Maspero supuso que Kefrén había prestado el mismo servicio, es decir, quitar la arena y posiblemente reparar la Esfinge: en la parte posterior hay señales de reparaciones que se han datado en el Imperio Antiguo, que duró unos 450 años (2575-2130 a. de C.).

Pero esto, obviamente, plantea un interrogante básico. Si la Esfinge fue construida por Kefrén alrededor de 2500 a. de C., ¿por qué necesitaría reparaciones durante los siguientes tres siglos y medio? Estaba bien protegida y sin duda permaneció enterrada en la arena durante la mayor parte del tiempo desde que se construyó. El doctor Zahi Hawass, conservador del Museo de El Cairo y enemigo implacable de la teoría de West, argüiría que la piedra caliza con que se construyó la Esfinge era tan mala que empezó a erosionarse tan pronto como quedó terminado el monumento. West respondería que ello significaba que la erosión habría avanzado a razón de unos treinta centímetros cada cien años y, en tal caso, la Esfinge habría desaparecido por completo hace unos cinco siglos.

En cambio, si Maspero estaba en lo cierto, Kefrén se habría limitado a reparar la Esfinge y a desembarazarla de arena; de hecho, Maspero afirmó que esto demostraba que «la Esfinge ya estaba cubierta de arena durante la

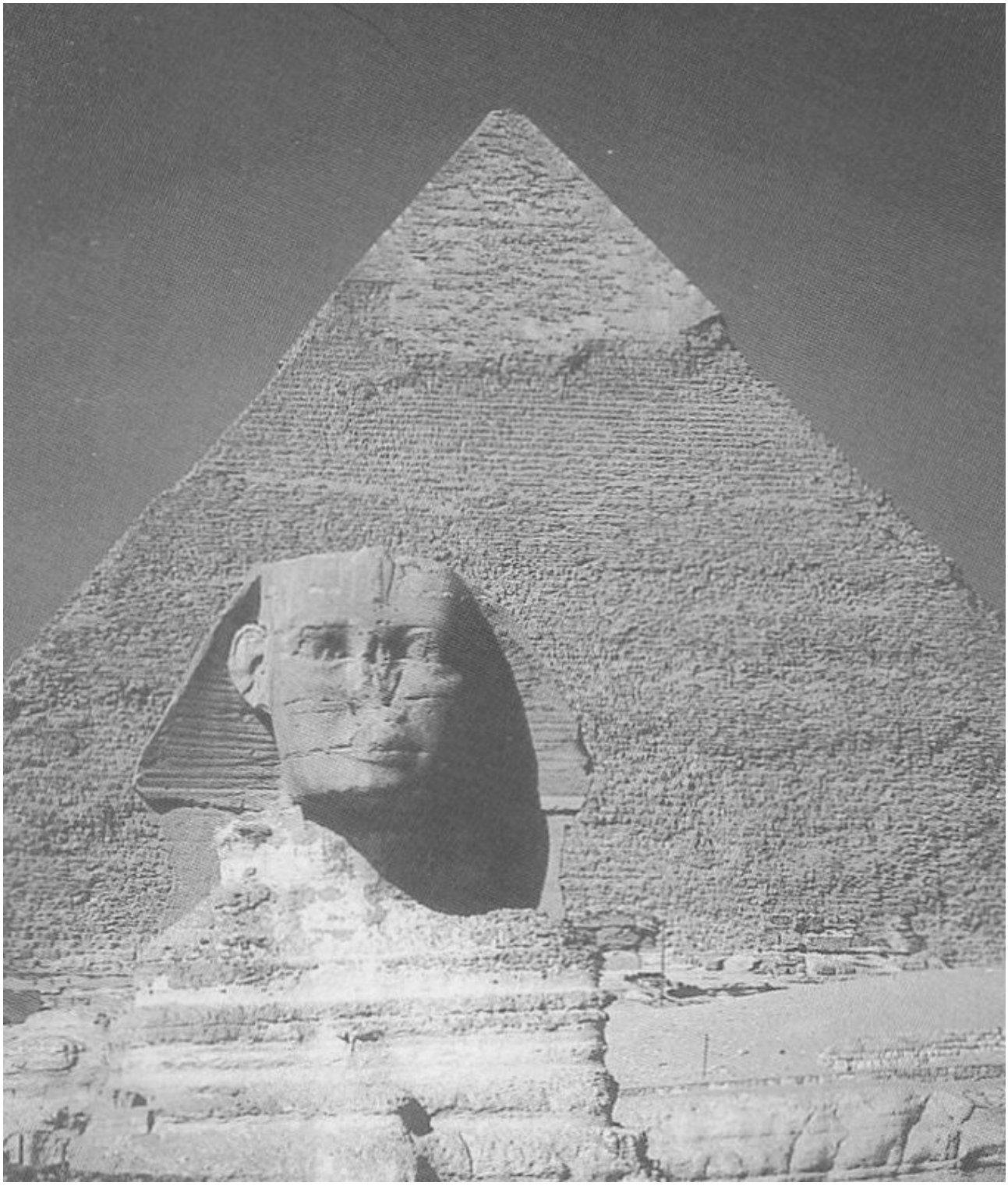
época de Khufu [Keops] y sus predecesores». En realidad, los egiptólogos del siglo XIX solían afirmar que la Esfinge era mucho más antigua que las pirámides. Hasta el siglo XX, y basándose en la presencia del nombre de Kefrén en la estela de Tutmosis IV, no han decidido los egiptólogos que la Esfinge fue construida por Kefrén y que se supone que su cabeza es su retrato. Han sacado esta conclusión basándose en exactamente los mismos indicios que empujaron a Maspero a decir que la Esfinge era mucho más antigua que las pirámides.

Se nos plantea otro interrogante obvio. Como ya hemos dicho, la mayor parte de la Esfinge se encuentra por debajo del nivel del suelo, por lo que resultaría evidente para su constructor que no tardaría en quedar enterrada en la arena. (Al parecer, tarda unos veinte años.) ¿No induce esto a pensar que al construirse la Esfinge, en el Sáhara aún había vegetación, lo cual explicaría a qué se debió que la Esfinge fuese erosionada por la lluvia? Sabemos que hubo un tiempo en que el Sáhara era un lugar con vegetación y fértil, y que también fue erosionándose en el transcurso de los milenios. Nadie está seguro de hasta cuándo hubo en él vegetación pero un cálculo moderado señala el año 3500 a. de C.

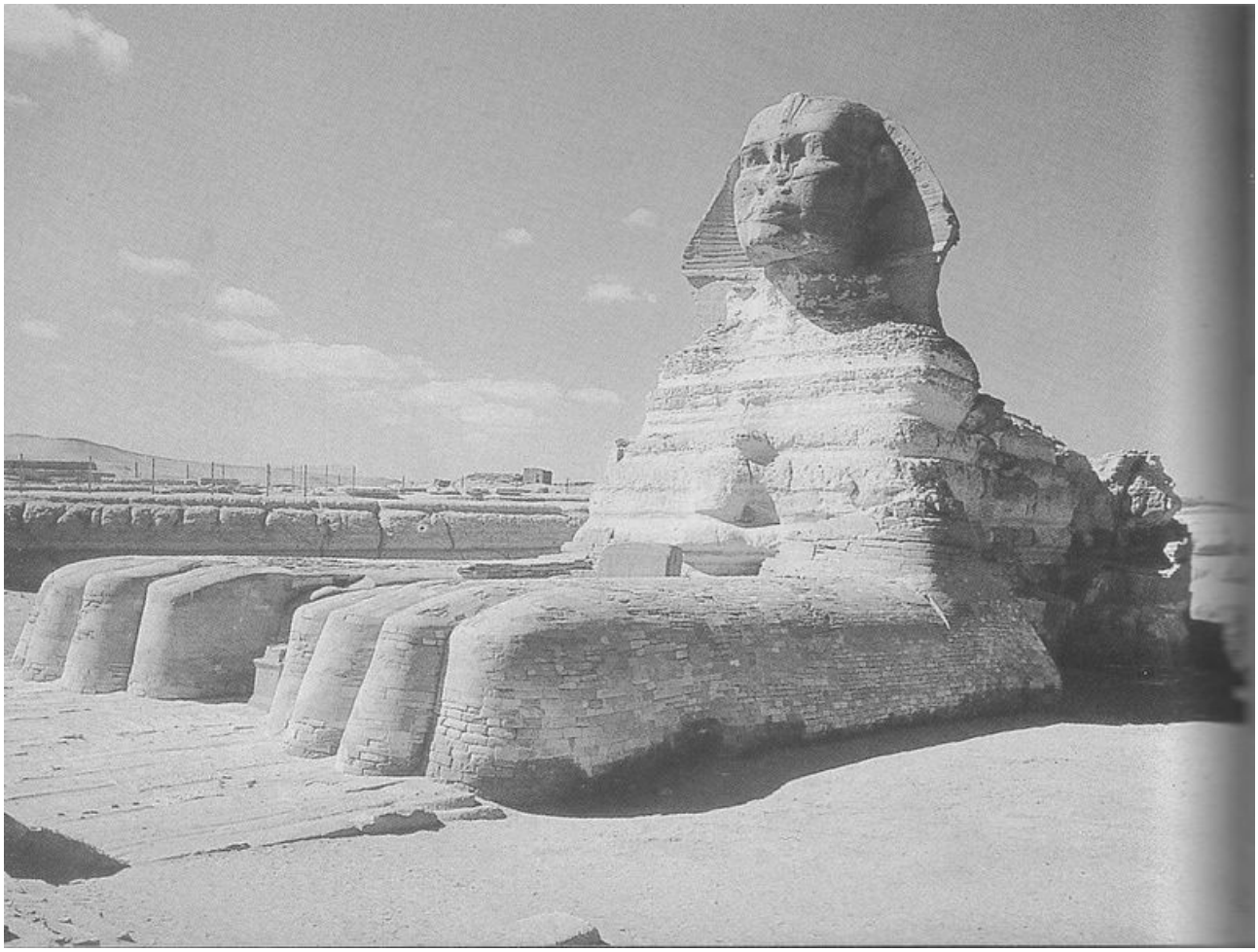
Hasta es posible, por supuesto, que todavía hubiera vegetación en tiempos de Kefrén;[1] pero en tal caso, aunque fuera cierto que la Esfinge fue construida por Kefrén en un Sáhara lleno de vegetación en 2500 a. de C., seguimos sin tener una explicación de por qué necesitó reparaciones tan pronto.

Ahora West debía tratar de demostrar que Maspero y los otros eruditos del siglo XIX tenían razón y que la Esfinge ya era antigua en tiempos de Kefrén. Si podía probar que el cuerpo y el recinto de la Esfinge habían sido erosionados por el agua, en vez de por la arena impulsada por el viento, sin duda habría dado un gran paso en aquella dirección. Su primera tarea sería buscar la financiación necesaria para que un grupo de expertos se trasladase a Egipto y examinara la Esfinge. Boris Said, realizador de vídeos, se encargó de coordinar el proyecto y también se contrató a un geofísico llamado Thomas L. Dobecki, a dos geólogos, a un arquitecto y a un oceanógrafo. Después de un forcejeo interminable con las autoridades para persuadirlas a dar permiso, finalmente estuvieron a punto para ponerse en marcha.

1. Heródoto cita una historia en el sentido de que a causa de la perversidad de Keops y Kefrén, los egipcios prefirieron dar a las pirámides el nombre de un pastor llamado Filitis, «que en aquel tiempo apacentaba sus rebaños en aquel lugar», lo que sin duda significa que el lugar era verde. Y en un artículo titulado «When the Sahara was Green» (en *The World's Last Mysteries,* 1977), el respetable erudito Henry Lhote también dice que el Sáhara era verde en el 2500 a. de C.)



La Esfinge y la pirámide de Kefrén en Gizeh



La Esfinge

Al poder estudiarlo todo de cerca, las dudas de Schoch se desvanecieron. Si la Esfinge tenía la misma antigüedad que el resto de lo que había en Gizeh, ¿por qué estaba tan erosionada, cuando las tumbas del Imperio Antiguo que había cerca de ella lo estaban mucho menos?... y, lo que es más, ¿era tan obvio que la erosión de dichas tumbas la había causado la arena empujada por el viento? Sin duda la Esfinge tenía que ser más antigua.

La erosión eólica de las tumbas permitió hacer una comparación útil. La piedra caliza es una roca sedimentaria formada por partículas pegadas unas a otras; y, como sabe todo el mundo, esta clase de rocas tienen estratos, como el pastel relleno. Cuando la arena empujada por el viento golpea el costado del pastel, las capas más blandas se desgastan mientras que las más duras sobresalen por encima y por debajo de ellas. El resultado es una serie de capas paralelas, con un perfil de protuberancias y depresiones parecido al perfil de un emparedado de dos pisos.

Cuando una cara de roca es erosionada por el agua de lluvia, el efecto es totalmente distinto. La lluvia baja formando regueros y abre canales verticales en la roca. La roca blanda también sufre una erosión más profunda que la dura, pero el efecto es muy distinto del que produce la erosión eólica: a veces parece una serie de protuberancias que hacen pensar en una hilera de nalgas desnudas. Los miembros del grupo estuvieron de acuerdo en que tanto el cuerpo como el recinto de la Esfinge mostraban este tipo de erosión en vez del efecto más liso de la erosión eólica.

Los dos templos que hay delante de la Esfinge -el Templo del Valle y el Templo de la Esfinge- proporcionaron más indicios favorables a esta tesis. Si, por supuesto, los hubieran dejado intactos, habrían presentado exactamente la misma erosión que la Esfinge y su recinto. Pero hay indicios claros de que fueron reparados por los antiguos egipcios, que querían evitar que sufriesen más daños y con tal fin los revistieron con losas de granito. Muchas de estas losas las quitaron generaciones posteriores, que las utilizaron en sus propios trabajos de construcción. Y las paredes exteriores que quedaron al descubierto al quitarse la losas son tan irregulares, que cualquier arquitecto que se precie se pondría colorado de vergüenza.

Lo que ocurrió parece claro. Estas paredes sufrieron una erosión profunda, igual que la Esfinge, pero, con el fin de poder repararlas, las redujeron para tener superficies lisas. Como de todos modos iban a cubrirlas con losas de granito, daba lo mismo que quedasen feas.

De hecho, donde se ha quitado el revestimiento de granito, estos blo-

ques de piedra caliza muestran la misma erosión ondulatoria que la Esfinge y su recinto. En las caras traseras de algunas de las losas de granito incluso se han labrado dibujos ondulatorios para que hagan juego con la piedra caliza erosionada. Además, parece como si la gente que reparó los templos se encontrara con que presentaban una erosión profunda causada por el agua. Es una reliquia de la anterior era «ciclópea» que se alza sola, sin más compañía que la Esfinge, en una meseta desierta.

Estos templos situados delante de la Esfinge planteaban otro problema del cual han hecho caso omiso los egiptólogos ortodoxos. Como ya hemos señalado, su arquitectura es muy diferente de la que vemos en la mayoría de los templos egipcios, con sus columnas cilíndricas y su abundancia de tallas. Aquí no hay más que sombrías pilastras rematadas por bloques parecidos, desnudas y sin tallas, como si pertenecieran a una época completamente distinta de aquella en la que se construyeron los grandes templos egipcios.

Asimismo, ¿por qué los constructores antiguos habían decidido edificar los templos de la Esfinge con bloques que pesaban 200 toneladas cada uno? La explicación que se nos ocurre es que, al igual que la Esfinge, a los templos se les consideraba tan sagrados que cualquier cosa más pequeña hubiera sido un insulto al dios en honor del cual se habían erigido. El rey Tutmosis soñaba que el «dios» que habitaba en la Esfinge era Khepera, creador del universo y padre de todos los demás dioses. Si esto era verdad, sin duda resultaba apropiado que los templos del Valle y la Esfinge fueran sencillos y desnudos.

Finalmente, la pregunta más desconcertante de todas: ¿cómo habían logrado los constructores mover y levantar bloques de 200 toneladas? West consultó con varios ingenieros que tenían experiencia en construir estructuras enormes; reconocieron que se sentían desconcertados. El ayudante de Graham Hancock en sus investigaciones averiguó que en el mundo hay sólo tres grúas lo bastante grandes como para mover bloques de tales características.

¿Qué se deduce de ello? Esto, al menos, es innegable: que quien talló la Esfinge y construyó los dos templos, fuera quien fuese, poseía una tecnología muy avanzada. Ni siquiera la Gran Pirámide contiene bloques tan grandes. Parece que la conclusión que cabría sacar es que si la Esfinge y sus templos se construyeron siglos -o tal vez miles de años- antes de Keops y Kefrén, los constructores tenían más -en vez de menos- habilidad técnica.

Esto nos lleva a otra cuestión sobre los conocimientos técnicos de esta gente antigua.

En 1893, Flinders Petrie había excavado el poblado de Nagada, unos 480 kilómetros al sur de El Cairo, y había encontrado cerámica y vasos que revelaban un alto nivel de habilidad. En la cerámica no encontró ninguna de las estrías que indicaran la utilización de un torno de alfarero, pero estaba redondeada de forma tan perfecta que costaba creer que la hubieran hecho a mano. El nivel de calidad de los objetos que encontró le hizo suponer que debían de proceder de la XI dinastía, alrededor del año 2000 a. de C. Su aspecto era tan poco egipcio que dio a sus creadores el nombre de la Nueva Raza. Cuando se encontraron algunos de estos vasos de la Nueva Raza en tumbas de la I dinastía, que databa de unos mil años antes, quedó tan desconcertado que eliminó el vaso de Nagada de su cronología, siguiendo el principio según el cual es mejor hacer caso omiso de lo que no puedes explicar.

De hecho, los nagadeses descendían de pueblos paleolíticos del norte de África que empezaron a cultivar la tierra (en zonas pequeñas) después del 5000 a. de C. Enterraban sus muertos en fosas poco profundas orientadas al oeste y parece que eran una típica cultura primitiva de alrededor del cuarto milenio. Pero los vasos que desconcertaron a Petrie estaban demasiado bien hechos para ser obra de seres primitivos.

Al examinar el gran sarcófago de granito rojo que se encontró en la Cámara del Rey de la Gran Pirámide (del cual hablaremos más en el próximo capítulo), Petrie volvió a sentirse intrigado por los artesanos antiguos. El sarcófago planteaba una serie de problemas técnicos que aparentemente eran irresolubles. Al medirlo, resultó que su volumen externo -2.332,8 litros- era exactamente el doble del volumen interno. Eso quería decir que lo habían tallado con una precisión increíble. Pero ¿con qué herramientas? Flinders Petrie pensó que debían de haberlo cortado de un bloque más grande utilizando sierras «de unos dos metros y medio o más de longitud». Pensó que unas sierras así tenían que ser de bronce con diamantes incrustados. Nadie ha visto jamás una sierra de semejantes características y tampoco aparece descrita en los textos antiguos, pero a Petrie no se le ocurrió ninguna otra solución.

Ahora bien, ¿qué herramientas se usaron para vaciarlo por dentro? Petrie hace una sugerencia extraordinaria en el sentido de que los antiguos egipcios habían creado algún tipo de sierra circular -o, mejor dicho, tubular-

que «abría una hendidura circular por medio de su rotación». Esto de las sierras tubulares con diamantes engarzados en la punta parece sacado de una novela de ciencia ficción. Y aun en el supuesto de que pudieran fabricarse tales sierras -y engarzar los diamantes de modo tan firme que no salieran disparados o se hundieran en el bronce al utilizar la sierra-, ¿cómo lograban los egipcios hacerlas «girar»? Suponemos que en esta etapa tan primitiva de la tecnología los taladros tenían que hacerse «girar» con la mano... o tal vez con una cuerda de arco enrollada en el eje. Parece imposible, sencillamente.

Petrie también habla de losas de granito y de cuencos de diorita con inscripciones muy precisas. Los caracteres, según dice Petrie, no se «grabaron raspando ni esmerilando, sino que aparecen abiertos a través de la diorita, con bordes irregulares». La diorita, al igual que el granito, es increíblemente dura.

Graham Hancock también había visto varias clases de vasijas de diorita, basalto y cuarzo, algunas de las cuales databan de siglos antes de Keops, vaciadas pulcramente por medio de alguna técnica desconocida. Las más desconcertantes de todas ellas eran «vasos altos, de cuello largo, delgado y elegante e interiores delicadamente acampanados, a menudo con lomos totalmente vaciados». (Se encontraron más de 30.000 debajo de la pirámide escalonada de Zoser en Sakkara.) Los cuellos son demasiado delgados para dar cabida a una mano humana -aunque sea de niño- y algunos son tan estrechos que ni siquiera se puede meter el meñique en ellos. Hancock señala que ni tan sólo un moderno tallista de piedra utilizando taladradoras de carburo de tungsteno podría igualarlos y saca la conclusión de que los egipcios debían de poseer alguna herramienta que los egiptólogos desconocen por completo, cuya existencia ni tan sólo sospechan. Reconozco que es demasiado absurdo sugerir que tenían algún tipo de taladradora eléctrica. Sin embargo, al pensar en lo que dice Petrie sobre los caracteres «abiertos a través de la diorita», parece obvio que debían de tener algún medio de hacer girar la broca a una velocidad tremenda. Podría tratarse de un torno de alfarero dotado de las «marchas» apropiadas.

De hecho, un fabricante de herramientas de hoy, Christopher P. Dunn, estudió el libro de Petrie para intentar encontrarle sentido a su descripción y luego escribió un artículo titulado «Advanced Machining in Ancient Egypt» en el cual sacaba algunas conclusiones asombrosas. Dunn comenta:

> Los millones de toneladas de roca que los egipcios habían extraído de las canteras para sus pirámides y templos -y que habían cortado con soberbia precisión- permiten vislumbrar una civilización que en el campo de la técnica estaba más avanzada de lo que generalmente se cree. Aun cuando se piensa que millones de toneladas de roca se cortaron con herramientas de mano sencillas, primitivas, tales como escoplos de cobre, azuelas y mazos de madera, hay muchos indicios de que esto sencillamente no es así. Incluso descartando el argumento de que el cobre endurecido no sería apropiado para cortar roca ígnea, otros indicios nos obligan a mirar con un poco más de detenimiento, y más objetivamente, al explicar las señales de fabricación que los artesanos de la piedra antiguos grabaron en el granito antiguo.

Habla también del misterio de cómo los citados artesanos cortaron las 43 gigantescas vigas de granito, cuyo peso es de entre 45 y 70 toneladas cada una, y las utilizaron en la Cámara del Rey.

> Aunque no se atribuye a los egipcios el mérito de la rueda sencilla,[2] las señales de máquina que dejaron en el granito encontrado en Gizeh inducen a pensar en un grado mucho más elevado de destreza técnica. La conclusión de Petrie relativa a sus capacidades mecánicas muestra una competencia con la sierra recta, la sierra circular, la taladradora de tubo y, aunque sorprenda, incluso el torno.

Seguidamente menciona los dos cuencos de diorita que hay en la colección de Petrie y que éste creía que estaban fabricados con un torno, porque «no podían haberse producido mediante ningún proceso de esmerilado o de frotación». Petrie había detectado cierta aspereza en uno de los cuencos y comprobado que estaba en el lugar donde se cruzaban dos radios, como si el mecánico no hubiera «centrado» el cuenco correctamente en el torno y hubiese vuelto a centrarlo con mayor precisión.

Después de examinar bloques que habían sido vaciados -con alguna clase de taladradora- en el Templo del Valle, Dunn afirma que las marcas de la taladradora que quedan en el agujero demuestran que la herramienta cortaba la roca a razón de unos dos milímetros y pico por cada revolución y señala que esta fenomenal velocidad no podía alcanzarse accionando la he-

2. Flinders Petrie, sin embargo, dice en su libro *Naquada and Ballas* (1896): «Los egipcios debían de conocer bien la rueda en aquel tiempo [de Nagada]».

rramienta a mano. (Petrie opinaba que sí podía alcanzarse, pero sólo si se aplicaba una presión de más de una tonelada a la taladradora... aunque no queda claro cómo podía aplicarse.) Una compañía de Illinois que está especializada en perforar granito dijo a Dunn que sus taladradoras -que giran a razón de 900 revoluciones por minuto- sólo lo cortan a razón de 2,54 micras por revolución, de manera que en teoría los antiguos egipcios debían de usar una taladradora que era 500 veces más rápida que una moderna.

Otro aspecto del problema hizo que Dunn empezara a vislumbrar la solución. Un agujero abierto en una roca que era una mezcla de cuarzo y feldespato demostró que la «taladradora» había cortado el cuarzo con más rapidez que el feldespato, aunque aquél es más duro que éste. La solución que sugiere Dunn casi resulta increíble. Señala que el moderno maquinado ultrasónico utiliza una herramienta que depende de la vibración. El martillo neumático que usan los peones se basa en el mismo principio: un martillo que sube y baja a una velocidad tremenda y descarga cientos de golpes por minuto sobre la superficie que hay que romper. Lo mismo cabe decir de la taladradora. La broca de una herramienta ultrasónica vibra miles de veces más rápidamente.

Los cristales de cuarzo se usan en la producción de ultrasonido y, a la inversa, responden a la vibración ultrasónica. Esto explicaría por qué la «broca» cortaba el cuarzo más rápidamente que el feldespato.

Hay que reconocer que lo que se sugiere parece absurdo: que los egipcios tenían alguna fuerza tan potente como nuestra electricidad y que dicha fuerza se basaba en el sonido. Todos hemos oído contar que Caruso rompía un cristal cantando cierta nota a gran volumen. También podemos ver que si se instalara una taladradora puntiaguda en una de las puntas de un diapasón gigantesco, teóricamente podría cortar un bloque de granito tan fácilmente como una moderna taladradora giratoria. En efecto, lo que hace Dunn es sugerir que los egipcios disponían de una tecnología basada en el sonido de alta frecuencia. Pero debo reconocer que no comprendo exactamente cómo pudo utilizarse esta fuerza para accionar la hoja de casi tres metros de longitud de la sierra de bronce que cortó el sarcófago que hay en la Cámara del Rey. Posiblemente a algún lector que posea una imaginación de índole más técnica se le ocurrirá la solución.

Por desgracia, la teoría de la vibración no nos explica el comentario de

Dunn en el sentido de que la taladradora giraba quinientas veces más rápidamente que un modelo moderno. Debemos suponer que, si esta en lo cierto, los egipcios sabían usar ambos principios.

Mientras preparaba un programa para la televisión, Christopher Dunn demostró la increíble destreza técnica de los ingenieros egipcios a otro ingeniero, Robert Bauval, empleando un instrumento de metal que se usa para determinar que una superficie metálica se ha maquinado con una precisión de 25,4 micras y apoyándolo en un lado de la piedra benben* que hay en el Museo de El Cairo. Luego llevó a cabo la prueba habitual: acercar una linterna a un costado del metal y mirar el otro lado para comprobar si podía verse luz. No se veía el menor asomo. Bauval quedó fascinado por la prueba y se llevó a Dunn al Serapeum de Sakkara, donde los bueyes sagrados fueron enterrados en gigantescos sarcófagos de basalto. Resultó que los sarcófagos mostraban la misma precisión increíble. Al hablarme de todo ello, Bauval me preguntó por qué los antiguos egipcios necesitarían una precisión de 25,4 micras para un sarcófago. Además, ¿como la consiguieron sin las modernas técnicas de ingeniería?

La idea de las taladradoras ultrasónicas ofrece al menos una posible respuesta al por lo demás insoluble acertijo de los vasos de Hancock, los que tenían cuello de cisne en el que era imposible introducir el dedo índice. Dunn dice que la técnica se emplea «para el maquinado de agujeros de forma rara en materiales duros quebradizos». Continúa siendo imposible imaginar qué técnica se utilizaría para vaciar tales vasos, incluso introduciendo una taladradora larga en su cuello estrecho e igualmente largo. Pero con las sugerencias de Dunn, empieza a parecer un poco menos absurdo.

Petrie se hubiera sentido todavía más incómodo en relación con sus vasos de Nagada de haber sabido que se habían descubierto vasos del mismo tipo en estratos que databan de 4000 a. de C., es decir, de una época en que se suponía que Egipto estaba lleno de nómadas que vivían en tiendas, y que entre tales vasos los había con cuello de cisne.

Es imposible no sacar la conclusión de que, aun en el supuesto de que la gente de Nagada no fuera la raza de técnica avanzada de nuestras conjeturas, la Nueva Raza de Petrie existió realmente y se anticipó al Egipto faraónico en por lo menos mil años, posiblemente varios miles de años. De momento, estos vasos parecen ser los indicios más concluyentes de que

* Del árabe *bnbn,* es una piedra egipcia de forma piramidal. *(N. del T.)*

existieron los «atlantes» de Schwaller de Lubicz.

Dobecki, el geofísico de West, también estaba haciendo algunos descubrimientos interesantes. Uno de los métodos básicos que se usan para estudiar las capas profundas de roca es la vibración. Se golpea una plancha de metal con un mazo y las vibraciones bajan a través de la roca y los diversos estratos devuelven su reflejo. Una serie de «geófonos» colocados a intervalos sobre el suelo recogen estos ecos y un ordenador se encarga de interpretar sus datos.

Una de las primeras cosas que descubrió Dobecki fue que unos cuantos metros por debajo de las patas delanteras de la Esfinge parece haber una especie de cámara subterránea... posiblemente más de una. La leyenda siempre ha afirmado que tales cámaras existen y contienen «secretos antiguos», pero generalmente quienes hablan de ellas son autores a los que quizá no haríamos caso por considerarles chiflados: por ejemplo, un libro que lleva por título *Dramáticas profecías de la Gran Pirámide* (Editorial Diana, México, D.F., 1989), de Rodolfo Benvenides, publicado en 1969, contiene un dibujo de la Esfinge con una especie de templo debajo de ella. (Entre otras cosas, las «profecías» -que se basan en las medidas interiores de la Gran Pirámide hablan del aterrizaje de hombrecillos verdes procedentes del espacio en 1970 y de una guerra mundial entre 1972 y 1977.) El descubrimiento de Dobecki al menos parecía confirmar que algunas de las leyendas extrañas sobre la Esfinge no son pura fantasía. Luego, en octubre de 1994, la Associated Press dio la noticia de que unos trabajadores que estaban reparando la Esfinge habían descubierto un corredor desconocido que descendía hasta un lugar situado debajo del cuerpo de la misma. Las autoridades de la meseta de Gizeh anunciaron inmediatamente que hasta 1996 no se llevarían a cabo nuevas excavaciones a cargo de equipos internacionales, toda vez que reparar la Esfinge era lo más importante...

Otro de los descubrimientos de Dobecki tuvo consecuencias trascendentales en relación con la antigüedad de la Esfinge. La tecnología basada en las vibraciones también puede utilizarse para investigar la «erosión subsuperficial», es decir, la erosión que penetra debajo de la superficie cuando las rocas porosas se exponen a los elementos. Dobecki descubrió una anomalía extraña. En la parte delantera de la Esfinge la erosión subsuperficial penetraba cerca de dos metros y medio. En cambio,

en la parte posterior sólo penetraba un metro y unos veinte centímetros. Cabía deducir de ello que la parte delantera de la Esfinge la habían tallado en primer lugar y que el extremo posterior lo habían tallado miles de años más tarde. Así pues, aun cuando supongamos que el extremo posterior fue tallado en tiempos de Kefrén, hace 4.500 años, diríase que la parte delantera de la Esfinge tiene el doble de antigüedad. Y si la parte posterior se talló mucho antes de Kefrén, la de delante era mucho más antigua.

A juzgar por lo que Schoch pudo ver, West estaba básicamente en lo cierto. La erosión de la Esfinge -comparada con la de las tumbas del Imperio Antiguo que estaban a sólo unos 180 metros de distancia- significaba que tenía que ser miles de años más antigua que las tumbas y, por tanto, que las pirámides. Los dos templos de la Esfinge se prestaban claramente a sacar las mismas conclusiones; su erosión también era mucho más grave que la de las tumbas del Imperio Antiguo, además de ser de tipo diferente: causada por la lluvia en vez de por el viento.

Schoch decidió entonces que había llegado el momento de olvidarse de su prudencia de profesor universitario y de dar publicidad al asunto. Presentó un resumen de sus averiguaciones a la Geological Society of America y fue invitado a exponer sus argumentos ante la convención anual de la Society en octubre de 1992, en la ciudad californiana de San Diego. Los geólogos no tienen pelos en la lengua cuando se trata de expresar discrepancias y Schoch preveía que le harían pasar un mal rato. Se llevó una sorpresa agradable al ver que sus oyentes, lejos de poner objeciones, le escuchaban con evidente interés y que, al terminar, no menos de 275 geólogos entusiasmados se le acercaron para ofrecerse a ayudarle en el proyecto; muchos afirmaron que les asombraba que nadie se hubiera fijado antes en lo que ahora les parecía obvio: que la erosión de la Esfinge era obra del agua.

Aunque, claro, se trataba de geólogos y no de egiptólogos; no tenían ningún interés creado en negar que la Esfinge pudiera ser más antigua que Kefrén. Al trascender la noticia, los egiptólogos se mostraron indignados o desdeñosos. «¡Ridículo!», declaró Peter Lacovara, conservador adjunto del departamento egipcio del Boston Museum of Fine Arts, en el *Boston Globe.* «Es sencillamente imposible que sea verdad», dijo la arqueóloga Carol Redmount en *Los Angeles Times.* Otros preguntaron qué había sido de las pruebas de la existencia de esta civilización egipcia anterior... de sus otros

monunentos y restos. A juicio de West y Schoch, la respuesta era obvia: estaban enterrados en la arena.

Uno de los escépticos era Mark Lehner, un norteamericano que estaba investigando la Esfinge desde 1980. Sin embargo, era Lehner quien, sin percatarse de ello, había dado pábulo a la creencia de West de que la Esfinge era anterior a Kefrén. En el meticuloso estudio que había efectuado con L. Lal Gauri, un experto en la conservación de la piedra, Lehner había sacado la extraña conclusión de que si bien las reparaciones hechas en los flancos de la Esfinge parecían típicas del Imperio Antiguo (es decir, de la época de Kefrén), en realidad databan del Imperio Nuevo, unos mil años más tarde. West se preguntó por qué los reparadores del Imperio Nuevo iban a tomarse la molestia de crear la impresión de que su trabajo pareciese hecho durante el Imperio Antiguo. Lo que es más, si las reparaciones antiguas -las primeras de tres tandas- databan sólo del 1500 a. de C., la Esfinge debía de haber sufrido unos sesenta o noventa centímetros de erosión (la profundidad de las reparaciones) en mil años, durante la mayor parte de los cuales había permanecido cubierta por la arena.

En cambio, si las reparaciones antiguas databan del Imperio Antiguo -como indicaba su aspecto-, quedaba totalmente descartada la idea de que Kefrén había construido la Esfinge; porque, aun en el caso de que las reparaciones se hubieran efectuado justo al finalizar el Imperio Antiguo, seguiría dando sólo un margen de un siglo y pico para sesenta o noventa centímetros de erosión.

Y si, por supuesto, las reparaciones databan verdaderamente del Imperio Antiguo, esto significaba que era de todo punto imposible que Kefrén hubiese construido la Esfinge. Kefrén se limitó a repararla, como parecía sugerir la estela que había entre sus patas. Y la Esfinge debían de haberla construido miles de años antes del reinado de Kefrén a juzgar por los noventa centímetros de erosión: Schoch calculó por lo bajo que en 7000 a. de C.

Ésta era la fecha que Schoch había propuesto en San Diego y que había llamado la atención de la prensa mundial: significaba que la Esfinge tenía exactamente el doble de la antigüedad que se le solía calcular: unos nueve mil años.

West también señaló que las tumbas construidas con ladrillos de barro alrededor de la pirámide escalonada de Sakkara, y que datan más o menos

de un siglo antes de la Gran Pirámide, no muestran ninguna de las señales de erosión que se advierten en la Esfinge, pese a que están a sólo 16 kilómetros de distancia (y, por ende, sometidas al mismo clima), además de ser más blandas. ¿Por qué no aparecen erosionadas igual que la Esfinge?

Cuando Schoch expuso sus argumentos a la American Association for the Advancement of Science, Mark Lehner fue elegido paladín de la oposición académica. Puso la consabida objeción según la cual si la Esfinge había sido construida por una civilización mucho más antigua que los egipcios, hacia el año 7000 a. de C., ¿qué había sucedido con los restos de dicha civilización? «Enséñeme siquiera un solo casco de cerámica». West no fue autorizado a participar en el debate; como no era académico acreditado, tuvo que escuchar mezclado con el público. Pero al finalizar el acto, se apresuró a señalar que la objeción de Lehner era ilógica. Él y Schoch habían demostrado con pruebas que la Esfinge era más antigua que las tumbas que la rodeaban; la obligación de Lehner consistía en refutar dichas pruebas y no en pedir más pruebas que todavía no se han encontrado. West señaló también que era como poner objeciones al plan de Magallanes de circunnavegar el mundo diciendo: «Enseñadme a alguien que lo haya hecho antes».

Lehner también dio a entender que Schoch era incompetente como geólogo. «No creo que haya hecho su trabajo geológico todavía ...Uno de los pilares principales en que se apoyan sus argumentos es que si comparas la Esfinge con las tumbas del Imperio Antiguo, ves que no muestran las mismas señales de erosión causada por la lluvia y, por consiguiente, la Esfinge tiene que ser más antigua. Pero lo que hace es comparar estratos de la Esfinge con otros estratos. Según Lehner, los «estratos de la Esfinge» pasan por debajo de las tumbas, así que las tumbas están hechas de piedra caliza diferente -Lehner dio a entender que era una piedra caliza mucho más dura- y la erosión se produce más despacio.

Si esto era verdad, descargaba un golpe mortal sobre los argumentos de Schoch. Cuando decidió presentar el programa que habían preparado West y Boris Said, la BBC contrató a un experto independiente para que determinase si lo que afirmaba Lehner era correcto. El experto examinó minuciosamente una tumba que estaba a sólo noventa metros y pico de la Esfinge y que se sabía que databa de la misma época que las pirámides. Comprobó que las tumbas eran de la misma piedra caliza escamosa que las pirámides y contenían exactamente los mismos tipos de fósiles. El estrato de

la tumba era el mismo en el que se había tallado la Esfinge. Y Schoch y West se habían apuntado una victoria importante para su causa. Ahora le correspondía a Lehner -y al doctor Hawass del Museo de El Cairo- explicar por qué las tumbas aparecían tan poco erosionadas en comparación con la Esfinge, su recinto y sus templos.

West tenía otro argumento a favor de su teoría de la civilización de la Nueva Raza. Como ya hemos señalado, la arquitectura del templo de la Esfinge es mucho más sencilla y sombría que la de posteriores templos egipcios. Hay en el Alto Egipto un único templo que tiene el mismo estilo escueto: el Oseirión, cerca de Abydos. Durante el siglo XIX el único templo famoso que había en esta región era el de Osiris, construido por el faraón Seti I (1306-1290 a. de C.), padre de Ramsés II, que figura como el opresor de los israelitas en la Biblia. Pero el geógrafo griego Estrabón (h. 63 a. de C.-h. 23 d. de C.) había mencionado otro templo en las cercanías, y a comienzos del siglo XX Flinders Petrie y Margaret Murray empezaron a quitar la arena y entonces se vio que había un templo debajo del templo de Seti I. Hasta 1912 no quitó el profesor E. Naville suficiente arena como para que quedase claro que este templo fue construido con bloques megalíticos de acuerdo con un estilo parecido al del templo de la Esfinge, virtualmente desprovisto de decoración. Un bloque medía cerca de ocho metros de longitud. Naville quedó convencido inmediatamente de que databa del mismo tiempo que el templo de la Esfinge y que bien podía ser «el edificio de piedra más antiguo de Egipto». Al igual que la Esfinge, lo habían excavado en la roca sólida y no tenía suelo, por lo que pronto se convirtió en una especie de piscina cuando finalizó la excavación a comienzos del decenio de 1930. Naville incluso pensó que podía tratarse de alguna obra hidráulica primitiva. Pero había también diecisiete «celdas» pequeñas, más o menos de la altura de un hombre, que hacían pensar en un monasterio.

Debido al retraso que causó la primera guerra mundial, el Oseirión no lo excavó Naville, sino un hombre más joven que se llamaba Henri Frankfort. Éste sacó pronto la conclusión de que debía de haberlo construido Seti I porque su nombre aparecía escrito dos veces en la piedra y porque se encontró un casco de cerámica con una inscripción que decía: «Seti I sirve a Osiris». Había también algunos motivos decorativos astronómicos en los techos de dos «cámaras transversales» que se hallaban fuera del templo

propiamente dicho; era indudable que los había tallado Seti o su hijo.

Sin embargo, las suposiciones de Frankfort eran muy discutibles. La siguiente hipótesis parece más sencilla. Cuando Seti I decidió construir su templo hacia el año 1300 a. de C. se encontró con el Oseirión enterrado en la arena; una estructura sencilla y grande que databa de la misma época que la Esfinge y estaba construida con bloques enormes. Desde luego, su presencia sumaba dignidad al templo del propio Seti, por lo que éste construyó dos «cámaras transversales» en los extremos -y fuera del templo propiamente dicho- y los adornó con sus propios dibujos astronómicos. También hizo grabar su nombre en el granito en dos lugares del templo interior. El casco de cerámica con la inscripción según la cual «servía a Osiris» significaba sencillamente lo que decía: supuso que este templo antiguo se construyó en honor de Osiris y él quiso «servir» aumentándolo y reparándolo.

Margaret Murray dudaba de que Frankfotr estuviera en lo cierto al datar el templo en 1300 a. de C. y señaló que a los faraones les gustaba añadir sus propio nombre a los monumentos del pasado. Pero para entonces, también Margaret Murray despertaba ciertas dudas entre los estudiosos, ya que había dado pábulo a una polémica con su libro *Witch Cult in Western Europe,* en el que argüía que las brujas eran en realidad adoradoras del «dios cornudo» (Pan) de los paganos que precedió al cristianismo, de modo que hicieron caso omiso de sus objeciones.

El Oseirión plantea una pregunta interesante. Si estuvo totalmente enterrado en la arena -como la Esfinge en determinado momento-, ¿no es concebible que otros monumentos construidos con «bloques ciclópeos» por algún pueblo de la antigüedad yazcan enterrados en la arena? Es casi seguro que no se edificó en honor de Osiris.

La forma en que Frankfort había decidido que el Oseirión era más reciente de lo que nadie pensaba recuerda cómo los egiptólogos sacaron la conclusión de que la Esfinge fue construida por Kefrén porque su nombre aparecía mencionado -en algún contexto desconocido- en la inscripción que Tutmosis IV colocó entre sus patas. También podría recordarnos cómo el Templo del Valle -situado junto al Templo de la Esfinge- llegó a atribuirse a Kefrén. Durante la mayor parte del siglo XIX se supuso que databa de mucho antes de Kefrén, debido a la desnudez de su arquitectura y al hecho de que está construido con gigantescos bloques de piedra sacados del recinto de la Esfinge. Pero cuando se descubrieron varias estatuas de Kefrén enterradas

en el recinto del templo, los egiptólogos se replantearon sus opiniones: si se habían encontrado estatuas de Kefrén en el recinto del templo, cabía pensar que era la prueba de que Kefrén lo había construido.

Este razonamiento tiene sus defectos, por supuesto. El hecho de que Kefrén instalase estatuas suyas en el templo prueba solamente que quería que su nombre se asociara con él. Si Kefrén lo hubiera construido, ¿no lo hubiese llenado de inscripciones dedicadas a sí mismo?

Mientras tanto, hay otra prueba interesante que es necesario mencionar. Uno de los principales descubrimientos de Auguste Mariette -el primero de los grandes «conservacionistas» entre los arqueólogos del siglo XIX- fue una estela de piedra caliza que encontró en las ruinas del Templo de Isis, cerca de la Gran Pirámide, a mediados del decenio de 1850. La inscripción declara que la erigió el faraón Keops, para conmemorar las reparaciones que hizo en el Templo de Isis. Pasó a ser conocida por el nombre de Estela del Inventario y sin duda se la consideraría uno de los más importantes documentos egipcios -por razones que explicaré en seguida- si no fuera por un inconveniente: sus jeroglíficos la databan claramente hacia el año 1000 a. de C., es decir, unos 1.500 años después de Keops.

Ahora bien, normalmente los estudiosos no pondrían en duda la autenticidad de un documento basándose sólo en su fecha tardía, ya que, después de todo, resultaba obvio que la estela se copió de algo que databa de mucho antes. Otro valioso documento de reyes antiguos se encuentra en un bloque de basalto al que se conoce por el nombre de Piedra de Palermo (porque se conserva en Palermo desde 1877). Contiene una lista de reyes que van de la primera dinastía a la quinta (es decir, aproximadamente del 3000 al 2300 a. de C.), y se sabe que data de alrededor del 700 a. de C., fecha en que la copiaron de alguna lista original. Pero el hecho de que esto representa 1.500 años más tarde que el último rey que se menciona en ella no causa ningún apuro a los egiptólogos, toda vez que dan por sentado que es una copia fiel del original. A decir verdad, ¿por qué no iba a ser fiel? Es probable que los escribas que copiaban en piedra fueran más fieles al original que los que escribían con pluma.

En tal caso, ¿por qué miran con suspicacia la Estela del Inventario de Keops, hasta el extremo de denunciar que es una invención, un engaño?

Porque sus «hechos» parecen demasiado absurdos para ser verdad. Refiriéndose a Keops, dice que «encontró la casa (templo) de Isis, señora de la pirámide, al lado de la casa de la Esfinge, al noroeste de la casa de Osiris».

Lo que cabe deducir de ello es asombroso. Keops encontró el Templo de Isis, «señora de la pirámide», al lado del Templo de la Esfinge. Dicho de otro modo, tanto la Esfinge como una pirámide ya estaban en la meseta de Gizeh un siglo y pico antes de Keops.

Todo esto resulta muy desconcertante. Si Isis es la «señora de la pirámide», entonces es de suponer que una de las pirámides del grupo de Gizeh es la suya. ¿Cuál de ellas? Keops también menciona que construyó su propia pirámide al lado del Templo de Isis, y que también construyó una pirámide para la princesa Henutsen. Ahora sabernos que la pirámide de Henutsen es una de las pirámides pequeñas que se alzan cerca de la Gran Pirámide. Cabe concebir, pues, que una de sus pirámides hermanas sea la de Keops.

En cualquier caso, lo que quiere decir todo esto es que no sabemos con certeza que la Gran Pirámide la construyese Keops. Puede que así fuera, pero, por otra parte, también puede que no. En el capítulo siguiente examinaremos la única prueba, más bien pequeña, que la relaciona con Keops.

Mientras tanto, una cosa parece clara: que según la Estela del Inventario, la Esfinge ya estaba allí en tiempos de Keops, y lo mismo una «Pirámide de Isis». No es extraño que los egiptólogos se muestren deseosos de considerar que la estela es una «invención».

Fue después del descubrimiento de una estatua intacta de Kefrén cuando los egiptólogos decidieron que había un gran parecido entre su rostro y el de la Esfinge... de hecho, otra estatua incluso tenía forma de Esfinge.

En el punto culminante de la polémica que siguió a la conferencia geológica de San Diego, Mark Lehner lanzó un ataque contra West en la revista *National Geographic,* que publicó una imagen hecha con ordenador del rostro de la Esfinge fundido con una fotografía de la cara de una estatua intacta de Kefrén procedente del Templo del Valle. Lehner afirmó que dicha imagen probaba que el rostro de la Esfinge era Kefrén. A ojos de West, la afirmación era absurda: la Esfinge no se parecía en nada a Kefrén. Sin embargo, por suerte o por desgracia, los modelos hechos con ordenador son argumentos convincentes. West decidió contraatacar. Y al productor del ví-

deo, Boris Said, se le ocurrió una idea inspirada: pedirle a un dibujante de la policía que trabajara en ello.

Preguntaron quién era el mejor de Nueva York y les dijeron que el detective Frank Domingo, principal dibujante forense del Departamento de Policía de Nueva York.

Desde su ingreso en el departamento en 1966, Domingo había ascendido de simple policía a un cargo importante y ahora le consultaban siempre que se presentaba un caso en el que era necesaria una reconstrucción facial. A veces se trataba de simples casos delictivos: tales como el de la monja a la que dos intrusos violaron, sodomizaron y tatuaron con docenas de cruces. Domingo fue a verla al hospital, dibujó los rostros de los ladrones basándose en la descripción que hizo la monja y proporcionó la pista que condujo a la detención y la condena de ambos sospechosos.

Al extenderse su reputación, arqueólogos e historiadores acudieron a él en diversas ocasiones. Un fragmento de cerámica mostraba la boca y el mentón de un hombre que, según pensaban los arqueólogos, podía ser Alejandro Magno, pero no existe ningún retrato acreditado de Alejandro, sólo muchos retratos idealizados. Domingo examinó todos los que le mostraron e hizo una especie de retrato robot... y se comprobó que se ajustaba mucho a la boca y el mentón que aparecían en el fragmento de cerámica. Incluso le pidieron que emprendiera la reconstrucción de la cara del Cráneo de la Fatalidad de cristal, ya que se suponía que era una copia exacta del cráneo de alguna princesa de la antigüedad. En otro caso -el de un viejo daguerrotipo cuyo orgulloso propietario pensaba que podía tratarse de Abraham Lincoln en su juventud- Domingo no tuvo más remedio que decepcionar: echó una mirada a la fotografía y dijo: «Decididamente no lo es».

Hay veces en que un dibujante de la policía logra un parecido tan asombroso con el sospechoso -basándose puramente en la descripción que han hecho los testigos-, que hace sospechar que es telepático. Pero en casos como el de la identificación de Kefrén, la técnica sólo requiere precisión científica.

Al preguntarle West si estaba dispuesto a ir a Gizeh y decidir si la Esfinge y Kefrén eran el mismo, Domingo contestó: «¿Y si decido que es Kefrén?».

«Si eso es lo que usted dice, eso es lo que yo publicaré.»

Domingo aceptó la promesa, se trasladó a El Cairo y tomó muchas fotografías de la Esfinge y de la estatua de Kefrén que se guarda en el Museo de la ciudad. Su conclusión fue que el mentón de la Esfinge es mucho

más saliente que el de Kefrén. Además, una línea que trazó desde la oreja hasta la comisura de la boca de la Esfinge formaba un ángulo de 32 grados. Una línea parecida trazada sobre Kefrén dio un ángulo de sólo 14 grados. Estas diferencias y otras indujeron a Domingo a sacar la conclusión de que la Esfinge decididamente no es un retrato de Kefrén.

3
DENTRO DE LA PIRÁMIDE

Cuando Heródoto la visitó en el 440 a. de C., la Gran Pirámide era una estructura blanca y reluciente que deslumbraba al espectador. En aquel tiempo su revestimiento de piedra caliza seguía intacto; los bloques estaban cortados con tanta precisión que las junturas apenas eran visibles. Al cabo de poco más de cuatro siglos, en el 24 a. de C., el geógrafo griego Estrabón también visitó Gizeh e informó de que en la cara norte de la pirámide había una piedra con bisagras que, al levantarla, dejaba ver un pasadizo que no llegaba a los 40 centímetros cuadrados y descendía hasta un pozo lleno de bichos situado cerca de 46 metros directamente debajo de la pirámide. Según Heródoto, había varias cámaras subterráneas, cuya finalidad era la de ser usadas como «panteones», construidas en una especie de isla rodeada de agua del Nilo. La realidad, al parecer, consistía en una cámara pequeña y húmeda y no había ni rastro de isla ni de canal.

Pasaron ocho siglos y en Bagdad reinaba el gran Haroun AlRashid, el califa de *Las mil y una noches.* De hecho, Haroun no era especialmente grande; recibió su título honorífico de Al-Rhashid («el que sigue la buena senda») en la adolescencia por ganar una guerra contra Constantinopla bajo la dirección de generales con más experiencia. Su hermano mayor, que fue califa antes que él, murió en circunstancias misteriosas que hacen pensar en el asesinato. Al sucederle, Haroun se encontró al frente de un vasto imperio que se extendía del Meditarráneo a la India e incrementó su riqueza permitiendo que los gobernadores y príncipes regionales le hicieran pagos

anuales a cambio de la semiindependencia. Su inmensa riqueza y su ostentoso consumo eran lo que impresionaba a las gentes de su tiempo. Bien pueden ser ciertos los cuentos según los cuales recorría las calles disfrazado en compañía del gran visir Jafar y del verdugo Mazrur; y también lo son los que hablan de su genio variable: hizo ejecutar a Jafar y toda su familia por razones que siguen sin estar claras. Murió entre los cuarenta y los cincuenta años de edad a causa de una enfermedad que contrajo cuando se dirigía a Persia para reprimir una sublevación.

Haroun repartió su imperio entre sus dos hijos, Al-Amin y AlMamun, con lo cual contribuyó todavía más a la disolución del mismo. Es Abdullah Al-Mamun quien nos interesa aquí, porque cuando se convirtió en califa en el 813 d. de C., a la edad de 27 años, se propuso hacer de Bagdad un centro del saber como la antigua Alejandría. Haroun era entendido en arte y poesía, pero Al-Mamun también sentía interés por la ciencia y fundó una biblioteca, a la que llamó Casa de la Sabiduría, con la pretensión de que rivalizara con la gran biblioteca de la antigua Alejandría. También hizo construir un observatorio y encargó la confección del primer atlas de las estrellas. Este hombre asombroso sentía curiosidad por la circunferencia de la Tierra y dudaba que fuera de 28.960 kilómetros, como decía Ptolomeo. Así que, por orden suya, sus astrónomos marcharon hacia el norte y hacia el sur por la llanura arenosa de Palmira hasta que sus observaciones astronómicas les dijeron que la latitud había cambiado en un grado, lo cual había ocurrido en poco más de 102 kilómetros, que, multiplicados por 360, daban 36.720 kilómetros, cifra mucho más exacta que la de Ptolomeo. (La circunferencia real en el ecuador es de alrededor de 40.064 kilómetros.)

Cuando Al-Mamun oyó decir que se creía que la Gran Pirámide contenía mapas de las estrellas y globos terráqueos de asombrosa precisión -y no hablemos de tesoros fabulosos- decidió añadirlos a su colección. En el 820 d. de C., el séptimo año de su reinado, desembarcó en Egipto -que formaba parte de su imperio- con un ejército de estudiosos e ingenieros. Al-Mamun no nos ha dejado ninguna crónica de la expedición, pero varios historiadores árabes posteriores la han descrito.

Por desgracia, la ubicación de la «trampilla con bisagras» había caído en el olvido durante los últimos siglos y la reluciente piedra caliza de la pirámide no ofrecía ninguna pista sobre su paradero. Así que Al-Manum de-

cidió entrar por la fuerza. El revestimiento de piedra caliza resultó inmune a los escoplos y varios días de trabajo sólo sirvieron para crear depresiones poco profundas en la superficie. Al-Mamun decidió echar mano de un método más tosco: encender grandes hogueras junto a la piedra caliza y luego enfriar la superficie al rojo echando en ella cubos de vinagre frío. La piedra caliza se agrietó y entonces la quitaron utilizando palancas y mazos.

Al abrir un túnel de unos dos metros y medio en la dura piedra caliza, los trabajadores se encontraron ante los bloques interiores de la pirámide, que resultaron ser igualmente duros. Tardaron meses en abrir un túnel de treinta metros y pico en ellos, y para entonces Al-Mamun sacó la conclusión de que era maciza de un lado a otro y estaba a punto de darse por vencido cuando uno de sus trabajadores oyó un golpe sordo que procedía de algún lugar situado a la izquierda. Cambiaron de dirección y finalmente entraron en un pasadizo angosto y bajo que parecía construido para enanos. En el suelo vieron una piedra con forma de prisma que había producido el ruido sordo al caer del techo.

Subieron a gatas por la cuesta y finalmente descubrieron la entrada original de la pirámide, diez hiladas por encima del punto por el que Al-Mamun había entrado por la fuerza. La habían situado astutamente unos siete metros a la izquierda del centro y quedaba oculta detrás de enormes aguilones de piedra caliza. Los historiadores árabes afirman que la piedra con bisagras -que requería dos hombres para moverla- seguía allí y desapareció siglos más tarde, cuando unos constructores robaron el revestimiento de piedra caliza.

Volvieron sobre sus pasos y bajaron a gatas por el pasadizo. Les condujo sencillamente al «pozo infestado de bichos» de que hablara Estrabón, cuyo suelo era irregular (y obviamente inacabado). En el lado opuesto había un pasadizo bajo que terminaba en una pared lisa. Estaba claro que lo habían abandonado.

De nuevo la suerte sonrió a Al-Mamun. La piedra que había caído del techo había dejado al descubierto el extremo de un tapón de granito que parecía bloquear un pasadizo ascendente. También resultó demasiado duro para sus escoplos, así que Al-Mamun dijo a sus hombres que cortaran la piedra caliza que había a la derecha y era más blanda. Pero al llegar al final, encontraron otro tapón, y en el extremo de éste, otro, cada uno de ellos de casi dos metros de longitud. Más allá había un pasadizo bloqueado por un tapón de piedra caliza y, sin dejarse vencer, lo cortaron para pasar. Hallaron otro y luego otro más. Los trabajadores empezaban a dar muestras de impa-

ciencia porque pensaban que quien se había tomado tanto trabajo para bloquear el pasadizo sin duda debía de haber escondido algún tesoro maravilloso...

Subieron a gatas por otro largo pasadizo y llegaron finalmente a un espacio donde pudieron ponerse en pie. Ante ellos había otro corredor bajo -de menos de metro y medio de altura- que se extendía horizontalmente hacia el sur. Recorrieron gateando unos treinta metros y se encontraron con que el suelo descendía súbitamente formando un escalón de unos sesenta centímetros, lo que les permitió ponerse en pie por fin. Pero ¿por qué había un escalón de unos sesenta centímetros en aquel punto? La pirámide resultaría estar llena de misterios absurdos y arbitrarios como aquél: tantos, que no es extraño que, en siglos posteriores, algunos chiflados encontraran significados profundos en sus extrañas medidas, tales como profecías detalladas de los acontecimientos de los siguientes 5.000 años.

Al-Mamun -que puso cuidado en ser el primero en entrar- se encontró ahora de pie en una cámara rectangular de paredes enlucidas y techo de dos aguas, como un granero. Estaba completamente desprovisto de decoración y vacío. En la pared del este había una hornacina alta que parecía construida para que contuviese una estatua grande, pero también estaba vacía. El suelo era desigual y parecía inacabado. Como los árabes enterraban a sus mujeres en tumbas cuyo techo era de dos aguas (y a los hombres en tumbas de techo plano), Al-Mamun llamó arbitrariamente al lugar la Cámara de la Reina. Pero no contenía ningún artefacto -ni ninguna otra cosa- que lo relacionase con una mujer. Al-Mamun y sus hombres quedaron perplejos al ver que las paredes estaban recubiertas con una capa de sal de un centímetro y pico de espesor.

Las medidas de la cámara eran desconcertantes, aunque probablemente Al-Mamun no les prestó mucha atención porque se había disgustado al no encontrar ningún tesoro. No era totalmente cuadrada, lo cual resultaba extraño, ya que los constructores de pirámides se mostraban obsesionados con la precisión y la exactitud, y la hornacina de la pared aparecía levemente descentrada. En el siglo XIX se manifestaría otro enigma cuando un explorador llamado Dixon diera unos golpecitos en la pared y comprobase que sonaba a hueco. Al ordenar Dixon a un trabajador que utilizara su escoplo para practicar un agujero en la pared, encontraron un «respiradero» ascendente. Sin embargo, el respiradero -al igual que otro idéntico que había en la pared opuesta- no llegaba al exterior de la pirámide.

¿Por qué el arquitecto construiría dos «respiraderos» que no llegaban al aire del exterior y luego los cerraría por el extremo inferior con el fin de que no fueran visibles? Hace pensar en el Caballero Blanco de Alicia:

Pero estaba pensando en el plan
de teñirse las barbas de verde,
luego usar siempre un abanico tan grande
que no pudieran verse.

¿Acaso aquellos constructores antiguos tenían un sentido del humor como el de Lewis Carroll?

Hay otro misterio. La Cámara de la Reina da la impresión de estar inacabada. En tal caso, ¿por qué luego los trabajadores continuaron construyendo los «respiraderos» mientras seguían construyendo hacia arriba? ¿Forma la cámara parte de algún curioso engaño?

Al-Mamun ordenó a sus trabajadores que practicasen agujeros en la pared detrás de la hornacina, por si ésta era una puerta secreta que diese acceso a otra cámara, pero después de un rato lo dejaron correr. En lugar de seguir golpeando la pared, retrocedieron sobre sus pasos hasta llegar al extremo del pasadizo horizontal donde podían erguirse y alzaron las antorchas por encima de su cabeza. Ahora pudieron ver que el «escalón» llano en que se encontraban no siempre había estado allí. En otro tiempo el pasadizo bajo y ascendente por el que acababan de pasar había continuado subiendo en línea recta; así lo probaban los agujeros de las vigas que había en las paredes que en otro tiempo lo habían sostenido.

Encaramándose unos sobre los hombros de otros, subieron por el costado del «escalón» y penetraron en la continuación del pasadizo ascendente. Al alzar las antorchas y ver lo que había delante de ellos, debieron de soltar un grito ahogado de pasmo. Ya no era necesario avanzar a gatas porque el techo del largo túnel ascendente quedaba muy por encima de su cabeza. Y delante de ellos, formando el mismo ángulo que el pasadizo ascendente que tenían detrás (26 grados), el túnel subía hasta el corazón de la pirámide. Esta estructura maravillosa sería bautizada con el nombre de la Gran Galería.

Esta galería, que tenía unos dos metros y pico de anchura en el nivel del suelo, se estrechaba hasta quedar reducida a la mitad de esa cifra en el techo, unos ocho metros y medio por encima de ellos. Contra la pared, a ambos lados, hay un escalón o rampa de unos sesenta centímetros de altu-

ra, de tal modo que el suelo propiamente dicho es un canal o ranura cuyo nivel es más bajo, de menos de noventa centímetros de ancho. ¿Por qué tiene que haber un canal hundido, en vez de un suelo liso, entre dos paredes bajas? He aquí otro de los misterios de la pirámide que todavía no se ha aclarado.

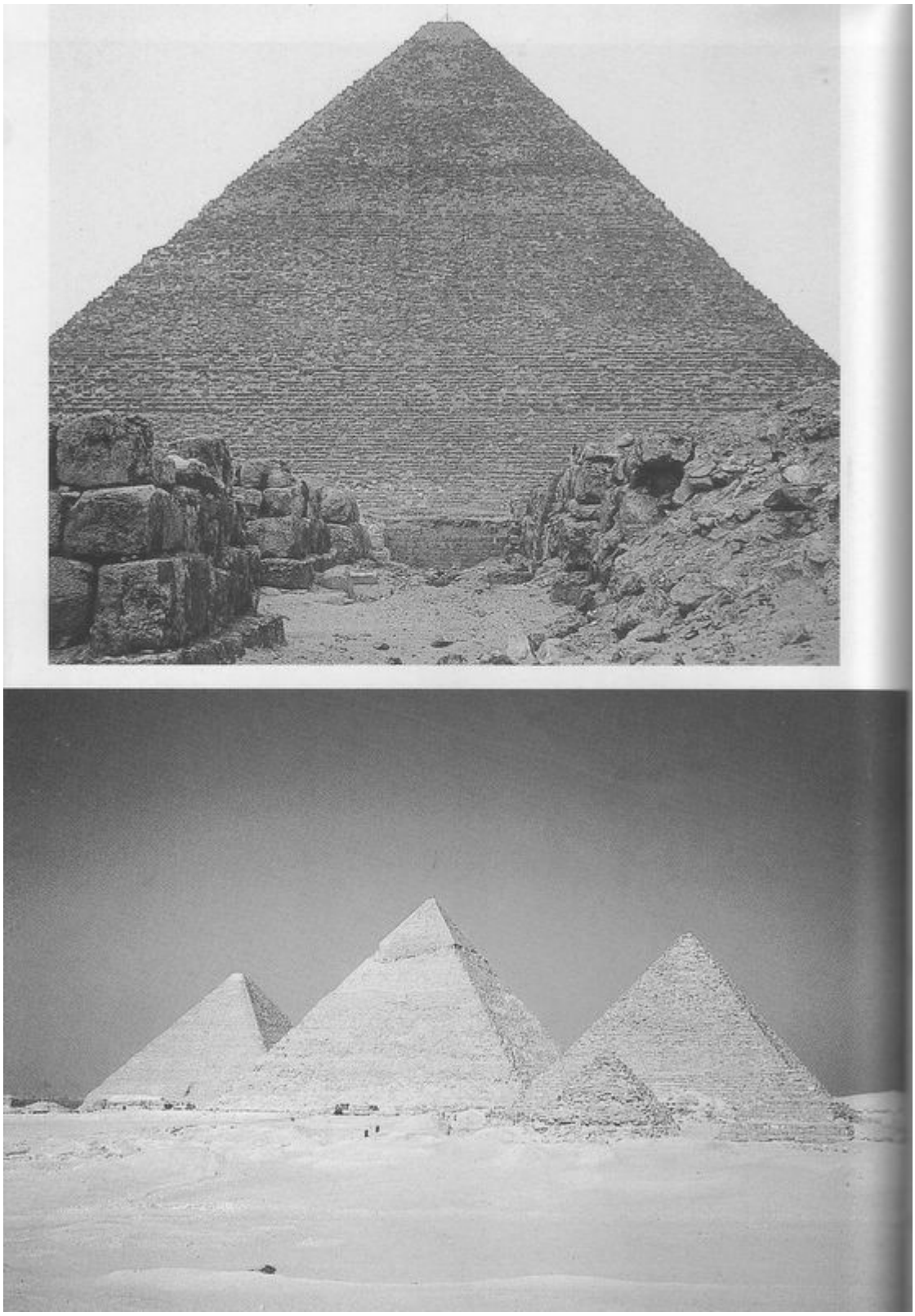
Una larga subida de 46 metros por el resbaladizo suelo de piedra les llevó a una enorme piedra más alta que un hombre; detrás de ella se veía la parte superior de una puerta. Después de trepar por ella y bajar por otro pasadizo corto, se encontraron en la cámara que obviamente era el corazón de la pirámide. Era mucho mayor que la Cámara de la Reina de abajo y estaba muy bien construida con granito rojo pulimentado; el techo quedaba a más de tres veces la estatura de un hombre por encima de ellos. Era evidente que estaban en la Cámara del Rey. Sin embargo, exceptuando un objeto que parecía una bañera de granito rojo, se hallaba totalmente vacía.

Al-Mamun se sentía desconcertado y sus trabajadores estaban furiosos. Era como un chiste absurdo: tantos esfuerzos absolutamente para nada. La «bañera» -seguramente era un sarcófago- también se encontraba vacía, y no tenía tapa. Las paredes no estaban decoradas. Sin duda tenía que ser la antecámara de alguna otra cámara donde se guardaba un tesoro. Atacaron con los escoplos el suelo e incluso el granito de un ángulo de la cámara. No sirvió de nada. Si la pirámide era una tumba, la habían saqueado mucho tiempo antes.

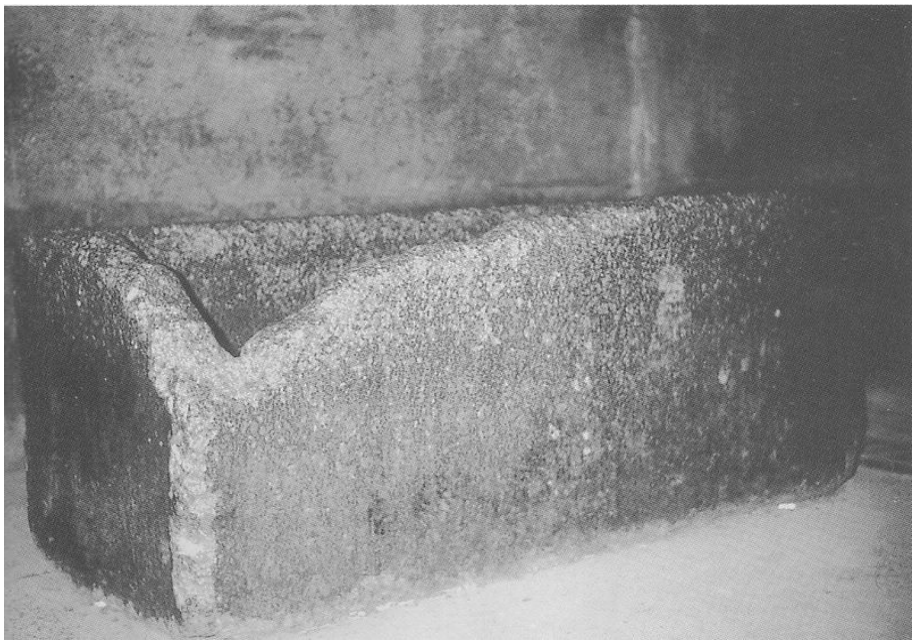
Sin embargo, ¿cómo era esto posible? Nadie podía haber estado allí antes que ellos. Y la absoluta desnudez de la cámara, sin rastro de cascotes o basura en el suelo, hacía pensar que allí nunca se había guardado tesoro alguno, toda vez que los saqueadores hubieran dejado algo, aunque fueran sólo fragmentos inútiles de su botín.

La tradición oral describe cómo Al-Mamun apaciguó a los trabajadores enfurecidos ordenando que introdujeran tesoros en la pirámide durante la noche que al día siguiente eran «descubiertos» y repartidos entre ellos. Después de eso, Al-Mamun, perplejo y decepcionado, volvió a Bagdad, donde dedicó los restantes doce años de su reinado a tratar de reconciliar a los musulmanes sunitas con los chiítas, sin lograrlo en absoluto. Al igual que su padre, murió durante una campaña.

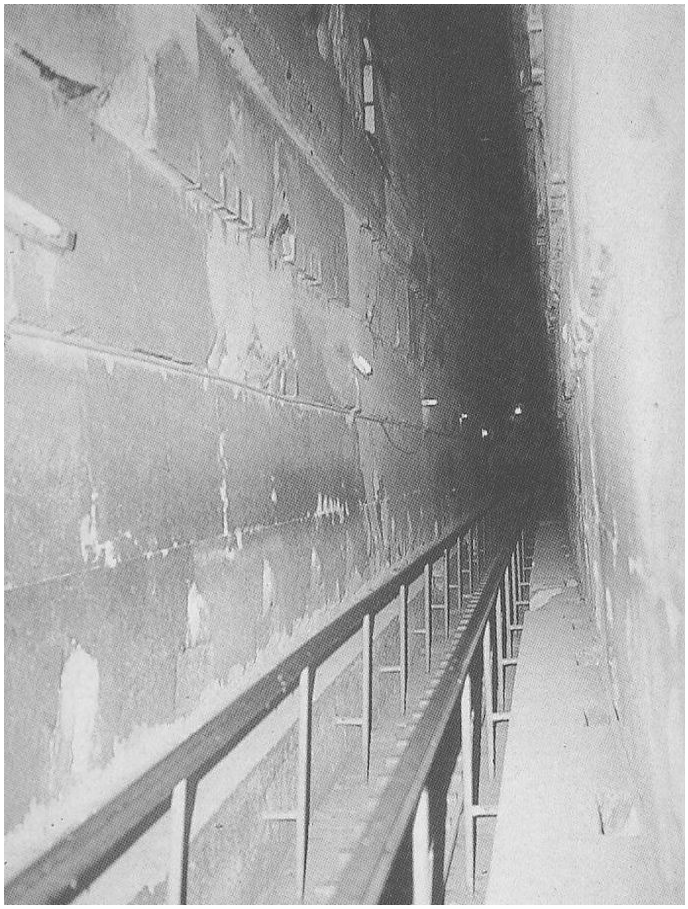
En el año 1220, el historiador y médico Abdul Latif fue uno de los últimos en ver la pirámide cuando aún estaba revestida de piedra caliza. Dos años después un fuerte terremoto destruyó gran parte de El Cairo y la piedra caliza -cerca de nueve hectáreas en total- se utilizó para reconstruir los edi-



Arriba: La Gran Pirámide de Gizeh, Egipto. Abajo:Las pirámides de Gizeh



El sarcófago de Keops en la Cámara del Rey de la Gran Pirámide



La Gran Galería de la Gran Pirámide

ficios públicos de la ciudad. La Gran Mezquita se construyó en su casi totalidad con el revestimiento de la pirámide. Pero es una lástima que los constructores no conservasen sus inscripciones. Abdul Latif dijo que los jeroglíficos que había en su superficie eran tan numerosos que hubieran ocupado miles de páginas. En tal caso, es de suponer que conoceríamos la respuesta del acertijo de la pirámide.

Dio la casualidad de que Al-Mamun se equivocó al creer que la pirámide no tenía ninguna otra entrada. En 1638 estuvo a punto de descubrirla un matemático inglés llamado John Greaves, que se fue a Egipto armado con diversos instrumentos para medir. Después de abrirse paso entre una nube de enormes murciélagos, y de salir dando traspiés de la Cámara de la Reina porque el hedor de los bichos hizo que le dieran arcadas, subió por la rampa lisa de la Gran Galería e inspeccionó la Cámara del Rey con la misma perplejidad que Al-Mamun; parecía incomprensible que hubieran construido aquella inmensa estructura sólo para alojar aquella cámara de granito rojo con su bañera también de granito. Al volver abajo por la Gran Galería, justo antes de llegar al estrecho pasadizo ascendente, observó que faltaba una piedra en uno de los lados de la rampa. Miró en el interior del agujero y sacó la conclusión de que había una especie de pozo que descendía hacia el corazón de la pirámide. Incluso tuvo valor suficiente para meterse en el pozo y bajar unos 18 metros, hasta un punto donde lo habían ensanchado y convertido en una pequeña gruta. Dejó caer una antorcha encendida en la continuación del pozo y se dio cuenta de que llegaba al final al ver que la antorcha parpadeaba en el suelo en alguna parte de las profundidades. Pero el aire fétido y la presencia de murciélagos le hicieron salir otra vez. Al volver a Inglaterra, su libro *Pyramidographia* le dio celebridad y el nombramiento de profesor de astronomía en Oxford.

Dos siglos más tarde, un intrépido capitán de barco -y estudioso de las artes herméticas- italiano llamado Giovanni Battista Caviglia renunció al mar para dedicarse a estudiar el misterio de la Gran Pirámide. Al igual que Al-Mamun, pensaba que debía de haber una cámara secreta que revelaría por qué se había construido la Gran Pirámide.

De hecho, un explorador llamado Nathaniel Davison había descubierto una especie de «cámara secreta» en 1765 al fijarse en un curioso eco en la

parte alta de la Gran Galería y levantar una vela atada a dos bastones unidos para examinar la pared por encima de él. En el nivel del techo había visto un agujero en la pared y lo había investigado con la ayuda de una escalera tambaleante. Bajó a gatas por un túnel que estaba casi bloqueado por excrementos de murciélago y se encontró en una «cámara» que tenía sólo unos 90 centímetros de altura y cuyo suelo irregular estaba formado por los bloques que hacían de techo de la Cámara del Rey, que se hallaba directamente debajo. Pero la encontró totalmente vacía.

Empeñado en buscar una cámara secreta, Caviglia pagó a un grupo de trabajadores para que excavasen un túnel de salida de la Cámara de Davison, a la vez que utilizaba ésta como dormitorio. Al parecer, se le ocurrió que era muy posible que hubiese más cámaras secretas arriba, pero carecía de recursos para buscarlas. En vez de ello, decidió explorar el misterio del pozo. Llegó dos veces más lejos que John Greaves, pero encontró el fondo bloqueado por escombros, a la vez que el aire era tan fétido que se le apagó la vela.

Trató de quitar los escombros ordenando a los trabajadores que los metieran en cestas y se los llevaran; pero pronto se negaron a trabajar en condiciones tan terribles, asfixiados por el aire nauseabundo y los excrementos de murciélago convertidos en polvo. Trató de limpiar el aire quemando azufre, pero lo único que logró fue empeorar las cosas, toda vez que el anhídrido sulfúrico es un veneno mortal.

Caviglia volvió al pasadizo descendente que bajaba hasta el «pozo infestado de bichos» que había debajo de la pirámide. Seguía lleno de los escombros de piedra caliza que habían dejado los trabajadores de Al-Mamun al abrir una entrada. Caviglia ordenó que los quitasen y empezó a gatear pasadizo abajo. El aire era tan pestilente y cálido que empezó a escupir sangre; pero siguió avanzando. Al llegar a un punto situado a unos 45 metros de la entrada, encontró una puerta baja en la pared de la derecha. Al percibir olor a azufre, supuso que había encontrado el extremo inferior del pozo. Sus trabajadores empezaron a quitar los escombros y de pronto tuvieron que retirarse porque se derrumbaron sobre ellos... y se llevaron el cesto que habían dejado en el fondo del pozo. Era en verdad la entrada secreta del corazón de la pirámide.

En cierto sentido, lo ocurrido planteó más problemas de los que resolvió. La explicación obvia era que los constructores de la pirámide la habían utilizado para escapar después de bloquear el pasadizo ascendente con tapones de granito y, de ese modo, cerrar herméticamente la pirámide. Pero

esa teoría exigía que hicieran deslizar los tapones de granito hacia abajo por el pasadizo ascendente, del mismo modo que se introduce un tapón de corcho en el cuello de una botella; el tamaño y el peso de los tapones significaban que era imposible hacerlo. Era mucho más sensato suponer que los tapones se introdujeron durante la construcción de la pirámide... en tal caso, los trabajadores no necesitarían un pasadizo para escapar, ya que podían salir por la parte superior, que aún no estaba terminada.

La verdad es que, en lo que se refiere a las pirámides, no hay ninguna certeza absoluta: sólo ciertas ideas arraigadas que los «expertos» han acordado aceptar porque les conviene.

Una de estas ideas arraigadas es la «certeza» de que la Gran Pirámide la construyó un faraón llamado Kefrén o Khufu. A modo de cuento con moraleja, merece la pena contar cómo nació esta «certeza» en particular.

En 1835, llegó a Egipto un militar británico, el coronel Richard Howard-Vyse -que, según un autor, «amargaba la vida a su familia», que deseaba vivamente quitárselo de encima[1]-, al que inmediatamente picó el gusanillo de los «descubrimientos». Se dirigió a Caviglia, que seguía explorando la pirámide, y se ofreció a financiar sus trabajos a cambio de que se le reconociera como codescubridor de los hallazgos importantes que se hicieran. Caviglia se negó.

En 1836, Howard-Vyse volvió a Egipto y se las compuso para obtener un *firman* -permiso para excavar- del gobierno egipcio. Pero Howard-Vyse se llevó un disgusto al ver que el permiso nombraba al cónsul británico, el coronel Campbell, como coexcavador y a Caviglia como supervisor. Howard-Vyse pagó una suma de dinero para financiar la investigación y se fue a visitar los lugares de interés. Al volver, montó en cólera al encontrarse con que Caviglia estaba buscando momias en las tumbas en vez de investigar la Gran Pirámide en busca de cámaras secretas, que era lo que quería Howard-Vyse. Caviglia le había dicho que sospechaba que podía haber más cámaras secretas encima de la de Davison.

Durante la noche del 12 de febrero de 1837, Howard-Vyse entró en la pirámide en compañía de un ingeniero llamado John Perring y fue a examinar una grieta que había aparecido en un bloque de granito encima y a un lado de la Cámara de Davison; en la grieta entraba una caña de noventa centímetros, lo cual inducía a pensar en la posibilidad de que hubiese otra

1. Peter Tompkins, *Secrets of the Great Pyramids*, 1971, p. 59.

cámara arriba. A la mañana siguiente, Howard-Vyse despidió a Caviglia y nombró a Perring miembro de su equipo.

Los trabajadores de Howard-Vyse trataron de abrir una entrada en el granito que había al lado de la Cámara de Davison. Resultó más difícil de lo que se esperaba y al cabo de un mes pocos progresos se habían hecho. Miembros de la realeza visitaron las excavaciones y poco pudo mostrarles Howard-Vyse excepto la Tumba de Campbell, descubierta por Caviglia cerca de otra de las pirámides de Gizeh. (También intentó perforar la espalda de la Esfinge en busca de marcas de albañil, pero no consiguió nada.) Finalmente, empujado por la desesperación, empleó pequeñas cargas de pólvora -que hizo que el granito volase por el aire como si fuera metralla- y logró abrir un pequeño pasadizo que subía desde la Cámara de Davison.

Por extraño que parezca, Howard-Vyse despidió entonces al capataz de los trabajadores. Al día siguiente, una vela atada en el extremo de un bastón permitió ver que Caviglia tenía razón y que había realmente otra cámara secreta arriba.

Agrandaron el agujero con pólvora. El primero en entrar por él fue Howard-Vyse, acompañado por un tal J. R. Hill, empleado de una fábrica de cobre local y conocido «amañador». Lo que encontraron fue otra cámara baja -de sólo 90 centímetros de altura- cuyo suelo irregular aparecía cubierto de una gruesa capa de polvo negro formado por caparazones de insecto. Howard-Vyse se llevó una decepción al ver que estaba totalmente vacía. Decidió llamarla Cámara de Wellington.

De nuevo agrandaron el agujero y la siguiente vez que Howard-Vyse entró por él, en compañía de John Perring y de otro ingeniero llamado Mash, descubrió varias señales pintadas en las paredes con una especie de pigmento rojo. Eran «señales de cantera», es decir, señales pintadas en las piedras cuanto todavía estaban en la cantera y que indicaban en qué parte de la pirámide tenían que ir. Oportunamente, ninguna de estas señales aparecía en la pared del extremo donde Howard-Vyse había abierto un boquete para entrar. Pero había algo más interesante que simples señales de cantera: una serie de jeroglíficos en una caja (o cartucho) alargada que significaban el nombre de un faraón. Curiosamente, Howard-Vyse no se había fijado en ellos al entrar por primera vez en la cámara.

Basándose en que la Cámara de Wellington era casi idéntica a la de Davison, situada debajo de ella, Howard-Vyse pensó que debía de haber

más cámaras arriba. Se necesitaron otros cuatro meses y medio y mucha pólvora para descubrirlas: tres cámaras más, unas encima de otras. La de más arriba, a la que Howard-Vyse dio el nombre de «Cámara de Campbell», tenía un tejado que se inclinaba hasta formar una punta, como el tejado de una casa. En todas las cámaras había señales de cantera y en dos de ellas -incluida la Cámara de Campbell- había más nombres en cartuchos. Al igual que en la Cámara de Wellington, estas señales nunca estaban en la pared donde Howard-Vyse abría un boquete para poder entrar...

Ahora resultaba obvio cuál era la finalidad de estas cámaras: mitigar la presión de la mampostería sobre la Cámara del Rey situada debajo de ellas. Si un terremoto sacudía la pirámide, la vibración no sería transmitida a la Cámara del Rey por mampostería sólida. De hecho, se había producido un terremoto, como indicaban las grietas del granito, y las cámaras secretas habían cumplido su misión impidiendo que la Cámara del Rey se derrumbara.

Se enviaron copias de las señales de cantera y las inscripciones al Museo Británico y el experto en jeroglíficos Samuel Birch testificó que uno de los nombres escritos en un cartucho y hallado en la Cámara de Campbell correspondía al faraón Khufu. Así que, por fin, alguien había probado que Keops construyó la Gran Pirámide y Howard-Vyse se había ganado la inmortalidad entre los egiptólogos.

Pero Samuel Birch reconoció que en las inscripciones había ciertas cosas que le llenaban de perplejidad. Para empezar, muchas estaban al revés. Además, aunque -obviamente- se suponía que la escritura databa de los tiempos de Keops, hacia 2500 a. de C., muchos de los símbolos parecían de un período muy posterior, de cuando los jeroglíficos ya no eran «dibujos» y se habían convertido en algo más parecido a la letra cursiva. Muchos de los jeroglíficos eran desconocidos, o los había escrito alguien tan inculto que apenas podían descifrarse. Esto en sí mismo resultaba desconcertante. La escritura jeroglífica antigua era una de las bellas artes y solamente la habían dominado escribas muy preparados. Los jeroglíficos que acababan de encontrar parecían escritos por la versión egipcia de Guillermo, el niño terrible de las historias de Richmal Crompton.

Lo más desconcertante de todo era que parecía que en los cartuchos se nombraban dos faraones: Khufu y alguien llamado Khnem-khuf. ¿Quién era este Khnem-khuf? Posteriores egiptólogos se mostraron de acuerdo en que se suponía que era otro faraón -y no simplemente alguna variante de Khufu-; sin embargo, lo desconcertante era que su nombre apareciese en cá-

maras más bajas que la de Camphell, lo que daba a entender que Khnem-khuf había empezado la pirámide y Khufu la había terminado (dado que una pirámide se construye de abajo arriba). Era un rompecabezas difícil para los egiptólogos.

La respuesta de este enigma la ha sugerido el escritor Zecharia Sitchin. Por desgracia, ni los estudiosos ni los arqueólogos se tomarán jamás en serio dicha respuesta porque el señor Sitchin, al igual que Erich von Däniken, pertenece a la cofradía de los que creen que las pirámides las construyeron visitantes procedentes del espacio exterior, «astronautas de la antigüedad». Sitchin expone su propia y muy individual versión de esta teoría en una serie de libros titulados *The Earth Chronicles.* Estos libros no han causado la misma sensación que los de Von Däniken porque Sitchin es hombre de una erudición casi obsesiva; sabe descifrar jeroglíficos egipcios e introduce en sus capítulos una sobrecarga de detalles arqueológicos que a veces los hace pesados. Pero prescindiendo de lo que se piense de su teoría de que unos «dioses» llegaron a la tierra procedentes de un «duodécimo planeta» hace casi medio millón de años, no cabe duda de que posee una gran agudeza mental y de que su erudición es enorme. Y lo que dice acerca de Howard-Vysen va directamente al asunto.

Sitchin indica que no se encontraron señales de ninguna clase en la Cámara de Davison, que fue descubierta en 1765: solamente en las que descubrió Howard-Vyse. Y tomando nota de que Howard-Vyse despidió a Caviglia al día siguiente de su visita secreta a la Cámara de Davison, y a su capataz en el día en que los trabajadores penetraron en la Cámara de Wellington, saca la razonable conclusión de que Howard-Vyse prefería que no le observase nadie que fuera inteligente. Señala que a Hill le estaba permitido entrar y salir a su antojo de la cámara recién descubierta y que él fue el primero en copiar las señales de cantera y otras inscripciones.

> La atmósfera que rodeaba las operaciones de Vyse en aquellos días frenéticos la describe bien el propio coronel. Se estaban haciendo descubrimientos importantes alrededor de las pirámides, pero no dentro de ellas. La Tumba de Campbell, descubierta por el detestado Caviglia, estaba dando no sólo artefactos, sino también señales de albañil y jeroglíficos escritos con pintura roja. Vyse empezaba a desear con desespero hacer su propio descubrimiento. Finalmente logró entrar en cámaras hasta entonces desconocidas; pero no hacían más que duplicar, una tras otra, una cámara descubierta anteriormente (la de Da

vison) y estaban desnudas y vacías. ¿Qué podía mostrar después de tantos esfuerzos y tantos gastos? ¿Por qué le honrarían, por qué le recordarían?

Sabemos por las crónicas de Vyse que, de día, había mandado al señor Hill a inscribir en las cámaras los nombres del duque de Wellington y del almirante Nelson, héroes de las victorias frente a Napoleón. Sospechamos que, de noche, el señor Hill también entraba en las cámaras, para «bautizar» la pirámide con los cartuchos de su supuesto constructor antiguo.[2]

El problema era que en el decenio de 1830 el conocimiento de los jeroglíficos todavía era mínimo (la piedra de Rosetta, con sus inscripciones paralelas en griego y egipcio antiguo, no se había descubierto hasta 1799). Uno de los pocos libros que Hill podría haber consultado sería *Materia Hieroglyphica,* de sir John Wilkinson, e incluso Wilkinson tenía sus dudas sobre la lectura de los nombres de reyes.

Sitchin sugiere que lo que sucedió fue que Hill inscribió el nombre que Wilkinson pensaba que era Khufu y luego Howard-Vyse oyó decir que acababa de llegar a El Cairo una nueva obra de Wilkinson, *Manners and Customs of the Ancient Egyptias,* en tres volúmenes, publicada unos meses antes. Howard-Vyse y Hill viajaron frenéticamente -y sin dar explicaciones- entre Gizeh y El Cairo poco después del descubrimiento de la cámara bautizada en honor de lady Arbuthnot. Debieron de sentirse consternados al encontrarse con que Wilkinson había cambiado de parecer acerca de cómo se escribía el nombre de Khufu y que Hill había inscrito el nombre incorrecto en las cámaras inferiores. Se apresuraron a corregir el terrible error en la recién descubierta Cámara de Campbell y por fin apareció la grafía correcta de Khufu.

Pero lo que no sabían era que Wilkinson aún daba una grafía incorrecta. La «Kh» de Khufu debería representarse mediante un símbolo parecido a un pequeño círculo con unas líneas que lo cruzan: un tamiz. Wilkinson y un francés llamado Laborde (que también había escrito sobre jeroglíficos en un libro de viajes) cometieron el error de representarlo en forma de disco solar: un círculo con un punto en el centro. De hecho, esto era el nombre correspondiente a Ra, el dios sol. Así que en vez de escribir «Khufu», el falsificador escribió «Raufu». Ningún egipcio antiguo hubiese co-

2. Zechariah Sitchin, *Escalera al Cielo,* Heptada Ediciones, 1990, p.342.

metido un error tan terrible y blasfemo.

Pero ¿y la pintura roja? ¿No resultaría obvio que las inscripciones eran modernas en vez de tener más de cuatro mil años de antigüedad? No. Los árabes seguían utilizando la misma pintura de color almagre y Perring observó que era difícil distinguir las señales de cantera antiguas de las nuevas. (Del mismo modo, muchas pinturas rupestres de Cromañón parecen recientes, como si las hubieran pintado el día antes.)

Sitchin señala que el señor Hill, que era un simple empleado en una fábrica de cobre cuando Howard-Vyse le había conocido, se convirtió en el propietario del Cairo Hotel cuando Howard-Vyse se marchó de Egipto, y que Howard-Vyse le da efusivamente las gracias en su libro. El propio Howard-Vyse se había gastado diez mil libras -suma increíble- en las excavaciones. Pero la oveja negra pudo volver con su familia transformada en un famoso erudito y descubridor.

La intención de Sitchin es tratar de demostrar que la Gran Pirámide se construyó en alguna época remota, en tiempos de la Esfinge. Esta suposición parecería razonable si no fuera porque la datación por el carbono parece indicar que el material orgánico encontrado en la argamasa de la Gran Pirámide data de mediados del tercer milenio antes de Cristo, siglo más, siglo menos. (Más adelante veremos que hay otra razón -la alineación astronómica de los «respiraderos» de la Cámara del Rey- para aceptar la datación tradicional.) No obstante, merece la pena tener presente el curioso cuento de cómo los egiptólogos llegaron a aceptar que la Gran Pirámide la construyó Khufu y a sacar de ello la moraleja de que, en lo que se refiere a las civilizaciones antiguas, no hay que dar nada por sentado a menos que se base en pruebas científicas concluyentes.

Al señor Hill, por lo menos, le correspondía el mérito de haber hecho un descubrimiento auténtico. John Greaves había observado la presencia de dos aberturas de unos 22 centímetros en las paredes de la Cámara del Rey y había conjeturado que se trataba de respiraderos. Fue Hill quien, dos siglos más tarde, trepó por la parte exterior de la pirámide y encontró las salidas que demostraban que eran respiraderos. Al desembarazarlos de escombros, una brisa fresca bajó por ellos e hizo que la Cámara del Rey se mantuviera a una temperatura constante de 20 grados centígrados, prescindiendo de cuál

fuese la temperatura exterior. Una vez más, pareció que esto sólo servía para incrementar el misterio. ¿Por qué querían los antiguos egipcios una cámara con una temperatura constante de exactamente 20 grados centígrados? Uno de los estudiosos que Napoleón se llevó consigo a Egipto en 1798, Edmé-François Jomard, opinó que tal vez la cámara era un lugar de almacenaje destinado a instrumentos de medición que necesitaban una temperatura constante. Pero esta teoría no explicaba por qué, en tal caso, la Cámara del Rey tenía que ser virtualmente inaccesible. Ni por qué para llegar a ella había que recorrer una galería larga y resbaladiza de piedra caliza en vez de acceder por una escalones, que hubiera sido lo más sensato.

Es difícil para el lector, que tiene que guiarse por los datos y las cifras que se imprimen en un libro, darse cuenta de hasta qué punto resulta más desconcertante la Gran Pirámide cuando te encuentras ante su abrumadora realidad. En *Fingerprints of the Gods,* Graham Hancock expresa parte de su propia perplejidad al repetir: «Todo era confusión. Todo era paradoja. Todo era misterio». Porque la arquitectura interior de la pirámide sencillamente no tiene sentido. Todo tiene un aire de precisión, de algún propósito exacto; y, pese a ello, es imposible adivinar la naturaleza de tal propósito. Por ejemplo, en las «paredes» o rampas de ambos lados de la «ranura» del centro de la Gran Galería hay una serie de ranuras. Su finalidad podría ser ayudar a trepar por ellas. Pero ¿por qué son los agujeros de dos longitudes diferentes, alternándose los largos y los cortos, y por qué los cortos forman una inclinación mientras que los largos son horizontales? ¿Y por qué la longitud inclinada de los agujeros cortos es igual a la longitud horizontal de los agujeros largos? Es como si el proyecto del lugar lo hubiera hecho un matemático loco.

Al ver estos bloques inmensos, algunos de los cuales pesan hasta 70 toneladas, colocados en sus lugares tan pulcramente como si fueran ladrillos de tamaño normal, experimentas una sensación abrumadora debido a la increíble habilidad que hizo falta para ello. Las catedrales de la Edad Media las construyeron albañiles que dedicaron su vida al estudio de su oficio y que, al parecer, incorporaron en ellas tantas medidas misteriosas como tiene la Gran Pirámide. Pero la edificación de catedrales duró siglos, y se construyeron tantas que los albañiles dispusieron de tiempo abundante para ejercer su oficio. Según los libros de historia, a las pirámides de Gizeh las precedieron unos cuantos ejemplos más toscos como la pirámide escalonada

de Sakkara y la pirámide doblada de Dashur. ¿Dónde aprendieron su oficio los artesanos que construyeron la Gran Pirámide?

Por otra parte, ¿por qué la Gran Pirámide era tan sombría y desnuda, como una demostración de geometría? ¿Por qué sus paredes no estaban decoradas con ninguno de los motivos que asociamos con los templos egipcios?

Como vimos en el último capítulo, hasta un objeto tan sencillo como el sarcófago de la Cámara del Rey presentaba problemas técnicos imposibles, de tal modo que Flinders Petrie conjeturó que habían cortado el granito empleando sierras de bronce con diamantes incrustados, tras lo cual lo habían vaciado con alguna «taladradora» que nos es totalmente desconocida y que consistía en un tubo con un borde dentado cuyas puntas eran diamantes. Asimismo (como vimos en el capítulo anterior), unos vasos con cuello de cisne, hechos de basalto, cuarzo y diorita con alguna herramienta que no conocemos parecen demostrar de forma concluyente que mucho antes de la primera dinastía hubo en Egipto una civilización muy avanzada. No se trata de ninguna hipótesis descabellada «tipo Von Däniken», sino de indicios claros que los egiptólogos se niegan a afrontar con equidad.

La primera teoría científica sobre la finalidad de la Gran Pirámide la propuso un editor londinense llamado John Taylor en 1864. Se preguntó por qué los constructores de la pirámide habían optado por darle una inclinación de casi 52 grados: 51 grados 51 minutos. Al comparar la altura de la pirámide con la longitud de su base, encontró la única respuesta posible: sencillamente tenía que inclinarse en el ángulo exacto si se quería que la relación de su altura con la longitud de su base fuera exactamente la relación del radio de un círculo con su circunferencia. Dicho de otro modo, los constructores revelaban tener conocimiento de lo que más adelante los griegos llamarían π (pi). ¿Por qué querrían codificar π en la pirámide? ¿Era posible que en realidad estuvieran hablando de la Tierra misma, de manera que la pirámide representase el hemisferio desde el Polo Norte hasta el ecuador?

De hecho, en las postrimerías del siglo II a. de C. alguien dijo al gramático griego Agatárquides de Gnido, que era preceptor de los hijos del faraón, que la longitud de la base de la Gran Pirámide era exactamente una octava parte de un minuto de un grado; esto es, era una octava parte de un minuto de un grado de la circunferencia de la Tierra. (Un minuto es la sexagésima parte de un grado.) De hecho, si la longitud de la base de la pi-

rámide se multiplica por ocho, luego sesenta, luego 360, el resultado es de poco menos de 40.225 kilómetros, notable aproximación a la circunferencia de la Tierra.

Taylor sacó la conclusión de que los egipcios, al no poder construir una enorme cúpula, habían hecho lo mejor que podían hacer: incorporar las medidas de la Tierra en una pirámide.

Así que en verdad era posible -mejor dicho, muy probable- que los antiguos egipcios poseyeran un conocimiento que se adelantase miles de años a su tiempo. Por desgracia, este fue el escollo con el que chocó Taylor. En vez de reconocerles a los antiguos egipcios el mérito de saber mucho más de lo que nadie pensara, sacó la conclusión de que la única manera de que aquellos ignorantes supieran tales cosas era por revelación divina: Dios les había inspirado directamente. La idea resultó excesiva incluso para los victorianos, y la obra de Taylor fue recibida con burlas.

Cuando el escocés Charles Piazzi Smyth, astrónomo real y además amigo de Taylor, visitó la pirámide en 1865 e hizo sus propias mediciones, sacó la conclusión de que Taylor estaba fundamentalmente en lo cierto al hablar de π. Pero como, al igual que Taylor, era un fanático cristiano, tampoco él pudo resistir la tentación de meter a Jehová y la Biblia en el asunto. No mucho tiempo antes, un chiflado religioso que se llamaba Robert Menzies había propuesto la teoría de que la Gran Pirámide contenía en sus medidas profecías detalladas de la historia del mundo. Piazzi Smyth se la tragó entera y sacó la conclusión de que la pirámide revelaba que la Tierra fue creada en el 4004 a. de C. y que contiene todas las fechas importantes de la historia de la tierra, tales como el diluvio de 2400 a. de C. También dio una explicación asombrosamente sencilla sobre por qué la Gran Galería es tan diferente del estrecho pasadizo ascendente que conduce hasta ella: su principio simboliza el nacimiento de Cristo. Su conclusión también decía que el segundo advenimiento tendría lugar en 1911. Los científicos de su época recibieron todo esto con escepticismo, aunque su libro fue un gran éxito popular.

Más adelante, el fundador de los Testigos de Jehová, Charles Taze Russell, abrazaría la teoría de que la Gran Pirámide era profética y un grupo llamado los Israelitas Británicos, que creía que los británicos son las diez tribus perdidas de Israel, la ampliaría aún más. [3]

Entre las teorías más serias sobre la finalidad de la pirámide cabe citar la opinión de que se construyó para que fuese punto de referencia de los

3. Los interesados en las diversas teorías descabelladas sobre la pirámide encontrarán un excelente resumen de las mismas en Martin Gardner, *Fads and Fallacies in the Name of Science,* 1959.

agrimensores egipcios, a la vez que, según otra teoría, era un gigantesco reloj de sol. Esta última dio pábulo a la que hasta ahora es la más interesante y verosímil de las teorías: que se construyó para utilizarla como observatorio astronómico. Así lo afirmó Proclo, el filósofo bizantino del siglo v, que mencionó que la pirámide se usó como observatorio cuando todavía la estaban construyendo. En 1883 volvió a proponer esta teoría el astrónomo Richard Anthony Proctor.

Proctor cayó en la cuenta de que una de las principales necesidades de una civilización agrícola es un calendario exacto, lo que supone la observación precisa de la luna y las estrellas. Lo que necesitarían, para empezar, es una ranura larga y estrecha que señale el norte (o el sur) y a través de la cual pueda observarse el paso de las estrellas y los planetas para anotarlo en las tablas estelares.

La primera necesidad, según Proctor, era determinar el norte verdadero y luego alinear un tubo con él. Hoy día enfocamos la estrella Polar con un telescopio; pero en el antiguo Egipto esta estrella no estaba en el mismo lugar, lo cual era debido a un fenómeno denominado «precesión de los equinoccios» (expresión que conviene tener presente porque desempeñará un papel importante en posteriores argumentos). Imaginemos un lápiz clavado en la Tierra desde el Polo Norte hasta el Polo Sur; es su eje. Pero debido a la gravedad del sol y de la luna, este eje tiembla ligeramente y sus extremos describen círculos pequeños en el cielo y hacen que el extremo norte del lápiz señale estrellas diferentes. En el antiguo Egipto la estrella Polar era Alpha Draconis.

Ahora las estrellas parecen describir un semicírculo por encima de nuestra cabeza, de horizonte a horizonte. Las que están directamente encima de nosotros (en el meridiano) son las que describen el círculo más largo; las que se hallan más cerca del polo, el más pequeño. Si los antiguos egipcios hubieran querido enfocar Alpha Draconis con un telescopio, hubieran tenido que enfocarlo en un ángulo de 26 grados 17 minutos, el cual, según señala Proctor, es exactamente el ángulo del pasadizo descendente.

También señaló que si hubieran llenado de agua el «pozo infestado de bichos» que había debajo de la pirámide, la luz de la estrella Polar de entonces, Alpha Draconis, brillaría sobre el «charco», como si fuera sobre el espejo del telescopio de un astrónomo moderno. Según Proctor, la cúspide lisa de la Gran Pirámide era una plataforma de observatorio.

La teoría de Proctor tenía la ventaja de sugerir el propósito de la Gran Galería y los peculiares agujeros alargados de su «rampa». Proctor dijo que

si un astrónomo antiguo quería un «telescopio» ideal para estudiar el cielo, probablemente pediría a un arquitecto que proyectase un edificio que tuviera una ranura enorme en una de sus paredes, a través de la cual pudiese estudiar el tránsito de las estrellas. Proctor opinaba que originariamente el extremo superior de la Gran Galería era una de tales ranuras. Los astrónomos subirían a unos andamios situados por encima de dicha galería -y apoyados en los agujeros alargados- y desde allí podrían observar el paso de las estrellas con gran precisión. Los ladrillos del ápice de la Gran Galería pueden sacarse de allí, lo cual también les permitiría estudiar las estrellas por encima de su cabeza.

La objeción obvia es que actualmente la Gran Galería termina en la mitad de la pirámide y que la Cámara del Rey con sus «cámaras secretas» se encuentra más allá de ella. La actual Cámara del Rey hubiese bloqueado totalmente la «ranura». Pero Proctor preguntó si no era concebible que la pirámide permaneciese a medio construir durante mucho tiempo antes de que la terminaran. De hecho, una vez se hubieron trazado mapas minuciosos del firmamento, la pirámide incompleta cumpliría su cometido y pudieron terminarla. Proctor calculaba que se necesitarían unos diez años antes de que los constructores pudieran ir más allá de la Gran Galería, y para entonces los sacerdotes ya habrían terminado los mapas de estrellas y los calendarios.

Mirando hacia atrás, parece claro que Proctor era quien hasta entonces más cerca había llegado de sugerir una teoría razonable de la Gran Pirámide. Desde *The Great Pyramid, Observatory, Tomb and Temple,* hemos sido cada vez más conscientes de los alineamientos astronómicos de grandes monumentos como los templos egipcios y Stonehenge. De hecho, habían transcurrido sólo diez años desde la publicación del libro de Proctor, en 1893, cuando el astrónomo británico Norman Lockyer (más adelante sir Norman), que identificó el helio en el sol, procedió a demostrar con precisión cómo pudieron utilizarse los templos egipcios. Durante unas vacaciones en Grecia, el joven Lockyer se preguntó si el Partenón estaría alineado astronómicamente, al recordar, como diría más tarde, que las ventanas orientales de muchas iglesias inglesas estaban orientadas al punto por donde salía el sol en el día de su santo patrón. Dado que los templos egipcios habían sido medidos y documentados tan meticulosamente, recurrió a ellos en busca de pruebas de su tesis. Pudo demostrar que los templos estaban alineados astronómicamente, con el fin de que la luz de una estrella o de otro cuerpo celeste penetrase hasta sus profundidades del mismo modo

que hubiera podido penetrar en un telescopio. Observó, por ejemplo, que la luz del sol en el solsticio de verano entraba en el templo de Amen-Ra en Karnak y seguía su eje hasta penetrar en el santuario. Lockyer también fue el primero en sugerir que Stonehenge había sido construido como una especie de observatorio... teoría que ahora goza de aceptación general.

Lo importante del método de Lockyer fue que le permitió datar la construcción de Stonehenge en 1680 a. de C. y el templo de Karnak -o al menos su proyecto originario- en aproximadamente 3700 a. de C. Observó que los templos del sol estaban proyectados de manera que atraparan la luz de dicho astro en el solsticio (es decir, cuando el sol se encuentra más alejado del ecuador) o el equinoccio (cuando se encuentra encima de él), a la vez que los templos estelares tenían que atrapar la salida helíaca de la estrella (justo antes del alba), de nuevo en un solsticio. Pero también observó que un templo del sol podía servir de «calendario» durante mucho más tiempo que un templo estelar. Esto se debe a que un templo estelar está sometido a la precesión de los equinoccios que ya hemos mencionado. Aunque representa una fracción minúscula -1/72 de grado por año (lo que hace que las estrellas salgan veinte minutos más tarde cada año), obviamente se acumula a lo largo de los siglos y vuelve al punto de partida cada 25.920 años. El resultado era que los templos estelares tenían que realinearse cada siglo más o menos: Lockyer señaló las pruebas de que el templo de Luxor había sido realineado cuatro veces, lo cual explicaba su forma curiosa e irregular, a la que Schwaller de Lubicz dedicaría tantos años de estudio.

Según Lockyer, los templos egipcios más antiguos, en Heliópolis y Annu, estaban orientados a estrellas septentrionales en el solsticio de verano, a la vez que las pirámides de Gizeh las construyó una «nueva raza invasora» cuyos conocimientos astronómicos eran mucho más avanzados y que utilizó tanto estrellas septentrionales como orientales.

Pero ¿por qué los egipcios mostrarían un interés tan profundo por el firmamento? Una razón, como ya hemos observado, es que los agricultores necesitan un calendario: en el 3200 a. de C., Sirio, la «estrella perro», se convirtió en la más importante del cielo porque salía al amanecer cuando comenzaba el año nuevo egipcio, momento en que el Nilo empezaba a subir. Sin embargo, para los egipcios las estrellas no eran meros indicadores de las estaciones. Eran también la morada de los dioses que presidían la vida y la muerte.

Y el reconocimiento de este hecho fue lo que constituiría la base de una de las visiones interiores más interesantes de la Gran Pirámide desde los tiempos de Proctor.

En 1979, un ingeniero de construcción belga llamado Robert Bauval que iba camino de Egipto compró en Heathrow, uno de los aeropuertos de Londres, un libro titulado *El misterio de Sirio,* de Robert Temple.

El libro había hecho que algunos críticos escépticos metieran a Temple en el mismo saco que Erich von Däniken, lo cual no es justo. El punto de partida de Temple era un misterio científico auténtico: que una tribu africana, la de los dogon (en Mali), sabe desde hace mucho tiempo que Sirio, la estrella perro, es en realidad una estrella doble, con una compañera «invisible». Los astrónomos sospechaban la existencia de esta estrella compañera, Sirio B, desde que en el decenio de 1830 Friedrich Wilhelm Bessel observara las perturbaciones en la órbita de Sirio y sacara la conclusión de que debía de haber una estrella increíblemente densa pero invisible: lo que ahora denominamos «una enana blanca», en la cual los átomos se han derrumbado sobre sí mismos, de tal modo que un fragmento del tamaño de una cabeza de alfiler pesa muchas toneladas. Según los dogon, su conocimiento de Sirio B -a la que llaman «estrella digitaria»- se lo dieron unos seres parecidos a peces llamados los Nommos, que llegaron de Sirio hace miles de años. El conocimiento de Sirio B no dejó de ser de la incumbencia de sólo unos cuantos astrónomos hasta 1928, año en que sir Arthur Eddington postuló la existencia de «enanas blancas». Parece inconcebible que algún viajero europeo pudiera traer tal conocimiento a los dogon mucho antes de la citada fecha. En todo caso, los dogon poseían máscaras de culto relacionadas con Sirio, algunas de las cuales databan de siglos, y las tenían guardadas en cuevas.

Tal como descubrió Temple cuando fue a París para estudiar con la antropóloga Germaine Dieterlen -que, con Marcel Griaule, había pasado años entre los dogon-, los dogon parecían conocer el sistema solar con una sorprendente riqueza de detalles. Sabían que los planetas giraban alrededor del sol, que la luna estaba «seca y muerta», que Saturno tenía anillos y Júpiter tenía lunas. Dieterlen señaló que los babilonios también creían que su civilización la fundaron unos dioses peces.

Dado que la estrella perro (llamada así porque está en la constelación

Canis Maior) era la estrella sagrada de los egipcios después del 3200 a. de C. (llamada Sothis e identificada con la diosa Isis), Temple conjeturó que los dogon recibieron su conocimiento de los egipcios y que el hecho de que la diosa Isis se encuentre tan a menudo en las pinturas de las embarcaciones en compañía de otras dos diosas, Anukis y Satis, podría indicar que los antiguos egipcios también sabían que Sirio es en realidad un sistema triple que consiste en Sirio, Sirio B y la morada de los Nommos.

Pero cabe pensar que inscripciones jeroglíficas del antiguo Egipto contendrían tal conocimiento. Temple no pensaba así y señaló que había sido necesario iniciar a Griaule en los secretos religiosos de los dogon después de la preparación ritual. Si los egipcios conocían la existencia de Sirio B, tal conocimiento estaría reservado a los iniciados.

Los entusiastas de los «astronautas de la antigüedad» sugerirían -y han sugerido- que esto «prueba» que la antigua civilización egipcia también la fundaron «dioses procedentes del espacio», pero Temple se muestra mucho más prudente y se limita a comentar el misterio que representa el hecho de que una primitiva tribu africana posea conocimientos tan avanzados de astronomía.

Al leer el libro de Temple, volvió a despertar el interés de Bauval por la astronomía, a la que dedicó tiempo durante su estancia en Sudán y, posteriormente, en Arabia Saudita. Al regresar a Egipto, a su ciudad natal de Alejandría, en 1982, un amanecer se fue en automóvil a Gizeh, donde se sobresaltó al ver un chacal del desierto cerca de la tercera pirámide, la de Menkaura (o Micerinos). A estos animales se les ve raramente y el incidente le recordó la curiosa historia de cómo se produjo uno de los descubrimientos más asombrosos de la egiptología. En 1978, el jefe de una cuadrilla de trabajadores de Sakkara se había fijado en la presencia de un chacal cerca de la pirámide de Unas, el último faraón de la V dinastía (hacia el 2300 a. de C.) y cuando el chacal se perdió de vista en el interior de un pasadizo de techo bajo de la pirámide el jefe de la cuadrilla lo siguió, probablemente con la esperanza de encontrar algún tesoro. La luz que portaba le permitió ver que se encontraba en una cámara cuyas paredes y techo aparecían cubiertos de bellos jeroglíficos. Era asombroso, ya que en las pirámides del complejo de Gizeh no había inscripciones.

Los jeroglíficos pasarían a ser conocidos por el nombre de los Textos de las Pirámides y -al igual que el posterior Libro de los Muertos- contenían rituales relacionados con el viaje del rey a la otra vida. Resultó que cinco pi-

rámides contenían textos de esta clase. Es probable que sean los escritos religiosos más antiguos del mundo.

Bauval se desplazó seguidamente a Sakkara, con la intención de revisar sus conocimientos de los textos de la pirámide de Unas y se puso a reflexionar sobre pasajes en los cuales el rey declara que su alma es una estrella. ¿Quería decir sencillamente que su alma era inmortal? ¿O quería decir -como una vez había sugerido J. H. Breasted- que su alma se convertiría literalmente en una estrella del firmamento? Uno de los textos dice: «Oh, rey, eres esta gran estrella, la compañera de Orión, que cruza el cielo con Orión...». La constelación de Orión era sagrada para los egipcios, toda vez que consideraban que era la morada del dios Osiris. En el cielo, ligeramente por debajo de Orión -y a la izquierda-, se encuentra Sirio, la estrella de Isis, consorte de Osiris. Bauval reflexionó sobre el misterio de los Textos de las Pirámides y por qué aparecen sólo en cinco pirámides que datan de las dinastías V y VI, esto es, un período de alrededor de un siglo. El egiptólogo Wallis-Budge, al observar la absoluta confusión de algunos de los textos, comentó que probablemente ni los mismos escribas entendían lo que estaban escribiendo y que, por tanto, era probable que los textos fuesen copias de documentos mucho más antiguos...

La visita a Sakkara seguía fresca en la memoria de Bauval cuando al día siguiente visitó el Museo de El Cairo. Se fijó allí en un póster grande en el que aparecía una foto aérea de las pirámides de Gizeh. De repente le llamó la atención el hecho de que la tercera pirámide estuviera extrañamente desalineada con relación a las otras dos. Los cuatro costados de cada una de las pirámides señalan exactamente los cuatro puntos cardinales, y sería posible tomar una regla gigantesca y trazar una línea recta desde el ángulo del nordeste de la Gran Pirámide hasta el ángulo del sudoeste de la pirámide de Kefrén. Cabría esperar que esta línea se extendiese hasta los ángulos de la pirámide de Menkaura, pero en realidad pasaría a unos sesenta metros de ella. ¿Por qué esta desagradable falta de simetría?

A Bauval se le ocurrió otra pregunta. ¿Por qué la tercera pirámide es mucho más pequeña que sus dos compañeras, cuando el faraón Menkaura era tan poderoso como sus dos predecesores?

Al cabo de más de un año, en noviembre de 1983, Bauval se hallaba acampado en el desierto de Arabia Saudita durante una expedición. A las tres de la madrugada se despertó y alzó los ojos hacia la Vía Láctea, que parecía un río cruzando el espacio. Y a su derecha había una tiara de estrellas brillantes que reconoció como Orión, que los antiguos egipcios iden-

tificaban con Osiris. Subió a lo alto de una duna y allí se reunió con él un amigo que también se interesaba por la astronomía y que procedió a explicarle que los navegantes encuentran el punto de salida de Sirio por encima del horizonte mirando las tres estrellas del «cinturón» de Orión. (Orión, el Cazador, tiene más o menos forma de reloj de arena y el cinturón pasa alrededor de su «talle».) «De hecho -agregó el amigo-, las tres estrellas del cinturón de Orión no están alineadas de manera perfecta... la más pequeña está ligeramente desviada hacia el este.» En este momento Bauval le interrumpió gritando: *«Je tiens l'affaire»,* es decir, «¡Ya lo tengo!» Eran las palabras que pronunció el egiptólogo Champollion cuando se dio cuenta de que la piedra de Rosetta le había dado la clave de los jeroglíficos.

Lo que «tenía» Bauval era una respuesta a su pregunta sobre por qué la pirámide de Menkaura era más pequeña que las otras dos y estaba desviada hacia el este. Las pirámides tenían que representar las estrellas del cinturón de Orión. Y la Vía Láctea era el río Nilo.

Lo que Bauval no sabía entonces era que ya en 1964 una revista de estudios orientales había publicado un artículo que trataba de una conexión entre la Gran Pirámide y el Cinturón de Orión. La autora era una astrónoma norteamericana que se llamaba Virginia Trimble, a la que un egiptólogo llamado Alexander Badawy había pedido que le ayudase a verificar su teoría de que el «pozo de ventilación» meridional de la Cámara del Rey señalaba directamente a Orión cuando se construyó la Gran Pirámide, hacia el 2550 a. de C. Virginia Trimble había hecho los cálculos necesarios y pudo decirle a Badawy que tenía razón: en efecto, el pozo de ventilación señalaba directamente el Cinturón de Orión hacia el 2550 a. de C. Dicho de otro modo, una persona lo bastante delgada como para acostarse en el pozo de ventilación hubiera visto cómo el cinturón de Orión pasaba directamente por encima de ella todas las noches. Por supuesto, pasarían otras estrellas, cientos de ellas... pero ninguna de semejante magnitud.

Si las pirámides de Gizeh representaban las tres estrellas del Cinturón de Orión -Zeta, Epsilón y Delta-, ¿no era posible que otras pirámides representasen a otras estrellas de Orión? De hecho, Bauval se dio cuenta de que la pirámide de Nebka, en Abu Ruwash, correspondía a la estrella situada en el pie izquierdo del Cazador; y la pirámide de Zawyat al-Aryan a la estrella que estaba en su hombro derecho. Desde luego, si otras dos pirámides hubieran completado la forma de «reloj de arena», la prueba hubiese sido concluyente, pero, por desgracia, estas dos pirámides o bien nunca se ha-

bían construido o hacía ya mucho tiempo que habían desaparecido bajo la arena.

Pero ¿qué significaba todo ello? Badawy había supuesto que el pozo del sur de la Cámara del Rey no era un respiradero, sino un canal cuya misión era dirigir el alma del faraón muerto hacia Orión, donde se convertiría en dios. Dicho de otro modo, la ceremonia ritual consistente en liberar el alma del faraón de su cuerpo tendría lugar cuando el pozo, como si fuera el cañón de un arma de fuego, apuntase a Orión, y el alma del faraón iría volando hasta allí como un proyectil.

Una cosa preocupaba a Bauval. Los cálculos de Virgina Trimble parecían indicar que el cañón del arma de fuego apuntaba a la estrella situada en el centro del Cinturón de Orión -la que correspondía a la pirámide de Kefrén- cuando debería haber apuntado a la estrella meridional, Zeta Orionis, que correspondía a la Gran Pirámide. Este problema lo resolvió finalmente un ingeniero alemán llamado Rudolf Gantenbrink, del que se dijo que había sido contratado para que eliminase la humedad de la pirámide. Gantenbrink había construido un pequeño robot que parecía un tractor y podía subir por los pozos. El robot había revelado que los pozos eran un poco más empinados de lo que había pensado Flinders Petrie. Éste había calculado que el pozo del sur tenía un ángulo de 44 grados 30 minutos, cuando en realidad era de 45 grados. Esta nueva medición significó que el cañón del arma de fuego apuntaba directamente a Zeta Orionis... aunque un siglo más tarde de lo que generalmente se cree. Si Bauval estaba en lo cierto, la pirámide se construyó entre el 2475 y el 2400 a. de C.

La curiosidad de Bauval se centró entonces en los «pozos de ventilación» de la Cámara de la Reina. En realidad, eran pozos que no podían ser respiraderos, toda vez que estaban cerrados por ambos extremos. Con la ayuda de un ordenador Bauval calculó en qué dirección apuntaba el pozo del sur de la Cámara de la Reina al construirse la pirámide. Sus conjeturas se vieron confirmadas: el pozo apuntaba a Sirio, la estrella de Isis.

Lo que empezaba a aparecer era una idea muy convincente de la finalidad de la Gran Pirámide: no era una tumba, sino un edificio ritual -una especie de templo- cuya misión era mandar el alma del faraón Keops volando a Zeta Orionis -que los egipcios llamaban al-Nitak-, donde reinaría eternamente con el nombre de Osiris.

¿Y cuál era la finalidad de la Cámara de la Reina? Basándose en que su pozo estaba alineado con Sirio, Bauval creía que era una cámara ritual para una parte anterior de la ceremonia: aquella en la que el hijo del faraón

muerto ejecutaba un ritual llamado «la apertura de la boca», cuyo fin era devolverle la vida al faraón. Tenía que abrir la boca empleando un instrumento llamado «la azuela sagrada», que estaba hecho de hierro meteórico. (En el antiguo Egipto el hierro era un metal rarísimo y sólo se encontraba en los meteoritos; como llegaba de los cielos, los egipcios creían que los huesos de los dioses estaban hechos de hierro.) En las ilustraciones de esta ceremonia el rey aparece con el falo en erección, toda vez que una parte de la ceremonia consistía en que el rey copulase con la diosa Isis: de ahí la alineación del pozo con Sirio, la estrella de Isis.

Ahora bien, todo esto tenía una consecuencia interesantísima. Según el punto de vista habitual, las tres pirámides de Gizeh las construyeron tres faraones diferentes para utilizarlas como tumbas. Pero si representaban las estrellas del Cinturón de Orión, entonces toda su planta debía de haberse trazado mucho antes de que empezara a construirse la Gran Pirámide. ¿Cuándo?

Para comprender cómo abordó Bauval este problema, debemos volver a la precesión de los equinoccios, es decir, el temblor del eje de la tierra que ocasiona el cambio de su posición en relación con las estrellas, un grado a lo largo de 72 años y un círculo completo cada 26.000 años. En lo que se refería a Orión, este temblor hace que la constelación se desplace hacia arriba en el cielo durante 13.000 años y que luego vuelva a bajar. Pero durante el desplazamiento la constelación también se inclina un poco; dicho de otra forma, el reloj de arena gira siguiendo las manecillas del reloj, luego gira al revés.

Bauval observó que la única vez que la pauta de las pirámides en el suelo es un reflejo perfecto de las estrellas del Cinturón de Orión -en lugar de estar inclinada hacia un lado- fue en 10450 a. de C. Éste es también su punto más bajo en el cielo. Después de esto, empezó a subir otra vez de nuevo, y alcanzará su punto más elevado hacia el año 2550 d. de C. En el año 10450 a. de C. fue como si el cielo fuese un enorme espejo en el cual el curso del Nilo se «reflejaba» como la Vía Láctea; y las pirámides de Gizeh, como el Cinturón de Orión.

Al llegar a este punto de su libro *El misterio de Orión,* Bauval hace una pregunta cuyo atrevimiento -después de tantos capítulos de precisos argumentos científicos y matemáticos- produce perplejidad. «¿Era la necrópolis de Gizeh, y específicamente, la Gran Pirámide y sus pozos, un gran marcador de tiempo, una especie de reloj estelar que tenía la misión de señalar las épocas de Osiris y, sobre todo, su Primera Vez?»

Los egipcios daban a esta «Primera Vez» de Osiris el nombre de *Zep Tepi,* que fue la ocasión en la que los dioses confraternizaron con los seres humanos... el equivalente del mito griego de la Edad de Oro.

La fecha 10450 a. de C. no significa nada para los historiadores, ya que es «prehistórica», más o menos la época en que aparecieron los primeros agricultores en el Oriente Medio. Pero Bauval nos recuerda que hay una fecha en la mitología, una sola, que se le acerca de manera razonable. Según el *Timeo* de Platón, cuando el estadista griego Solón visitó Egipto hacia el año 600 a. de C., los sacerdotes egipcios le contaron la historia de la destrucción de la Atlántida, acaecida unos nueve mil años antes, y de cómo se había hundido debajo de las olas. Generalmente no se daba ningún crédito a dicha historia porque también contaba cómo los atlantes habían luchado contra los atenienses y la verdad era que Atenas aún no se había fundado en aquel tiempo, es decir, en el 9600 a. de C. Sin embargo -como sabemos-, la historia de la Atlántida ha perseguido la imaginación de los europeos desde entonces.

Bauval señala que, en el *Timeo,* Platón no sólo da cuenta de la crónica que hace Solón de la Atlántida, sino que también dice que Dios hizo «almas en número igual al de las estrellas, y las repartió, cada alma para una estrella diferente... y quien bien viviera durante el tiempo que le correspondiese volvería a la habitación de su estrella consorte». Sin duda esto hace pensar en un concepto típicamente egipcio.

Después de correr el riesgo de ofender a los egiptólogos planteando el asunto de la Atlántida, Bauval va más lejos y menciona que el clarividente Edgar Cayce afirmó que los planos de la Gran Pirámide se trazaron hacia 10400 a. de C. Es divertido observar que la autoridad en esta materia a la que cita no es otra que Mark Lehner, el archienemigo de la tesis de West referente a la Esfinge. Parece ser que Lehner era (y posiblemente sigue siendo) financiado por la Cayce Foundation y que empezó su carrera como seguidor de Cayce; en *The Egyptian Heritage,* Lehner arguyó que los «acontecimientos de la Atlántida» en el antiguo Egipto (es decir, la llegada de los atlantes) probablemente ocurrieron en el 10400 a. de C. (Convendría añadir que Lehner desdeñó luego estas divagaciones de sus primeros tiempos y volvió a la ortodoxia: en la actualidad se le considera el principal experto mundial en las pirámides.)

Edgar Cayce es una figura extraña y desconcertante. Nacido en una granja de Kentucky en 1877, parece que fue un niño bastante normal exceptuando una extraña habilidad: podía dormir con la cabeza apoyada en un libro y despertar sabiendo todo lo que en él se decía. Al dejar la granja, se casó y empezó a trabajar de vendedor, aunque siempre había albergado la ambición de ser predicador. A los 21 años de edad su voz desapareció súbitamente, y el hecho de que volviera al ser hipnotizado pero desapareciese de nuevo al despertar inducía a pensar que el problema era más mental que físico, que, de hecho, Cayce anhelaba inconscientemente dejar su empleo de vendedor. Al ser hipnotizado otra vez por un hombre llamado Al Layne, Cayce diagnosticó certeramente su propio problema y recetó su cura. Layne decidió entonces consultar con Cayce -sometido otra vez a hipnosis- sobre sus propios problemas médicos y Cayce le explicó cómo había que tratarlos. Al despertar y examinar las notas que Layne había tomado, insistió en que nunca había oído hablar de la mayoría de los términos médicos que constaban en ellas.

Cayce descubrió entonces que poseía la habilidad de diagnosticar enfermedades -y recetar la cura correspondiente- cuando se hallaba en trance hipnótico y su celebridad se extendió.

En 1923, cuando tenía unos 45 años de edad, un día se escandalizó al enterarse de que durante uno de sus trances había predicado la doctrina de la reencarnación. Pese a ser cristiano devoto y ortodoxo, llegó a aceptar la idea de que los seres humanos renacen una y otra vez.

Cuando se hallaba describiendo la vida pasada de un chico de 14 años, Cayce declaró que éste había vivido en la Atlántida hacia el 10000 a. de C. Desde entonces hasta el final de su vida, Cayce continuó «viendo» fragmentos de la historia relativos a la Atlántida. Algunos de estos comentarios parecían pensados para enfurecer a los escépticos y sembrar dudas incluso en el más imparcial de los estudiosos del pasado. Según Cayce, la Atlántida ocupaba en el océano Atlántico un lugar que iba desde el mar de los Sargazos hasta las Azores, y tenía una civilización floreciente que databa del 200000 a. de C. La civilización de los atlantes estaba muy desarrollada y poseía alguna clase de «piedra de cristal» que servía para atrapar los rayos del sol; también conocía la fuerza del vapor, el gas y la electricidad. Por desgracia, debido a su prosperidad acabaron convirtiéndose en gente codiciosa y corrupta, merecedora de la destrucción que finalmente se abatió sobre ella. Esto ocurrió en varios períodos, uno hacia el 15600 a. de C. y el último alrededor del 10000 a. de C. Para entonces, los atlantes es-

taban dispersos por Europa y América del Sur. Sus archivos, según afirmó Cayce, se encontrarán en tres partes del mundo, una de las cuales es Gizeh. Predijo que la Atlántida empezaría a subir otra vez, en la zona de Bimini, en 1968 y 1969. También predijo que en una cámara situada debajo de la Esfinge se encontrarían documentos que probarían la existencia de la Atlántida.

El biógrafo de Cayce, Jess Starn, ha afirmado que su «promedio de aciertos, en lo que se refiere a las predicciones, era increíblemente elevado, próximo al cien por cien», pero los hechos no lo confirman. Es verdad que unas cuantas de las afirmaciones que hizo estando en trance han resultado fantásticamente acertadas: tales como la de que en otro tiempo el Nilo fluía hacia el oeste (los estudios geológicos han demostrado que en otro tiempo desembocaba en el lago Chad, a medio camino entre el Nilo actual y el océano Atlántico), que una comunidad conocida por el nombre de «los esenios» vivía cerca del mar Muerto (lo verificaron los pergaminos del mar Muerto, descubiertos dos años después de su muerte), y que dos presidentes norteamericanos morirían durante su mandato (Roosevelt y Kennedy). Pero los críticos señalan la absoluta vaguedad de muchas de sus profecías, y el hecho de que tantas de ellas sencillamente no dieron nunca en el blanco. Cuando en 1938 le preguntaron si habría una guerra en la que se verían envueltos los Estados Unidos entre 1942 y 1944, desperdició una oportunidad magnífica de probar sus credenciales proféticas y respondió que dependía de si había un deseo de paz. Al preguntársele cuál podía ser la causa de tal guerra, replicó: «El egoísmo», lo cual parece una simplificación excesiva si se tiene presente el antisemitismo de Hitler y su deseo de ver cómo la raza aria conquistaba el mundo. Le hicieron preguntas sobre China y Japón y explicó que «el principio de la fe cristiana avanzará en medio de los tumultos que forman parte de los acontecimientos...», lo cual también se aleja tanto de la realidad que debe considerarse un fallo total. Cuando le hicieron preguntas sobre España, que a la sazón se acercaba al final de su sangrienta guerra civil, declaró que sus problemas no hacían más que empezar; de hecho, el gobierno de Franco traería muchos decenios de paz a los que seguiría una transición pacífica a la democracia. A las preguntas sobre Rusia respondió con una vaguedad excepcional y se limitó a declarar que los «tumultos» continuarían hasta que se autorizasen la libertad de expresión y el derecho al culto religioso. Al preguntársele sobre el papel de Gran Bretaña, Cayce replicó con oscuridad délfica: «Cuando sus actividades

se dispongan de tal manera que se tengan en consideración todas las fases, Gran Bretaña podrá controlar el mundo para la paz...» , lo que también debe contarse como un fallo.

Algunas de las profecías más alarmantes de Cayce eran que la Tierra se vería sometida a un período de cataclismos entre 1958 y el fin de siglo; que Los Ángeles, San Francisco y Nueva York serían destruidos, a la vez que Japón desaparecería debajo del Pacífico; de hecho, aunque todavía hay tiempo (escribo en 1995) de que se demuestre que Cayce estaba en lo cierto, hasta el momento no ha habido más cataclismos que en cualquier período parecido de la historia.

Toda persona que esté familiarizada con la historia de lo paranormal reconocerá en Edgar Cayce a un ejemplo típico de psíquico muy dotado... con todas las desventajas que eso parece conllevar. La investigación psíquica, al parecer, está sometida a una curiosa limitación a la que podríamos llamar «la ley de James», en honor del filósofo William James, que declaró que siempre parece haber pruebas suficientes para convencer a los creyentes y nunca suficientes para convencer a los escépticos. Todos los grandes psíquicos y clarividentes se han apuntado éxitos suficientes para probar su autenticidad y fracasos suficientes para probar que son muy falibles. Salta a la vista que Cayce no es ninguna excepción.

Forzoso es reconocer que en este punto del presente libro Cayce es una digresión -Bauval hace sólo una referencia breve y pasajera a él... y a los «acontecimientos de la Atlántida» en *El misterio de Orión.* Sin embargo, la curiosa coincidencia de la fecha (10400 a. de C.) plantea una pregunta importante: ¿por qué los constructores de las pirámides de Gizeh las dispusieron de manera que reflejasen la posición del Cinturón de Orión en el 10450 a. de C.? Es difícil no estar de acuerdo con Bauval cuando afirma que deseaban indicar esta fecha como momento importante de su historia: probablemente como el principio de su época, su «Génesis».

La construcción de las pirámides de Gizeh duró como mínimo tres generaciones: Keops, Kefrén y Menkaura, y los trabajos ocuparon alrededor de un siglo. Parece, pues, que Kefrén y Menkaura las construyeron siguiendo unos planos. Es posible que estos planos los trazaran Keops y sus sacerdotes. Pero como ha demostrado Bauval, cabe argüir que los planos existieron desde el principio: el 10450 a. de C. Hay pruebas de que las grandes catedrales góticas se proyectaron siglos antes de que se constru-

yeran; Bauval sugiere que lo mismo ocurrió en el caso de las pirámides de Gizeh.

Y si aceptamos los argumentos de West y Schoch según los cuales la erosión de la Esfinge se debió al agua, entonces parece probable que West acierte al asignar a la Esfinge la fecha del 10450 a. de C.

Pongamos por caso, pues, que es verdad que tanto West como Bauval están en lo cierto. Supongamos que los supervivientes de alguna catástrofe llegaron a Egipto a mediados del XI milenio a. de C. y trataron de reconstruir en el exilio un fragmento de su cultura perdida. Empiezan tallando la parte delantera de la Esfinge en una afloramiento de piedra caliza dura en las orillas del Nilo. Estaba orientada a la salida del sol en el equinoccio de primavera (o vernal). En algún período posterior, proceden a excavar la piedra caliza debajo de la Esfinge y a tallar el cuerpo de león.

¿Por qué un león? Porque, según sugiere Graham Hancock, la edad en que se construyó la Esfinge era la Edad de Leo. Hemos visto que el temblor del eje de la Tierra -que causa la precesión de los equinoccios- significa que se mueve como la manecilla que indica las horas en un reloj y señala una constelación diferente cada 2.160 años. La Edad de Leo duró del 10970 al 8810 a. de C. Hancock remacha su argumento preguntando si es coincidencia que en la Era de Piscis (la nuestra) el símbolo del cristianismo sea un pez, que en la precedente Era de Aries encontremos carneros sacrificados en el Antiguo Testamento y un renacimiento del dios carnero Amón en Egipto, mientras que en la anterior Era de Tauro los egipcios rendían culto a Apis, el toro, y el culto del toro floreció en la Creta minoica.

De manera que estos protoegipcios empezaron a proyectar su gran templo celeste en el XI milenio a. de C. y continuaron durante los siguientes mil años y pico, construyendo probablemente el Templo de la Esfinge y el Templo del Valle con los bloques gigantescos que sacaron de alrededor de la Esfinge. También es posible que construyeran el Oseirión cerca de Abydos y otros muchos monumentos que luego desaparecieron debajo de la arena.

En tal caso, parece increíble que no llegaran a empezar el complejo de las pirámides. Hancock señala que la mitad inferior de la pirámide de Kefrén está construida con «bloques ciclópeos», mientras que más arriba, hacia la mitad, los bloques son más pequeños, lo que tal vez sugiera que se empezó en una etapa muy anterior. West también hace el siguiente comentario: «En el lado oriental de la pirámide de Kefrén los bloques son especialmente enor-

mes y llegan a medir 6,4 metros de longitud y 30 centímetros de espesor...».

Pero si se construyó parte de la pirámide de Kefrén, parece poco probable que la Gran Pirámide se quedase en simple proyecto. El corazón de la Gran Pirámide, según dice Iodden Edwards en *The Pyramids of Egypt** consiste en «un núcleo de roca cuyo tamaño no puede determinarse con precisión». Puede que se tratara de un túmulo de tamaño considerable, posiblemente un «túmulo sagrado». Posiblemente la cámara inferior también se excavó en la roca en aquel tiempo, formando una especie de cripta. Y si las pirámides tenían por finalidad reflejar las estrellas del Cinturón de Orión, entonces parece más probable que también se empezara a construir la tercera pirámide, la de Menkaura. Incluso es posible que ésta fuera otro túmulo sagrado en este lugar.

¿Por qué razón estos protoegipcios no continuarían trabajando hasta terminar la totalidad de las tres pirámides?

La sugerencia obvia es que si sólo un pequeño grupo de ellos llegó a Egipto -quizá unos cien-, entonces sencillamente fue porque carecían de recursos humanos. Lo que necesitaban, en primer lugar, era sencillamente un centro religioso, el equivalente de la basílica de San Pedro de Roma o la catedral de San Pablo de Londres. La Esfinge y el túmulo sagrado -o túmulos sagrados- proporcionarían dicho centro.

Pero como veremos en otro capítulo, Robert Bauval y Graham Hancock han ofrecido una sugerencia mucho más interesante y verosímil, una sugerencia que se basa en simulaciones creadas con un ordenador de los cielos de Egipto entre los años 10500 y 2500 a. de C.

No tenemos ninguna manera de adivinar lo que pudo suceder entre estas dos fechas. Pocas civilizaciones florecen durante más de unos cuantos miles de años y, por ende, parece poco probable que esta civilización protoegipcia durase hasta los tiempos de los faraones. Puede que como civilización ni siquiera llegase hasta el VI o el V milenio a. de C., momento en que (según la *Encyclopaedia Britannica)* la gente de la edad de piedra empezó a llegar al valle del Nilo y a cultivarlo. La idea de que las culturas de la edad de piedra (la tasiense, la badariense y la nagadiense) pudieran coe-

* I. E. S. Edwards publicó por primera vez *The Pyramids of Egipt* en 1947, pasando a ser la obra clásica en esta materia por excelencia. Edwards falleció en octubre de 1996, a los 87 años, después de convertirse en experto en Tutankamón y haber formado parte del equipo del Museo Británico entre 1955 y 1974. *(Nota del Revisor.)*

xistir con los restos de la cultura protoegipcia sugiere que los protoegipcios no eran nada más que un vestigio sacerdotal que tal vez vivía, al igual que los esenios de una era posterior, en algún equivalente de las cuevas del mar Muerto, y conservaron su conocimiento del mismo modo que los monasterios de la Edad de las Tinieblas conservaron el saber europeo.

Como veremos más adelante, hay cierto número de indicios de la existencia de esta casta sacerdotal -que a veces recibe el nombre de los Compañeros de Osiris- en los milenios comprendidos entre 10500 y 2500 a. de C.

Lo que sí sabemos es que quizá Egipto ya empezó a unirse y formar una nación en el 4000 a. de C. Una obra llamada el Papiro de Turín -que por desgracia sufrió graves desperfectos cuando la enviaron al Museo de Turín sin haberla embalado de forma apropiada- menciona nueve dinastías de reyes de Egipto anteriores a Menes. Antes, según dice, Egipto era gobernado por dioses y semidioses y puede que estos últimos fueran alguna casta sacerdotal. La Piedra de Palermo menciona 120 reyes antes de Menes. Manetón, el sacerdote egipcio del siglo III a. de C., también produjo una lista que se remonta a una lejana época de dioses y abarca casi 25.000 años.

Lo que parece claro, si Schwaller de Lubicz está en lo cierto, es que llegó un momento en que los «semidioses» o sacerdotes se convirtieron en los mentores de la temprana civilización faraónica, a la que enseñaron geometría, ciencia y medicina.

Pero ¿eran mentores en algún sentido práctico? Si lo eran, entonces tenemos que resolver algunos difíciles enigmas históricos.

Alrededor de un siglo antes de Keops, el faraón Zoser construyó un impresionante complejo funerario en Sakkara, del cual formaba parte la famosa Pirámide Escalonada. Supervisó la construcción el legendario arquitecto Imhotep, que era también el gran visir de Zoser y probablemente sumo sacerdote. Los griegos le llamaban Asclepio y le nombraron dios de la medicina. Parece muy posible que fuera descendiente de la Nueva Raza. La Pirámide Escalonada empezó a construirse como mastaba -es decir, una tumba de ladrillos de barro recubierta de estuco- y luego fueron agrandándola literalmente de escalón en escalón, hasta que alcanzó seis «pisos» de altura. Parece que inspiró en los egipcios del Imperio Antiguo la idea de construir pirámides.

Dos generaciones después de Zoser llegó el faraón Snofru (o Snefru), el padre de Keops, que, según creían los antiguos egipcios, ordenó construir

una pirámide en Meidum (de hecho, ahora se cree que la pirámide la construyó Hunit, el último faraón de la III dinastía), que parece inacabada. Lo único que ahora sigue en pie es una enorme torre cuadrada (en dos etapas) en la cima de lo que parece ser una colina. Hasta 1974 no señaló un físico alemán llamado Kurt Mendelssohn por qué la pirámide está inacabada: se derrumbó antes de que la terminasen, y probablemente causó muchísimos muertos. La «colina» sobre la que parece alzarse es un montón de escombros. El faraón empezó construyendo una pirámide de siete pisos, luego añadió un octavo piso. En este momento se decidió convertirla en la que es casi seguro que fue la primera pirámide lisa, para lo cual añadieron bloques de relleno y una capa de gruesas piedras de revestimiento. Es probable que la mala calidad del trabajo fuera la causa de que una de las piedras de revestimiento se saliera de su sitio por efecto del empuje lateral acumulado y las restantes debieron de derrumbarse como una avalancha en cuestión de segundos.

Mendelssohn arguye[4] que ésta es la razón por la cual otra pirámide, la Pirámide Acodada de Dashur, cambia de ángulo de inclinación en su mitad. Es muy probable que también la construyera Snefru y el hecho de que su ángulo se vuelva menos empinado sugiere que su arquitecto había sacado una lección provechosa del desastre anterior.

El argumento central de Mendelssohn es que las pirámides no se construyeron con la intención de que fueran tumbas, sino para unir a muchas tribus en un estado-nación encomendándoles una tarea común. Es un argumento interesante, pero da la impresión de ser la teoría de un liberal moderno que fue alumno de Einstein (como es el caso de Mendelssohn), más que la de un egiptólogo. ¿Por qué Snofru no les ordenó que hicieran algo más práctico, como, por ejemplo, construir una presa en el Nilo o graneros inmensos? La intuición nos dice que fuera cual fuese la finalidad de las pirámides, tenía algo que ver con la religión egipcia.

El fracaso de Meidum parece contradecir la teoría de Schwaller según la cual la rápida aparición de la civilización faraónica se debió al legado que había recibido de la Atlántida. Aun reconociendo que la habilidad demostrada en la construcción de la Gran Pirámide induce a pensar en una civilización antigua y muy avanzada, seguimos teniendo derecho a preguntar: ¿dónde se encontraban los atlantes cuando el arquitecto de Snefru empezó a dar muestras de su incompetencia?

No obstante, la respuesta podría ser sencilla. Si los constructores de la Esfinge habían vivido durante miles de años tan aislados como los monjes de

4. Kurt Mendelssohn, *The Riddle of the Pyramids,* 1974

la Edad de las Tinieblas, es mas que probable que perdieran sus habilidades de constructores y tuviesen que aprenderlas de nuevo desde el principio.

Entonces, ¿por qué habría que suponer que desempeñaron algún papel en el Egipto faraónico? ¿Acaso no es concebible que desapareciesen de la faz de la tierra y dejaran sólo una biblioteca de papiros llenos de moho que pocas personas podían descifrar? ¿Por qué deberíamos suponer que salieron de su aislamiento y empezaron a interpretar un papel práctico en la religión de los faraones?

Pues, para empezar, hay una prueba intrigante. Embarcaciones.

En mayo de 1954 un arqueólogo llamado Kamal el-Mallakh descubrió un pozo rectangular en el lado meridional de la Gran Pirámide: 31,4 metros de longitud y 5,3 metros de profundidad. A 1,8 metros de profundidad había un techo formado por enormes bloques de piedra caliza, algunos de los cuales pesaban 15 toneladas. Debajo de este techo yacía una embarcación desmantelada construida con madera de cedro. Se procedió a reconstruirla -se necesitaron catorce años- y el resultado fue una embarcación de 43,6 metros de eslora, grande como las que llevaron a los vikingos a la otra orilla del Atlántico. John West dice de ella que era «una embarcación mucho más marinera que cualquiera de las que Colón hubiese podido utilizar». Thor Heyerdahl discrepa y, refiriéndose a esta misma embarcación en *Las expediciones Ra* (Editorial Juventud, Barcelona, 1972), dice que «el casco aerodinámico se hubiera venido abajo en su primer encuentro con las olas del océano». Dice también que se construyó para «pompa y ceremonia» y para que el faraón la utilizase en la otra vida. Sin embargo, también reconoce que «la había construido de acuerdo con unas pautas arquitectónicas que las principales naciones marineras del mundo nunca superaron. *Había construido su frágil embarcación fluvial de acuerdo con una pauta creada por los constructores de barcos de un pueblo que poseía una larga y sólida tradición de navegar en mar abierto».* (La cursiva es mía.)

Ahora bien, Heyerdahl precisamente debería reconocer el proyecto de una embarcación marinera al verlo. De hecho, sostiene que estos primitivos egipcios pudieron haber cruzado el Atlántico a bordo de un barco construido con cañas de papiro. Pero difícilmente puede decirse de él que lo demostrara, ya que su barco de papiro estaba virtualmente sumergido cuando llegó a Barbados.

Obviamente, esto plantea una pregunta fundamental. Si el barco de

Khufu se construyó «de acuerdo con una pauta creada por los constructores de barcos de un pueblo que poseía una larga y sólida tradición de navegar en mar abierto», ¿quiénes eran estos constructores de barcos? En Egipto hubo muy poca madera hasta que empezaron a importarse grandes cantidades en las postrimerías de la III dinastía: Snefru, el padre de Khufu, construyó una flota de 60 barcos. [5] Pero no puede decirse que los egipcios de las primeras dinastías fueran un pueblo con una larga tradición de navegar en mar abierto; después de todo, habían sido nómadas hacía sólo unos cuantos siglos, según la historia ortodoxa.

Cuando Graham Hancock estuvo en Abydos se acordó de otra faceta de este misterio al ver todo un cementerio de embarcaciones enterradas en un lugar del desierto situado a unos 12 kilómetros del Nilo: no había menos de una docena de barcos, algunos de ellos de cerca de 22 metros de eslora. Esto representa sólo más o menos la mitad de la eslora del barco de Khufu, aunque hay que tener en cuenta que datan de cinco siglos antes. Hancock cita un artículo del *Guardian* (21 de diciembre de 1991) que afirma que tienen 5000 años de antigüedad. También en este caso se trata de barcos marineros y no de barcos destinados a navegar por el Nilo.

Suponiendo que sea verdad que estos barcos -y otro que se encontró en un segundo pozo cerca de la Gran Pirámide- fueran objetos puramente rituales y destinados a que los usara el faraón muerto, ¿de dónde sacaron los antiguos egipcios el proyecto de los mismos?

Según Schwaller de Lubicz -y West-, la respuesta es la siguiente: de supervivientes de la Atlántida que llegaron en barcos. Pero ¿hay alguna prueba del uso de barcos marineros antes de la época de los faraones?

Da la casualidad de que la hay.

5. Margaret Murray, *The Splendour that was Egypt,* 1949, p. 97.

4
LA PALABRA PROHIBIDA

En 1966, un profesor norteamericano de historia de la ciencia llamado Charles H. Hapgood causó una gran polémica con un libro titulado *Maps of the Ancient Sea Kings.* La razón resulta clara al ver el título del último capítulo: «Una civilización que desapareció», que empieza así:

> Los datos que presentan los mapas antiguos parecen sugerir la existencia en tiempos remotos, antes del nacimiento de las culturas conocidas, de una verdadera civilización, una civilización de tipo avanzado, que o bien se hallaba localizada en una región pero tenía comercio con el mundo entero, o era una cultura mundial en el sentido real de la palabra. Esta cultura, al menos en algunos aspectos, estaba más avanzada que las civilizaciones de Grecia y Roma. En geodesia, ciencia náutica y cartografía estaba más avanzada que cualquier cultura conocida antes del siglo XVIII de la era cristiana. Hasta el siglo XVIII no creamos un medio práctico de encontrar la longitud. Fue en el siglo XVIII cuando por primera vez medimos con exactitud la circunferencia de la Tierra. Hasta el siglo XIX no empezamos a enviar barcos a explorar los mares árticos o antárticos y sólo entonces comenzamos a explorar el fondo del Atlántico. Los mapas indican que algunos pueblos antiguos hicieron todas estas cosas.

Fue una desgracia para Hapgood que durante el año siguiente, 1967, estos mismos mapas antiguos figurasen de forma prominente en un libro titulado *Recuerdos del futuro* (Plaza & Janés, Barcelona, 1970), de Erich von Däniken, cuya intención era demostrar que probaban que en épocas remotas seres procedentes del espacio exterior habían visitado la Tierra. Däniken preguntaba cómo, en caso contrario, pudo el hombre antiguo examinar tan minuciosamente la costa de América del Sur y los polos Norte y Sur, sin haberlos visto nunca desde el aire. Las numerosas inexactitudes de Von Däniken y el carácter sensacionalista de sus teorías causaron una reacción violenta entre los estudiosos serios, que decidieron que todo el asunto era un cúmulo de absurdos. Y al denunciarse las inexactitudes de Von Däniken (por ejemplo, multiplicar el peso de la Gran Pirámide por cinco), empezó a circular la idea de que toda la cuestión de los «mapas de los antiguos reyes del mar» era un mito desacreditado.

Esto era totalmente falso. Al cabo de más de un cuarto de siglo de su publicación, los datos que da el libro de Hapgood siguen siendo tan sólidos como siempre.

En septiembre de 1956, Hapgood se hallaba profundamente enfrascado en el estudio de otro misterio, el de las grandes glaciaciones, cuando oyó hablar de un enigma intrigante que parecía tener alguna relación con sus investigaciones. El 26 de agosto de 1956 se había celebrado un debate radiofónico en torno a un mapa antiguo llamado «el mapa de Piri Re'is», que había pertenecido a un pirata turco al que habían decapitado en 1554. Un grupo de respetables académicos y científicos habían dado su aprobación a la idea de que el citado mapa parecía mostrar el Polo Sur tal como era antes de que lo cubriese el hielo.

La polémica había surgido porque aquel mismo año un oficial de la marina turca había regalado a la oficina hidrográfica de la marina norteamericana una copia del mapa de Piri Re'is, cuyo original había aparecido en el palacio de Topkapi de Estambul en 1929. Estaba pintado en un pergamino y fechado en 1513, y mostraba el océano Atlántico, con una pequeña parte de la costa de África a la derecha y toda la costa de América del Sur a la izquierda. Y al pie del mapa, había algo que parecía la Antártida.

El experto en cartografía de la oficina hidrográfica, W. I. Walters, se hizo cargo del mapa y se lo mostró a un amigo suyo, el capitán Arlington H. Mallery, que se dedicaba al estudio de antiguos mapas vikingos. Después de estudiarlo en su domicilio, Mallery hizo la sorprendente afirmación de que

creía que el mapa mostraba la costa de la Antártida tal como era antes de que la cubriese una gruesa capa de hielo. Parecía mostrar ciertas bahías de la tierra de la Reina Maud tal como eran antes de que se helaran. En 1949 una expedición organizada por Noruega, Suecia y Gran Bretaña había efectuado sondeos con equipo sonar a través del hielo -que en algunos puntos tenía un espesor de casi dos kilómetros- y descubierto aquellas bahías desaparecidas hacía tanto tiempo.

Ya era asombroso que un mapa del siglo XVI mostrara la Antártida, que no había sido descubierta hasta 1818, pero que mostrara la Antártida tal como era en tiempos prehistóricos parecía absurdo. Así lo habían afirmado algunos estudiosos indignados y por eso el grupo de expertos se había reunido en la universidad de Georgetown, en Washington, D. C., para defender a Mallery. Todo esto interesó vivamente a Hapgood, porque llevaba tiempo arguyendo que los casquetes de hielo polares se habían formado con bastante rapidez -a lo largo de miles de años en vez de millones- y hacían que la tierra temblase y los continentes se desplazaran. También había sugerido que grandes masas de hielo desprendido causaban grandes catástrofes y que la última de éstas había ocurrido alrededor de mil quinientos años antes, cuando la Antártida estaba 4.000 kilómetros y pico más cerca del ecuador.

Hapgood se puso en comunicación con el capitán Mallery, que le pareció un hombre sincero y honrado. Se enteró por él de que la Biblioteca del Congreso ya poseía facsímiles del mapa de Piri Re'is antes de que el oficial turco regalara una copia a la oficina hidrográfica, y que tenía muchos más mapas del mismo tipo. Eran los llamados «portulanos» -que significa «de puerto a puerto»- y los utilizaban los navegantes de la Edad Media. Y Hapgood se sorprendió al enterarse de que los estudiosos conocían estos mapas desde hacía siglos pero que nunca nadie les había prestado mucha atención. Decidió entonces hacer que sus alumnos del Keene State College, en Nueva Hampshire, llevaran a cabo un estudio completo de los mapas.

¿Por qué nadie les había prestado mucha atención? En primer lugar, porque los habían trazado navegantes medievales y se suponía que estarían llenos de errores e inexactitudes. ¿Para qué iba alguien a tomarse la molestia de compararlos con mapas más modernos?

Pero como mínimo un estudioso -E. E. Nordenskiold, que recopiló un atlas de portulanos en 1889- estaba convencido de que se basaban en cartas que databan de mucho antes de la Edad Media. Eran demasiado

exactos para ser obra de marineros medievales. Asimismo, las cartas que databan del siglo XVI no mostraban ningún avance respecto de las del siglo XIV, lo cual inducía a pensar que unas y otras se basaban en mapas más antiguos. Asimismo, Nordenskiold también señaló que los portulanos eran más exactos que los mapas del gran geógrafo y astrónomo Ptolomeo, que trabajó en Alejandría alrededor de 150 d. de C. ¿Era posible que un marinero corriente pudiese superar a Ptolomeo, a menos que dispusiera de mapas antiguos para guiarse?

Los estudiantes de Hapgood decidieron que la forma más sencilla de abordar el problema era ponerse en el lugar de los cartógrafos originales (o, en algunos casos, el cartógrafo, porque a menudo parecía que muchos mapas posteriores estuviesen basados en la misma carta original). Como sabe todo el mundo, el primer problema que surge al crear un mapa estriba en que el mundo es un globo y un papel plano forzosamente tergiversará sus proporciones. En 1569, Gerhard Mercator resolvió el problema «proyectando» el globo sobre una superficie plana y dividiéndolo en latitud y longitud. Es el método que todavía utilizamos. Pero esto se debe a que conocemos todo el globo. ¿Cómo acometería la tarea un cartógrafo antiguo que tal vez sólo conocía su propio país?

Los estudiantes decidieron que la forma sensata sería elegir algún centro para el mapa, trazar un círculo a su alrededor, luego subdividir este círculo en varios segmentos, como un pastel: dieciséis parecían tener sentido. Luego, si tenían que extenderse más allá del círculo, probablemente pegarían cuadrados al borde de cada «trozo».

Piri Re'is había reconocido que su mapa era una combinación de veinte mapas en uno solo y que a menudo había permitido que se solaparan... o no se solaparan. Así, mostraba el río Amazonas dos veces, pero había omitido más de 1.400 kilómetros de la costa de América del Sur. Hapgood y sus alumnos tenían que utilizar la razón -por así decirlo- para volver a los veinte mapas originales.

La primera pregunta era: ¿dónde estaba el «centro» original? Después de estudiar mucho el asunto, sacaron la conclusión de que estaba fuera del mapa, pero que probablemente se encontraba en Egipto. Alejandría parecía el lugar más indicado. Hapgood pidió a un amigo suyo que era matemático que tratase de encontrar la respuesta empleando la trigonometría (por suerte, nadie le había dicho que los expertos opinaban que las cartas no se basaban en la trigonometría). Encontrar la solución necesitó tres años. Cuando finalmente resultó obvio que el lugar que andaban buscando tenía

que estar situado en el Trópico de Cáncer, se dieron cuenta de que sólo una ciudad antigua parecía satisfacer los requisitos: Siena, que ahora se llama Asuán y es el emplazamiento de la moderna presa.

Siena, en el Alto Egipto, tiene una distinción interesante: fue el lugar desde donde el erudito griego Eratóstenes, jefe de la Biblioteca de Alejandría, había calculado el tamaño de la Tierra hacia el 200 a. de C.

Eratóstenes oyó decir por casualidad que el 21 de junio de todos los años, el sol se reflejaba en el fondo de cierto pozo profundo que había en Siena: es decir, estaba directamente sobre él, de tal modo que las torres no proyectaban ninguna sombra. Pero en Alejandría sí la proyectaban. Lo único que tenía que hacer era medir la longitud de una sombra en Alejandría el mediodía del 21 de junio y calcular a partir de ello el ángulo que formaban los rayos de sol al caer sobre la torre. Resultó que era de siete grados y medio. Y dado que la Tierra es un globo, la distancia de Siena a Alejandría debía de ser siete grados y medio de la circunferencia de la Tierra. Como sabía que la distancia de Siena a Alejandría era de 5000 estadios (800 kilómetros y pico), el resto era fácil: siete grados y medio cabe cuarenta y ocho veces en 360, de modo que la circunferencia de la Tierra tenía que ser 500 veces 848: 38.616 kilómetros. (Como hemos visto, en realidad se acerca más a 40.225 kilómetros, pero Eratóstenes se aproximó de forma asombrosa.)

Ahora bien, Eratóstenes había cometido un pequeño error consistente en aumentar la circunferencia de la Tierra en cuatro grados y medio. Hapgood descubrió que si tenía en cuenta este error, el mapa de Piri Re'is resultaba todavía más exacto. Era, pues, virtualmente seguro que el mapa se basaba en antiguos modelos griegos inspirados en Eratóstenes.

Pero Hapgood pensó que es poco probable que cuando hicieron sus mapas los geógrafos de Alejandría salieran en barco para ver los lugares que aparecían en ellos. Era casi seguro que utilizaban mapas más antiguos... y entonces introducían el error. Así pues, los mapas más antiguos debían de ser aún más exactos que los de Alejandría.

Como vimos en el último capítulo, a un tutor de uno de los últimos Ptolomeos, Agatárquides de Gnido, le dijeron que la longitud de la base de la gran pirámide era una octava parte de un minuto de un grado. Y a partir de esto es posible calcular que los constructores de las pirámides sabían que la circunferencia de la Tierra era de poco menos de 40.225 kilómetros, cifra que es aún más exacta que el cálculo que hizo Eratóstenes. En vista de ello, no

nos queda ninguna duda de que los antiguos egipcios no sólo sabían que la Tierra era un globo, sino que conocían también su tamaño con un margen de error de unos cuantos kilómetros.

Evidentemente, diríase que esto indica una de dos cosas: o bien los egipcios poseían una marina capaz de circunnavegar el globo, o tenían acceso a información de alguien que sí poseía tal marina. (La tercera posibilidad -los astronautas procedentes de las estrellas- tiene, en general, menos probabilidades de ser cierta que las otras dos.) Pero ya hemos visto que uno de los primeros faraones en poseer una marina fue Snefru, padre de Keops, y apenas habría tiempo para que sus barcos dieran la vuelta al mundo y trazaran mapas detallados antes de que se construyese la pirámide (con sus pozos para embarcaciones). Margaret Murray señala que algunos miembros de la población del Egipto predinástico -los gerzeenses (hacia 3500 a. de C.) pintaban barcos al decorar su cerámica; pero en estos barcos hay remeros y parece poco probable que los gerzeenses (posiblemente cretenses) dieran la vuelta al mundo remando. Así que nos queda la posibilidad de que hubiera navegantes que cruzaran los océanos mucho antes del Egipto dinástico.

¿Cuánto tiempo antes? El mapa de la Tierra de la Reina Maud, en el Polo Sur, que hizo Piri Re'is muestra unas bahías antes de que el hielo las cubriese, y Hapgood calculó que la última vez que la Antártida estuvo libre de hielo fue en algún momento anterior al 4000 a. de C. (Las muestras del núcleo que tomó la expedición antártica de Byrd en 1949 indicaron que el último período cálido en la Antártida terminó entonces; los indicios son que empezó más o menos en el 13000 a. de C.) Alguien había trazado mapas de la Antártida hace como mínimo seis mil años, y es posible que mucho antes. Pero un mapa no sirve para nada sin algo escrito en él, y la fecha oficial de la invención de la escritura es hacia el 3500 a. de C. (en Sumeria). Asimismo, la cartografía es un arte complejo que requiere conocimientos de trigonometría y geometría. Además, parece que estamos postulando la existencia de una civilización muy desarrollada antes del 4000 a. de C. Y dado que las civilizaciones tardan mucho tiempo en desarrollarse, parece posible que estemos hablando de miles de años antes de la fecha indicada.

En noviembre de 1959,Hapgood concertó una visita a la Biblioteca del Congreso para examinar otros portulanos. Al entrar en la sala de conferen-

cias, quedó impresionado al ver que había literalmente cientos de mapas. Pasó días examinándolos y descubrió que muchos de ellos mostraban un continente meridional. (De hecho, Mercator también lo había mostrado... pero sólo porque creía que estaba allí y no porque lo conociera.) Al ver un mapa trazado por un hombre que se llamaba Oronteus Finaeus en 1531, quedó súbitamente paralizado. El mapa no sólo mostraba el Polo Sur completo, como visto desde el aire, sino que, además, se parecía de modo sorprendente al Polo Sur que vemos en los mapas modernos. Mostraba las mismas bahías sin el hielo, ríos que fluían hacia el mar e incluso montañas que actualmente se encuentran bajo el hielo.

Había un sólo problema. Oronteus Finaeus había dibujado una Antártida demasiado grande. Entonces Hapgood descubrió algo que parecía ser la explicación. Por algún motivo extraño, Oronteus había trazado un círculo pequeño en medio de su Antártida y le había puesto el nombre de Círculo Antártico. El verdadero círculo antártico va alrededor de la Antártida, en el mar. Entonces Hapgood se dio cuenta de que el círculo que había dibujado en su propio mapa para representar el paralelo 80 estaba en el centro de su versión de tamaño normal de la Antártida, justo donde Oronteus había trazado su propio Círculo Antártico. Era obvio que algún copista anterior del mapa original había confundido el paralelo 80 con el Círculo Antártico y le había dado el nombre que no le correspondía; el resultado de semejante error sería mostrar la Antártida unas cuatro veces mayor de lo que era... justo lo que había hecho Oronteus Finaeus. Hapgood también sacó la conclusión de que los errores en el mapa mostraban que Oronteus Finaeus lo había construido partiendo de gran número de mapas más pequeños y solapados. Su razonamiento volvía a señalar la existencia de mapas mucho más antiguos... y más exactos.

Parecía ineludible sacar la conclusión de que algún cartógrafo había trazado el mapa de la Antártida en los tiempos en que en ella no había hielo. Asimismo, la minuciosidad del mapa indicaba que el cartógrafo había pasado algún tiempo allí. La conclusión lógica parecía ser que se trataba, en realidad, de un habitante de la Antártida en los tiempos en que era cálida y habitable... y posiblemente tenía una marina capaz de dar la vuelta al mundo.

Esto concordaba con la teoría que Hapgood venía desarrollando desde principios del decenio de 1950 y que había propuesto en un libro titulado *Earth's Shifting Crust* (1959), cuyos datos impresionaron tanto a Einstein, que escribió un prefacio para el mismo. La finalidad del libro había sido ex-

plicar los cambios bruscos en el clima de la Tierra ... lo que un paleontólogo ha llamado «súbitas e inexplicables revoluciones climáticas», que a menudo llevan aparejadas grandes extinciones de seres como los mamutes. El mamut de Beresovka, que fue hallado en Siberia en 1901, se había helado cuando estaba erguido con alimentos en la boca y plantas de primavera -entre las que había ranúnculos- en el estómago. Hapgood dedica un capítulo entero a estas «grandes extinciones».

La teoría de Hapgood era que la corteza de la Tierra se parece bastante a la tela que se forma en la superficie del jugo de carne al enfriarse y puede verse empujada literalmente de un lado a otro por las grandes masas de hielo de los polos. Hasta el decenio de 1960 no se percataron los científicos de la existencia de las placas tectónicas de la Tierra, y Hapgood las tuvo en cuenta en una edición posterior de su libro titulado *The Path of the Pole.* Su argumento seguía siendo que el hielo podía hacer que la corteza entera de la Tierra -placas tectónicas y todo- se moviera como una sola masa. Cita pruebas científicas de que en otro tiempo la bahía de Hudson estaba en el Polo Norte y cita también un estudio del magnetismo de las rocas británicas que se hizo en 1954 e indica que en otro tiempo las islas Británicas se encontraban más de tres mil kilómetros más al sur. Científicos soviéticos han afirmado que el Polo Norte estaba en un punto tan meridional como son los 55 grados de latitud hace sesenta millones de años, y que se encontraba en el Pacífico, al sudoeste del sur de California, hace trescientos millones de años. Asimismo, en otro tiempo la India y África estaban cubiertas por una capa de hielo mientras que Siberia se libró de ello, lo cual es incomprensible. Hapgood hace la siguiente pregunta: ¿no es posible que una glaciación no cubra toda la Tierra simultáneamente, sino sólo las partes que penetran en las regiones polares? Y luego arguye que, antes del último «acontecimiento catastrófico» de hace 15.000 años, el continente antártico se encontraba cuatro mil kilómetros y pico más al norte.

Así que Hapgood no se llevó ninguna sorpresa al encontrar en el mapa de Oronteus Finaeus indicios de que en otro tiempo en el Polo Sur no había hielo y probablemente había en él ciudades y puertos.

Un mapa turco de 1559, cinco años antes de que naciera Shakespeare, muestra el mundo desde una «proyección» septentrional, como si estuviera inmóvil en el aire sobre el Polo Norte. También en este caso la exactitud es increíble. Pero puede que su rasgo más interesante sea que Alaska y Siberia

parecen estar unidas. Dado que esta proyección muestra un globo con forma de corazón, con Alaska en un lado del «hoyuelo» y Siberia en el otro, esto podría indicar meramente que el cartógrafo no tenía espacio para mostrar el estrecho de Bering, que separa los continentes. Si no es así, las consecuencias que pueden sacarse son asombrosas; existía realmente un puente de tierra en un pasado remoto... pero puede que haga ya 12.000 años.

Otros portulanos antiguos eran igualmente notables por su exactitud: en el portulano de Dulcert, que data de 1339, se nota que el cartógrafo poseía un conocimiento exacto de una zona que va de Galway a la cuenca del Don en Rusia. Otros mostraban el Egeo salpicado de islas que en la actualidad no existen -es de suponer que el hielo las ahogó al fundirse-, un mapa del sur de Gran Bretaña trazado con exactitud pero sin Escocia y con indicios de glaciares, y una Suecia parcialmente helada aún.

Un mapa de la Antártida que Philippe Buache, el cartógrafo francés del siglo XVIII, publicó en 1737 la muestra dividida en dos islas, una grande y otra pequeña, con una considerable extensión de agua entre ellas. El reconocimiento efectuado en 1958 demostró que esto es correcto. En los mapas modernos la antártida aparece como una masa sólida. Hasta Oronteus Finaeus la mostró así. De ello se deduce que Buache utilizó mapas que eran mucho más antiguos que los que usó Oronteus Finaeus... posiblemente miles de años más antiguos.

Tal vez lo más interesante que descubrió Hapgood sea un mapa de China que encontró en *Science and Civilization in China,* de Needham, y que data de 1137 y está tallado en piedra. Gracias al estudio del mapa de Piri Re'is y de otros portulanos europeos, Hapgood estaba al corriente del «error de longitud» que ya hemos mencionado; ahora quedó asombrado al encontrarlo en este mapa de China. Si estaba en lo cierto, entonces también los chinos conocían los mapas «originales» en que se basaba el de Piri Re'is.

Todo esto explica por qué Hapgood sacó la sorprendente conclusión de que antes del 4000 a. de C. había en la Tierra una civilización marítima, mundial y floreciente y que su probable centro estaba en el continente antártico, donde en aquel tiempo no había hielo. En el último capítulo de *Maps of the Ancient Sea Kings,* Hapgood dice: «Cuando era joven tenía yo una fe sencilla en el progreso. Me parecía imposible que una vez el hombre hubiera pasado por un hito del progreso en una dirección, pudiese pasar de nuevo por él en la dirección contraria. Una vez inventado el teléfono, seguiría estando inventado. Si civilizaciones pasadas se habían desvanecido, era só-

lo porque no habían aprendido el secreto del progreso. Pero la ciencia significaba progreso permanente, sin volver atrás...». Y ahora los indicios de esta «civilización desvanecida» parecían contradecir aquella conclusión. Cita al historiador S. R. K. Clanville, que dice (en *The Legacy of Egypt):* «Puede ser, como sospechan algunos, que la ciencia que vemos como los albores de la historia documentada no fuera ciencia en sus albores, sino que represente los restos de la ciencia de alguna gran civilización que todavía no ha sido localizada».

Hapgood, por supuesto, no menciona la Atlántida... hubiera sido un riesgo demasiado grande para su reputación académica. Sin embargo, sus lectores difícilmente pueden evitar que la historia de la Atlántida haga acto de presencia en su pensamiento: después de todo, parece como si la gran catástrofe de hace quince mil años de que habla Hapgood pudiera haber sido el principio del desastre que, según Platón, sepultó el continente.

El problema, como hemos visto, es que la crónica de la Atlántida que hace Platón es difícil de aceptar, por no decir algo peor. En el *Timeo* nos dice que los atlantes combatían agresivamente contra Europa en el 9600 a. de C. y que la conquistaron hasta Italia a la vez que conquistaban el norte de África hasta Libia. Fueron los atenienses quienes, según Platón, continuaron luchando solos y finalmente vencieron a los atlantes... después de lo cual las indundaciones sepultaron tanto la Atlántida como Atenas. Pero dado que la investigación arqueológica no muestra ninguna señal de ocupación del emplazamiento de Atenas antes del 3000 a. de C. (momento en que, al parecer, había un asentamiento neolítico bastante avanzado en el lugar de la Acrópolis), esto debe considerarse mito más que historia (aunque algunas de las sorpresas que hemos encontrado en la historia antigua de Egipto inducen a pensar que no deberíamos formarnos una opinión definitiva).

En su diálogo fragmentario *Critias,* del cual sólo se conservan .unas cuantas páginas, Platón nos dice que los atlantes eran grandes ingenieros y arquitectos; su capital estaba construida en una colina y rodeada de franjas concéntricas de tierra y agua, unidas por túneles lo suficientemente grandes como para permitir el paso de barcos. En la ciudad, cuyo diámetro era de 17 kilómetros y pico, había templos (consagrados al dios del mar, Poseidón... o Neptuno) y palacios, así como extensos puertos y muelles. Un canal de unos

90 metros de anchura y unos 30 de profundidad comunicaba el círculo de agua más exterior con el mar. Detrás de la ciudad había una llanura rectangular de alrededor de 480 por 320 kilómetros en la cual los agricultores cultivaban los alimentos con que se abastecía la ciudad. Rodeaban esta llanura montañas que descendían hasta el mar y estaban llenas de poblados, lagos y ríos. Platón da muchos detalles relativos a la arquitectura -incluso menciona el color de las piedras de los edificios- y los refectorios comunales con fuentes de agua caliente y fría hacen pensar en una de las fantasías utópicas de H. G. Wells.

Pero a resultas del cruzamiento -es de suponer que con inmigrantes-, los atlantes empezaron paulatinamente a alejarse de sus orígenes divinos y a portarse mal. Zeus decidió entonces que necesitaban una lección que los «metiese en vereda» y convocó una reunión de los dioses... En este punto el fragmento se interrumpe y nos perdemos el resto de la historia, que en otro tiempo continuaba en un tercer diálogo.

Los encargados de la edición Böllingen de Platón explican que éste se hallaba «descansando su mente... inventando un cuento de hadas, la isla más maravillosa que cupiera imaginar». Pero si su intención era crear una fábula o un cuento de hadas, el motivo no está claro; parece mucho más probable que se trate de una historia antigua que Sócrates contó a Platón. Y si era una obra de ficción, ¿por qué incluyó Platón su primera crónica breve de la Atlántida en su *Timeo,* su crónica de la creación del universo, que Benjamin Jowett calificó de «el mayor esfuerzo de la mente humana por concebir el mundo en su totalidad...» si se trataba meramente de un cuento de hadas?

En la segunda mitad del siglo XIX, barcos de las marinas británica, francesa, alemana y norteamericana empezaron a efectuar sondeos del fondo del Atlántico y descubrieron la «cordillera de la mitad del Atlántico», que, como su nombre indica, es una cadena de montañas que va desde Islandia hasta casi el círculo polar antártico, que en determinado punto tiene una anchura de 965 kilómetros. Ésta ha resultado ser una región donde hay mucha actividad volcánica. El descubrimiento causó gran sensación, lo cual es comprensible, y llamó la atención de un miembro del Congreso de los Estados Unidos que se llamaba Ignatius Donnelly, al que L. Sprague de Camp ha calificado de «tal vez el hombre más erudito que jamás se haya sentado en la Cámara de Representantes». Al perder su escaño en 1870, cuando contaba 39 años de edad, Donnelly se retiró para escribir *Atlantis: The Antediluvian World,* basándose en extensos estudios que llevó a cabo

en la Biblioteca del Congreso. El libro salió doce años más tarde y se vendió mucho desde el primer momento. El éxito era merecido; el libro refleja un gran saber e incluso hoy es tan ameno como cuando se escribió. Donnelly muestra amplios conocimientos de mitología y antropología, y cita en griego y hebreo. Estudia leyendas que hablan de una inundación y proceden de diversas partes del mundo, de Egipto a México, y señala sus similitudes, y arguye que antiguas civilizaciones sudamericanas como, por ejemplo, los incas y los mayas presentan un parecido interesante con civilizaciones de la Europa antigua. Su sugerencia de que las Azores pueden ser las cimas de las montañas de algún continente sumergido impresionó tanto a Gladstone, el primer ministro británico, que intentó -sin conseguirlo- persuadir al gabinete británico a destinar fondos para mandar un barco en busca de la Atlántida.

Al igual que Schwaller de Lubicz, llamó la atención de Donnelly la rapidez con que la civilización egipcia parece haber alcanzado un alto grado de desarrollo; y también al igual que Schwaller, sugirió que era debido a que el origen de su civilización estaba en la Atlántida. En su libro *Lost Continents* (1954), L. Sprague de Camp afirma que «la mayoría de las exposiciones de hechos que hace Donnelly... o bien eran erróneas cuando las hizo, o las han refutado descubrimientos posteriores». Sin embargo, su lista de errores de Donnelly -tales como sus opiniones sobre la civilización egipcia- no hace más que poner de relieve que Donnelly tenía un olfato muy bueno para encontrar indicios interesantes del pasado.

Fue una una desgracia para la incipiente ciencia de la «atlantología» que tropezase con el mismo problema con que tropezaría Hapgood al publicar *Maps of the Ancient Sea Kings* y verse incluido en la misma categoría que Erich von Däniken y otros defensores de la teoría de los «astronautas de la antigüedad». Cinco años antes de que apareciera *Atlantis,* de Donnelly, una «ocultista» rusa llamada Helena Blavatski había publicado una obra enorme sobre mitología antigua titulada *Isis sin velo,* que obtuvo un inesperado éxito de venta; una de sus mil quinientas páginas se ocupa brevemente de la Atlántida y declara que sus habitantes eran «mediums naturales» cuya inocencia infantil había hecho de ellos presa fácil de algún ente malévolo que los convirtió en una nación de practicantes de la magia negra; empezaron una guerra que llevó a la destrucción de la Atlántida.

Madame Blavatski murió en Londres en 1891, después de fundar la So-

ciedad Teosófica; su última y enorme obra, *La doctrina secreta,* pretendía ser un comentario de una obra religiosa titulada *Las estancias de Dyzan* (última edición en español: Luis Cárcamo, editor, Madrid, 1996), escrito en la Atlántida. Según Madame Blavatski, la actual raza humana es la quinta raza de seres inteligentes de la Tierra; su predecesora inmediata, la cuarta «raza radical», eran los atlantes.

Un destacado teósofo que se llamaba W. Scott-Elliot escribió seguidamente una obra titulada *The Story of Atlantis* (1896), que se hizo muy popular. Scott-Elliot afirmaba haber adquirido su conocimiento directamente gracias a que era capaz de leer los «registros akásicos», es decir, los anales de la historia de la Tierra que se encuentran grabados en una especie de «éter psíquico» y a los que pueden acceder las personas poseedoras de sensibilidad psíquica. Más adelante escribiría un libro parecido sobre Lemuria, otro «continente perdido» que se supone que estaba situado en el Pacífico. (Donnelly había señalado que hay indicios de que Australia es la única parte visible de un continente que se extendía desde África hasta el Pacífico, y el zoólogo L. P. Sclater lo bautizó con el nombre de Lemuria, señalando que la existencia de lémures desde África hasta Madagascar parecía sugerir la existencia de una masa continental continua.)

Uno de los teósofos más influyentes a finales del siglo pasado y comienzos del actual fue el austríaco Rudolf Steiner, que en 1904 produjo una obra titulada *From the Akasic Records* que describía la evolución de la raza humana. Al igual que Madame Blavatski, Steiner afirmaba que el hombre empezó como ser completamente etéreo que ha ido adquiriendo solidez con cada paso de su evolución. Los lémures eran la tercera «raza radical»; los atlantes, la cuarta. Al igual que Platón, Steiner declara que los atlantes se volvieron cada vez más corruptos y materialistas, y que su utilización de fuerzas destructivas dio lugar a la catástrofe (que Steiner sitúa alrededor de 8000 a. de C.) que causó la desaparición de la Atlántida debajo de las olas.

Debido a la adopción de la Atlántida por los ocultistas, todo lo relacionado con ella cayó en el descrédito. En el decenio de 1920, el director de un periódico escocés, un tal Lewis Spence, trató de dar marcha atrás a esta tendencia volviendo al método puramente histórico de Donnelly en *The Problem of Atlantis* (1924). Presentó argumentos a favor de la existencia de un gran continente atlántico en el mioceno (hace entre 25 y 5 millones de años) que se desintegró y dio origen a una serie de islas, dos de las cuales, las mayores, se encontraban cerca de la costa de España. Otra isla llamada Antillia estaba en la región de las Indias Occidentales. El continente oriental

empezó a desintegrarse hace unos 25.000 años y desapareció hace unos 10.000. Antillia continuó existiendo hasta tiempos más recientes. El hombre de Cromañón llegó de la Atlántida y exterminó a la estirpe europea del hombre de Neandertal hace alrededor de 25.000 años. Atlantes posteriores, el llamado «hombre aziliense», fundaron las civilizaciones de Egipto y Creta, mientras que otros atlantes huyeron hacia el oeste y se convirtieron en los mayas.

Al igual que tantos teóricos de la Atlántida, Spence se obsesionó con su tema y obras posteriores como, por ejemplo, *Will Europe Follow Atlantis? y The Occult Sciences in Atlantis* muestran un descenso de los niveles de rigor intelectual.

A finales del decenio de 1960, un arqueólogo griego, el profesor Angelos Galanopoulos, propuso la sorprendente teoría de que la Atlántida era la isla de Santorin, situada al norte de Creta. La isla saltó en pedazos hacia el 1500 a. de C. a causa de una tremenda explosión volcánica que probablemente también destruyó la mayoría de las islas griegas y las llanuras costeras de Grecia y Creta. Pero ¿cómo podía la pequeña isla de Santorini ser el enorme continente de la Atlántida que describe Platón, con su llanura interior de 480 kilómetros y pico? Galanopoulos sugiere que el escriba sencillamente multiplicó las cifras por diez... y que esto también es aplicable a las fechas: los 9.000 años antes de Platón en realidad deberían ser 900 (es decir, hacia el 1300 a. de C.). Galanopoulos dice que sin duda un canal de unos 90 metros de anchura y unos 30 de profundidad es absurdo; unos 9 de anchura y unos 3 de profundidad parecen más razonables.

La principal objeción que cabe poner a esta teoría es que Platón afirma claramente que la Atlántida estaba más allá de las Columnas de Hércules: Gibraltar. Galanopoulos arguye que dado que Hércules llevó a cabo la mayoría de sus trabajos en Grecia, las Columnas de Hércules podrían ser los dos promontorios más meridionales de Grecia. Pero Platón también dice que los atlantes ejercían su dominio sobre el país hasta Egipto y el mar Tirreno y, por supuesto, ninguno de los dos lugares se encuentra dentro de los promontorios griegos. Pese a estas objeciones, la Junta de Turismo de Santorini ha aprovechado plenamente la teoría para colocar carteles afirmando que la isla es la Atlántida original.

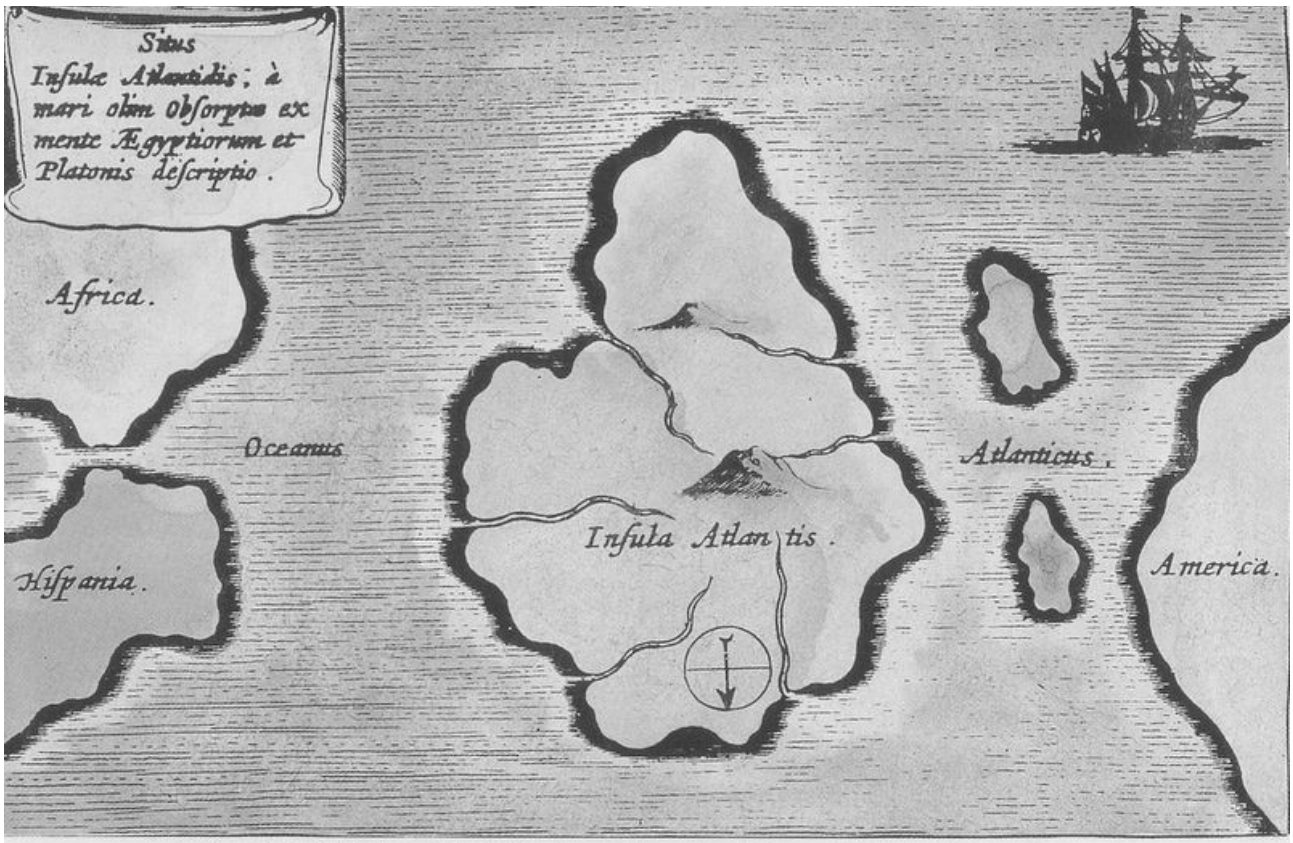
En 1968, pareció como si fuera a cumplirse la profecía de Edgar Cayce en el sentido de que la Atlántida volvería a subir en 1968 y 1969. Un guía de pescadores llamado Bonefish Sam llevó al arqueólogo y explorador subma-

rino doctor J. Manson Valentine a un lugar donde había una formación regular de piedras enormes bajo el agua que parecía obra del hombre. Valentine sacó la conclusión de que era parte de un camino ceremonial que llevaba a algún lugar sagrado y que lo había construido «la gente que hizo las grandes esferas de América Central, las enormes plataformas de Baalbek en el Líbano, Malta en el Mediterráneo, Stonehenge en Inglaterra, las murallas de Ollantaytambo en Perú, las avenidas de menhires en Bretaña, las ruinas colosales de Tiahuanaco en Bolivia y las estatuas de la isla de Pascua: se trataba de una raza prehistórica que podía transportar y colocar piedras ciclópeas de una manera que sigue siendo un misterio para nosotros». Cuando le dijeron que Edgar Cayce había profetizado que la Atlántida reaparecería cerca de Bimini, Valentine se llevó una sorpresa y quedó impresionado.

Durante un tiempo el «camino de Bimini» dio lugar a numerosas especulaciones y una expedición encabezada por el doctor David Zink se pasó meses estudiando las piedras. Sin embargo, los resultados no fueron concluyentes. Aunque un bloque de construcción estriado y una cabeza estilizada que pesaba más de 90 kilos parecían contradecir a los escépticos que declaraban que los bloques eran formaciones naturales, jamás se descubrieron pruebas concluyentes que vincularan el camino a una civilización desaparecida; puede que las piedras sean simplemente restos que datan de los últimos mil años.

No es extraño, pues, que Hapgood no tuviera ninguna intención de exponerse a que se burlasen de él si mencionaba la Atlántida. Años mas tarde demostraría un valor notable al publicar un libro titulado *Voices of Spirit,* que era una serie de entrevistas -o, mejor dicho, «sesiones»- con el medium Elwood Babbitt, en las cuales, según parece, Hapgood pudo sostener conversaciones con -entre otros personajes- Nostradamus, la reina Isabel I de Inglaterra, William Wordsworth, Abraham Lincoln, Gandhi, John F. Kennedy, Albert Einstein y Adlai Stevenson. Para entonces, no obstante, Hapgood ya se había jubilado y no le importaba lo que el mundo académico pensara de él. El libro es el medio que le sirve para expresar su convencimiento de que el siguiente paso en la evolución del hombre se dará dentro del reino de lo psíquico y paranormal.

No obstante, la idea de Hapgood en el sentido de que la cortezá de la Tierra quizá era capaz de«deslizarse» intrigó a un joven canadiense llamado



Mapa de la Atlántida sacado de *Mundus Subterraneus*, de Atanasius Kircher (1602-1680), que basó su crónica del continente perdido en los escritos de Platón

Randy Flemming, que vivía en la Columbia Británica. En el decenio de 1970, mientras esperaba noticias sobre si había obtenido un puesto de bibliotecario en la universidad de Victoria, Flemming decidió distraerse escribiendo una novela de ciencia ficción sobre la Atlántida en el año 10000 a. de C. Decidió que el lugar donde actualmente está la Antártida sería un buen emplazamiento para la Atlántida.

Una vez hubo obtenido el empleo, encontró *Maps of the Ancient Sea Kings,* de Hapgood, y vio el mapa de la Antártida sin hielo (página 93), que le recordó inmediatamente el mapa de la Atlántida que dibujara el arqueólogo jesuita del siglo XVII Atanasius Kircher. Flemming empezó a estudiar seriamente la Atlántida, con la ayuda de la biblioteca de la universidad. La tarea adelantó mucho cuando su esposa, Rose -también bibliotecaria-, le dio un ejemplar del *National Atlas of Canada* que revelaba que en el norte del Yukón y en algunas islas árticas no había hielo durante la última glaciación. Fue mientras daba vueltas a esta curiosa anomalía cuando oyó hablar de la teoría de Hapgood sobre la corteza móvil de la Tierra. Cuando vio que la teoría de Hapgood situaba el continente antártico 4.000 kilómetros y pico más cerca del ecuador hacia el 15000 a. de C., salió de la biblioteca «dando saltos de alegría». De pronto parecía que su novela de ciencia ficción estuviera basada en hechos.

Flemming empezó a trabajar en un artículo para la revista *Antrhopological Journal of Canada* sobre el problema de por qué la agricultura parece haber empezado en todo el mundo alrededor del 9000 a. de C. Su propia sugerencia era que «el desplazamiento cortical de la tierra» de que hablaba Hapgood ocurrió en algún momento anterior al 9000 a. de C. e hizo que grandes extensiones del mundo pasaran a ser inhabitables, a la vez que atrapaba en pequeñas zonas a gentes que normalmente se habrían desplazado de un sitio a otro. Dado que los alimentos naturales no tardarían en escasear en tales condiciones, se vieron obligados a aprender a cultivar sus propios alimentos...

También escribió a Hapgood para hablar de *Earth's Shifting Crust,* y Hapgood, que no sabía que Flemming ya lo había leído, le envió un ejemplar de su *Maps of the Ancient Sea Kings.*

Por aquel entonces -1977- los Flemming tuvieron la romántica idea de combinar sus apellidos -Flemming y De'Ath- para formar uno solo: Flem-Ath; más adelante, Randy Flemming reconocería con tristeza que «parece que el resultado principal ha sido que nos perdiéramos en todos los sistemas de ar-

chivo de la burocracia canadiense».

Con gran temeridad, los Flem-Ath decidieron que tenían que trasladarse a Londres, para poder continuar sus investigaciones en el Museo Británico. Fue un período muy fructífero que terminó con el regreso de la pareja a Canadá en el decenio de 1980 y la continuación de los estudios de la «corteza móvil de la Tierra» que les permitieron escribir *When the Sky Fell Down* (1995).

Me enteré de la existencia de los Flem-Ath durante una entrevista que mantuve con John West en Nueva York en 1994. Les escribí y al cabo de un tiempo recibí una copia del manuscrito de *When the Sky Fell Down.* El punto de partida de los Flem-Ath era Platón... no sólo las crónicas de la Atlántida, sino también el comentario que hace en *Las leyes* (Libro 3) en el sentido de que la agricultura mundial tuvo su origen en las regiones elevadas después de que una gran inundación catastrófica destruyera todas las ciudades de las tierras bajas. Platón, por supuesto, ya había dado la fecha de la destrucción de la Atlántida: 9600 a. de C. Los Flem-Ath señalan que el botánico soviético Nikolai Ivanovitch recogió más de cincuenta mil plantas silvestres de todo el globo y sacó la conclusión de que procedían de ocho centros de origen, todos ellos situados en cordilleras. También señalan que la moderna crónica científica del origen de la agricultura da una fecha de aproximadamente el mismo período. Uno de los principales lugares de origen era el lago Titicaca, en Perú, el lago de agua dulce más alto del mundo. (Volveremos a hablar del lago Titicaca en el próximo capítulo.) Curiosamente, otra zona montañosa conocida como lugar de origen de la agricultura más o menos en la misma época se encuentra en las tierras altas de Tailandia, exactamente en las antípodas del lago Titicaca. De hecho, la teoría de Hapgood había señalado con exactitud estos dos lugares como zonas de estabilidad después del gran cataclismo que formaba parte de su teoría.

«Después de cientos de miles de años viviendo de la caza y la recolección, la humanidad empezó a experimentar con la agricultura en lugares opuestos de la Tierra al mismo tiempo. ¿Es esto verosímil sin la intervención de alguna fuerza exterior?»

Egipto había sido tropical antes del desplazamiento de la corteza; ahora pasó a ser templado. Y lo mismo, según Hapgood, ocurrió en Creta, Sumeria, la India y China. Todos estos lugares se convirtieron en sitios donde floreció la civilización.

En las páginas siguientes los Flem-Ath hablan de los mitos sobre ca-

tástrofes de muchas tribus de amerindios: los utes, los kutenai, los okanagan, los a'a'tam, los cahto, los cheroquis y los araucanos de Perú. Todos ellos tienen leyendas que hablan de terremotos violentos seguidos de inundaciones que causaron desastres generalizados. Los utes cuentan la historia de cómo el dios liebre disparó una flecha mágica contra el sol y lo hizo saltar en pedazos y entonces hubo terremotos e inundaciones que sumergieron la Tierra. Muchas leyendas parecidas sugieren que una gran catástrofe fue precedida de algún cambio en la faz del sol que le dio aspecto de haberse roto en pedazos; un cronista español cuenta el terror que se apoderó de los incas al producirse un eclipse de sol... a la vez que otro comenta que los araucanos huyen corriendo a las tierras altas siempre que hay un temblor de tierra.

Existen también numerosas leyendas de supervivencia que se parecen a la historia del arca de Noé. Los haida del noroeste de Canadá tienen un mito sobre una inundación que es virtualmente idéntico al de Sumeria, en el Oriente Medio.

> En todos los rincones del mundo se cuenta la misma historia. El sol se desvía de su órbita regular. El cielo se desploma. La Tierra sufre terremotos que la desencajan y desgarran. Y finalmente una gran ola de agua sumerge el globo. Los supervivientes de semejante calamidad hacían todo lo posible por evitar que volviese a suceder. Vivían en una época de magia. Era natural y necesario inventar estratagemas complejos para apaciguar al dios (o diosa) sol y controlar u observar su órbita.

De ahí, según los Flem-Ath, el gran número de extrañas costumbres mágicas relacionadas con el sol que los antropólogos han observado en todo el mundo.

Los Flem-Ath examinan a continuación los indicios de que muchas zonas de la Tierra se creía que estaban enterradas en las profundidades del hielo durante la última glaciación. Huesos de lobo encontrados en Noruega al norte del círculo polar ártico revelaron que esta zona debía de tener un clima templado hace 42.000 años, cuando se supone que era asolada por una glaciación. «De las treinta y cuatro especies que sabemos que vivían en Siberia antes del 9600 a. de C., entre las que había mamutes, ciervos gigantes, hienas y leones de las cavernas, veintiocho se habían adaptado al clima templado», lo cual indica que Siberia era entonces un lugar mucho más cálido que hoy. En aquel tiempo, dos inmensas capas de hielo se extendían

de un lado a otro de Canadá. Sin embargo, tenemos indicios de que había un corredor sin hielo entre ellas. ¿Por qué? La respuesta de Hapgood es que en aquel tiempo el golfo de México estaba en el este y el Yukón, en el oeste, de modo que el sol fundía la nieve a lo largo de dicho corredor tan rápidamente como caía.

Los Flem-Ath citan indicios de que un desplazamiento de la corteza terrestre hacia el 91600 a. de C. empujó Europa al interior del círculo polar ártico, mientras que otro que tuvo lugar alrededor del 50600 a. de C. hizo que América del Norte entrase en la zona polar.

Los Flem-Ath sostienen que todo esto indica que la Antártida actual es el lugar donde se encontraba la legendaria Atlántida. (También citan los datos que proporciona el mapa de Hapgood para reforzar su teoría.) Algún movimiento de la corteza terrestre empezó hacia 15000 a. de C. y culminó con un violento cataclismo en el 9600 a. de C., la época en que, según Platón, la Atlántida y también Atenas sufrieron catástrofes.

¿Y cómo encontró Atanasius Kircher, el jesuita del siglo XVII, el mapa de la Atlántida que por primera vez llamó la atención de Randy Flemming a causa de su gran parecido con la Antártida? En el primer volumen de su obra enciclopédica *Mundus subterraneus,* publicada en 1665, Kircher afirmó que el mapa que había descubierto en sus investigaciones lo robaron de Egipto los invasores romanos. El original del mapa no se ha encontrado, pero parece improbable que un erudito jesuita lo inventase, especialmente en una obra científica. Como señalan los Flem-Ath, tanto la forma como el tamaño del mapa concuerdan notablemente con la Antártida tal como la conocemos ahora por los sondeos sísmicos... o incluso con la Antártida como se muestra ahora en la mayoría de los globos terráqueos.

Para Graham Hancock, la teoría de la Antártida que propusieron los Flem-Ath fue una especie de liberación. Llevaba unos cuantos meses trabajando en su libro sobre el problema de una civilización perdida cuando recibió una carta de dimisión de su investigador. La carta explicaba que, a su modo de ver, la búsqueda no tenía el menor sentido, toda vez que tal civilización tendría que ser enorme ... al menos 3.200 kilómetros y pico de lado a lado, con ríos y montañas, y una historia considerable de desarrollo a largo plazo. No había en el mundo ninguna masa continental conocida en la que pudiera caber tal civilización. En cuanto a la idea de que podía encontrarse bajo las aguas del Atlántico, actualmente tenemos mapas deta-

llados del fondo del océano Atlántico y no hay ninguna señal de un continente perdido. Lo mismo cabe decir del fondo de los océanos Pacífico e Índico. Así pues, a pesar de los indicios de alguna civilización anterior -tales como los que contienen los mapas de Hapgood-, parecía no haber ningún lugar donde pudieran estar ocultos sus restos.

De hecho, la respuesta estaba en Hapgood y en la creencia que expresa en *Maps of the Ancient Sea Kings:* que los mapas de la Antártida prueban que alguien que vivía en el continente, en una época en la que no había hielo en él, debió de encargarse de trazar mapas del mismo.

Sin embargo, difícilmente puedo culpar a Graham Hancock por no haber sacado la conclusión obvia. Yo también estaba totalmente familiarizado con el libro de Hapgood, y lo había comentado detenidamente en una «enciclopedia» de misterios no esclarecidos y tampoco yo había observado lo que saltaba a la vista. Hizo falta la decisión fortuita de Randy Flemming, la de escribir una novela de ciencia ficción en la cual -a modo de hipótesis puramente novelesca- suponía que la Antártica era la Atlántida, para poner en marcha la serie de razonamientos encadenados que le condujeron al descubrimiento.

En cuanto a por qué el propio Hapgood no dio a su «civilización perdida» el nombre de la Atlántida, la respuesta es que -aparte de su deseo de no exponerse a las burlas de sus colegas universitarios- opinaba que el nombre de la civilización perdida no tenía importancia; en una carta de agosto de 1977 dijo a los Flemming: «Bien puede ser que después de examinar este libro *(Maps of the Ancient Sea Kings)* decidan ustedes no insistir tanto en la Atlántida, esto es, en los mitos, porque el libro contiene suficientes pruebas concluyentes para sostenerse por sus propios méritos». Lo cual, por supuesto, es verdad. Pero lo cierto es que Hapgood no había estudiado los abundantes indicios de los mitos sobre catástrofes de todo el mundo, ni los indicios materiales de lugares como Tiahuanaco. De haber estudiado todo esto, tal vez hubiese decidido que valía la pena soportar unas cuantas burlas a cambio de poder decir que era el primero en asociar sus mapas antiguos con la palabra prohibida...

5
El REINO DE LOS DIOSES BLANCOS

En marzo de 1519, el conquistador Hernán Cortés desembarcó en México con 508 soldados. Los aztecas, bajo su rey Moctezuma, tenían decenas de miles de guerreros. Pese a ello, en poco más de dos años los españoles los derrotaron y destruyeron el imperio azteca. Los indios fueron esclavizados, se construyeron iglesias cristianas donde antes había templos aztecas, el nombre de la capital, Tenochtitlán, se cambió por el de ciudad de México, y el país pasó a llamarse Nueva España.

¿Por qué triunfaron los españoles con tal facilidad relativa? Porque los aztecas los tomaron por descendientes del dios Quetzalcóatl, cruce de serpiente y pájaro al que se conoce por el nombre de «la serpiente emplumada». (En otras partes de América del Sur lo llaman Viracocha, Votan, Kukulcán y Kon-Tiki.) Afirma la leyenda que Quetzalcóatl, hombre blanco, alto y barbudo, llegó de alguna parte del sur, poco después de una catástrofe que había oscurecido el sol durante mucho tiempo; Quetzalcóatl trajo el sol de nuevo y también trajo las artes de la civilización. (Como es natural, nos sentimos inclinados a preguntar: ¿estuvo la llegada de Quetzalcóatl relacionada con el oscurecimiento del sol? ¿Es posible que estuviera huyendo de la catástrofe que lo causó?) Después de un intento de matarle a traición, el «dios» regresó al mar, tras prometer que algún día volvería. Dio la casualidad de que Cortés había desembarcado cerca del lugar donde se esperaba a Quetzalcóatl y ésta es la razón por la cual Mocte-

zuma, que era supersticioso, permitió que Cortés le hiciera prisionero.

Una de las razones por las cuales los españoles no tuvieron ningún reparo en matar aztecas era que les horrorizaba la tradición de sacrificios humanos que éstos tenían. El sacerdote azteca practicaba cuidadosamente una incisión en las costillas con un cuchillo de sílex, mientras varios hombres sujetaban los brazos y las piernas de la víctima sobre al altar, y luego metía la mano dentro y arrancaba el corazón palpitante. Cuando la víctima era un bebé -como ocurría en muchos casos- no hacía falta sujetarla. A menudo tales víctimas se despachaban por docenas e incluso -cuando se trataba de prisioneros- por cientos o miles. Los españoles lo consideraban con razón una costumbre atroz, bárbara. Lo que no sabían era que databa de miles de años y que su finalidad era impedir que los dioses provocaran el fin del mundo mediante alguna catástrofe violenta, como habían hecho en el pasado remoto.

En 1697, cuando un viajero italiano llamado Giovanni Careri visitó México, encontró un país explotado por codiciosos mercaderes españoles y sacerdotes fanáticos e ignorantes que se afanaban en destruir las señales de la civilización antigua. Dice un cronista: «Encontramos gran número de libros, pero como no contenían nada más que supersticiones y falsedades del diablo, los quemamos». Pero en Ciudad de México halló Careri a un sacerdote que era una excepción: don Carlos de Sigüenza, científico e historiador que sabía hablar la lengua de los indios y leer sus jeroglíficos. Basándose en manuscritos antiguos, Sigüenza había sacado la conclusión de que los aztecas habían fundado la ciudad de Tenochtitlán -así como el imperio azteca- en 1325. Antes de ellos hubo la raza de los toltecas y antes de éstos, la de los olmecas, que vivían en las tierras bajas tropicales y que, según la leyenda, habían llegado por el mar procedentes del este... Sigüenza creía que de la Atlántida.

Careri supo por Sigüenza que la civilización india también tenía sus grandes pirámides, incluida una en Cholula que era tres veces tan grande como la Gran Pirámide de Gizeh (que Careri había visitado cuando se dirigía a América del Sur). Siguiendo la recomendación de Sigüenza, Careri se fue a la ciudad de San Juan Teotihuacán y quedó impresionado al ver la magnífica Pirámide de la Luna y la Pirámide del Sol, aun cuando ambas estaban parcialmente enterradas. Lo que le intrigó fue cómo habían logrado los indios transportar bloques enormes desde canteras lejanas; nadie supo decírselo. Tampoco nadie pudo sugerir cómo se las habían arreglado los aztecas para tallar grandes ídolos de piedra sin escoplos de metal, ni cómo los habían su-

bido a la cúspide de las pirámides.

Cuando, en 1719, Careri publicó la historia de su viaje alrededor del mundo en nueve volúmenes, la obra fue recibida con incredulidad y hostilidad; sus críticos hicieron correr el rumor de que nunca había salido de Nápoles. Una de las causas principales de esta hostilidad eran las descripciones de la civilización de los aztecas que hacía Careri; los europeos sencillamente se negaban a creer que unos salvajes hubieran sido capaces de crear una cultura que podía compararse con la de Egipto y la de Grecia en la antigüedad.

Muchos viajeros distinguidos visitaron México y describieron sus ruinas -entre ellos el gran Alexander von Humboldt-, pero por el motivo que fuese sus descripciones no surtieron ningún efecto fuera de los círculos eruditos. Hasta mediados del siglo XIX no llegaría el legado de América del Sur a conocimiento de un público más amplio. En 1841, una obra en tres volúmenes titulada *Viaje al Yucatán* (publicada en España en dos volúmenes, en la colección Crónicas de América de *Cambio-16.* Información y Revistas, Madrid, 1989) obtuvo un inesperado éxito de venta y su autor -un joven abogado de Nueva York que se llamaba John Lloyd Stephens- se hizo célebre de la noche a la mañana en Europa así como en los Estados Unidos. Stephens ya había explorado la arqueología del Viejo Mundo, en Egipto, Grecia y Turquía. Y al leer el informe de un coronel mexicano que hablaba de enormes pirámides enterradas en la jungla de Yucatán -a orillas del golfo de México-, recurrió a sus influencias políticas y se hizo nombrar encargado de negocios en América Central. Al partir para ocupar dicho puesto, se llevó consigo a un artista llamado Frederick Catherwood.

Después de desembarcar en Belice, Stephens y Catherwood emprendieron viaje al interior siguiendo la frontera entre Honduras y Guatemala. Resultó más peligroso e incómodo que viajar por el Oriente Medio. Una guerra civil asolaba el país en aquellos momentos y los dos hombres pasaron una noche detenidos mientras soldados borrachos disparaban sus fusiles al aire. Después, se internaron en la espesa jungla, donde las copas de los árboles se juntaban en lo alto y el aire sofocante estaba lleno de mosquitos. Respiraban el hedor de las materias vegetales en descomposición y sus caballos se hundían a menudo hasta el vientre en los pantanos. Stephens casi había perdido la fe cuando un día se encontraron con un muro construido con bloques de piedra en el que había un tramo de escalones que subían hasta una terraza. El guía indio atacó las lianas con su machete y luego, al apartarlas, dejó al descubierto una especie de estatua

que parecía un inmenso tótem cuya altura era más del doble de la estatura de un hombre. Un rostro inexpresivo con los ojos cerrados les miraba desde arriba; los motivos decorativos eran tan ricos y estaban tallados de forma tan primorosa, que parecía alguna de las estatuas de Buda que se encuentran en la India. Sin duda alguna se encontraban ante la obra de una civilización muy avanzada. Durante los días siguientes Stephens se dio cuenta de que se hallaba al borde de una ciudad magnífica y enterrada casi totalmente en la jungla. Se llamaba Copán y en ella había restos de enormes pirámides escalonadas -parecidas a la de Sakkara- que formaban parte del complejo de un templo.

El indio que era propietario del lugar, un tal don José María, al principio se mostró irritado ante la presencia de intrusos extranjeros, pero pronto se avino a razones cuando éstos le propusieron comprar la ciudad de la jungla por una suma inmensa que superaba todas sus expectativas. De hecho, la oferta -50 dólares- le convenció de que estaba tratando con un par de imbéciles, pero aceptó sin dejar que se le notara la perplejidad que le producía el deseo de comprar una propiedad que no valía nada. Stephens dio una fiesta y ofreció cigarros a todo el mundo, incluso a las mujeres.

En *Viaje al Yucatán,* libro de Stephens, el mundo civilizado tuvo por primera vez noticia de los mayas, que eran un pueblo antiguo que precedió a los toltecas (con quienes coincidió en parte) y que había construido Copán hacia el año 500 d. de C.; en otro tiempo sus ciudades se habían extendido de Chichén Itzá -en Yucatán- a Copán, de Tikal en Guatemala a Palenque en Chiapas. Sus templos eran tan magníficos como los de Babilonia; sus ciudades, tan elegantes como París o Viena en el siglo XVIII; su calendario, tan complejo y preciso como el del antiguo Egipto.

Sin embargo, los mayas también representaban un gran misterio. Hay pruebas de que, hacia el año 600 d. de C., decidieron abandonar sus ciudades; su método, al parecer, consistía en trasladarse a un nuevo lugar de la jungla y construir allí otra ciudad. En un principio se pensó que eran expulsados por sus enemigos. Pero luego, al aumentar el conocimiento de su sociedad, resultó claro que no tenían enemigos; en su propio territorio eran supremos. También hubo que descartar que la causa fuese alguna catástrofe natural -un terremoto o unas inundaciones, por ejemplo-, toda vez que no se encontró ninguna señal de destrucción. Y si la causa hubiera sido alguna plaga, los cementerios habrían estado llenos y no era así tampoco.

La teoría más verosímil es la que propuso el arqueólogo norteamericano Sylvanus Griswold Morley, que creía que el origen de los mayas se remontaba al 2500 a. de C. Morley señaló que las ciudades mayas sugerían una rígida estructura jerárquica, con los templos y los palacios de la nobleza en el centro, y las chozas de los campesinos dispersas alrededor de los bordes. En la sociedad maya no existía «clase media», sino sólo campesinos y aristócratas (los sacerdotes se contaban entre éstos). La tarea de los campesinos consistía en mantener a las clases altas con su trabajo... en particular, el cultivo del maíz. Pero sus métodos agrícolas eran primitivos: arrojar semillas dentro de un agujero hecho con un palo. Al parecer, no sabían nada sobre la conveniencia de dejar que ciertos campos «descansaran», es decir, dejarlos en barbecho. A causa de ello, la tierra que rodeaba las ciudades se volvía yerma poco a poco y entonces era necesario mudarse a otra parte. Además, debido a la rigidez de la estructura social, la clase gobernante no recibía sangre nueva. De manera que la tierra de labranza perdió su fuerza, la población campesina creció, la decadencia de los gobernantes fue en aumento, la sociedad empezó a desmoronarse lentamente... y un pueblo otrora grande cayó en el primitivismo, lo cual confirma la sospecha de Hapgood de que la historia puede retroceder.

El libro de Stephens inspiró a un abad francés llamado Charles Étienne Brasseur de Bourbourg, que decidió seguir sus pasos en México. En Guatemala encontró el libro sagrado de los indios quichés, el *Popol Vuh,* lo tradujo al francés y lo publicó en 1864. Aquel mismo año sacó una traducción de la *Relación de las cosas de Yucatán* (publicada en la colección Biblioteca Americana de *Cambio-16.* Información y Revistas, Madrid, 1992), del obispo Diego de Landa, obra de inmenso valor que escribió uno de los «conquistadores» españoles originales y que estaba acumulando polvo en los archivos de Madrid. Su obra en cuatro volúmenes *Historia de las naciones civilizadas de Méjico y de la América Central en los siglos anteriores a Cristóbal Colón* fue reconocida inmediatamente como la más importante que se había escrito sobre el tema hasta entonces. Pero uno de sus descubrimientos más interesantes fue un libro religioso de los mayas conocido por el título de *Troano Codex* (que más adelante, al encontrarse una segunda parte, se convertiría en el *Codex Tro-Cortesianus),* propiedad de un descendiente de Cortés, porque fue en este libro donde Brasseur vio

que se mencionaba una gran catástrofe que había convulsionado América Central en un pasado remoto -Brasseur declaró que el año podía identificarse como el 9937 a. de C.-y destruyó gran parte de su civilización. Brasseur había conocido a nativos que conservaban la tradición oral relativa a la destrucción de un gran continente en el océano Atlántico, y no tenía ninguna duda, al igual que el *Codex,* de que se referían a la destrucción de la Atlántida. Seguidamente conjeturó que era en la Atlántida donde tenían su origen las civilizaciones de Egipto y América del Sur. Esta conjetura pareció encontrar confirmación en una crónica de un gran cataclismo que se describía en los escritos de la tribu náhuatl, cuya lengua había aprendido directamente Brasseur de un descendiente de Moctezuma. Sugirió que Quetzalcóatl, el dios blanco que llegó del mar, era un habitante de la Atlántida perdida.

En el colegio de San Gregorio, en Ciudad de México, Brasseur descubrió un manuscrito en náhuatl (al que dio el nombre de *Chimalpopoca Codex),* por el cual se enteró de que el inmenso cataclismo se había producido hacia el 10500 a. de C., pero no fue una sola catástrofe, tal como la describía Platón, sino una serie de cuatro como mínimo, cada una de las cuales fue resultado de un desplazamiento del eje de la Tierra.

Estas ideas tan desprovistas de rigor académico difícilmente podían excusarse, ni siquiera en alguien cuyo conocimiento de la cultura de América Central era mayor que el de la mayoría de los profesores, y en sus últimos años Brasseur fue objeto de más burlas de las que le correspondían. Sin embargo, muchas de sus teorías las corroborarían más adelante los «mapas de los antiguos reyes del mar» de Hapgood (a la vez que Graham Hancock cita *Nature* en el sentido de que la última inversión de los polos magnéticos de la Tierra ocurrió hace 12.400 años: dicho de otro modo, hacia el 10400 a. de C.). Brasseur creía que existió una antigua civilización de navegantes mucho antes de que aparecieran las primeras ciudades en el Oriente Medio y que sus marineros llevaron su cultura a todo el mundo. También creía que formaba parte de su religión el culto a Sirio, la estrella perro... lo cual se anticipaba a los descubrimientos que Marcel Griaule y Germaine Dieterlen hicieron entre los dogon en el decenio de 1930.

Entre 1864 y 1867, la historia de México tomó un giro que la acercó a la ópera bufa cuando el gobierno francés, bajo Napoleón III, envió una expedición militar encabezada por el archiduque Maximiliano de Austria, hermano del emperador Francisco José, para que pusiera fin a la guerra civil reclamando el trono. Maximiliano, que era un liberal de carácter apacible, fo-

mentó las artes, subvencionó la investigación de las pirámides de Teotihuacán y se esforzó al máximo por hacer frente a la corrupción total que formaba parte de la vida mexicana. Traicionado por Napoleón III, que decidió retirar su ejército, Maximiliano fue capturado por el general rebelde Porfirio Díaz y fusilado. La emperatriz Carlota, su esposa, se volvió loca y no recuperó el juicio durante el resto de su larga vida (murió en 1927). Pero Maximiliano dejó un rico legado a los historiadores: una biblioteca de cinco mil volúmenes sobre la cultura maya que compró a un coleccionista llamado José María Andrade y que fue enviada a Europa.

Entre los europeos que huyeron de México a raíz de la ejecución de Maximiliano se encontraba un joven francés llamado Desiré Charnay que había sido el primero en fotografiar las ruinas con una cámara oscura. Mientras sus ayudantes instalaban la cámara, Charnay se entretuvo pinchando el suelo con su daga y descubrió objetos de cerámica y huesos. El hallazgo despertó en él una pasión por las excavaciones que duraría toda su vida. Volvería a México en 1880, en busca de Tollan, la legendaria capital de los toltecas. Convencido de que estaba debajo del poblado indio de Tula, ochenta kilómetros y pico al norte de ciudad de México, Charnay empezó a excavar allí y no tardó en encontrar bloques de basalto de un metro ochenta y pico de longitud que supuso que eran los pies de unas estatuas enormes que sostenían algún edificio grande. Llamó a estas estatuas «atlantes», de lo cual se deduce que, al igual que tantos otros arqueólogos de América Central, creía que las civilizaciones de América del Sur tenían su origen en la Atlántida. Esto fue suficiente para que el mundo académico le mirase con profunda suspicacia.

Charnay estudió seguidamente las ruinas de otra ciudad maya, Palenque, en Chiapas, descubiertas en 1773 por fray Ramón de Ordóñez, que luego había escrito un libro en el cual declaraba que la «Gran Ciudad de las Serpientes» la había fundado un hombre blanco que se llamaba Votan y había llegado de alguna parte de la otra orilla del Atlántico en el pasado remoto. Ordóñez afirmaba haber visto un libro escrito (en quiché) por Votan -y quemado por el obispo de Chiapas en 1691- en el cual Votan se identificaba como ciudadano de «Valim Chivim», que Ordóñez creía que era Trípoli, en la antigua Fenicia.

Bajo el calor húmedo de la Ciudad de las Serpientes, Charnay tuvo que conformarse con hacer moldes de cartón piedra de los frisos, que la vegetación ya estaba destruyendo. En la ciudad yucateca de Chichén Itzá, que los mayas habían construido después de abandonar las ciudades que

edificaran en Guatemala -y aquí Charnay vio confirmada su creencia de que la civilización maya tenía las misma raíces que las de Egipto, la India e incluso China y Tailandia- la pirámides escalonadas le recordaron Angkor Vat. Pero Charnay se inclinaba a creer que el origen de los toltecas estaba en Asia. Más adelante, en uno de los conjuntos de ruinas menos explorados de Yaxchilán (que Charnay rebautizó con el nombre de Lorillard, en hono de su patrono), quedó hondamente impresionado al contemplar un relieve en el que se veía un hombre arrodillado ante un dios y, al parecer, pasándose una larga soga por un agujero de la lengua, lo cual recordó a Charnay que los adoradores de la diosa hindú Siva también rinden homenaje a ésta pasándose una soga por la lengua perforada.

Al volver a Francia, Charnay publicó un libro titulado *Anciennes villes du Nouveau Monde,* pero la obra no logró mejorar su reputación entre los estudiosos y Charnay se retiró a Argel y se dedicó a escribir novelas hasta que en 1915 murió a la edad de 87 años.

Augustus Le Plongeon, contemporáneo de Charnay, se mostraba todavía menos preocupado por su reputación académica y el resultado es que su nombre raramente se encuentra en los libros que tratan de América Central (aunque una moderna autoridad en la materia se detiene durante el tiempo suficiente para calificarle de «chalado discutidor»). A los cuarenta y cinco años de edad, Le Plongeon ya había sido buscador de oro en California, abogado en San Francisco y director de un hospital en Perú, donde nació su interés por las ruina antiguas. Tenía cuarenta y ocho años cuando en compañía de Alice, su joven esposa inglesa, zarpó de Nueva York con destino a Yucatán en 1873.

Para entonces México se hallaba bajo el firme dominio de Porfirio Díaz, que había fomentado la corrupción que tanto consternara a su predecesor, Maximiliano; de hecho, México había retrocedido a lo tiempos de los mayas y existían en el país una clase gobernante todopoderosa y una clase campesina intimidada cuyas tierras eran confiscadas para dárselas a los ricos. A causa de ello, los indios de la regiones más lejanas -por ejemplo, Yucatán- se rebelaban con frecuencia y cuando Le Plongeon y su esposa fueron a Chichén Itzá por primera vez necesitaron que les protegieran los soldados. Pero Le Plongeon aprendió la lengua maya y pronto empezó a explorar la selva solo. Comprobó que los indios eran amistosos y corteses y

no tardo en ser conocido por el nombre de el Gran Barba Negra.

Basándose en conchas de ostra encontradas en la región del lago Titicaca, junto a la frontera de Bolivia y Perú, Le Plongeon había sacado la conclusión de que en algún momento del pasado remoto el lago debía de estar al nivel del mar y, por consiguiente, algún gran cataclismo debía de haberlo levantado cuatro kilómetros y pico hasta su ubicación actual. Ahora, entre los indios de Yucatán oyó hablar otra vez de la gran catástrofe.

Los indios de la selva le dijeron que conservaban una tradición ocultista. Peter Tompkins afirma (en *Mysteries of the Mexican Pyramids):*

> Al igual que Carlos Castaneda en nuestros días, Le Plongeon averiguó que los indios nativos de su tiempo seguían practicando la magia y la adivinación, que sus hechiceros eran capaces de rodearse de nubes e incluso de parecer que se hacían invisibles y de materializar objetos extraños y asombrosos. Le Plongeon dice que a veces el lugar donde actuaban parecía temblar como si se estuviera produciendo un terremoto, o dar vueltas y más vueltas como si se lo llevara un tornado... Le Plongeon sacó la conclusión de que debajo de la vida prosaica de los indios fluía una rica y viva corriente de sabiduría y prácticas ocultas, cuyas fuentes estaban en un pasado antiquísimo, mucho más allá del ámbito de la investigación histórica normal.

Le Plongeon tenía la impresión de que de vez en cuando los indios bajaban la máscara lo suficiente para que él pudiera atisbar «un mundo de realidad espiritual, a veces de belleza indescriptible, otras veces de horror inexpresable».

Le Plongeon aprendió a descifrar jeroglíficos mayas de un indio de 150 años de edad. Los eruditos pondrían en duda las interpretaciones que Le Plongeon hizo de estos jeroglíficos, pero su capacidad quedó demostrada al descubrirse una estatua enterrada siete metros y pico debajo de Chichén Itzá, en el lugar que se describía en una inscripción maya que vio en una pared. Para referirse al objeto enterrado la inscripción utilizaba la palabra *chacmool* (que significa «zarpa de jaguar»); resultó ser la enorme figura de un hombre apoyado en los codos, la cabeza vuelta 90 grados. Con la ayuda de sus excavadores, Le Plongeon la subió a la superficie. Pero sus esperanzas de mandarla a Filadelfia para que la expusieran al público se vie-

ron defraudadas por las autoridades mexicanas, que se incautaron de ella antes de que saliese de la capital de la región. Ahora se reconoce que los *chacmools* son figuras rituales -que probablemente representan guerreros caídos que hacen de mensajeros de los dioses- y el receptáculo que a menudo se encuentra en el pecho está destinado a contener el corazón de la víctima de un sacrificio.

El fruto de los estudios de textos mayas que llevó a cabo Le Plongeon fue una serie de convicciones que en muchos aspectos se hacían eco de las de Brasseur y Charnay, aunque las de Le Plongeon iban aún más lejos. Charnay se había sentido inclinado a creer que la civilización había llegado a América del Sur desde Asia o Europa, mientras que Brasseur creía que su origen estaba en la Atlántida. Le Plongeon pensaba que había empezado en América el Sur y se había desplazado hacia el este. Citó el Ramayana, la epopeya hindú que escribió el poeta Valmiki en el siglo III a. de C., y declaró que la India había estado poblada por conquistadores navegantes en la antigüedad remota. Valmiki daba a estos conquistadores el nombre de «nagas», y Le Plongeon señaló su parecido con la palabra «naacal», los sacerdotes o «adeptos» mayas que, según la mitología maya, viajaban por el mundo enseñando sabiduría. Al igual que Brasseur, Le Plongeon citaba el mito mesopotámico según el cual la civilización fue traída al mundo por unos seres procedentes del mar que se llamaban *oannes,* y señaló que la palabra maya *oaana* significa «el que vive en el agua». De hecho, Le Plongeon dedicó mucho espacio a hablar de las similitudes entre la lengua maya y las lenguas antiguas del Oriente Medio. (Tanto en lengua acadia como en lengua maya, la palabra *kul* se refiere al trasero y *kun,* a los genitales femeninos, lo cual sugiere que palabras que todavía utilizamos tienen un origen en común.)

Pero la aportación más controvertida de Le Plongeon fueron sus traducciones del *Troano Codex,* que Brasseur fue el primero en estudiar. Al igual que Brasseur, se mostró de acuerdo en que la obra contenía referencias a la catástrofe que destruyó la Atlántida... aunque, por lo que Le Plongeon pudo determinar, parece ser que los mayas llamaban Mu a la Atlántida. El texto hablaba de terremotos terribles que duraban trece *chuen* (¿«días»?) y hacían que la tierra se levantara y se hundiera varias veces antes de romperse en pedazos. La fecha que indica el códice -«el año seis Kan, y el undécimo Mulac»- significa (según tanto Brasseur como Le Plongeon) 9500 a. de C. Le Plongeon afirmaría más adelante que había descubierto en las ruina de Kabah, al sur de Uxmal, un mural que confirmaba esta fecha, y en Xochi-

calco, otra inscripción sobre el cataclismo.

Le Plongeon tenía fama de ser hombre dado a las fantasías románticas y esta fama pareció verse confirmada por su libro *Queen Moo and the Egyptian Sphinx* (1896), en el cual argüía que los legendarios reina Moo y príncipe Aac de los mayas son el origen de los egipcios Isis y Osiris y que los datos del *Troana Codex* indican que la reina Moo tenía su origen en Egipto y volvió allí más adelante. También conjetura que el hecho de que la Atlántida se hundiera en el decimotercer *chuen* puede ser el origen de la moderna superstición relativa el número trece y sugiere que esto puede explicar por qué el calendario maya se basa en el citado número, lo cual es más verosímil.

Las conjeturas de esta clase relegaron a un segundo término algunas observaciones más importantes que hizo Le Plongeon: por ejemplo, que la relación de la altura con la base de las pirámides mayas representaba la Tierra... como en el caso de la Gran Pirámide de Gizeh. También arguyó que la unidad de medida de los mayas era una cuarentamillonésima parte de la circunferencia de la Tierra, sugerencia que cabría considerar absurda si no fuera por el hecho de que los egipcios también parecían conocer la longitud del ecuador.

El matrimonio Le Plongeon pasó doce años en América Central y regresó a Nueva York en 1885. Augustus Le Plongeon tenía la esperanza de que su vuelta fuese triunfal, pero lo cierto es que los últimos veintitrés años de su vida serían una decepción constante. Los eruditos le consideraban un chiflado que creía en la magia y en una cronología que a ellos les parecía absurda (porque todo el mundo sabía que las primeras ciudades se construyeron alrededor del 4000 a. de C.: pasarían setenta años más antes de que se hiciera retroceder esta cifra hasta el 8000 a. de C. e incluso esta fecha era mil quinientos años posterior a la que Le Plongeon calculó para la Atlántida). Los museos no mostraban ningún interés por los artefactos mayas o siquiera por los manuscritos del mismo origen; el Metropolitan Museum aceptó los moldes de frisos mayas que sacara Le Plongeon, pero los guardó en el sótano de almacenaje. Así que Le Plongeon vivió hasta 1908 y al morir, a la edad de 82 años, todavía le consideraban un chalado discutidor.

Uno de los pocos amigos que hizo durante sus años postreros era un joven inglés llamado James Churchward que (según contaba él mismo) había sido lancero bengalí en la India. (Peter Tompkins afirma que era un

funcionario relacionado con el servicio de espionaje británico.) Al cabo de más de cuarenta años, Churchward escribió que ya había dado con los rastros de antiguas inscripciones mayas («Nacaal») en la India cuando un sacerdote brahmín le había enseñado -y permitido copiar- unas tablillas llenas de inscripciones mayas. Según el sacerdote, eran crónicas del continente perdido que se llamaba Mu, que no se encontraba en el Atlántico, como había supuesto Le Plongeon, sino en el Pacífico, tal como el zoólogo P. L. Sclater sugiriera en el decenio de 1850 al fijarse en el parecido entre la flora y la fauna de tantas tierras situadas entre la India y Australia. Pero el libro de Churchward *El continente perdido de Mu* (Editorial ATE, Barcelona, 1978) no se publicaría hasta 1926 y los historiadores lo rechazaron por considerarlo una especie de engaño. Después de todo, Sclater había bautizado su continente perdido con el nombre de Lemuria, y fue después de esto cuando Le Plongeon había descubierto «Mu» en el *Troano Codex.*

Parece ser que Churchward escribió sus libros sobre Mu (cinco en total) inspirado por su contacto con un amigo llamado William Niven, al que dedicó el primero de ellos. Al igual que Le Plongeon, Niven era un arqueólogo heterodoxo: un ingeniero de minas escocés que ya trabajaba en México en 1889. En Guerrero, cerca de Acapulco, exploró una región en la que había cientos de pozos de los cuales se había extraído el material para construir ciudad de México. Niven afirmaba que al excavar en los pozos, había encontrado ruinas antiguas, algunas de las cuales estaban llenas de ceniza volcánica, lo cual hacía pensar que, al igual que Pompeya, la catástrofe había sobrevenido de súbito. Basándose en su profundidad -algunos estaban nueve metros y pico debajo de la superficie-, Niven calculó que algunos de ellos databan de hace 50.000 años. Un taller de orfebre contenía alrededor de 200 figuras de barro cocido, duro como la piedra. También encontró murales que rivalizaban con los de Grecia o el Oriente Medio.

En 1921, en un poblado que se llamaba Santiago Ahuizoctla, encontró cientos de tablillas de piedra en la que aparecían grabados curiosos símbolos y figuras, parecidos a los de origen maya, aunque los estudiosos de la cultura maya no pudieron reconocerlos. Niven mostró algunas de estas tablillas a Churchward y éste manifestó que confirmaban lo que le había dicho el sacerdote hindú. Según Niven, las inscripciones de las tablillas eran obra de sacerdotes naacales que habían sido enviados de Mu a América Central, a difundir su conocimiento secreto. Churchward afirmaría que estas tablillas revelaban que la civilización de Mu tenía 200.000 años de antigüedad.

Es comprensible, pues, que los libros de Churchward sobre Mu hayan sido rechazados por considerarlos fraudulentos. Hay que confesar que la culpa fue en gran parte de él mismo; se muestra tan vago al hablar del templo donde afirma haber visto las tablillas naacales, y ofrece tan pocas pruebas de sus diversas aseveraciones, que cuesta tomarle en serio. Por otra parte, si podemos tomar en serio lo que dicen Brasseur, Le Plongeon y Niven cuando hablan de inscripciones mayas que remiten a 9500 a. de C., entonces es posible que con el tiempo descubramos que lo que decía Churchward era más cierto de lo que sospechamos.

Le Plongeon decepcionó mucho a la American Antiquarian Society, que durante un tiempo publicó en su revista los informes que mandaba desde México. Pero sus conjeturas sobre la Atlántida y su hábito de criticar a la Iglesia por su deshonroso historial de tortura y derramamiento de sangre finalmente resultaron demasiado para los de Nueva Inglaterra y se desentendieron de él.

Resulta divertido ver que el joven que la American Antiquarian Society escogió para que fuese su representante en México había empezado su carrera publicando un artículo en *Popular Science Monthly* con el título de «Atlantis Not a Myth», en el cual argüía que si bien no hay pruebas científicas de la existencia de la Atlántida, sin duda una tradición tan extendida tiene que basarse hasta cierto punto en hechos y que, al parecer, esta civilización perdida dejó su huella en la tierra de los mayas. Acto seguido citaba la leyenda de un pueblo de piel clara y ojos azules que lucía emblemas de serpientes en la cabeza y había llegado del este en la antigüedad remota. Su artículo salió en 1879, tres años antes que el libro de Donnelly sobre la Atlántida. Señaló que a los líderes de los olmecas los llamaban «chanes», hombres con sabiduría de serpiente, a la vez que entre los mayas eran conocidos por el nombre de «canobs», el pueblo de la serpiente de cascabel.

El artículo de Edward Herbert Thompson llamó la atención de algunos estudiosos y, a resultas de ello, el autor, que contaba entre veinte y treinta años edad, se encontró convertido en cónsul norteamericano en México. Era 1885, el año en que Le Plongeon se marchó.

En sus tiempos de estudiante Thompson había leído un libro de Diego de Landa, el obispo español que había empezado su carrera destruyendo miles de libros sobre los mayas y sus artefactos y acabó colecionando y conservando cuidadosamente los restos de la cultura maya. Landa describía

en su libro un pozo sagrado que había en Chichen Itzá donde arrojaban a las víctimas de los sacrificios en épocas de sequía o peste. La historia le fascinó, del mismo modo que, cuatro decenios antes, un libro ilustrado en el que aparecían las inmensas murallas de Troya había fascinado a un niño de siete años llamado Heinrich Schliemann, que al instante decidió que algún día descubriría Troya. Y eso fue exactamente lo que hizo cuarenta y cuatro años después, en 1873.

La mayoría de los eruditos del decenio de 1880 habrían considerado que las descripciones que hacía Diego de Landa de las ceremonias de los sacrificios eran fruto de la imaginación del autor; al igual que Schliemann, Thompson estaba decidido a comprobar qué grado de verdad había detrás de ello.

Otra crónica, ésta de don Diego de Figueroa, describía cómo arrojaban mujeres al pozo al amanecer, con instrucciones de preguntar a los dioses que moraban en sus profundidades cuándo debía su amo acometer proyectos importantes. Los amos ayunaban durante sesenta días antes de la ceremonia. Al mediodía las mujeres que no se habían ahogado eran sacadas por medio de sogas y puestas a secar delante de hogueras donde se quemaba incienso. Luego describían que habían visto muchas personas en el fondo del pozo -personas de su propia raza- y que no les habían permitido mirarlas directamente a la cara y les asestaban golpes en la cabeza si trataban de desobedecer la orden. Pero la gente del pozo respondía a sus preguntas y les decían cuándo debían acometerse los proyectos de sus amos...

Sin perder un solo momento, Thompson se fue a Chichén Itzá para ver el pozo siniestro; tal como esperaba, lo encontró fascinante de una fascinación morbosa. El pozo de los sacrificios o cenote era un agujero de forma ovalada, de unos 50 por 60 metros, con paredes verticales de piedra caliza que se alzaban unos 20 metros por encima de la superficie. Desde luego, tenía un aspecto bastante sombrío. El agua era verde y viscosa, casi negra, y nadie estaba seguro de cuál era si profundidad, porque sin duda alguna había una gruesa capa de barro en el fondo.

Finalmente, más de un decenio después de su primera visita Thompson logró comprar Chichén Itzá del mismo modo que Stephens había comprado Copán. En efecto, ahora era propietario del pozo. Pero ¿cómo podía explorarlo?

Se decidió por un método peligrosísimo: vestirse de buzo y bajar al pozo. Consciente de que todo el mundo trataría de quitarle la idea de la cabeza,

empezó por ir a Boston y tomar lecciones de buceo en alta mar. Entonces estuvo en condiciones de dirigirse a la American Antiquarian Society y a su patrono, Stephen Salisbury. Como esperaba, Salisbury reaccionó con horror y le dijo que lo que pensaba hacer era un suicidio. Pero Thompson persistió y finalmente recaudó los fondos que necesitaba.

Seguidamente introdujo una plomada en el pozo hasta que le pareció que tocaba fondo y, basándose en ello, calculó que el agua tenía unos 10 metros de profundidad. Pero ¿cómo saber dónde había que buscar esqueletos humanos en unos 280 metros cuadrados de agua? Resolvió el problema arrojando al pozo troncos que pesaban tanto como un cuerpo humano y tomando nota del punto en que caían.

A continuación, instaló una draga provista de un largo cable de acero en el borde de la pared y observó cómo las enormes fauces de acero se zambullían debajo de la superficie negra. Los hombres que manejaban el cabrestante hicieron que la draga bajara hacia el fondo del agua obscura y dieron vueltas a la manivela hasta que el cable quedó flojo. Entonces cerraron las fauces de acero y subieron la draga. Al salir de la superficie, el agua hervía al tiempo que subían grandes burbujas de gas. Las fauces depositaron sobre una plataforma de madera un cargamento de mantillo negro y ramas muertas. Luego volvieron a zambullirse en el agua.

Estas operaciones continuaron durante varios días y el montón de fango negro fue haciéndose más grande. Un día la draga incluso sacó un árbol completo, «en tan buen estado como si una tormenta lo hubiera lanzado al pozo el día antes». Pero Thompson empezaba a sentirse preocupado. ¿Y si aquéllo era todo lo que iba a encontrar? ¿Y si Landa había dejado volar su imaginación? Sería objeto de burlas despiadadas. Ni siquiera el hallazgo de algunos fragmentos de cerámica sirvió para animarle. Después de todo, era posible que algunos chicos se hubieran divertido arrojando fragmentos lisos de cacharro al agua, para verlos resbalar sobre la superficie del pozo.

Entonces, a primera hora de una mañana, bajó tambaleándose hasta el pozo, los ojos semicerrados por no haber dormido, y miró el «cubo» que formaban las fauces cerradas al salir del agua. Observó que en él había dos manchas grandes de alguna sustancia amarilla, como de mantequilla. Le hicieron pensar en las bolas de «mantequilla de pantano» que los arqueólogos encontraban en asentamientos antiguos de Suiza y Austria. Pero los antiguos mayas no tenían vacas ni cabras -ni ningún otro animal do-

méstico-, de modo que no podía ser mantequilla. Olfateó la sustancia, luego la probó. Era resina. Y de pronto, Thompson notó que desaparecía el peso que sentía en el corazón. Arrojó un poco de resina a una hoguera y su fragancia llenó el aire. Era algún tipo de incienso sagrado y significaba que se había utilizado el pozo para fines religiosos.

A partir de aquel momento el pozo empezó a entregar sus tesoros: cerámica, vasijas sagradas, puntas de hacha y de flecha, escoplos y discos de cobre batido, deidades mayas, campanas, cuentas, colgantes y trozos de jade.

Thompson había amarrado un lanchón de fondo plano debajo del saliente de la pared, junto a una «playa» estrecha en la que había lagartos y gigantescos sapos. Un día, hallándose sentado en la barca, trabajando en sus notas, hizo una pausa para meditar y clavó los ojos en el agua. Lo que vio le sobresaltó. Su mirada parecía estar descendiendo por una pared vertical con «muchas señales y huecos», tal como la describieran las mujeres a las que habían sacado del pozo. Rápidamente se dio cuenta de que era el reflejo de la pared que quedaba por encima de él. Y los trabajadores que se asomaban al precipicio también se reflejaban en el agua y daban la impresión de que había gente caminando en el fondo.

Thompson también había leído que el agua del cenote a veces se volvía verde y a veces se convertía en sangre coagulada. Un período de observación reveló que estos comentarios también se basaban en la realidad. A veces las algas teñían el agua de color verde y las semillas rojas le daban aspecto de sangre.

Finalmente, resultó obvio que la draga había llegado al fondo del barro y el limo -unos 12 metros por debajo del «fondo» original- y que no iban a encontrar más artefactos. Había llegado el momento de empezar a bucear.

Thompson y dos buzos griegos descendieron al lanchón de fondo plano montados en el cubo de la draga y se pusieron el equipo de bucear, con sus enormes cascos de cobre. Por último, Thompson pasó las piernas por encima del borde de la embarcación -los chicos que iban a encargarse de la bomba de aire le estrecharon solemnemente la mano, por si no volvía a salir a la superficie- y bajó por la escalera de alambre. Al llegar al extremo inferior, se soltó y sus zapatos con suela de hierro y el collar de plomo tiraron de él hacia abajo. El agua amarilla se transformó en agua verde, luego púrpura, finalmente negra, y sintió punzadas de dolor en los oídos. Al abrir las válvulas del aire, la presión disminuyó y los dolores desaparecieron. Al cabo

de unos momentos, se encontró de pie en el fondo rocoso. Le rodeaban las paredes verticales de barro que había dejado la draga, de más de cinco metros de altura, con rocas sobresaliendo de ellas.

Otro buzo llegó junto a él y se estrecharon la mano. Thompson descubrió que si apoyaba su casco en el de su compañero, podían sostener conversaciones inteligibles, aunque sus voces parecían el eco de unos fantasmas que estuvieran hablando en medio de las tinieblas. Pronto decidieron abandonar las linternas y el teléfono submarino porque estas cosas no servían para nada en aquellas aguas espesas como el puré de guisantes. Moverse de un lado para otro no resultaba difícil, toda vez que eran casi ingrávidos, como los astronautas; Thompson no tardó en descubrir que si quería trasladarse a un punto situado a varios pasos de él, tenía que saltar con cuidado o iba a parar más lejos de lo que quería.

Otro peligro lo ofrecían las rocas enormes que sobresalían de las paredes de barro que la draga había excavado. A veces las rocas se desprendían y caían. Pero las precedía una ola de presión que daba a los buzos tiempo suficiente para apartarse. Mientras procurasen que los tubos del aire y los tubos acústicos estuvieran alejados de las paredes, se encontrarían relativamente libres de peligro. «De haber cometido la imprudencia de apoyar la espalda en la pared, nos hubiéramos visto cortados en dos tan limpiamente como por obra de unas gigantescas podaderas».

Los nativos estaban convencidos de que en las aguas del pozo nadaban serpientes y lagartos gigantescos. Era verdad que había serpientes y lagartos... pero habían caído en el pozo y trataban desesperadamente de salir de él.

De todos modos, Thompson tuvo una experiencia desagradable. Se encontraba excavando en una grieta estrecha del suelo, con un buzo griego a su lado, cuando de pronto notó el movimiento de algo que se deslizaba hacia abajo en su dirección. Al cabo de unos instantes, se encontró tendido en el suelo mientras algo le apretaba contra el fondo. Durante unos momentos recordó las leyendas que hablaban de extraños monstruos. Entonces el griego empezó a empujar el objeto y, al ayudarle, Thompson se dio cuenta de que era un árbol que se había desprendido de arriba.

En otra ocasión, mientras se deleitaba contemplando una campana que acababa de encontrar en una grieta, se olvidó de abrir las válvulas para que saliera el aire. De repente, al erguirse para cambiar de posición, empezó a

flotar hacia arriba como un globo. Era peligrosísimo, ya que la sangre de un buzo está cargada de burbujas de aire, igual que el champán, y a menos que se liberen con una lenta ascensión, causan un transtorno llamado «enfermedad de los buceadores» que puede provocar una muerte muy dolorosa. Thompson tuvo la presencia de ánimo suficiente para abrir rápidamente las válvulas, pero el acidente le causó daños permanentes en los tímpanos.

En el fondo del cenote apareció el tesoro que Thompson tenía la esperanza de encontrar: huesos y cráneos humanos, prueba de que Landa había dicho la verdad, así como cientos de objetos rituales de oro, cobre y jade. Hasta encontraron un cráneo de viejo... probablemente un sacerdote arrastrado hacia abajo por una muchacha en el momento de ser arrojada al pozo.

Sólo el tesoro de Tutankamón superaba los descubrimientos de Thompson en Chichén Itzá. Los tesoros del pozo sagrado y la dramática historia de su recuperación hicieron famoso a Thompson. Al morir en 1935, a la edad de 75 años, había dilapidado la mayor parte de su fortuna -y así lo reconocía él mismo- en las excavaciones mayas; pero la suya había sido la clase de vida rica y apasionante con la que sueña todo colegial. Su artículo sobre la Atlántida le había llevado a una vida de aventuras, una versión de Indiana Jones en la vida real, que había inspirado originalmente la primera incursión de Graham Hancock en el campo de la detección histórica.

Chichén Itzá constituye una lección importante para quienes desean encontrarle sentido al sangriento pasado de Mesoamérica. Cuando tenía dieciséis años de edad leí *Historia de la conquista de México* (Ediciones Itsmo, Madrid, 1987), de Prescott, y me impresionó mucho la crónica de los sacrificios que hacían los aztecas. Sin embargo, las doncellas de Chichén Itzá no eran arrojadas al pozo por sacerdotes sádicos que querían apaciguar a unos dioses crueles; eran arrojadas en calidad de mensajeras para que hablasen con los dioses, para que suplicasen a los dioses que evitaran alguna catástrofe. Luego las sacaban del pozo. Hay que reconocer que una víctima de un sacrificio a la que han abierto las costillas con un cuchillo de silex, para poderle arrancar el corazón, no tiene ninguna esperanza de sobrevivir. Pero parece que los mayas, al igual que los antiguos egipcios y los tibetanos creían que el viaje al otro mundo es largo y peligroso y a estas víctimas del sacrificio se les ofrecía un viaje rápido y sin peligros. Los sacerdotes creían que les hacían un favor y sin duda la mayoría de ellas se preparaban para la muerte con un estado de ánimo perfectamente sereno,

después de que un sacerdote de aire grave y amistoso les diera instrucciones exactas sobre lo que tenían que decirles a los dioses.

Tanto si podemos aceptar la idea de que un cataclismo geológico destruyó la Atlántida y Mu (parece que hay acuerdo general en que la destrucción de ambas ocurrió durante la misma época) como si no, poca duda cabe de que en el remoto pasado hubo grandes catástrofes. De hecho, el «catastrofismo» fue una teoría científica respetable a mediados del siglo XVIII. Su principal exponente fue el célebre naturalista Georges Buffon, uno de los primeros evolucionistas. El conde de Buffon explicaba la extinción de tantas especies diciendo que las habían destruido grandes catástrofes, tales como inundaciones y terremotos. Cincuenta años después, a principios del siglo XIX, el geólogo escocés James Hutton sugirió que los cambios geológicos se producen lentamente a lo largo de épocas larguísimas, pero dado que en aquel tiempo la mayoría de los científicos aceptaban la opinión del arzobispo James Ussher de que la tierra fue creada en el 4004 a. de C. (opinión a la que había llegado sumando todas las fechas que se citan en la Biblia), la sugerencia de Hutton hizo pocos progresos... hasta que otro geólogo, sir Charles Lyell, presentó pruebas convincentes de la inmensa antigüedad de la tierra en sus *Principios de geología* (1830-1833). La ciencia, como de costumbre, se apresuró a desplazarse al extremo opuesto y declaró que el catastrofismo era una superstición primitiva.

En el siglo XX, como señaló Hapgood en el capítulo titulado «Great extinctions» de su libro *Earth's Shifting Crust,* esta opinión se modificó a resultas de descubrimientos como el del mamut de Beresovka en 1901, en cuyo estómago aún había flores frescas. Ignatius Donnelly había dedicado muchos capítulos a las leyendas sobre diluvios -y a los correspondientes indicios- en *Atlantis,* y todavía más en el libro que escribió seguidamente, *Ragnarok, the Age of Fire and Gravel* (1883), que argüía que la glaciación del pleistoceno (que empezó hace 1,8 millones de años) la provocó el choque de la Tierra con un cometa. En *Atlantis* cita a Brasseur para demostrar que los mayas conservaban leyendas sobre la destrucción de la Atlántida.

Alrededor de 1870*,* un alemán de diez años de edad llamado Hans Hoerbiger sacó la curiosa conclusión de que la luna y los planetas están cubiertas de una gruesa capa de hielo, que en el caso de la luna tiene un espesor de 200 kilómetros y pico. Más adelante, cuando ya era ingeniero, vio el efecto del hierro fundido en el suelo anegado y sacó la conclusión de que alguna

explosión parecida había causado el «big bang» que a su vez había creado el universo. Andando el tiempo, llegó a creer que la Tierra ha experimentado una serie de catástrofes violentas cuya causa ha sido la captura de una serie de «lunas». Según Hoerbiger, todos los cuerpos planetarios del sistema solar giran lentamente en espiral hacia el sol. Como se mueven con mayor rapidez que los grandes, los cuerpos pequeños pasan inevitablemente cerca de los planetas y son «capturados». Esto, según dijo, le ha pasado a nuestra Tierra por lo menos seis veces, y nuestra luna actual es sólo la más reciente de la serie. Una vez capturadas, las lunas giran en espiral en dirección a la Tierra hasta que se estrellan contra ella y causan cataclismos. La última fue capturada hace cosa de un cuarto de millón de años, y al acercarse, su gravedad hizo que toda el agua de la Tierra se acumulase en torno a su ecuador. Al hacerse más leve la gravedad, los hombres se convirtieron en gigantes... de ahí la cita bíblica sobre «gigantes en la Tierra». Finalmente se estrelló y liberó las aguas y éstas causaron grandes inundaciones, tales como se describen en la Biblia y en la epopeya de Gilgamés.

El libro de Hoerbiger *Glacial Cosmology* (1912*,* con Phillipp Fauth) causó sensación, aunque los astrónomos se rieron de él. Más adelante, los nazis lo aceptaron con entusiasmo y Hitler dijo que Hoerbiger era uno de los tres astrónomos más grandes del mundo, junto con Ptolomeo y Copérnico, y se propuso construir un observatorio en su honor. Pero a pesar de toda esta aprobación, Hoerbiger siguió dando claras muestras de paranoia y dijo al astrónomo Willy Ley: «O bien crees en mí y aprendes, o se te debe tratar como a un enemigo». Su discípulo Hans Schindler Bellamy, que era austríaco, continuó propagando sus teorías después de la muerte de Hoerbiger en 1931*,* y dio todavía más importancia a los indicios de cataclismos terrestres. Hasta el vuelo del Apollo 11 en 1969 y el alunizaje no reconocieron finalmente millones de discípulos de Hoerbiger que el maestro estaba equivocado.

En el decenio de 1930 un psiquiatra ruso-judío llamado Immanuel Velikovsky se interesó por la historia antigua al leer *Moisés y el monoteísmo* (publicada con el título *Moisés y la religión monoteísta y otros escritos sobre judaísmo y antisemitismo* por Alianza Editorial, Madrid, 1970)*,* de Freud, donde el autor había propuesto que Moisés y el faraón Akenatón eran contemporáneos en vez de estar separados por un siglo, como creen los his-

toriadores. Las investigaciones de Velikovsky le llevaron a sacar la conclusión de que gran parte de la datación de la historia antigua es completamente errónea.

Velikovsky quedó convencido de que en un pasado lejano se había producido una gran catástrofe en la Tierra. Durante un tiempo creyó que la teoría de la «luna cautiva» de Hoerbiger podía ser correcta, pero finalmente la rechazó. Entonces encontró textos que parecían indicar que los astrónomos antiguos no mencionaban al planeta Venus antes del 2000 a. de C. ¿Era posible que dicho planeta no hubiera estado en su posición actual antes del segundo milenio a. de C.? Pero si Venus «nació», como parecían indicar muchos textos antiguos, ¿de dónde nació? Según Velikovsky, la mitología griega nos da la respuesta: Venus nació de la frente de Zeus, esto es, de Júpiter. Según Velikovsky, hacia el 1500 a. de C. alguna gran convulsión interna hizo que Júpiter vomitara un cometa ígneo que cayó hacia el sol. Se acercó a Marte y lo arrastró fuera de su órbita, luego pasó junto a la Tierra y causó las catástrofes que se describen en la Biblia (y en muchos otros textos antiguos, todos los cuales se citan meticulosamente). Dio la vuelta al sol y regresó 52 años después, causando más catástrofes; luego quedó asentado como el planeta Venus.

¿Cómo llegó Velikovsky a lo que parece un fárrago de puras sandeces? Leyendo cientos de textos antiguos, entre ellos muchos de la historia maya (cita repetidamente a Brasseur). Los sacrificios sangrientos de los aztecas, que tanto horrorizaron a los españoles (que los citaron como excusa de las matanzas que perpetraron ellos) tenían por fin, según Velikovsky, impedir que se repitiera la catástrofe con un intervalo de 52 años.

El éxito de Velikovsky -*Worlds in Collision* se vendió muchísimo desde el momento de su publicación en la primavera de 1950- es comprensible; su erudición es impresionante. Por ejemplo, al hablar de la lluvia de sangre que se menciona en el Éxodo («y habrá sangre en toda la tierra de Egipto»), arguye que en realidad se trataba de un polvo o pigmento meteórico rojo y cita una docena de mitos y textos antiguos, entre ellos al sabio egipcio Ipuver, al Manuscrito Quiché de los mayas (tal como lo cita Brasseur), la Kalevala finlandesa, Plinio, Apolodoro y varios historiadores modernos... todo ello en menos de tres páginas.

Aunque los científicos se burlaron de las ideas de Velikovsky y obligaron al editor a entregar el libro a un editor que no tuviera que preocuparse por ninguna lista académica-, Velikovsky se ha apuntado algunos triunfos. Predi-

jo que Júpiter emitiría ondas de radio y resulto cierto. Predijo que el sol tendría un potente campo magnético y resultó cierto; un crítico declaró que tal campo tendría que ser 10 elevado a la potencia de 19 voltios; de hecho, ésta es la cifra que se ha calculado ahora. También sugirió que la proximidad de los cuerpos celestes hace que la Tierra invierta sus polos magnéticos; todavía no se sabe cuál fue la causa de tales inversiones (nueve en los últimos 6,3 millones de años), pero los científicos reconocen ahora que la explicación de Velikovsky podría ser la correcta.

Sin embargo, apenas ha admitido el lector que Velikovsky parece saber mucho más que sus críticos, también tiene que admitir que la idea de que la caída de los muros de Jericó y la separación de las aguas del mar Rojo fueron causadas por el paso de un cometa es demasiéido absurda para tomársela en serio. El pensamiento de Velikovsky es audaz y estimulante, pero, bien considerado, no resulta sensato.

Donde no se le pueden poner objeciones a Velikovsky es en su premisa de que, en algún momento del pasado, hubo grandes catástrofes que convulsionaron la superficie de la Tierra y mataron a millones de personas y animales. En este sentido, quizá su obra más convincente sea la tercera de la serie, *Earth in Upheaval,* que es sencillamente una crónica de 300 páginas de las pruebas de que hubo grandes catástrofes y extinciones. De forma bastante parecida a aquel adversario inconformista de la ortodoxia científica que fue Charles Fort, Velikovsky se limitó a recopilar cientos de hechos extraños: por ejemplo, la Meseta de Columbia, la intrigante capa de lava -de cerca de 52.000 kilómetros cuadrados de extensión y a menudo cerca de dos kilómetros de grueso- que cubre los estados septentrionales de Norteamérica entre las Montañas Rocosas y la costa del Pacífico. Luego menciona que en 1899, durante la perforación de un pozo artesiano en Nampa, estado de Idaho, se encontró una figurilla de barro cocido enterrada a cerca de 98 metros de profundidad en la lava. La intención de Velikovsky es probar que la inundación de lava ocurrió en los últimos miles de años (da a entender implícitamente que hacia el 1500 a. de C.). Pero otra posible interpretación de sus datos es que la raza humana -y la «civilización»- podría ser más antigua, mucho más, de lo que suponemos. De hecho, eso es exactamente lo que hace un notable libro titulado *Forbidden Archaeology,* de Michael A. Cremo y Richard L. Thompson (que examinaremos con mayor detalle más adelante), donde se arguye que la figurilla de Nampa se encontró en una capa y donde el plioceno da paso al pleistoceno... hace unos dos millones de

años.

Al igual que Brasseur y Le Plongeon (y Bellamy), Velikovsky habla del misterio de Tiahuanaco y del lago Titicaca, en los Andes. El Titicaca es el lago de agua dulce mayor del mundo: 222 kilómetros de longitud y, en algunos lugares, 112 de anchura. En *Moon, Myth and Man,* Bellamy escribe:

> Es una lástima que los peruanos no hayan conservado ningún mito de los tiempos en que las aguas de la marea circundante (causada por la luna) se retiraron. Cerca del lago Titicaca encontramos un fenómeno muy interesante: una antigua ribera que está a casi 3.600 metros sobre el nivel del mar. Es fácil verificar que se trata de un antiguo litoral (costa) porque los depósitos calcáreos de algas han pintado una conspicua franja blanca sobre las rocas y porque hay conchas y guijarros esparcidos por el lugar. Lo que resulta todavía más notable es que en esta ribera se hallan situadas las ruinas ciclópeas de la ciudad de Tiahuanaco, restos enigmáticos que muestran cinco desembarcaderos claramente definidos, puertos con malecones, etcétera, a la vez que un canal penetra mucho en el interior. La única explicación verosímil es que la ciudad estuvo otrora situada en las orillas de una marea circundante, porque a nadie le resulta fácil creer que los Andes hayan subido unos 3.600 metros desde que se fundó la ciudad.

Pero si rechazamos la creencia de Hoerbiger de que la luna se acercó tanto a la Tierra que causó una «marea circundante» permanente alrededor del ecuador, entonces sólo nos queda la otra explicación: que los Andes han subido más de 3.000 metros sobre el nivel del mar. La presencia de varios seres marinos -entre los cuales hay caballitos de mar- en el lago Titicaca disipa toda duda de que en otro tiempo formó parte del mar.

El problema del lago Titicaca -y la ciudad de Tiahuanaco- fue lo que atrajo a Graham Hancock a América del Sur en los comienzos de su búsqueda de indicios de que existió una civilización antigua miles de años antes del Egipto dinástico.

La ciudad de Tiahuanaco fue un puerto en otro tiempo, como revelan

sus inmensos muelles, uno de los cuales es lo bastante grande como para dar cabida a cientos de barcos. La zona portuaria se encuentra ahora unos 19 kilómetros al sur del lago y más de 30 metros por encima de él. El antiguo puerto está en un lugar llamado *Puma Punku* (Puerta del Puma) y docenas de enormes bloques esparcidos de forma caótica indican que sufrió algún terremoto o algo parecido. La catástrofe, como señaló el profesor Arthur Posnansky, la gran autoridad en lo que se refiere a Tiahuanaco, causó una inundación que sumergió parte de Tiahuanaco y dejó esqueletos humanos y de peces.

En Tiahuanaco conoció Graham Hancock la leyenda de Viracocha -el dios blanco procedente del mar-, sólo que en este lugar se le conocía por el nombre de Tunupa. Hancock también se sintió intrigado al ver que las embarcaciones de caña del lago Titicaca parecían exactamente iguales a las que había visto en Egipto; los indios del lugar declararon que el modelo se lo había dado la gente de Viracocha. Generalmente se supone que una estatua de dos metros y pico, tallada en piedra arenisca roja, es de Viracocha (o Tunupa): un hombre de ojos redondos y nariz recta, bigote y barba, lo cual es una señal clara de que no se trata de un indio toda vez que los indios sudamericanos tienen poco vello facial. En el lado de su cabeza aparecían tallados animales curiosos, distintos de los que se conocen en zoología.

En este lugar, al igual que en Egipto, Hancock quedó desconcertado al ver el gran tamaño de los bloques de construcción, muchos de los cuales medían unos 9 metros de longitud y más de 4 de anchura. Uno de ellos pesaba 440 toneladas -más del doble de lo que pesaban los inmensos bloques del Templo de la Esfinge en Gizeh- y una vez más planteaba el interrogante de cómo aquella gente primitiva habían acarreado semejantes bloques y por qué optaron por utilizarlos en vez de bloques de tamaño normal. Hancock encontró una cita en un cronista español, Pedro Cieza de León, en el cual indios del lugar decían al autor que la ciudad se había construido en una sola noche. Los indios dijeron a otro visitante español que las piedras se habían transportado milagrosamente «al son de una trompeta». Esto recuerda no sólo la historia bíblica según la cual las murallas de Jericó fueron demolidas por el sonido de las trompetas, sino que quizá también nos recuerde la extraña conjetura de Christopher Dunn, según la cual puede que los egipcios se valieran de ultrasonidos para construir el sarcófago de granito que hay en la Cámara del Rey de la Gran Pirámide.

Una de las principales zonas rituales de la antigua Tiahuanaco era un gran recinto llamado «el Kalasasaya», el Lugar de las Piedras Verticales -que

medía 137 por 118 metros aproximadamente-, cuyo nombre se derivaba del recinto de piedras parecidas a puñales, de más de 3,5 metros de altura, que lo rodea. Posnansky arguyó que la función que cumplía el recinto era de carácter astronómico... que, dicho de otro modo, se trataba de un observatorio.

Fue mientras estudiaba su alineamiento astronómico cuando Posnansky observó que había algo raro en él. Dos puntos de observación del recinto señalaban el solsticio de invierno y el de verano, es decir, los puntos en que el sol se encuentra directamente encima del Trópico de Cáncer o del de Capricornio. En nuestros días, los dos trópicos están exactamente a 23,5 grados (23 grados y 30 minutos) al norte y al sur del ecuador. De hecho, nuestra Tierra se mece levemente, como un barco, y a lo largo de un ciclo de 41.000 años, la posición de los trópicos cambia de 22,1 grados a 24,5. (Este cambio recibe el nombre de «oblicuidad de la Eclíptica» y no debe confundirse con la precesión de los equinoccios.) Y Posnansky se dio cuentá de que los dos «puntos de solsticio» en el Kalasasaya revelaban que cuando se hicieron tales puntos los dos trópicos se hallaban situados a 23 grados, 8 minutos y 48 segundos del ecuador. Después de calcular esto con una tabla de posiciones astronómicas, sacó la conclusión de que el Kalasasaya debía de haberse construido en el 15000 a. de C., en un momento en que, según los historiadores, el hombre aún era un cazador primitivo que perseguía mamutes y rinocerontes lanudos con lanzas e inmortalizó esta actividad en las pinturas rupestres de Lascaux. Obviamente, la datación de Posnansky ponía en entredicho algunos de los supuestos más fundamentales de los historiadores.

Los cálculos de Posnansky habían dejado atónitos a sus colegas, que preferían una estimación más moderada, a saber, 500 d. de C., más o menos la época en que el rey Arturo expulsaba a los sajones de Inglaterra. Y aunque los cálculos de Posnansky se basaba en casi medio siglo dedicado al estudio de Tiahuanaco, sus colegas le tacharon de chiflado. Por suerte, sus cálculos llamaron la atención de una comisión astronómica alemana formada por cuatro hombres a quienes habían encargado que estudiaran los yacimientos arqueológicos de los Andes. Este grupo, cuyo director era el doctor Hans Ludendorff del observatorio astronómico de Potsdam, estudió el Kalasasaya entre 1927 y 1930, y no sólo confirmó que se trataba de un «observatorio», sino que también sacó la conclusión de que lo habían construido de acuerdo con un plan astronómico que, como mínimo, databa de muchos miles de años antes del rey Arturo. El grupo sugirió la fecha del 9300 a. de C.

Incluso esto escandalizó al mundillo científico. Uno de los miembros de la comisión, el doctor Rolf Müller, revisó los cálculos y decidió que si Posnansky se equivocaba en relación con los puntos de solsticio del recinto, a la vez que se tomaban en consideración otras variantes posibles, la fecha podría reducirse y dejarla en el 4000 a. de C. Posnansky hizo finalmente las paces con sus colegas al reconocer que la fecha correcta podía ser o bien 4500 o 10500 a. de C. Desde luego, esta última fecha podría sugerir que la catástrofe que destruyó el puerto de Tiahuanaco y partió en dos la Puerta del Sol fue el legendario cataclismo que destruyó la Atlántida...

El Kalasasaya fascinaba a Hancock por otra razón: dos grandes estatuas -también talladas en piedra arenisca roja- cuya mitad inferior aparecía cubierta de escamas de pescado, lo cual hacía pensar otra vez en los dioses- peces que, según el historiador babilonio Beroso, trajeron la civilización a Babilonia. Las historias relativas al dios pez Oannes presentan un curioso parecido con las de Viracocha y Kon-Tiki.

Finalmente, los Hancock se encontraron ante la más famosa de las ruinas de Tiahuanaco, la Puerta el Sol, que era una versión pequeña del Arco de Triunfo, unos 3 metros de altura por casi 4 de anchura, cubierta de tallas misteriosas. Sobre la puerta se alza una figura amenazadora con un arma en una mano y un rayo en la otra. Es casi seguro que se trata de Viracocha. Hancock se sintió intrigado al ver debajo de esto la forma de un elefante en el complejo friso... porque en el continente americano no hay elefantes ni ha habido en él animales parecidos desde aproximadamente el 10000 a. de C., momento en que se produjo la extinción del llamado *Cuvieronius,* que era un animal provisto de colmillos y trompa. Al examinarlo con mayor atención, vio que en realidad el elefante lo formaban cóndores con cresta: el dibujo era una especie de broma visual, del mismo tipo de las que aparecían en otras partes el friso, donde una oreja humana podía ser en realidad un ala de pájaro. Entre los otros animales representados en la puerta había un toxodonte, especie de hipopótamo que desapareció de los Andes más o menos en la misma época que el *Cuvieronius,* el animal parecido al elefante... de hecho, había no menos de 46 toxodontes. También aparecen toxodontes en la cerámica de Tiahuanaco, e incluso en las esculturas. Como es natural, todo esto inducía a pensar en la probabilidad de que la cronología de Tiahuanaco que proponía Posnansky fuese correcta.

Pero la puerta no estaba terminada. Algo había interrumpido al escultor y partido la puerta en dos... y resulta obvio, al ver los bloques de piedra dis-

persos, que ese algo fue un terremoto. Posnansky creía que esta catástrofe había sobrevenido en el undécimo milenio a. de C. y había sumergido la ciudad de Tiahuanaco durante un tiempo. Seguidamente se había producido una serie de fenómenos sísmicos a causa de los cuales había descendido el nivel del lago a la vez que el clima se volvía más frío. Y en este momento los supervivientes habían construido campos elevados y ondulantes sobre la tierra rescatada ahora de debajo del agua. Según una fuente que cita Hancock, las técnicas de cultivo revelaban un notable grado de perfección, de tal manera que los campos podían dar mejores resultados que los que se cultivan con técnicas modernas y producían el triple de las patatas que se obtienen hoy de un campo parecido. Además, las patatas que se cultivaron en parcelas experimentales creadas por agrónomos modernos siguiendo esta pauta antigua resistieron heladas y sequías que normalmente hubieran echado a perder la cosecha.

Está claro que Hancock sospecha que estas innovaciones agrícolas -así como técnicas para eliminar la toxicidad de las patatas venenosas de estas regiones altas- llegaron a Tiahuanaco después de la «catástrofe» que inundó la ciudad. Esta conjetura parece concordar con la idea de que Viracocha y sus numerosos tocayos -Quetzalcóatl, Kon-Tiki, Votan, Tunupa- llegaron después del «oscurecimiento del sol».

Hancock formula luego una conjetura todavía más osada. La lengua de los indios que viven alrededor del lago Titicaca se llama aimara (mientras que la lengua que hablaban los incas de Perú era el quechua). La lengua aimara posee la interesante característica de ser tan sencilla y poco ambigua en sus estructuras que puede traducirse fácilmente al lenguaje informático. «¿Fue una simple coincidencia que una lengua aparentemente artificial regida por una sintaxis propicia a la informática se hable hoy en los alrededores de Tiahuanaco? ¿O es posible que el aimara sea el legado del gran saber que todas las leyendas atribuyen a Viracocha?»

Una cosa parece clara: que si Viracocha desembarcó en la costa oriental de América Central, como afirman las leyendas aztecas, y su influencia fue igualmente fuerte en el otro lado del continente, entonces la civilización que trajo debió de ser tan inmensa como la actual civilización de Europa o América del Norte. Y es poco probable que una civilización tan extendida permaneciera limitada a un solo continente: probablemente era mundial... la gran civilización marítima que propuso Charles Hapgood.

Graham Hancock viajó a continuación por toda América, tanto la del Sur como la Central, y el conocimiento de primera mano que obtuvo de los lugares antiguos confirmó su creencia de que se trataba de una civilización que había precedido la devastación de Tiahuanaco (en algún momento del undécimo milenio a. de C.), y que fue la antepasada común del Egipto dinástico, así como de los olmecas, los mayas y los aztecas. Permítame el lector que resuma sus conclusiones principales.

Una y otra vez quedó impresionado -y desconcertado- por el tamaño de las piedras utilizadas en algunas de las estructuras antiguas. En la ciudadela de Sacsayhuaman (no lejos de Cuzco, en Perú)...

> ... Estiré el cuello y alcé los ojos para ver un gran peñasco de granito por debajo del cual pasaba ahora mi ruta. Tenía unos 3 o 4 metros de altura y más de 2 de lado a lado, pesaba mucho más de 100 toneladas y era obra del hombre y no de la naturaleza. Había sido cortado y moldeado hasta darle una armonía sinfónica de ángulos, manipulado con aparente facilidad (como si estuviera hecho de cera o masilla) y estaba colocado verticalmente en una pared formada por otros bloques poligonales enormes y problemáticos, algunos de ellos colocados por encima de él, algunos por debajo, algunos a uno y otro lado, y todos en yuxtaposición perfectamente equilibrada y ordenada.
>
> Como uno de estos asombrosos ejemplos de piedra cuidadosamente tallada tenía una altura de ocho metros y pico y, según se calculó, pesaba 361 toneladas (más o menos el equivalente de quinientos automóviles de tamaño familiar), me pareció que varios interrogantes fundamentales pedían respuesta a gritos.

Experimentó la misma sensación de perplejidad en Machu Picchu, la «ciudadela perdida» que se hallaba oculta en la cima de una montaña y había permanecido olvidada durante siglos. Bajo el mando de su jefe, Manco Cápac, los incas se habían retirado ante el avance de los españoles en 1533, después de que Pizarro asesinara traicioneramente al hermano de Manco, el rey Atahualpa. Desde Machu Picchu -que es tal vez una de los lugares más bellos y espectaculares del mundo- hostigaron a los españoles durante años e incluso pusieron sitio a Cuzco. Y aunque los españoles llegaron a sólo unos kilómetros, nunca descubrieron su escondrijo en la cima inaccesible. Cuando los incas abandonaron finalmente la lucha, Machu Picchu permane-

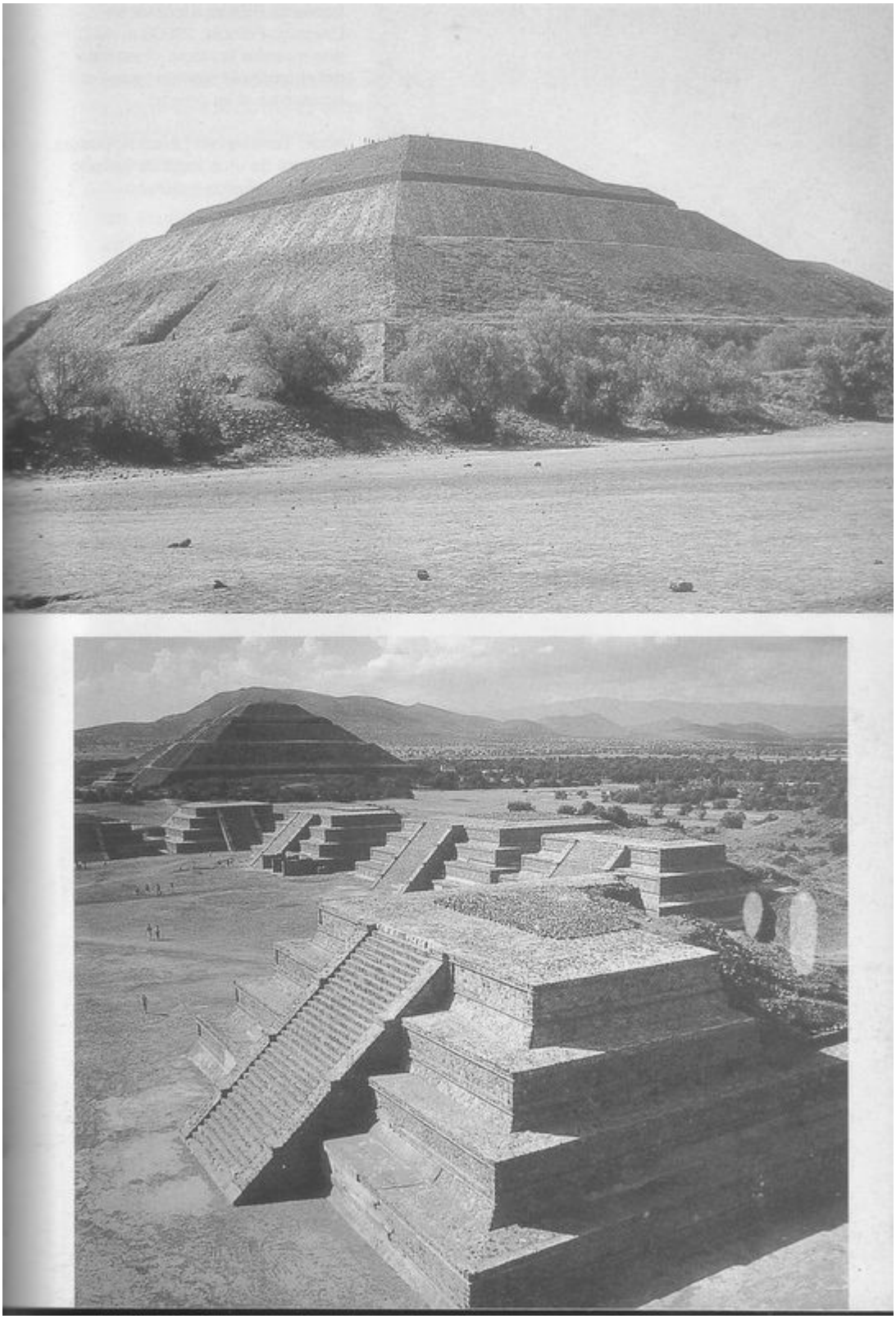
ció desierta durante casi cuatro siglos, hasta que el explorador norteamericano Hiram Bingham fue conducido hasta allí por un indio del lugar en 1911.

Machu Picchu no la construyó Manco. Aunque los historiadores la datan alrededor de finales del siglo XV d. de C., el profesor Rolf Müller de Potsdam -uno de los miembros del grupo que estudió los resultados que Posnansky obtuvo en Tiahuanaco- sacó la conclusión, basándose en sus alineamientos astronómicos, de que fue construida entre el 4000 y el 2000 a. de C.

En Machu Picchu, al igual que en Sacsayhuaman, Hancock quedó estupefacto ante la magnitud de la obra. Quien hubiese construido Machu Picchu había utilizado la misma clase de trabajadores que emplearon los faraones que edificaron las pirámides, y había dedicado al proyecto el mismo cuidado y la misma precisión: bloques gigantescos colocados unos junto a otros con tanta exactitud que a menudo era imposible insertar una hoja de papel entre ellos. «Un monolito poligonal perfectamente pulimentado medía alrededor de cuatro metros de longitud por uno y medio de anchura y uno y medio de grosor, y no podía pesar menos de 200 toneladas. ¿Cómo habían logrado los constructores antiguos subirlo hasta aquí?»

Los Hancock abandonaron Perú para trasladarse a América Central. En Chichén Itzá, en Yucatán, intrigó a Hancock la forma de la gran pirámide de Kukulcán (uno de los numerosos nombres de Viracocha). Tiene 365 escalones, y de alguna forma misteriosa, éstos aparecen dispuestos de tal modo que en dos días del año -en los equinoccios de primavera y otoño- el juego de las luces y las sombras crea la ilusión de una gran serpiente que se retuerce mientras sube la escalinata; la ilusión dura exactamente 3 horas y 22 minutos. Una cosa así es, a su manera, tan impresionante como la construcción de la Gran Pirámide. De hecho, la gran pirámide de los mayas en Cholula, cerca de Ciudad de México, tiene tres veces el tamaño de la Gran Pirámide de Gizeh y cubre una extensión de alrededor de 18 hectáreas: el edificio más grande de la Tierra.

Unos cuarenta y ocho kilómetros al nordeste de Ciudad de México se hallan las ruinas de la sagrada ciudad tolteca de Teotihuacán. Los primeros europeos que la vieron fueron Cortés y sus soldados, en circunstancias poco propicias, por no decir otra cosa peor.



Arriba: La Pirámide del Sol en Teotihuacán, México
Abajo: Vista de las ruinas de Teotihuacán

El 8 de noviembre de 1519, Cortés había entrado en la capital de los aztecas, Tenochtitlán (la actual Ciudad de México), y había quedado sobrecogido ante su extensión y su belleza. Aquella ciudad de pirámides y templos inmensos, palacios y canales, estaba construida en el centro de un enorme lago, y era tan elegante como Madrid o Venecia. Resultaba claro que sus habitantes no eran salvajes, sino el fruto de una antigua civilización. Los aztecas declaraban que habían tomado por modelo la capital original de su patria perdida, que se alzaba en medio de un lago y estaba rodeada de canales concéntricos... lo que inevitablemente hace pensar en la Atlántida de Platón.

Cortés aprovechó la primera oportunidad para detener al amistoso emperador Moctezuma, que moriría cautivo de los españoles. Fue al matar aztecas durante una de sus ceremonias religiosas cuando los españoles cosecharon tempestades. Durante la noche del 1 de julio de 1520 los aztecas sorprendieron a los españoles cuando trataban de huir y mataron a unos quinientos de ellos así como a cuatro mil de sus aliados mexicanos. Los españoles la llamaron «la noche triste». Cortés y los supervivientes huyeron al norte y se encontraron en un valle cerca de un poblado indio llamado Otumba, completamente rodeado por las ruinas de una ciudad antigua que parecía estar enterrada bajo toneladas de tierra. Acamparon allí, entre dos grandes montículos.

Al cabo de dos días tuvieron que enfrentarse a un inmenso ejército de indios mexicanos. Cortés mostró entonces su genio militar. Se dio cuenta de que el hombre ricamente ataviado que estaba en el centro del enemigo debía de ser el jefe y se lanzó directamente hacia él con su pequeña banda de guerreros. La ferocidad del ataque pilló a los indios por sorpresa y el jefe resultó muerto. Al correr la noticia, huyeron los ejércitos indios, que eran muy superiores en número (había unos cien indios por cada español).

La ciudad de las pirámides enterradas era la antigua capital, Teotihuacán. Los indios que vivían allí nada sabían de su origen; dijeron que la ciudad ya estaba allí al llegar los aztecas. Los dos inmensos montículos eran dos pirámides, llamadas la Casa (o Templo) del Sol y la Casa de la Luna. Estaban unidas por una gran avenida a la que los indios daban el nombre de el Camino de los Muertos, porque creían que los montículos eran tumbas. (Luego se vio que estaban equivocados.) Más a lo lejos había otro gran montículo, el Templo de Quetzalcóatl. Charnay había empezado a excavarlo en 1883, pero lo había dejado. Sin embargo, se fijó en una cosa que llamaría la atención de otros observadores: la increíble variedad de las

caras retratadas en la cerámica y las máscaras: caucásicas, griegas, chinas, japonesas y negras. (Un observador posterior también se fijó en que había caras mongoloides, y toda suerte de personas blancas, en particular tipos semíticos.) Parecía que, en algún momento de la historia, la tierra de los aztecas y los mayas había sido un centro cosmopolita como Constantinopla.

En 1884 un ex soldado que se llamaba Leopoldo Batres persuadió a su cuñado Porfirio Díaz, el dictador de triste memoria, a nombrarle inspector de monumentos y permitirle excavar en Teotihuacán. Más que la arqueología, a Batres le interesaba encontrar tesoros, o, en su defecto, cerámica o artefactos que pudieran venderse a museos europeos. Quedó desconcertado al ver la gran cantidad de tierra y escombros que cubrían la ciudad, y pensó que era como si sus habitantes la hubiesen enterrado deliberadamente para protegerla de los invasores sacrilegos. Sus excavaciones revelaron que probablemente la ciudad había sido abandonada después de alguna catástrofe que la había incendiado, toda vez que muchos edificios estaban llenos de esqueletos calcinados.

Las excavaciones de Batres resultaron muy lucrativas y continuaron durante más de dos decenios. Batres consiguió hacerse pasar por un arqueólogo serio publicando una docena y pico de libros sin valor en los que discutía con otros arqueólogos, pero continuó saqueando siempre que se le presentaba la ocasión.

La única aportación indiscutible que hizo a la arqueología fue la excavación de uno de los grandes montículos triangulares a los pies de los cuales había acampado Cortés casi cuatrocientos años antes. Contrató a gran número de trabajadores por unos cuantos centavos al día -incluso los picapedreros especializados cobraban sólo 25 centavos diarios- con mulas y cestos y pronto moverían diariamente hasta mil toneladas de tierra. Más adelante, incluso tendió un ferrocarril a los pies del montículo y se llevaba la tierra en vagones. Y lo que pronto empezó a aparecer fue una magnífica pirámide escalonada cuya base tenía más o menos la misma extensión que la de la Gran Pirámide de Gizeh (aunque la altura era sólo la mitad). Entre dos de los niveles superiores de la pirámide, Batres encontró dos capas de mica, mineral de aspecto cristalino que puede dividirse en placas finísimas. Como aquella inmensa cantidad valía mucho dinero, Batres se apresuró a extraerla y venderla.

La pirámide no permitía albergar dudas sobre la veracidad de las histo-

rias que hablaban de sacrificios. En cada esquina de cada «escalón» se encontró el esqueleto sentado de un niño de seis años, enterrado vivo; la mayoría de ellos se convirtieron en polvo al ser desenterrados.

La cúspide de la pirámide era plana y en ella había restos de un templo, virtualmente destruido por el crecimiento de la vegetación durante siglos. Debajo de los escombros encontró Batres gran número de figuras humanas talladas en jade, jaspe, alabastro y huesos humanos, lo cual le convenció de que se trataba de un templo solar dedicado a Quetzalcóatl (o Viracocha). También encontró un especie de flauta que producía una escala de siete notas distinta de la escala europea.

La idea que tenía Batres de la excavación haría llorar a cualquier arqueólogo moderno. Su objetivo era sencillamente crear un monumento de aspecto impresionante. Pero los constructores de la Pirámide del Sol, a diferencia de los de las pirámides de Gizeh, no habían utilizado bloques sólidos, sino una mezcla de adobe y piedra; Empujados por el entusiasmo, a menudo los hombres de Batres perforaban lo que probablemente había sido el muro exterior, con el resultado de que tres de las caras de la pirámide están media docena de metros más adentro de lo que deberían estar.

Por suerte, Batres no pudo terminar su obra devastadora. La pirámide tenía que estar terminada a tiempo para celebrar la reelección del dictador en 1910, pero aún quedaba por hacer mucho trabajo cuando Díaz fue derrocado y tuvo que huir a Francia. Batres no tardó en verse denunciado enérgicamente por arqueólogos y estudiosos, en particular por una dama norteamericana llamada Zelia Nuttal, que -ahora que Díaz había sido depuesto- pudo enumerar los pecados de Batres con una riqueza de detalles embarazosos que era fruto de años de observación. Al igual que su cuñado el presidente, el inspector de monumentos sufrió una caída espectacular y -felizmente- se esfumó de la historia de la arqueología.

Posteriores excavaciones de Teotihuacán permiten ver claramente que el yacimiento es tan misterioso como Gizeh. La primera y más obvia observación es que la planta de sus tres monumentos principales -las Pirámides del Sol y de la Luna y el Templo de Quetzacóatl- tiene mucho en común con la curiosa planta de las pirámide de Keops, Kefrén y Menkaura. La gran plaza de la Ciudadela (complejo religioso) y el Templo del Sol se encuentran alineados a lo largo de la llamada Calle de los Muertos, mientras que el Templo de la Luna esta al final de la calle y, por ende, no está aliena-

do con los otros dos.

Graham Hancock visitó Teotihuacán y reflexionó sobre sus misterios. Al igual que gran número de recientes autoridades en la materia, dijo que no le cabía ninguna duda de que la planta es astronómica. Gerald Hawkins, autor de *Stonehenge Decoded,* señala, en *Beyond Stonehenge,* que, si bien las calles forman una cuadrícula (que mide seis kilómetros y pico de un lado a otro), se cruzan en ángulos de 89 grados en vez de 90. Además, la cuadrícula no está alineada con los cuatro puntos cardinales, como cabría esperar, sino que se tuerce hacia un lado de tal manera que la Calle de los Muertos se extiende del norte al nordeste y señala la posición de las Pléyades.

Puede que otro descubrimiento de Hawkins nos parezca todavía más significativo. Tras introducir los datos en su ordenador, descubrió un alineamiento con Sirio, la estrella perro, que, como ya hemos visto, en Egipto se asocia con Isis y que los dogon de Mali saben que tiene una compañera invisible, Sirio B. Y en su libro *El misterio de Sirio,* Robert Temple señala que los Nommos -los dioses anfibios de quienes los dogon afirman haber recibido su conocimiento de Sirio B- se parecen mucho a los anfibios extranjeros que, según el historiador Beroso, fundaron la civilización babilónica y cuyo líder se llamaba Oannes. Ya hemos señalado la observación que hizo Le Plongeon sobre el parecido entre el nombre de este dios y la palabra maya *oaana,* que significa «el que tiene su residencia en el agua». Si está en lo cierto, esto parecería una argumento favorable a la existencia de una conexión entre América Central y las tierras del Oriente Medio. Si también recordamos la sugerencia de Robert Temple en el sentido de que los dogon recibieron su conocimiento del antiguo Egipto, entonces una vez más tenemos lo que parece un vínculo verosímil entre Egipto y América del Sur.

Le Plongeon también había señalado que muchas de las pirámides de Yucatán tenían 21 metros de altura y que sus planos verticales (es decir, el plano que se formaría si se cortara la pirámide por la mitad con un cuchillo enorme) podría inscribirse en un semicírculo; dicho de otro modo, que la altura era el radio de un círculo cuyo diámetro era la base. Esto le hizo sospechar que con estas pirámides se quiso representar la Tierra, o, mejor dicho, la mitad superior del globo. Ya hemos señalado que John Taylor descubrió que la altura de la Gran Pirámide, al compararla con su base, es exactamente el radio de una semiesfera comparada con la circunferencia de su base, y que conjeturó que se pretendió que la pirámide fuese una repre-

sentación de la Tierra. Dicho de otro modo, el método maya parecería más tosco, pero es igualmcnte eficaz para sugerir la Tierra.

Hawkins se enteró de la existencia de Teotihuacán por un estudioso llamado James Dow, que formuló la teoría de que la ciudad se construyó sobre un «marco cósmico». Otro estudioso, Stansbury Hagar, también ha sugerido que Teotihuacán es un «mapa del cielo», y que la finalidad de la Calle de los Muertos es desempeñar el papel de la Vía Láctea, como lo desempeña el Nilo, según Robert Bauval, en relación con las «estrellas» de Orión de las pirámides de Gizeh. (Graham Hancock conjetura que en un principio la Vía de los Muertos estaba llena de agua, con lo cual se parecería aún más al Nilo.) Y un ingeniero llamado Hugh Harleston, que inspeccionó Teotihuacán en los decenios de 1960 y 1970, sacó la conclusión de que bien podía ser un modelo del sistema solar, con el Templo de Quetzalcóatl como el sol y todos los planetas representados a distancias proporcionalmente correctas, hasta llegar a unos montículos todavía no excavados que representarían Neptuno y Plutón. Esto, desde luego, resulta totalmente absurdo, con su sugerencia de que los constructores de Teotihuacán -tal vez en el 500 d. de C., pero tal vez mucho antes, en el 2000 a. de C.- quizá conocían no sólo las distancias relativas de los planetas, sino incluso la existencia de planetas que a la sazón aún no se habían descubierto. Con todo, no es ni más ni menos absurdo que la observación de Temple en el sentido de que los dogon sabían que Sirio era una estrella doble, que la luna estaba seca y muerta y que Saturno tenía un anillo a su alrededor.

Harleston calculó seguidamente que la unidad básica que se utilizó en Teotihuacán era 1,059 metros. Señalando también la frecuencia de la cifra 378 metros (por ejemplo, entre indicadores de límites a lo largo de la Vía de los Muertos), Harleston señaló que 1,059 multiplicado por 378, luego por 10.000 da una cifra muy exacta para el radio polar de la Tierra, y parece corroborar la conjetura de Le Plongeon según la cual las pirámides se concibieron como modelos a escala de la Tierra.

Todo esto parece un argumento a favor de los visitantes espaciales de Von Däniken. Pero lo que sugieren Schwaller de Lubicz y John West y Graham Hancock y Robert Bauval es bastante menos polémico: que los pueblos antiguos probablemente heredaron su conocimiento de una civilización que sabía muchas cosas. Si estas cosas las trajeron a la Tierra Nommos procedentes de las estrellas no tiene nada que ver con lo que nos

interesa a nosotros. Si alguna vez se encuentran pruebas de ello, entonces puede que sí tenga que ver. Pero de momento, hay un problema mucho más fascinante: lo que aquella gente remota sabía y cómo aplicaba su conocimiento. Esto sí que es algo que podemos investigar.

Pero en lo que se refiere a Teotihuacán, nuestras investigaciones todavía dejan el asunto sumido en el misterio. No conocemos la fecha en que se construyó. Si lo construyeron los toltecas, entonces su fecha podría ser cualquiera entre el 500 d. de C. y el 1100. Pero algunas dataciones por el carbono han dado una fecha de los comienzos de la era cristiana... que es anterior a los toltecas. Los propios aztecas declararon que Teotihuacán fue construido al empezar la quinta edad, en el 3113 a. de C., por Quetzalcóatl. Sus cuatro edades (o «soles») anteriores duraron, respectivamente, 4.008, 4.010, 4.081 y 5.026 años, lo cual suma en total 17.125 años antes del comienzo del quinto sol. Dicho de otro modo, los aztecas datan los «comienzos» de la civilización en el 20238 a. de C. (También previeron que terminaría en medio de violentos terremotos el 24 de diciembre de 2012.)

De momento, falta excavar tanto en Teotihuacán que es imposible decir cuándo se trazó el emplazamiento original... bien puede ser que, como en el caso de Stonehenge, se construyera en períodos muy separados unos de otros. Debemos tener en cuenta la posibilidad de que ya existiera cuando llegaron los toltecas, del mismo modo que ya existía cuando lo descubrieron los aztecas. Lo único que sabemos es que, al igual que el interior de la Gran Pirámide, parece ser que se trazó con una precisión extraña y desconcertante. Y¿por qué los constructores de la Pirámide del Sol quisieron instalar una capa de mica? Lo mismo cabe decir de una edificación llamada el Templo de Mica que no está lejos de la Pirámide del Sol. Debajo de su suelo hay dos enormes capas de mica, de más de ocho metros cuadrados. Es una suerte que Batres ya hubiera muerto cuando se descubrió el Templo de Mica, pues permitió a los arqueólogos descubrir un hecho curioso: que la química de la mica revela que no es mica del lugar, sino que procede de Brasil, a más de 3.000 kilómetros de allí. ¿Por qué? ¿Y cómo se transportaron capas de mica de más de ocho metros cuadrados? Asimismo, ¿por qué luego las colocaron debajo del suelo? ¿Qué función debían cumplir allí? Graham Hancock señala que la mica se usa como aislante en los condensadores, y que puede usarse para que las reacciones nucleares sean más lentas, pero cuesta ver cómo una capa subterránea de mica podría cumplir alguna función científica.

Teotihuacán quiere decir «ciudad de los dioses» o, más literalmente, «ciudad donde los hombres se convierten en dioses». Esto hace pensar que tal vez tenía algún importante propósito ritual, quizá análogo a la idea de Bauval de que la finalidad de los «pozos de ventilación» de la Gran Pirámide es dirigir el alma del faraón hacia el cielo, donde se convierte en dios.

Así pues, al igual que el complejo de Gizeh, la ciudad de Teotihuacán continúa siendo un misterio. De momento, sus complicadas medidas y la disposición de sus extraños edificios no tienen sentido. Lo único que parece razonablemente seguro, una vez más, es que se construyó teniendo presentes alineamientos astronómicos y que a ojos de los toltecas -o de quienquiera que la construyese- simbolizaba algún misterio divino cuya naturaleza cayó en el olvido hace mucho tiempo.

Lo mismo ocurre en el caso del enigma más famoso de América del Sur, las líneas de Nazca. Las descubrió en 1941 un norteamericano que era profesor de historia y se llamaba Paul Kosok al sobrevolar casualmente el desierto cerca de la ciudad de Nazca, en Perú, en busca de canales de riego. Lo que vio desde el aire fue una serie de cientos de dibujos asombrosos en la arena: gigantescos pájaros, insectos, peces, mamíferos y flores, entre los que había una araña, un cóndor, un mono y una ballena. Nadie los había visto jamás porque no pueden verse desde el suelo... 518 kilómetros cuadrados de meseta. Se comprobó que los habían trazado moviendo las piedras pequeñas que forman la superficie del desierto y dejando al descubierto el suelo duro que hay debajo de ellas.

También hay enormes figuras geométricas y largas líneas que se extienden hacia el horizonte, algunas de la cuales terminan bruscamente en las cimas de las montañas.

La llanura de Nazca es ventosa, pero las piedras de la superficie absorben calor suficiente para producir aire ascendente que protege el suelo. Llueve rarísimas veces. Debido a estos factores, los dibujos gigantescos han permanecido intactos durante siglos, posiblemente milenios. Algunos restos orgánicos encontrados en el lugar se han datado por el carbono en un período situado entre el 350 y el 500 d. de C., y la cerámica en el siglo I a. de C., pero las líneas propiamente dichas no pueden datarse.

Erich von Däniken sugeriría más adelante que las líneas largas eran las

pistas de aterrizaje de las aeronaves de los antiguos viajeros del espacio, pero esta teoría pasa por alto el hecho de que un acroplano haría saltar las piedras en todas las direcciones; y lo mismo haría una nave espacial que despegase verticalmente.

El 22 de junio de 1941, Kosok vio cómo el sol se ponía al final de una de las líneas que se extendían hacia lo lejos a través del desierto. Era el solsticio de invierno en el sur de Perú: esto es, el momento en que el sol se cierne sobre el Trópico de Capricornio y se prepara para regresar al norte. Esto convenció a Kosok de que las líneas tenían alguna finalidad astronómica.

Pero cuando Gerald Hawkins introdujo los diversos alineamientos en su ordenador, examinando un período que va del 5000 a. de C. al 1900 d. de C., se llevó una decepción: ninguna de las líneas señalaba de modo concluyente ciertas estrellas en momentos significativos, tales como el solsticio o el equinoccio. Al parecer, Kosok se había equivocado.

Pero más adelante, una investigadora, la doctora Phyllis Pitluga, del Adler Planetarium de Chicago, descubriría que eso no era totalmente cierto. Sus investigaciones demostraron que la araña gigantesca era un modelo de la constelación de Orión, y que la serie de líneas rectas que había a su alrededor seguían la trayectoria de las tres estrellas del Cinturón de Orión. Así pues, al igual que las pirámides de Gizeh, la araña de Nazca está relacionada con el Cinturón de Orión.

Tony Morrison, un zoólogo que estudio las líneas con Gerald Hawkins, concluye su libro *Pathways to the Gods* (1978) con una cita de un magistrado español, Luis de Monzón, que en 1586 escribió sobre las piedras trabajadas y los caminos antiguos que había cerca de Nazca:

> Los indios viejos dicen que... tienen conocimiento de sus antepasados, que en tiempos muy antiguos, antes de que los gobernasen los incas, llegó al país otro pueblo al que llaman Viracochas, no muchos de ellos, y les siguieron indios que iban detrás de ellos escuchando su palabra, y ahora los indios dicen que debían de ser personas santas. Y en vista de ello, les construyeron caminos que pueden verse hoy.

Y aquí, sin duda, tenemos la clave del misterio de las líneas de Nazca: el legendario héroe-maestro Viracocha, llamado también Quetzalcóatl y Kon-Ti-ki, cuyo retorno seguían esperando los indios al desembarcar Cortés. «Los

indios viejos» construyeron las grandes figuras porque esperaban que Viracocha regresara -esta vez por el aire- , y las figuras hacían de indicador.

¿Cómo hicieron las figuras? Muchos autores han conjeturado que los indios debían de poseer globos de aire caliente. Pero aunque esto fuera cierto, poca utilidad tendrían tales globos para los indios que estaban abajo en el suelo. No se puede trazar una figura de un 270 metros desde una altura de 300 metros y pico.

Por otra parte, la construcción de dibujos gigantescos no está por encima de la habilidad de un grupo de trabajadores entregados a su tarea y guiados por sacerdotes. Se trata sencillamente de construir una versión enorme a partir de un pequeño dibujo o plano. Los antiguos britanos hicieron frente a una tarea parecida cuando labraron enormes figuras en la creta de los Downs, y lo mismo cabe decir de Gutzon Borglum, el artista que talló los rostros gigantescos de presidentes norteamericanos en el monte Rushmore. Tampoco es totalmente cierto que las líneas del desierto no puedan verse desde el suelo, toda vez que en la zona de Nazca hay muchas colinas y montañas, que permitirían a los artistas adquirir un sentido de la perspectiva. Tony Morrison ha señalado que aunque las piedras de las figuras de Nazca son de color oscuro a causa de los elementos, las huellas que un automóvil deja en el desierto son de color amarillo subido y las líneas de Nazca debían de ser muy visibles al principio.

Es improbable, por supuesto, que la única finalidad de las líneas y las figuras fuese hacer de indicadores. Puede que también fueran símbolos de fertilidad y que en el lugar se celebrasen danzas y rituales. Sin embargo, el comentario que Luis de Monzón hizo en 1586 en el sentido de que los indios construyeron caminos a Viracocha sin duda ofrece la explicación más obvia y sencilla del objetivo de las líneas.

Hemos visto cómo, en las postrimerías del siglo XIX, muchos arqueólogos respetables creían que la Esfinge era mucho más antigua que las pirámides y cómo los egiptólogos modernos han adoptado una actitud cada vez más prudente y han sustituido lo que consideran un romanticismo irresponsable por una especie de clasicismo desapasionado. Lo mismo sucedió en el campo de la arqueología sudamericana. En 1922, Byron Cummings, de la Universidad de Arizona, se fijó en una colina grande y llena de vegetación que había junto a la carretera de Ciudad de México a Cuerna-

vaca y que aparecía cubierta por una capa de lava sólida. Al quitar la lava -para lo cual a menudo usó dinamita-, descubrió una pirámide truncada, probablemente la más antigua que se conoce. Era la versión mexicana de la Pirámide Escalonada de Zoser. Un geólogo neozelandés dijo que el campo de lava tenía entre 7.000 y 2.000 años de antigüedad, y Byron Cummings decidió que 7.000 años probablemente estaban más cerca de la realidad. Los estudiosos modernos prefieren datarla entre el 600 a. de C. y el 200 d. de C. En su libro sobre la arqueología en América, *Conquistadores Without Swords* (1967), Leo Deuel afirma que si bien puede que hubiera seres humanos en México hace diez mil años o más, los agricultores y los constructores aparecieron alrededor del 2000 a. de C.

En general, Deuel se hace eco de la actitud de la mayoría de los arqueólogos: que vincular las pirámides de América del Sur a las de Egipto es puro romanticismo, porque hay varios miles de años entre ellas. Sin embargo, como hemos visto, puede que no haya comprendido de qué se trata en realidad: de la antigüedad de la tradición a la que pertenecían los olmecas, los toltecas y los mayas. Las ruinas de Tiahuanaco parecen demostrar más claramente que otras que la civilización en América del Sur puede ser mucho más antigua de lo que suponemos.

Graham Hancock viene a decir lo mismo cuando comenta el calendario maya, que a su vez tenía su origen en los olmecas (que hicieron las gigantescas cabezas negroides que se parecen curiosamente a la cara de la Esfinge). El calendario europeo calcula que la duración del año es de 365 3/4 días. La cifra correcta es 365,2422. Pero los mayas calculaban que el año duraba 365,2420, cifra que es infinitamente más exacta que nuestro calendario, el occidental. Calcularon el tiempo que tardaba la luna en dar la vuelta alrededor de la Tierra casi con tanta exactitud como un ordenador moderno: 29,528395 días. Su astronomía es de una perfección comparable con la nuestra. A pesar de ello, se trata de la gente que ha empujado a un estudioso a preguntar cómo pudo escapársele el principio en que se basa la rueda. Hancock sugiere que la respuesta es que la astronomía maya no la crearon los propios mayas, sino que era el legado del pasado lejano.

Todo lo que sabemos de las civilizaciones de América Central y América del Sur induce a pensar que no crecieron aisladas del resto del mundo. Hubo un momento en que estuvieron conectadas con Europa y el Oriente Medio, quizá incluso con la India. Las leyendas sugieren que unos

hombres blancos llevaron la civilización a América del Sur poco después de alguna gran catástrofe que oscureció el sol. Documentos y tradiciones sugieren que tal catástrofe ocurrió alrededor del 10500 a. de C.

Aunque no podemos mostrarnos dogmáticos sobre la fecha de la catástrofe que cayó sobre Tiahuanaco en los Andes, sí sabemos la fecha de la que cayó sobre Egipto. La arqueología indica que la agricultura empezó varios milenios antes de la era que solemos asignar a los primeros agricultores. Antes del 13000 a. de C. aparecen hojas de hoz y piedras para moler trigo entre las herramientas del paleolítico final. La inexistencia de restos de pescado en este período hace suponer que el hombre había aprendido a alimentarse de la agricultura. Luego, según parece, una serie de desastres naturales, entre los que hubo tremendas inundaciones en el valle del Nilo, pusieron fin a la «revolución agrícola» hacia 10500 a. de C. West conjetura que ésta es la fecha en que tuvo lugar la destrucción de la Atlántida y en que los supervivientes llegaron a Egipto y construyeron la versión más antigua de la Esfinge. Es la fecha en que, según Bauval, los «protoegipcios» proyectaron y posiblemente empezaron a construir las pirámides de Gizeh. Es también la fecha que *Nature* en 1971 y *The New Scientist* en 1972 dieron para la última inversión de los polos magnéticos de la ciencia.

Todo esto sugiere como mínimo que la fecha en la que los «dioses blancos» llegaron del este a México fue el 10500 a. de C. Si es verdad, y si la tradición según la cual Viracocha fundó la ciudad sagrada de Teotihuacán se basa en la realidad, entonces Teotihuacán fue también como mínimo «proyectada» al mismo tiempo que las pirámides de Gizeh, y el conocimiento que se encarna en su trazado geométrico fue traído de una civilización que se hallaba en trance de destrucción.

Ahora sabemos que los egipcios concedían especial importancia a Sirio, la estrella perro, y a la constelación de Orión, en cuya parte trasera se encuentra. También sabemos que el abad Brasseur estaba convencido de que Sirio era la estrella sagrada de los mayas. Tenemos razones para creer que la araña de la llanura de Nazca representa la constelación de Orión, que tenía igual importancia para los egipcios. A medida que van acumulándose «coincidencias» como éstas, se hace cada vez más difícil no sacar la conclusión de que las civilizaciones del norte de África y de la América Cen-

tral y la América del Sur tenían algún origen común y que este origen común se halla tan profundamente enterrado en el pasado que nuestra única probabilidad de entenderlo reside en descifrar las señales leves, casi invisibles, que ha dejado.

6
LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE

La pequeña ciudad de Altdorf, cerca de Nuremberg, no aparece en la mayoría de las enciclopedias e índices geográficos, que incluyen solamente la ciudad homónima y más conocida que hay en Suiza, donde Guillermo Tell disparó una flecha contra una manzana, colocada en la cabeza de su hijo. A pesar de ello, la distingue un hecho aún más notable. Se trata del lugar donde el hombre moderno concibió la sospecha de que su origen podía remontarse a millones de año, atrás.

La idea hubiera bastado para horrorizar al responsable de ello Johann Jakob Scheuchzer, ya que era un cristiano devoto que creía que todas las palabras de la Biblia son literalmente ciertas. Y fue a tratar de probarlo cuando desencadenó la inundación que se convertiría en la paleontología moderna, la ciencia de los organismos antiguos extintos.

Parece ser que fue en el año 1705 -Scheuchzer nunca se tomó la molestia de anotar la fecha exacta -y estaba dando un paseo con un amigo llamado Langhans. Ambos jóvenes eran estudiantes y habían subido a la Colina de la Horca, en cuya cima se alzaba el patíbulo de la ciudad, y se habían detenido para contemplar el paisaje que les rodeaba, con sus campos de lúpulos iluminados por la luz dorada de crepúsculo. Entonces una roca grande que había a sus pies llamó la atención de Scheuchzer. La roca era de color gris, pero en ella se veían claramente varias vértebras de color negro. Scheuchzer la señaló.

-¡Mira! ¡He aquí la prueba de que la inundación de que habla la Biblia realmente tuvo lugar! Esta espina dorsal es humana.

Langham inspeccionó la roca con expresión de desagrado.

-Estoy seguro de que es... algún pobre diablo al que ahorcaron hace siglos. ¡Por el amor de Dios, déjala en el suelo!

Y de un manotazo hizo caer la roca que Scheuchzer acababa de recoger y que cayó dando botes colina abajo, chocó con otra y se hizo añicos. Scheuchzer profirió un aullido de angustia y salió corriendo tras ella. El choque había esparcido fragmentos de roca gris por una zona muy amplia y Scheuchzer tuvo que escarbar en el polvo durante unos cuantos minutos antes de encontrar dos de las vértebras ennegrecidas. Respirando con dificultad, volvió a subir con ellas hasta el patíbulo.

-¡Mira, huesos humanos! Y tú has visto que estaban dentro de la roca. ¿Cómo podrían los huesos de un ahorcado meterse dentro de una roca? Estos huesos han estado aquí durante millones de años, desde la inundación de Noé.

-¿Por qué son negros?

-Porque son de uno de los pecadores a los que Dios pensaba destruir, como a los habitantes de Sodoma.

Sin hacer caso de las protestas de su amigo, Scheuchzer metió las vértebras en los espaciosos bolsillos de su levita. Era su levita de doctor y le gustaba ponérsela cuando salía a pasear, porque a menudo recogía fragmentos de huesos viejos o de pedernal, para sumarlos a su colección de cosas sueltas que supuestamente probaban la veracidad de la Biblia.

Cinco años más tarde, convertido ya en principal médico de Zurich y canónigo de la Iglesia, Scheuchzer escribió un folleto con la intención de probar que la inundación bíblica había ocurrido realmente. Señalaba en él que se habían encontrado muchas rocas con formas de pez dentro de ellas en lugares situados cientos de kilómetros en el interior, y argüía que habían quedado allí al bajar las aguas. Luego procedía a describir las dos vértebras que había encontrado en la Colina de la Horca, empotradas en una piedra. ¿Cómo se habían metido en la piedra?

El folleto causó un gran revuelo y los clérigos lo citaron desde el púlpito para probar que lo que decía la Biblia era verdad. Pero la reacción de los científicos fue hostil. Los fósiles eran algo que se conocía desde hacía siglos; un docto árabe llamado Avicena había escrito sobre ellos hacia el año 1000 y había explicado que eran literalmente bromas... fenómenos de una natura-

leza traviesa que disfrutaba imitando formas vivas, del mismo modo que las nubes imitan rostros. Tres siglos más tarde, Leonardo -que a menudo desenterraba fósiles mientras dirigía la construcción de canales- había sugerido que eran los restos de animales vivos, pero nadie había tomado en serio sus palabras. Ahora los científicos decían que las vértebras de Scheuchzer en realidad eran pedazos de roca.

Pero lo que más enfureció a Scheuchzer fue un libro publicado poco antes por un mineralogista llamado John Bajer que contenía un grabado en el que podían verse algunas vértebras exactamente iguales a las que él había descubierto debajo del patíbulo de Altdorf. Y Bajer había dicho que eran vértebras de pez. Scheuchzer publicó un folleto atacando a Bajer, pero éste siguió opinando lo mismo. Transcurriría más de un siglo antes de que la ciencia demostrara que ambos se equivocaban y procediera a identificar los huesos, que resultaron ser de ictiosaurio, especie de cocodrilo prehistórico que floreció en el período jurásico, hace unos doscientos millones de años.

Scheuchzer estaba decidido a probar que los fósiles eran los huesos de víctimas de la inundación bíblica y tenía numerosos discípulos que se hacían llamar «inundacionistas» (o «diluvianos»). Dieciséis años después, en 1726, los «inundacionistas» salieron triunfantes al presentar Scheuchzer una prueba concluyente de la realidad de la inundación. La prueba era una piedra caliza procedente de las canteras de Oningen, en Baden, y contenía algunos restos indiscutiblemente humanoides, con un cráneo casi completo, una espina dorsal y un hueso pelviano. También el folleto que hablaba de ello fue un gran éxito de venta. Y también en esta ocasión el tiempo demostraría que Scheuchzer se había equivocado; mucho después de su muerte, se comprobó que su esqueleto de ser humano primitivo correspondía en realidad a un lagarto.

Sin embargo, había tenido su utilidad. El folleto de Scheuchzer había dado pábulo a un debate general y aumentó el número de sus partidarios. La mayoría de ellos estaban de acuerdo con el arzobispo James Ussher, que, en tiempos de Jacobo I, había calculado que el mundo fue creado en 4004 a. de C. (para lo cual había sumado todas las fechas que se citan en la Biblia), y habían construido toda suerte de seres asombrosos utilizando los huesos y fragmentos que desenterraban, entre ellos un unicornio y un dragón. Pero algunos de los más perceptivos cayeron en la cuenta de que a menudo los fósiles encontrados a distintas profundidades eran muy diferentes unos de

otros, lo cual parecía indicar que los seres podían cambiar de una edad a otra...

Scheuchzer murió en 1733, a la edad de 61 años, todavía totalmente convencido de que la Biblia contenía la historia completa de la creación; de hecho, la mayor parte del mundo cristiano de su tiempo estaba convencido de ello. Sin embargo, incluso en los comienzos del siglo XVIII un hombre notable y genial había comprendido la verdad. Se llamaba Benoît de Maillet y era un diplomático francés nacido en 1656. En 1715, Maillet escribió un libro titulado *Telliamed* (su propio nombre escrito al revés) en el que sugería que el germen de la vida procedía del espacio exterior y poco a poco fue evolucionando y convirtiéndose en los organismos marinos del océano. Los peces habían salido arrastrándose a tierra firme y se habían transformado en pájaros y mamíferos. El proceso había durado millones de años. Pero Maillet decidió no publicar el libro mientras viviera, no fuese a perjudicar su reputación de funcionario del gobierno. Apareció once años después de su muerte, en 1749. Pero el manuscrito lo habían leído muchas personas cultas y había sido muy comentado. A Maillet -cuyo nombre ha caído en el olvido- se le debería considerar el creador de la teoría de la evolución.

Voltaire se burló de la teoría de Maillet, como también se burló de la idea de que los fósiles son los restos de organismos prehistóricos. Opinaba que los fósiles de peces encontrados en las montañas eran los restos de comida que habían dejado allí los viajeros. No intentó explicar por qué las espinas se habían fosilizado en lugar de pudrirse. El tipo de escepticismo de Voltaire estaba muy extendido a finales del siglo XVIII.

No obstante, las cosas iban cambiando poco a poco. En 1780, un médico militar alemán llamado Friedrich Hoffmann estaba caminando por el interior de una mina de creta cerca de Maastricht, en Holanda, cuando vio un gigantesco cráneo de «dragón» en la creta. Había descubierto el primer cráneo de dinosaurio. Hoffmann ordenó que sacaran el cráneo de la mina y lo llevasen al museo Teyler de Haarlem, donde causó sensación. Hoffmann y sus colegas científicos decidieron que era un «saurio». Por desgracia, a Hoffmann se le había olvidado pedir permiso al propietario de la mina, un sacerdote llamado Godin, para sacar el cráneo de ella. Godin entabló una demanda para que se lo devolvieran y la ganó. Al verse privado de aquel descubrimiento que hacía época, Hoffmann se sumió en una depresión y murió. Godin, que, por lo visto, era un personaje sumamente desagradable,

guardó el cráneo bajo llave y se negó a permitir que los científicos lo examinasen. Pero en 1794 los franceses invadieron el país y -con gran disgusto de Godin- se apoderaron del cráneo, aunque su propietario hizo cuanto pudo por esconderlo. Los franceses lo mandaron al Jardin des Plantes de París, donde lo estudió el gran naturalista Georges Cuvier.

De pronto, todo el mundo se puso a excavar en busca de dinosaurios y se desenterraron muchos huesos antiguos. Cuvier se convirtió en el gran experto en especies extintas y se jactaba de poder reconstruir un esqueleto entero partiendo de un solo hueso. Pero ¿cómo habían desaparecido todas aquellas especies de la faz de la Tierra? Según Cuvier -que tomó la teoría prestada de su predecesor el conde Buffon-, la respuesta era que la Tierra había sufrido una serie de grandes catástrofes -tales como inundaciones y terremotos- que habían exterminado a especies enteras. Entonces la naturaleza tuvo que empezar otra vez desde el principio. El hombre y su primo, el mono, habían sido fruto de la última etapa de creación, desde la última catástrofe...

Esto significaba, desde luego, que Cuvier se oponía totalmente a la teoría de la evolución de Maillet, que empezaba a gozar de popularidad entre muchos científicos jóvenes como, por ejemplo, Geoffroy Saint-Hilaire. Las especies no «evolucionaron». Fueron creadas y luego aniquiladas por las catástrofes, como el dragón que descubriera Hoffmann.

Después de explorar varias minas británicas, un joven inglés llamado William Smith anunció que había identificado no menos de treinta y dos «capas» que contenían fósiles y a las que dio nombres tales como «carbonífera», «cretácea» y«devónica» . Y estas capas estaban definidas de manera muy clara. No se encontraban fósiles devónicos en la capa carbonífera. Eso parecía significar que cada época geológica terminó bruscamente... con una catástrofe.

Es cierto que Cuvier se sintió peocupado durante un tiempo por un descubrimiento que hizo uno de sus discípulos más fieles, el barón Ernst Schlotheim, en 1820. Mientras buscaba entre algunos huesos de mamut en Turingia, Schlotheim encontró dientes humanos. Según Cuvier, eso era imposible porque los mamutes pertenecían a la última era de la creación. Cuvier explicó en son tranquilizador que probablemente algún sepulturero había enterrado un cadáver en suelo perteneciente a la era antediluviana y Schlotheim profirió un suspiro de alivio... era demasiado viejo para empezar a cambiar de parecer. Otros dos lotes de restos humanos aparecieron entre

huesos de animales extintos; de nuevo Schlotheim se dejó persuadir de que era un fenómeno anormal.

Pero en 1823, se halló un esqueleto humano -sin cabeza- en estratos antiguos de Paviland, en el País de Gales; como la tierra lo había manchado de rojo, lo llamaron la Dama Roja de Paviland. (De hecho, resultó que era un esqueleto de hombre.) Inspirado por el hallazgo, un clérigo llamado McEnery encontró herramientas antiguas entre huesos de mamut en Kent's Cavern, en Devon. Este hallazgo debería haber convencido a Cuvier de que estaba equivocado. Pero Cuvier quitó importancia a los descubrimientos, como si fueran fruto de la casualidad.

No cabe duda de que Cuvier era un gran científico, pero también era un matón dogmático que destruyó la carrera de su colega el profesor Jean-Baptiste Lamarck, evolucionista que no sólo creía que las especies evolucionan gradualmente, sino que evolucionan porque quieren.

Cuvier tuvo la suerte de morir en 1832, justo antes de que la ciencia de la geología desacreditara sus teorías catastrofistas.

El responsable fue un abogado que era también un entusiasta del estudio de la geología, Charles Lyell. Después de diez años de estudiar detenidamente la corteza de la Tierra, sacó la conclusión de que la cronología del arzobispo Ussher -que todavía aceptaban millones de cristianos- era absurdamente errónea y que la Tierra se había formado a lo largo de millones de años. Dada esta escala de tiempo, no había ninguna necesidad de catástrofes que levantaran montañas e inundasen valles; todo podía explicarse diciendo que era resultado de la lenta erosión. Su obra *Principios de geología* (1830-1833) fue uno de los libros más trascendentales de la historia de la ciencia. Lyell sacó la conclusión de que la inundación de que habla la Biblia era un hecho real, pero que la había provocado la licuefacción del hielo al finalizar la última de las grandes glaciaciones, hace unos quince mil años. Los glaciares habían labrado lentamente los paisajes a lo largo de cientos de miles de años. Y los fósiles de peces encontrados en las montañas habían estado en otro tiempo en el fondo de mares prehistóricos. Lyell encontró oposición por parte de los catastrofistas, los inundacionistas y los fundamentalistas religiosos, pero sus puntos de vista acabaron imponiéndose poco a poco.

La teoría de la historia de la Tierra que aparecería gradualmente a lo largo de los siguientes cincuenta años y pico era más o menos la siguiente.

Nuestra Tierra existe desde hace unos cuatro mil millones y medio de años, pero durante los primeros mil millones fue una toba a rojo que se enfrió paulatinamente. En algún momento de los siguientes mil millones de años se desarrollaron los primeros organismos vivos en los mares calientes: células diminutas que no nacían ni morían Los primeros fósiles corresponden a estos órganos unicelulares que datan de hace tres mil millones y medio de años.

Hace sólo 630 millones de años, aparecen los primeros organismos verdaderamente vivos: organismos que pueden reproducirse y por ende, que pueden permitirse morir. La vida creó su método de pasar la antorcha a la siguiente generación, que haría frente de nuevo a todos los viejos problemas.

Pasaron otros cuarenta millones de años antes de que aparecieran en los mares los primeros organismos invertebrados, como, por ejemplo, los trilobitas. Es el período denominado cámbrico -hace unos 590 millones de años- y fue también el período de los primeros peces. Algunas de las primeras plantas hicieron igualmente su aparición en tierra.

En el período devónico, hace unos 408 millones de años, los peces que encontraban el mar demasiado peligroso empezaron a salir a tierra y a convertirse en anfibios al transformarse las aletas en patas. Los reptiles aparecieron en los períodos carboníferos, 40 millones de años más tarde. Este primer gran período de la historia de la Tierra -llamado era paleozoica- terminó con la era pérmica, hace 286 millones de años.

El segundo de los tres grandes períodos, el mesozoico, es la era de los mamíferos, luego de los dinosaurios, y se extiende desde hace unos 250 millones de años a hace sólo 65 millones. Ahora también sabemos que la teoría catastrofista de Buffon y Cuvier no era del todo incorrecta. Parece ser que algún objeto grande procedente del espacio exterior chocó con la Tierra hace 65 millones de años y destruyó el 75 por ciento de los seres que vivían en ella, entre ellos los dinosaurios. Fuera lo que fuese -tal vez un inmenso meteoro, tal vez un cometa tal vez incluso un asteroide-, probablemente llenó la atmósfera de vapor e hizo que la temperatura subiera lo suficiente para acabar con la mayoría de los seres grandes. De no ser por esta catástrofe, es poco probable que existieran ahora seres humanos.

Porque en los comienzos de la tercera gran era de la historia de la Tierra -la denominada cenozoica- existía un cálido y húmedo mundo de vastas junglas tropicales que llegaba hasta el interior de la Europa septentrional. Sin los grandes depredadores carnívoros -como, por ejemplo, el tiranosaurio rex y los gigantescos murciélagos dentados- era un lugar bastante plácido, con pájaros de pluma, y roedores parecidos a la ardilla que saltaban de árbol en árbol y se alimentaban de larvas y huevos de pájaro. Estos roedores no ponían huevos, sino que eran vivíparos y criaban y protegían a sus crías, con lo cual incrementaban la tasa de supervivencia.

A mediados de la era cretácea -que empezó hace alrededor de 144 millones de años- apareció un ser minúsculo semejante a la musaraña que probablemente vivía en las raíces de los árboles y comía insectos. Las musarañas son animalillos de ferocidad increíble (por eso los anglosajones utilizamos la misma palabra para referirnos a las mujeres de mal genio), parecidos a diminutos ratones; su corazón da 800 latidos por minuto y lo que comen diariamenete equivale a varias veces el peso de su propio cuerpo. (Al ser tan minúsculos, no pueden retener el calor.) En la pacífica era cenozoica que siguió a la cretácea, estas musarañas tenían ya la confianza suficiente para subirse a los árboles, donde comían semillas y hojas tiernas y un nuevo elemento evolutivo llamado «fruta». En los árboles les salió una «mano», dotada de pulgar y cuatro dedos, que les permitía agarrarse a las ramas. Las musarañas fueron exterminadas en gran número por sus primos los roedores, que tenían unos dientes que nunca dejaban de crecer, por lo que nunca se desgastaban. Pero sobrevivieron en África -o, mejor dicho, en el inmenso continente que a la sazón abarcaba África y América del Sur- y se convirtieron en monos, con ojos colocados uno al lado del otro, en vez de a ambos lados de la cabeza, gracias a lo cual calculaban mejor las distancias. Los seres humanos somos descendientes de la musaraña arborícola.

Esta gran revolución del pensamiento humano se produjo, como sabe todo el mundo, porque, en diciembre de 1831, un joven naturalista que se llamaba Charles Darwin zarpó con destino a América del Sur en un barco llamado *Beagle.*

Curiosamente, el objetivo principal del viaje era llevar de vuelta a su país a tres nativos de piel oscura de la Tierra del Fuego, situada frente a la costa de América del Sur. El capitán del *Beagle,* Robert Fitzroy -cristiano de-

voto y partidario de la esclavitud- los había comprado a bajo precio (por uno de ellos pagó solamente un botón de nácar) y pensaba utilizarlos como sirvientes no retribuidos en Inglaterra. (Uno de los nativos era una muchacha pubescente y Fitzroy la había comprado porque no le gustaba nada verla andar desnuda.) Por desgracia, durante la travesía marítima se había aprobado una ley contra la esclavitud y, al llegar a puerto, le ordenaron con indignación que los llevara de vuelta a su tierra. Y para que la expedición tuviera algún objetivo práctico, el ministro del interior decretó que les acompañara un científico que estudiaría la flora y la fauna sudamericanas. Al hombre elegido se le tenía por un fracasado en la vida. A sus 22 años de edad, Charles Darwin ya era un estudiante de medicina fracasado y un clérigo también fracasado. Luego comprobó que disfrutaba con la zoología y la botánica y su profesor de Cambridge le recomendó para cubrir el puesto en el *Beagle.*

Dio la casualidad de que Darwin era también un buen liberal (en aquel tiempo los llamaban whigs) y se mostró totalmente de acuerdo en que había que devolver a los tres nativos a su tierra. El capitán era un conservador de toda la vida y dijo al joven científico que era un sentimental. La carrera de la vida la ganaban los más sanos y rápidos. Los fuertes sobrevivían, los débiles morían.

Darwin no estaba seguro de que le gustase tal teoría. Pero la verdad es que su abuelo Erasmus Darwin había escrito un largo poema titulado *The Temple of Nature* (1803) en el cual argüía que toda la vida había tenido su origen en los mares, luego había pasado a la Tierra, donde a los peces les habían salido extremidades y se habían convertido en mamíferos. Así que quizá el capitán Fitzroy tenía razón. Quizá la competepcia era la causa de que la especie mejorase lentamente...

El regreso de los tres nativos a la Tierra del Fuego reforzó su opinión. Uno de ellos, un joven al que habían puesto el nombre de York Minster*, era fuerte y dominante y tardó poco en sentirse a gusto entre sus hermanos salvajes. Pronto se olvidó de sus costumbres civilizadas y empezó andar desnudo, lo cual disgustaba a un misionero llamado Matthews, al que habían enviado con el encargo de tratar de convertir a los nativos. También andaba desnuda la muchacha pubescente, a la que Fitzroy había dado el nombre de Fuegia. Pero el más joven y delicado de los nativos, al que llamaban Jemmy

* La Catedral de York. *(N. del T.)*

Button, era maltratado y golpeado y con los ojos llenos de lágrimas suplicó que le permitieran volver en el *Beagle;* el capitán se vio obligado a decirle que no y cuando el *Beagle* se hizo a la mar resultaba más que obvio que Jemmy Button, al no estar protegido por las barreras artificiales de la civilización, iba a tener una vida muy dura.

Lo mismo le ocurriría a Fuegia. Diez años después, un barco lleno de cazadores de focas hizo escala en la isla y Fuegia se apresuró a subir a bordo para reanudar el trato con los hombres blancos. A éstos les costó creer que la suerte les sonriera de aquel modo y la violaron repetidamente hasta que la muchacha cayó agotada y estuvo a punto de morir. La siguiente vez que la vieron unos observadores británicos, parecía una vieja. Darwin nunca se enteró de lo ocurrido, pero, de haber llegado a sus oídos, hubiera aumentado su convencimiento de que la naturaleza no había sido creada de acuerdo con principios liberales.

Mientras estudiaba la flora y la fauna de Patagonia, Darwin encontró señales inconfundibles de que Cuvier -que aún vivía- se equivocaba en lo de las catástrofes. Encontró los huesos de seres extintos como, por ejemplo, megaterios (perezosos gigantes) y toxodontes, pero vio animales igualmente «prehistóricos» tales como armadillos y osos hormigueros que seguían vivos y medraban. También encontró huesos de llamas extintas y vio ejemplares vivos de unas llamas extrañamente parecidas a las que llamaban «guanacos». Las llamas extintas eran más pequeñas. Pero le pareció poco verosímil que Dios -o la naturaleza- hubiese exterminado a las llamas antiguas y luego se hubiera tomado la molestia de crear otras mayores. ¿No parecía más probable que los guanacos hubieran evolucionado a partir de sus antepasadas extintas?

Fue al cabo de una docena de años, ya de vuelta en Inglaterra, cuando Darwin encontró un libro que una vez más le hizo pensar en la falta de piedad de la naturaleza cuando la dejaban hacer. El libro se titulaba *Ensayo sobre el principio de la población* (1798) (Akal, Madrid, 1990)*,* era obra del reverendo Thomas Malthus y examinaba la historia con ojos claramente pesimistas. La sociedad no asciende hacia la prosperidad y el liberalismo, porque la prosperidad da lugar a que sobrevivan más bebés, y el aumento de la población pronto sobrepasa al aumento de la prosperidad. La sociedad no va hacia arriba, sino hacia abajo. Más adelante Malthus argüía que si queremos hacer algo para resolver el problema, nosotros mismos debemos tratar de controlar la población. Pero en la naturaleza, por supuesto, no hay

nadie que controle el crecimiento. Así que se produce una explosión demográfica y los más débiles mueren de inanición.

Darwin reconoció que la verdad era que si cada pareja de mamíferos o aves o peces produce más de dos vástagos y éstos también producen más de dos vástagos, la explosión demográfica resultante cubriría hasta el último centímetro habitable de la Tierra en el plazo de unas cuantas generaciones. La muerte es el medio que emplea naturaleza para impedir que la Tierra se vea desbordada.

Empezó a criar animales -perros, conejos, pollos, palomas- y durante veinte años estudió las variaciones que se producían de una generación a otra. Eran muchas más de las que había sospechado. Sus dudas se disiparon. Ahora tenía un mecanismo que explicaba la evolución. La naturaleza producía variaciones. Las útiles sobrevivían, las inútiles se extinguían. De modo que, tal como supusiera su abuelo había un cambio y una mejora constantes, al seguir reproduciéndose y multiplicándose las variaciones útiles.

Darwin no tenía ninguna prisa por dar a conocer estas conclusiones revolucionarias. Se consideraba a sí mismo un buen cristiano y era consciente de que los resultados de sus estudios equivalían a un rechazo decisivo del Libro del Génesis. Así que continuó batallando con una vasta obra que hubiera llegado a tener como mínimo 2.500 páginas y que esperaba a medias que se publicara después de su muerte. Entonces, en 1857*,* estalló la bomba: una carta de otro zoólogo, un ex maestro de escuela llamado Alfred Russell Wallace, que presentaba en líneas generales una teoría virtualmente idéntica a la suya. Darwin quedó anonadado y le pareció que había malgastado un cuarto de siglo de trabajo. Pensó que sería injusto si se interponía en el camino de Wallace. Pidió consejo a sir Charles Lyell, el autor de *Principios de geología.* Lyell le aconsejó que publicase simultáneamente el trabajo de Wallace y un breve resumen de sus propias ideas. Así hizo Darwin, en la revista de Linnaean Society. Luego emprendió la tarea de condensar la inmensa obra que había estado escribiendo durante años. Le llevó trece meses y se tituló *El origen de las especies por medio de la selección natural* (una de las últimas ediciones ha sido publicada por Planeta-De Agostini en la colección «Obras maestras del milenio», 1996)*.*

Al publicarse en noviembre de 1859*,* provocó el mayor escándalo intelectual del siglo XIX. Saltaba a la vista que se trataba de un libro muy serio que presentaba una abrumadora masa de datos. Sin embargo, sus conclusiones eran claramente contrarias a todos los principios religiosos que había tenido el hombre desde el comienzo de los tiempos. La diversidad de

la naturaleza no era obra de Dios - o de los dioses - , sino fruto de un sencillo principio mecánico: la supervivencia de los mejor dotados. No se mencionaba al hombre para nada -excepto un breve comentario en la conclusión en el sentido de que «se arrojará luz sobre el origen del hombre y su historia»-, pero los puntos de vista de Darwin sobre ese tema resultaban claros en el resto el libro. El hombre no estaba «hecho a imagen de Dios»; no tenía ningún lugar singular en la naturaleza. Era un animal como los otros, ni más ni menos, y probablemente descendía de algún tipo de mono.

El hombre al que en gran parte se debió el éxito que tuvo el libro en cuanto salió a la venta -la primera edición se agotó en un día- fue un científico llamado Thomas Henry Huxley, que escribió su reseña para *The Times* y lo calificó de obra maestra. Huxley sería luego el más poderoso defensor de Darwin. El equivalente de la batalla de Hastings* para la evolución tuvo lugar en Oxford en junio de 1860, cuando Huxley debatió la tesis de Darwin con el obispo Samuel Wilberforce (apodado «Soapy Sam»** por sus modales untuosos). Wilberforce hizo una crónica satírica de la evolución y luego, volviéndose hacia Huxley, preguntó si descendía del mono por parte de madre o por parte de padre. Huxley dijo en voz baja: «El Señor lo ha puesto a mi merced». Luego se levantó y en tono tranquilo y serio explicó la teoría de Darwin empleando palabras sencillas. Concluyó diciendo que no le avergonzaría descender de un mono, pero que sí le avergonzaría estar relacionado con un hombre que utilizaba sus grandes dones para oscurecer la verdad. Los oyentes prorrumpieron en una tempestad de aplausos; una dama se desmayó. Y Wilberforce, sabiéndose vencido, rechazó la oportunidad de replicar.

A nosotros nos resulta imposible comprender el efecto que tuvieron estos puntos de vista. Es verdad que Maillet y Erasmus Darwin y Lamarck ya habían bosquejado teorías de la evolución. Pero la obra de Darwin no equivalía a una teoría. Tuvo todo el efecto brutal de un hecho científico innegable. Y su autor parecía estar diciéndole al mundo que todos sus credos religiosos eran estupideces. No había ninguna necesidad de que Dios interviniera en la naturaleza. Ésta era, en efecto, una máquina gigantesca que producía especies nuevas del mismo modo que una máquina de sumar produce números.

* Librada en 1066, Guillermo el Conquistador derrotó en ella a los sajones y se adueñó de Inglaterra. *(N. del T)*

** Sam «el Jabonoso». *(N. del T.)*

El propio Darwin se oponía a esta interpretación «sin alma» de sus ideas. Después de todo, una máquina la ha hecho alguien y tiene que ponerla en marcha algún ser humano. Darwin creía que sencillamente había descubierto cómo funcionan los mecanismos de la evolución. De todas formas, cualquier cosa que hubiera que descartar por necia no valía la pena conservarla.

En cierto modo, tenía razón. Sin embargo, sus detractores también tenían razón. De manera intencionada o no, Darwin había provocado el cambio intelectual más grande de la historia de la raza humana. El hombre siempre había partido de la base de que él era el centro del universo y de que había sido creado por los dioses. Escudriñaba los cielos giratorios en busca de alguna señal del designio divino y escudriñaba la naturaleza en busca de los oscuros jeroglíficos que revelaran la voluntad de los dioses. Ahora Darwin le estaba diciendo que los jeroglíficos eran una ilusión óptica. El mundo era meramente lo que parecía ser. Consistía en cosas y no en significados ocultos. A partir de ahora, el hombre tenía que aceptar que estaba solo.

¿Y cuál era este «origen el hombre y su historia» sobre el cual Darwin prometía arrojar un poco de luz? Ahora que la mayoría de los biólogos eran darwinianos, no había excusa para la vaguedad y la imprecisión.

De hecho, Darwin tenía el convencimiento de que los arqueólogos encontrarían los huesos de un ser que estaría a medio camino entre el mono y el hombre... en 1871 lo bautizó con el nombre de «el eslabón perdido». En 1908, veintiséis años después de la muerte de Darwin, pareció cumplirse su profecía cuando un hombre llamado Charles Dawson anunció que había encontrado fragmentos de un cránco humano antiguo en un lugar llamado Piltdown, en East Sussex. Más adelante, Dawson y otros dos geólogos encontraron una mandíbula inferior que era decididamente simiesca y encajaba en el cráneo. Lo llamaron «el hombre de Piltdown» o «el hombre del alba» y Dawson se hizo famoso.

Sin embargo, los científicos estaban perplejos. El desarrollo del «hombre antiguo» era básicamente el desarrollo de su cerebro y, por tanto, de su cráneo. El hombre de Piltdown tenía el cráneo muy desarrollado. En tal caso, ¿por que era su mandíbula tan simiesca?

La respuesta fue: porque era realmente una mandíbula de mono. En 1953, mucho tiempo después de la muerte de Dawson, el análisis de la fluo-

rina del hombre de Piltdown reveló que se trataba de un engaño: el cráneo tenía una antigüedad de sólo 50.000 años, mientras que la mandíbula era de un orangután o de un chimpancé; ambas habían sido teñidas con sulfato de hierro y pigmento para que pareciesen iguales. Ahora se cree que Dawson perpetró el engaño de Piltdown por razones que sólo él sabía.

En realidad, ya en 1856, sólo siete años después de publicarse *El origen de las especies,* pareció que se había encontrado el primer hombre. A unos cuantos kilómetros de Düsseldorf hay un valle pequeño y agradable que se llama Neander -Neanderthal en alemán- en honor de un compositor de himnos. Tiene paredes de piedra caliza y unos hombres que trabajaban en la extracción de la misma descubrieron unos huesos tan pesados y bastos que supusieron que habían encontrado un esqueleto de oso. Pero un maestro de escuela del lugar, un tal Johann Fuhlrott, los vio y en seguida supo que no se trataba de un oso, sino de los restos de un ser humano simiesco, de frente baja y deprimida y casi sin mentón. Curiosamente, el cerebro de aquel ser era mayor que el del hombre moderno. Pero la curvatura de los fémures sugería que en otro tiempo había andado con el cuerpo encogido. ¿Era posible que aquel gorila más pequeño de lo normal fuese el antepasado más antiguo del hombre?

Los sabios dijeron que no. La mayoría de ellos eran discípulos de Cuvier y uno incluso sugirió que el esqueleto era de un cosaco que había perseguido a Napoleón desde Rusia en 1814. Y el gran Rudolf Virchow, fundador de la patología celular, opinó que el esqueleto pertenecía a un idiota. Durante un tiempo Fuhlrott, el maestro de escuela, se sintió totalmente descorazonado. Luego sir Charles Lyell intervino y anunció que el «idiota» era en verdad un ser humano primitivo. Y aunque Virchow se negó a reconocer su error, a lo largo de los veinticinco años siguientes se hicieron descubrimientos que borraron toda duda de que el hombre de Neandertal fuera un ser humano primitivo.

Así que, al parecer, se trataba del «eslabón perdido» o de lo que Haeckel, el combativo discípulo de Darwin, prefería llamar «pitecántropo», hombre mono. ¿O no? Sin duda cabía esperar que el hombre mono tuviese un cerebro mucho más pequeño que el hombre moderno en vez de uno mayor. En tal caso, el hombre de Neandertal tenía que ser bastante reciente: de los últimos cien mil años, pongamos por caso.

El siguiente paso decisivo en la búsqueda del hombre antiguo lo dieron los franceses: no los profesores de geología de París, que aún creían que,

El hombre de Neandertal

como afirmaba Cuvier, el hombre es una creación reciente, sino dos aficionados notables. Descubrieron la existencia del antepasado directo del hombre moderno: el hombre de Cromañón.

Todo empezó en el decenio de 1820 cuando un abogado francés que se llamaba Édouard Lartet y vivía en el pueblo de Gers, en el sur de Francia, se sintió intrigado por un diente enorme que le llevó un agricultor del lugar. Lartet consultó un libro de Cuvier y descubrió que era un diente de mamut. Según Cuvier, los mamutes se habían extinguido mucho antes de que el hombre apareciese en la Tierra. ¿Qué hacía, pues, un diente de mamut cerca de la superficie? Lartet empezó a excavar y en 1837 encontró algunos huesos y fragmentos de cráneo de un ser simiesco que databan de mediados del período terciario... tal vez de hace quince millones de años. Más adelante se identificarían como pertenecientes a un driopiteco, al que algunos científicos modernos consideran el antepasado original del hombre.

Lartet cayó ahora bajo la influencia de un aduanero y dramaturgo llamado Boucher de Crèvecoeur de Perthes, que vivía en Abbeville, a orillas del Somme, y estaba convencido de que aquel hombre databa de la era terciaria, hace más de dos millones de años. Tanto Lartet como Boucher de Perthes buscaron yacimientos terciarios, pero no dieron con ninguno.

Pero Boucher de Perthes se hallaba ahora excavando en serio en Picardía y encontró gran número de huesos de animales antiguos, así como hachas de mano, raspadores y punzones que eran obviamente fabricados por el hombre. Al mostrárselos a los profesores de geología, le explicaron en tono condescendiente que no eran herramientas hechas por el hombre, sino pedazos de sílice endurecido que sencillamente parecían herramientas. Pero Boucher se salvó de caer en el desánimo al recibir una visita de Charles Lyell, que dijo no tener la menor duda de que las hachas de mano eran obra del hombre.

Fue una bofetada para los discípulos de Cuvier. El más eminente de todos los geólogos modernos había declarado que alguna forma de «fósil humano» había existido realmente durante decenas de miles de años, en tiempos del mamut, el tigre de dientes de sable y el oso cavernícola. Era la segunda vez que Lyell afirmaba algo que le valió ocupar un lugar importante en la historia de la ciencia. El inglés prudente que había aconsejado a Darwin que no concediera demasiada importancia a la ascendencia del hombre dio ahora un ímpetu decisivo a la ciencia del hombre antiguo.

El problema de Bouchet era cierta despreocupada falta de precisión

que había hecho de él blanco fácil de los ataques de los seguidores de Cuvier; su vaguedad hacía perder la paciencia incluso a Lyell. A pesar de ello, este individuo más bien poco científico que siempre se precipitaba a sacar conclusiones erróneas hizo descubrimientos de importancia incalculable. Sin embargo, fue su colaborador Lartet quien hizo el descubrimiento más interesante hasta el momento.

Lartet, que ahora era financiado por un industrial inglés llamado Henry Christy y podía dedicar todo su tiempo a las investigaciones, abandonó las capas terciarias y empezó a estudiar la era siguiente: el pleistoceno o edad glacial. En septiembre de 1860 encontró un montón de residuos de cocina primitivos en Massat, en el departamento del Ariège, entre los cuales había un asta de venado en la que aparecía grabado un oso cavernícola. El hombre antiguo era un artista, al parecer. Veinte años antes, al encontrar un tal Brouillette un hueso en el que estaban grabadas dos hembras de gamo, los profesores lo habían rechazado diciendo que era obra de niños. Pero el asta que había encontrado Lartet estaba en una capa totalmente inexplorada. El mundo de los eruditos se vio ahora obligado a tomarle en serio.

Seguidamente se trasladó al valle del río Vézère, en Dordoña. Como ha dicho Herbert Wendt, este valle fue tan importante para la prehistoria como el Valle de los Reyes lo fue para la egiptología. En 1864, Lartet encontró un colmillo de mamut en el que había señales de un hacha de mano, lo cual era prueba concluyente de que el hombre fue contemporáneo del mamut.

En 1868, Lartet oyó hablar de un nuevo descubrimiento que se había hecho en el valle del Vézère: una cueva que había aparecido durante las obras de construcción de un ferrocarril cerca del pueblo de Les Eyzies, en un lugar llamado Cromañón. Lartet envió a su hijo Louis a echar un vistazo. Louis dijo que sin duda era el mayor descubrimiento que se había hecho hasta entonces. La cueva estaba llena de artefactos de sus antiguos ocupantes. Pero lo que era más importante: contenía esqueletos. Y un cráneo que hallaron en la parte de atrás de la cueva era virtualmente idéntico a cualquiera de los cráneos que podían encontrarse en el cementerio de la iglesia del pueblo, con una cavidad grande para el cerebro y el mentón prominente del hombre moderno.

Puede que tenga un significado siniestro que esta morada del hombre moderno fuera escenario de hechos violentos. Los seis seres humanos de Cromañón -el hombre cuyo cráneo acabamos de describir, tres hombres más jóvenes, una mujer y un bebé- habían muerlo en circunstancias extrañas. El

cráneo de la mujer presentaba una herida profunda que estaba en vías de curación. Pero parecía que la mujer había muerto al dar a luz el bebé. Cómo habían muerto ella y los demás no estaba claro: la cueva de Cromañón constituye el primer relato de detectives de la historia de la humanidad.

Como de costumbre, los profesores no quisieron saber nada. Dijeron que la cueva no era más que un lugar destinado a inhumaciones y que probablemente era más o menos moderna. Pero su certeza empezó a tambalearse pronto cuando empezaron a aparecer esqueletos de Cromañón en otras partes que obviamente no eran lugares que se usaran para entierros. En una pared de una cueva de Les Combarelles había grabada una cara humana con barba. Todos los indicios hacían pensar que aquellas cuevas las ocupaban cazadores. Los hombres antiguos del valle del Vézère vivían de la caza de animales. Cerca del pueblo de Solutré se encontraron miles de huesos de caballos salvajes a los pies de un risco escarpado: los cazadores los habían perseguido hasta hacer que se metieran en una trampa y se precipitaran al vacío.

En resumen, el antepasado directo del hombre no era el hombre de Neandertal, sino estos cazadores y artistas de Cromañón, cuyas mujeres llevaban adornos de marfil tallado y conchas.

Quizá el descubrimiento del hombre de Cromañón se hubiese producido un decenio antes si un hidalgo español llamado don Marcelino de Sautuola hubiera mostrado más curiosidad. Hacia 1858 -no se conoce la fecha exacta- un perro perteneciente a don Marcelino, que vivía en Altamira, desapareció por una grieta del suelo cuando su dueño se encontraba cazando. Resultó que la grieta era la entrada de una cueva subterránea. Don Marcelino ordenó que la cerrasen porque era peligrosa. Unos veinte años más tarde, después de asistir a la exposición de París en 1878 y de ver herramientas de la edad glacial, don Marcelino penetró en la cueva y empezó a excavar en busca de artefactos humanos: encontró un hacha de mano y algunas puntas de flecha de piedra. Luego, un día, Marie, su hija de cinco años, entró en la cueva con él y profirió exclamaciones de entusiasmo: acababa de ver imágenes de toros que embestían en las paredes, en una parte de la cueva cuyo techo era demasiado bajo para que su padre pudiese entrar en ella.

El pigmento todavía estaba húmedo. Y esto sería la perdición de don Marcelino. Porque cuando dio a conocer su descubrimiento al mundo, los expertos dijeron que era un engaño. Don Marcelino murió convertido en un

hombre amargado y decepcionado. Pero al cabo de algunos años, uno de tales expertos -un hombre llamado Cartailhac-, después de estudiar cuevas parecidas en Les Eyzies, se dio cuenta de que había sido muy injusto con don Marcelino y volvió corriendo con la intención de pedir disculpas. Marie de Sautola, que ahora era una anciana dama, no pudo hacer más que sonreír con tristeza y acompañarle hasta la tumba de don Marcelino.

Más adelante se descubrieron muchas otras cuevas -una de las más espectaculares en Lascaux- llenas de dibujos de bisontes, toros, caballos salvajes, osos, rinocerontes e incluso hombres que llevaban astas de ciervo en la cabeza. Resultaba obvio que estos últimos eran chamanes o magos y, al parecer, los dibujos tenían una finalidad mágica: asegurarse de que la presa se viera atraída hacia los cazadores de la edad de piedra.

¿Y qué decir del hombre de Neandertal, que seguía en la Tierra hace 50.000 años, cuando el hombre de Cromañón se hallaba celebrando sus ceremonias mágicas? El hecho de que se hubiera desvanecido de la historia mientras el hombre de Cromañón todavía estaba medrando sugiere la siniestra hipótesis de que lo había exterminado su primo artístico...

Pero ¿qué antigüedad tenía el hombre?

Hasta el momento, los paleontólogos habían logrado constatar que los orígenes de la humanidad se remontaban a cien mil años atrás, al pleistoceno. Una mandíbula descubierta muchos años después -en 1907- en un arenal cerca de Heidelberg hizo que la antigüedad de la historia del hombre retrocediera unos 150.000 años. Pero como no había duda de que no era «el eslabón perdido», el descubrimiento no contribuyó a esclarecer los comienzos de la historia del hombre. Sin embargo, a cada momento se encontraban cráneos humanos y artefactos en capas mucho más antiguas, lo cual parecía justificar el convencimiento de Boucher de Perthes de que el hombre podía datar de la era terciaria.

Por ejemplo, en 1866, en Calaveras County, California, el propietario de una mina, un tal Mattison, descubrió parte de un cráneo de tipo humano en una capa de grava situada cerca de 40 metros debajo de la superficie, en un lugar llamado Bald Hill. La capa en la que se encontró parecía datar del plioceno, es decir, de hace más de dos millones de años. La examinó el geólogo J. D. Whitney, que dijo a la California Academy of Sciences que se

había encontrado en estratos del plioceno.

Esto escandalizó a los sectores religiosos de los Estados Unidos, toda vez que parecía contradecir a la Biblia. La prensa religiosa atacó al cráneo hallado en Calaveras County y lo tachó de engaño, y un ministro congregacionalista afirmó que había hablado con los mineros que habían colocado el cráneo para engañar a Whitney. El embaucador original había sido un agente de la Wells Fargo llamado Scribner, a quien el señor Mattison, el hombre que lo había encontrado, llevó el cráneo sin caer en la cuenta de que Scribner lo había colocado allí para gastar una broma. Pero Scribner aseguró a un tal doctor A. S. Hudson, que intentó llegar al fondo de la historia unos años después, que no había sido un engaño. Y la esposa de Mattison comprobó que su marido lo había traído de la mina con incrustaciones de arena y fósiles, y lo habían tenido en casa durante un año. A pesar de todo esto, la gente siguió creyendo que había sido un engaño.

Uno de los que no lo creyeron fue Alfred Russel Wallace, cofundador de la teoría evolucionista. Sabía que Whitney había investigado muchos otros informes de hallazgos de huesos humanos en minas de gran profundidad y que en algunos casos los huesos parecían proceder de estratos todavía más antiguos que el plioceno. Whitney también había investigado herramientas y artefactos de piedra que parecían tener millones de años de antigüedad. Diez años antes unos mineros habían hallado un esqueleto humano completo debajo de Table Mountain, en Tuolumne County, y cerca de allí había huesos y restos entre los que se encontraban dientes de mastodonte... que parecían datar el esqueleto en el mioceno, hace más de cinco millones de años. Otro fragmento de cráneo humano también se encontró en Table Mountain en 1857, cerca de los restos de mastodonte. Whitney examinó una mandíbula humana y artefactos de piedra encontrados debajo de la misma montaña, con una posible antigüedad de más de nueve millones de años. Unos huesos humanos encontrados en el túnel de Misuri, en Placer County, procedían de una capa depositada hace más de ocho millones de años. Whitney también habló con un tal doctor H. H. Boyce, que había encontrado huesos humanos en Clay Hill, Eldorado County, en una capa que podía ser del plioceno o incluso del mioceno. Whitney juntó todos estos indicios de la existencia del «hombre terciario» (el período terciario terminó con el plioceno) en un libro titulado *Auriferous Gravels of the Sierra Nevada of California* en 1880.

Algunos de los artefactos hallados en Tuolumne, California, parecían

tan absurdos que costaba creer que no fuesen engaños. Entre ellos había un mortero encontrado en el lugar mismo (es decir, incrustado en la tierra del lugar y no, pongamos por caso, en el valle de algún río adonde hubieran podido llevarlo los ríos o los glaciares), en gravas de más de 35 millones de años de antigüedad, una mano de mortero y un mortero hallados a la misma profundidad, y una mano de mortero (conocida por el nombre de King Pestle) encontrada en estratos de más de nueve millones de años de antigüedad. Sin embargo, no habría ninguna posibilidad de que los hubiesen «plantado» en tiempos recientes. Parecía más probable que los hubieran llevado allí unos mineros primitivos hace miles de años.

Es comprensible que Alfred Russel Wallace se inclinara a pensar que estos hallazgos -y docenas de otros parecidos- sugerían la posibilidad de que el hombre tuviera una antigüedad que superaba en millones de años a la que Darwin y Haeckel creían que tenía... quizá porque «por medio de la cultura, [el hombre] se ha visto separado de los caprichos de la selección natural». Así que cuando oyó decir que un tendero de Kent que se llamaba Benjamin Harrison había encontrado hachas de mano de piedra en capas de grava que parecían datar del plioceno (más de dos millones de años de antigüedad) e incluso del mioceno (más de cinco millones), se apresuró a ir a verle. Harrison vivía en Ightam, no lejos de Londres, en una zona del Weald, especie de valle erosionado por los ríos entre North Downs y South Downs.

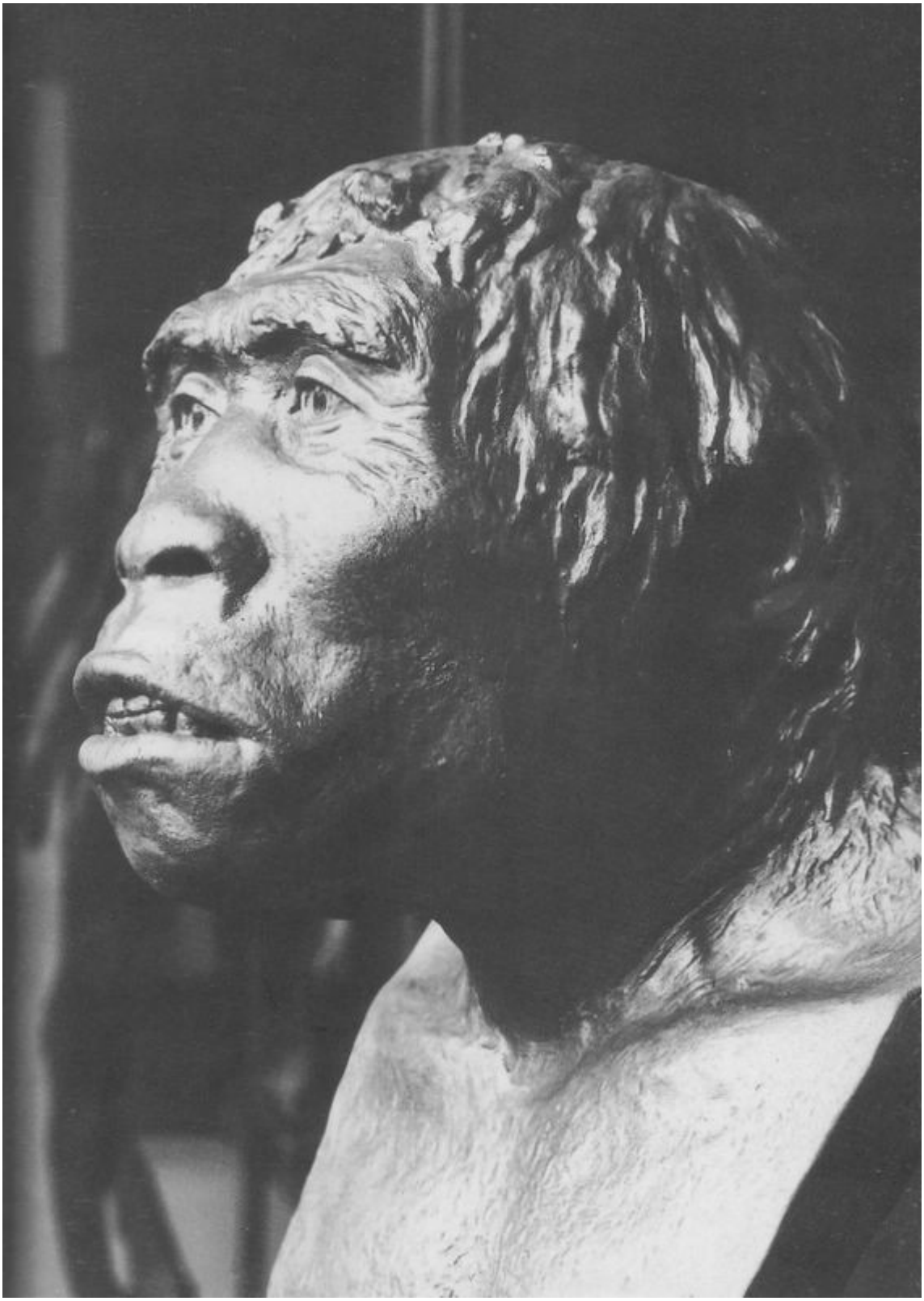
Un río actúa como una especie de herramienta de excavar, porque al hundirse en la tierra, deja el pasado al descubierto en forma de gravas. Da la vuelta a la habitual ley de la arqueología: que cuanto más hondo el nivel, más antiguo es, porque las gravas superiores son las más antiguas. Al buscar en estos niveles superiores, Harrison encontró no sólo «neolitos» -depuradas herramientas de piedra fabricadas durante los últimos cien mil años-, sino también «paleolitos», herramientas que tienen quizá un millón de años de antigüedad, e incluso «eolitos», herramientas tan primitivas, que a menudo cuesta distinguirlas de piedras cuyas formas son naturales.

En 1891, Wallace fue a ver a Harrison, cuyas piedras le fascinaron. Al igual que el eminente geólogo sir John Prestwich, no le cupo la menor duda de que los paleolitos y eolitos de Harrison probaban que durante millones de años habían existido en la Tierra animales que fabricaban herramientas.

Pero ahora se acercaba el final de siglo y científicos como Wallace y Prestwich iban convirtiéndose poco a poco en una minoría. La sugerencia de Darwin en el sentido de que el hombre descendía de los monos despertó una oposición enconada y burlona, hasta el extremo de que bastaba hacer tal afirmación en público para desencadenar gritos de indignación o carcajadas sarcásticas. La discusión se había polarizado y en un extremo se encontraban los fanáticos religiosos y, en el otro, los agresivos partidarios del hombre-mono. A estos últimos les había encantado el descubrimiento de Neandertal, porque parecía probar que el hombre había sido poco más que un mono en los últimos cien mil años y pico. Así que, les gustase a o no, Wallace, Prestwich y otros que pensaban igual se encontraban metidos en el mismo saco que «Soapy Sam» Wilberforce y el capitán (ahora vicealmirante) Fitzroy, el antiguo camarada de a bordo de Darwin, que seguía oponiéndose implacablemente al darwinismo.

Ernst Haeckel, el darwinista alemán a quien gustaba afirmar que «es ahora un hecho indiscutible que el hombre desciende de los monos», estaba de acuerdo con Wallace en algo fundamental: que al hombre primitivo había que buscarlo en la era terciaria, quizá hace cinco millones de años. También estaba convencido de que el antepasado original del hombre era un gibón, un mono de brazos muy largos que se encuentra en Java y Sumatra. Más adelante resultaría que en esto se equivocaba. Pero su sugerencia cayó en terreno fértil, porque llego a oídos de un joven estudiante holandés de anatomía llamado Eugene Dubois, que prefería, con mucho, la paleontología a la medicina.

Le pareció a Dubois que la mejor manera de satisfacer su pasión por el hombre antiguo era alistarse en el ejército en calidad de médico y hacer que le destinasen a las Indias Orientales Holandesas. En 1888 zarpó con destino a Sumatra y luego, alegando razones médicas, logró que le trasladaran a Java. Le habían enviado un cráneo hallado en Trinil, la región de tierras altas de Java Central -un cráneo cuya excepcional capacidad cerebral recordaba la del hombre de Neandertal-, y se fue a excavar en el mismo lugar. Pronto encontró otro cráneo y luego, en una región de yacimientos terciarios, un fragmento de maxilar con un diente. También encontró muchos fragmentos de huesos de animales, hasta que llenó varias cajas. Luego encontró consecutivamente una muela y un fragmento grande, en forma de cuenco, de un cráneo, así como un fémur fosilizado. Estaba seguro de haber encontrado el eslabón perdido, el pitecántropo u hombre-mono de Haeckel. Sin embargo,



El hombre de Java

ya había un rasgo que parecía contradecir el hallazgo de Neandertal. El fémur indicaba que aquel hombre-mono caminaba erguido en vez de encogido. Se trataba del *Pithecanthropus erectus.*

Dubois se lo comunicó por carta a Haeckel, a quien encantó la noticia. Luego Dubois volvió con sus hallazgos a Leiden, donde en 1896 los expuso en una conferencia internacional. Se llevó una decepción al ver que sólo una cuarta parte de los profesores quedaban convencidos. Algunos opinaron que se trataba de un gibón, otros pensaban que el fémur y el cráneo no pertenecían al mismo ser y algunos dijeron que no podía ser del período terciario (luego se vería que tenían razón). Y Virchow, que había declarado que el hombre de Neandertal era un idiota, declaró ahora que el pitecántropo era moderno.

Dubois mostró una deplorable falta de espíritu científico; guardó sus huesos y se negó a permitir que nadie más los viese. Fue una reacción paranoica que costó a Dubois el triunfo que debería haber sido suyo. Porque cuando finalmente permitió que abrieran las cajas, en 1927, se encontraron cuatro fémures más. Si hubiese permitido que los vieran antes, Virchow hubiera tenido que reconocer la derrota. De hecho, Dubois se convirtió virtualmente en un eremita y en sus últimos años se inclinaba a creer que el pitecántropo era un gibón.

Para entonces, otro paleontólogo, G. von Koenigswald, había efectuado un estudio detenido de los estratos de Trinil y probado que el hombre-mono de Dubois databa de mediados del pleistoceno y tenía unos 300.000 años de antigüedad. Finalmente, se encontraron fragmentos de hueso y herramientas de piedra en número suficiente para que no quedase ninguna duda de que el hombre de Java era un ser humano. Pero ¿era el antepasado del hombre moderno?

Un nuevo rival estaba a punto de entrar en escena.

En 1911, un coleccionista de mariposas llamado Kattwinkel se encontraba persiguiendo un ejemplar con su red cuando bajó los ojos y vio que estaba a punto de caer por un precipicio escarpado. La garganta de Olduvai, en lo que a la sazón era el África Oriental Alemana (la actual Tanzania) es virtualmente invisible hasta que estás a punto de caer en ella. Kattwinkel bajó por la pendiente de más de 90 metros y se encontró con que en la garganta abundaban las rocas que contenían fósiles. Metió unas cuantas de ellas en su bolsa de coleccionista y se las llevó a Berlín. Al encontrarse entre los fósiles un caballo de tres dedos hasta entonces desco-

nocido, un geólogo llamado Hans Reck recibió el encargo de ir a estudiar la garganta.

El profesor Reck no tardó en hacer hallazgos importantes: huesos de animales prehistóricos tales como hipopótamos, elefantes y antilopes. Luego uno de sus ayudantes nativos vio un pedazo de hueso que sobresalía de la tierrra. Al escarbar en la superficie, vio que era algo parecido a un cráneo de mono incrustado en la roca. Tuvieron que valerse de martillos y escoplos para sacarlo y entonces resultó que era de ser humano y no de mono. Reck identificó los estratos donde lo habían encontrado: tenían unos 800.000 años de antigüedad.

¿Era posible que se tratase de un entierro más reciente? Reck decidió finalmente que no. Si se rellena una sepultura -incluso hace cien mil años- un buen geólogo lo detecta.

Así que al parecer, Reck había probado que hace casi un millón de años vivían en África unos seres humanos que no eran distintos del hombre moderno. Si bien sería faltar a la verdad decir que contradecía todas las enseñanzas de Darwin -porque en ninguna parte decía Darwin que que el hombre había evolucionado a partir del mono en los últimos dos millones de años-, sin duda alguna contradecía la suposición que se había aceptado desde que Darwin hablara del eslabón perdido y que parecía haberse verificado con el descubrimiento del hombre de Cromañón.

Al volver a Berlín, Reck anunció su descubrimiento y se sorprendió al ver la hostilidad que despertaba. Como de costumbre, los expertos se negaron a admitir que podía tratarse de un antiguo antepasado humano. Sencillamente no era lo bastante simiesco. En efecto, lo que hacía Reck era atacar la teoría de la evolución. El esqueleto tenía que ser más joven... quizá de sólo cinco mil años.

Al estallar la primera guerra mundial, la polémica cayó en el olvido, aunque no en África. El doctor Louis Leakey, antropólogo que era miembro del St. John's College de Cambridge, fue a Berlín en 1925 (cuando tenía 23 años de edad), visitó a Reck y vio el esqueleto. También él se sintió inclinado a pensar que era de una fecha reciente. Pero en 1931, Leakey y Reck visitaron el yacimiento con otros geólogos y estudiaron detenidamente los estratos. Y al ver unos aperos de piedra que habían sido descubiertos en la misma capa -e incluso en el lecho de abajo-, aceptó la opinión de Reck.

En cierto modo, esta opinión era casi tan herética como el punto de vista de Alfred Russel Wallace en el sentido de que existían seres humanos modernos en el período terciario. Leakey afirmó ahora que el hombre de Ja-

va que había encontrado Dubois no podía ser un antepasado de los seres humanos... como tampoco podía serlo otro descubrimiento reciente, un esqueleto simiesco hallado en la localidad china de Chukutien en 1929 al que se llamó «Hombre de Pekín». Si un ser desarrollado había existido en aquel tiempo, era más probable que el esqueleto de Reck fuera el antepasado del hombre moderno.

Los expertos pasaron al ataque. Era sencillamente improbable, según dijeron dos paleontólogos británicos llamados Cooper y Watson, que un esqueleto completo pudiera ser tan antiguo. Y el hecho de que los dientes estuvieran limados hacía pensar que se trataba de africanos modernos...

A estas alturas, Leakey había hecho otros dos descubrimientos, en Kanam y Kanjera, cerca del lago Victoria: una mandíbula y una muela en Kanam y tres cráneos en Kanjera. Y una vez más, parecían pertenecer a seres plenamente humanos: *Homo sapiens.* La antigüedad de los lechos de Kanjera oscilaba entre los 400.000 y los 700.000 años. Dicho de otro modo, Leakey había descubierto un Cromañón que era como mínimo cuatro veces tan antiguo como debía ser. Lo consideró un dato más a favor de su opinión de que el esqueleto de Reck era verdaderamente humano.

Pero en este momento tuvo lugar otra intervención. Un tal profesor T. Mollison, que había opinado públicamente que el esqueleto de Reck pertenecía a un miembro moderno de la tribu massai, se trasladó ahora a Berlín, obtuvo parte del material que había alrededor del esqueleto cuando lo encontraron e hizo que lo examinara un geólogo llamado Percy Boswell. El biógrafo de Leakey ha dicho que Boswell era un hombre «contradictorio... emocional» y que albergaba «el proverbial resentimiento». Boswell estudió el material y publicó en *Nature* un informe en el que afirmaba haber encontrado guijarros de color rojo brillante como los del lecho 3 (encima del lecho donde se encontró el esqueleto), y esquirlas de piedra caliza como las del lecho 5, muy por encima del lecho 2. Parecía extraño que ni Reck ni Leakey hubieran reparado en esto. Y sin embargo, en vez de señalar este hecho, ambos cedieron y admitieron que probablemente se habían equivocado. Se mostraron de acuerdo en que probablemente el esqueleto estaba en el lecho 2 a resultas de un entierro -posibilidad que Reck había descartado desde el principio- o posiblemente un terremoto.

Pero en marzo de 1933, una comisión de 28 científicos estudió los cráneos y la mandíbula de Kanjera y sacó la conclusión de que la mandíbula databa de los comienzos del pleistoceno (posiblemente más de un millón de

años de antigüedad) y que los cráneos eran de mediados de dicho período (posiblemente medio millón de años de antigüedad).

Una vez más Percy Boswell pasó al ataque. Sus dudas impulsaron a Leakey a invitarle a ir a África. Pero no logró demostrar que tuviera razón. Había señalado los yacimientos donde hiciera los hallazgos con clavijas de hierro, pero, al parecer, la gente del lugar las había robado para utilizarlas como puntas de lanza o anzuelos para pescar. Había fotografiado los yacimientos, pero la cámara había funcionado mal. Había pedido que le prestaran una foto tomada por un amigo de su esposa, pero resultó que era de otro cañón. Y no había podido señalarlos con exactitud en el mapa porque no existían mapas suficientemente detallados. Boswell reaccionó de modo desfavorable a estas señales de dejadez y su informe era crítico. En efecto, sencillamente se negó a creer a Leakey.

Después de publicarse el informe de Boswell, Leakey protestó diciendo que realmente había enseñado a Boswell el lugar exacto donde encontrara los cráneos y lo había demostrado recogiendo un pedacito de hueso que encajaba en el cráneo número 3. En cuanto a la mandíbula, se había encontrado en un yacimiento que contenía fósiles de mastodonte y *Deinotherium,* lo cual era indicio de que databa de principios del pleistoceno.

Boswell no quiso aceptar tales explicaciones. Opinaba que como ningún científico había visto la mandíbula en el lugar mismo, no era aceptable. Finalmente, después de mucho discutir, y de algunos análisis químicos que dieron resultados ambiguos, los expertos decidieron que la mandíbula y los cráneos tenían a lo sumo una antigüedad de 20.000 o 30.000 años.

El verdadero problema, por supuesto, residía en que de haberse aceptado que los hallazgos de Leakey y el esqueleto de Reck pertenecían al *Homo sapiens,* entonces habría sido necesario revisar la historia de la humanidad. El hombre de Java y el hombre de Pekín inducían a pensar en una sencilla línea de ascendencia a partir de seres simiescos de hace medio millón de años, y Leakey sugería que eran simples primos del *Homo sapiens* que -como creía Wallace- existían desde el período terciario.

Leakey ya había cedido en el caso del esqueleto de Reck, pero esta vez se cerró en banda. En su libro *Stone Age Races of Kenya* había declarado que el diente de Kanam no era meramente el fragmento humano más antiguo de África, sino el más antiguo fragmento de verdadero *Homo*

descubierto hasta entonces en el mundo. Incluso su biógrafa, Sonia Cole, deplora esta negativa a cambiar de parecer y la considera una señal de pura tozudez.

Pero los antropólogos de talante más convencional estaban a punto de recibir el apoyo más fuerte hasta entonces.

En 1924, el doctor Raymond Dart, profesor de anatomía en la universidad de Witwatersrand, en la Unión Sudafricana, recibió dos cajones llenos de fósiles procedentes de una cantera de piedra caliza que había en un lugar llamado Taung, unos 320 kilómetros al sudoeste de Johannesburgo. Los Dart estaban a punto de dar una fiesta nupcial y la señora Dart le suplicó que hiciera caso omiso de los cajones hasta que se hubiesen ido los invitados. Pero la curiosidad del doctor Dart era demasiado grande. Y en el segundo cajón encontró un fragmento de roca que contenía la parte posterior de un cráneo. Y resultaba obvio que el cerebro que otrora había contenido era grande como el de un gorila de gran tamaño. Cerca de él encontró otro fragmento de roca que contenía la parte delantera del cráneo. En cuanto se hubo ido el último invitado, Dart pidió a su esposa que le prestase las agujas de hacer calceta y empezó a picar la piedra. Tardó casi tres meses y el 23 de diciembre la roca se partió y Dart pudo ver el rostro. Entonces se dio cuenta de que aquel ser de cerebro grande era -increíblemente- un bebé con dientes de leche. Un bebé con un cerebro de 500 centímetros cúbicos tenía que ser algún tipo de ser humano. Pero Dart calculó que el nivel donde lo habían encontrado tendría como mínimo un millón de años de antigüedad.

Cuando su artículo sobre el cráneo de Taung apareció en *Nature,* el 7 de febrero de 1925, Dart se hizo célebre de la noche a la mañana. Sin duda se trataba del eslabón perdido.

Muchos expertos discreparon y sugirieron que el bebé de Taung era un mono. Sir Arthur Keith, una de las grandes autoridades en la materia, tenía una razón diferente para negar que el bebé fuese el eslabón perdido. Si su antigüedad era de un millón de años y la del hombre de Cromañón era de unos 100.000 años, sencillamente no había tiempo para que el bebé de Taung evolucionara hasta convertirse en *Homo sapiens.*

Para empezar, sin embargo, el cráneo de Dart llamó mucho la atención. Luego el tono de los comentarios empezó a cambiar. En 1931, los científicos conservadores se había vuelto contra Dart. En aquel año, compareció ante la

Zoological Society de Londres, junto con Davidson Black, el descubridor del hombre de Pekín. Davidson Black presentó sus argumentos de manera muy profesional, con la ayuda de material visual; en comparación con él, Dart, que apretaba con fuerza el cráneo infantil, resultó torpe y poco convincente. La Royal Society rechazó una monografía sobre el cráneo, al que Dart llamó *Australopithecus* (mono meridional).

Dark vovió a la Unión Sudafricana y se enterró en su departamento de anatomía. Al igual que Leakey, no había cambiado de parecer, pero decidió guardarse este hecho para sí.

Uno de los partidarios más entusiastas de Dart era un zoólogo retirado que se llamaba Robert Broom. Éste decidió salir de su retiro y levantarse en armas. En 1936, el encargado de una cantera de piedra caliza de Sterkfontein entregó a Broom otra roca que contenía un fragmento de cráneo antiguo. Resultó que era de un australopiteco adulto. Luego se encontró un fémur (hueso del muslo) que parecía inconfundiblemente humano. En 1938, Broom encontró un escolar que llevaba el bolsillo lleno de dientes y fragmentos de mandíbula que le permitieron reconocer que había descubierto un nuevo tipo de australopiteco, al que dio el nombre de *Paranthropus* (afín al hombre) *robustus.* Parecía tratarse de un tipo vegetariano de australopiteco. El hecho de que fuese vegetariano parecía sugerir que podía tratarse de un animal más que de un antepasado del hombre.

En 1947, Broom encontró otro fósil de parántropo en una cueva de Swartkrans; también encontró un ser pequeño y de aspecto más humano al que llamó *Teleanthropus.* Más adelante decidió que pertenecía a la misma especie que el hombre de Java y el hombre de Pekín, a los que había clasificado como un tipo llamado *Homus erectus,* al que se aceptaba de forma general como antepasado directo del hombre moderno. Herramientas de piedra y de hueso halladas también en Swartkrans parecían indicar que el parántropo era un verdadero hombre.

Las actividades de Broom empujaron a Dart a salir de su retiro. En 1948, volvió a un túnel de Makapansgat donde había encontrado huesos en 1925. También había hallado algunos indicios de fuego, lo cual había confirmado su opinión de que el australopiteco era humanoide. Ahora encontró más huesos y más rastros de fuego y dio el nombre de *Australopithecus prometheus* al ser que vivió allí.

Pero Dart encontró algo mucho más interesante en Makapansgat: 42 cráneos de babuino, en 27 de los cuales había señales de haber sido golpeados con una especie de garrote. Sacó la conclusión de que el garrote

-que dejaba dos hendiduras- era un húmero (hueso de la parte superior de la pierna) de antílope. Esto le indujo a sacar la conclusión sorprendente de que el australopiteco mataba: el primer antepasado del hombre del que se sabe que utilizaba un arma. Seguidamente desarrolló la tesis de que el hombre-mono meridional había salido de los monos por una sola razón: porque había aprendido a cometer asesinatos con armas. En 1961, un dramaturgo convertido en antropólogo que se llamaba Robert Ardrey popularizó esta idea en un libro titulado *Génesis en África* en el que argüía que el hombre se convirtió en hombre porque aprendió a matar, y que a menos que lo desaprenda pronto, destruirá la raza humana.

En 1953, el año en que Dart publicó su polémica monografía *The Predatory Transition from Ape to Man,* Kenneth Oakley, del Museo Británico, sometió el cráneo de Piltdown a análisis de la fluorina y reveló que se trataba de un engaño. En el decenio de 1930, sir Arthur Keith había citado el cráneo de Piltdown para desacreditar el australopiteco, porque parecía mostrar que «la inteligencia llegó antes». Ahora que el cráneo estaba desacreditado, la oposición al australopiteco de Dart empezó a desaparecer y la teoría de Dart sobre el mono que mataba resultó de pronto horriblemente verosímil. Por fin había una teoría evolucionista que daba la impresión de haber sido pensada para probar la supervivencia de los mejor dotados de que hablara Darwin.

Pero la batalla aún no había terminado del todo.

Louis Leakey también había vuelto y, junto con su esposa, Mary, estaba excavando en la garganta de Olduvai. Allí, en el lecho 1, debajo del nivel del esqueleto de Reck, encontró toscas hachas pequeñas fabricadas con guijarros y piedras redondas que tal vez se usaban como boleadoras, es decir, dos o tres bolas sujetas a una tira de cuero que se arrojaban a las patas de los animales. Incluso encontró un hueso que tal vez servía para trabajar el cuero.

Pero cuando, en 1959, halló fragmentos de cráneo de un ser parecido al *Australopithecus robustus* se llevó una decepción. Su esposa admitió que, después de 30 años, Leakey todavía albergaba la esperanza de encontrar al *Homo sapiens.* Bautizó a su nuevo hombre-mono con el nombre de *Zinjanthropus* (Zinji significa África Oriental). Curiosamente, decidió que las herramientas encontradas en el yacimiento pertenecían al *Zinjanthropus,* aunque hacían pensar en un ser más inteligente.

Al menos el *Zinjanthropus* hizo que Leakey recuperase su prestigio entre los paleontólogos; parecía como si se hubiera arrepentido de sus anteriores herejías. Un año más tarde, su hijo Jonathan encontró otro cráneo en el lecho 1, debajo del *Zinjanthropus.* El nuevo cráneo tenía un cerebro más grande que el *Zinjanthropus* -680 centímetros cúbicos frente a 530-, pero todavía era más pequeño que los cráneos de *Homus erectus* (alrededor de 800). Una mano y un pie que Louis y Mary Leakey encontraron cerca de allí eran inconfundihlcmente humanos. Las herramientas que se hallaron en la zona también indicaban que se trataba de un antepasado del ser humano. Por sugerencia de Dart, Leakey le dio el nombre de *Homo habilis,* hombre que fabrica herramientas.

Leakey se sentía bastante satisfecho de sí mismo. Antes del *Homo habilis,* los paleoantropólogos habían supuesto que el *Homus erectus* era el descendiente directo del australopiteco. Ahora Leakey acababa de demostrar que entre los dos había un antepasado más verdaderamente humano. Desde luego, representaba dar marcha atrás después de su anterior creencia en la posibilidad de encontrar al *Homo sapiens* en los primeros tiempos del pleistoceno. Pero era mejor que nada. De hecho, en Leakey aún había vestigios del antiguo hereje cuando comentó que, en su opinión, el australopiteco mostraba varios rasgos especializados que no conducían al hombre.

Pero muchas herramientas de piedra encontradas en yacimientos del pleistoceno no dejaban duda alguna de que algún hombre primitivo fabricaba herramientas. A pesar de ello, nunca se encontraron tales herramientas junto con restos del australopiteco.

A esas alturas -finales del decenio de 1960-, otro hijo de Louis Leakey, Richard, y su esposa, Meave, participaban también en la búsqueda de los orígenes humanos. En agosto de 1972, un miembro del grupo de Richard Leakey encontró un cráneo roto en pedazos en el lago Turkana. Después de que Meave Leakey lo reconstruyera, parecía mucho más humano que el australopiteco, con su frente abombada y su capacidad cerebral de más de 800 centímetros cúbicos. Leakey calculó que tendría alrededor de 2,9 millones de años de antigüedad. Decidió que era otro ejemplar de *Homo habilis.* Pero si realmente era tan antiguo, entonces era contemporáneo del australopiteco, y eso quería decir que, después de todo, quizá el australopiteco no era antepasado del hombre. Leakey sugirió que el australopiteco se había esfumado de la prehistoria como los neandertales.

J. D. Birdsell, el autor de un libro titulado *Human Evolution,* se inclinaba

a datar el *Homuo habilis* de Richard Leakey hace unos dos millones de años. Pero le preocupaba la afirmación de Leakey en el sentido de que el *Homo habilis* llevaba al *Homo erectus.* A Birdsell le parecía que la anatomía del *Homo habilis* era más moderna que la del *Homo erectus,* y que la evolución del *Homo habilis* al *Homo erectus* sería un paso hacia atrás. Se inclinaba a estar de acuerdo con el padre de Richard, Louis Leakey, en que probablemente el *Homo erectus* no era una parte principal del linaje humano.

Continuaron apareciendo indicios interesantes de la existencia de un antepasado más «humano». Leakey recibió una llamada de un colega suyo, un tal John Harris, que quería enseñarle un fémur que parecía humano y que había encontrado entre huesos de elefante en yacimientos que tenían más de 2,6 millones de años de antigüedad. Nuevas investigaciones produjeron más hallazgos. Por otra parte, los huesos que se encontraron eran diferentes de los del australopitecus y se parecían más a los del hombre moderno. Leakey opinó que demostraban que este ser -el *Homo habilis*- andaba siempre con el cuerpo erguido, mientras que el australopitecus sólo andaba con el cuerpo en esta postura durante parte del tiempo. Cuando una técnica denominada «datación por el potasio-argón» pareció demostrar que la capa de material -llamado «tufo»- en el cual se encontraron los huesos tenía una antigüedad de 2,9 millones de años, dio realmente la impresión de que este *Homo habilis* era el ejemplar humano más antiguo que se había encontrado hasta entonces.

Pero la historia aún iba a dar otro giro inesperado.

En 1973, un joven antropólogo de la universidad de Chicago, Donald Johanson, asistió a una conferencia en Nairobi, donde conoció a Richard Leakey. Johanson dijo a Leakey que un geólogo francés le había hablado de un yacimiento prometedor en Hadar, en el desierto de Afar del nordeste de Etiopía, y que pensaba trasladarse allí en busca de fósiles de homínidos. Al preguntarle Leakey si realmente contaba con encontrar homínidos, Johanson contestó: «Sí, más antiguos que los de usted». Se apostaron una botella de vino.

De hecho, las cosas salieron mal durante la primera temporada. Johanson no encontró fósiles y el dinero de la subvención se le estaba terminando. Pero una tarde encontró una tibia... el hueso de la parte inferior de la pierna. Tras buscar un poco más, dio con la articulación de la rodilla y parte del hueso superior. El yacimiento donde halló estos huesos tenía más

de tres millones de años de antigüedad. En la monografía donde daba cuenta del hallazgo Johanson sugirió que la antigüedad podía ser de cuatro millones de años y expuso las razones por las cuales pensaba que se trataba de un humanoide. El descubrimicnto le valió otros 25.000 dólares en subvenciones.

El 30 de noviembre de 1974, Johanson y su colega Tom Gray estaban buscando en otro yacimiento de Hadar y cuando la temperatura alcanzó casi 40 grados centígrados empezaron a pensar en dejarlo hasta otro momento. Pero Johanson se había «sentido afortunado» durante todo el día e insistió en echar un vistazo en un barranco donde ya habían buscado. Vio allí un fragmento de hueso del brazo que parecía de mono. Gray, a su vez, encontró un fragmento de cráneo y parte de un fémur. Al hallar otras partes de esqueleto, se pusieron a bailar una especie de loca danza de guerra y triunfo. Más tarde, cuando lo estaban celebrando en el campamento y escuchando un tema de los Beatles titulado *Lucy in the Sky with Diamonds,* decidieron bautizar su hallazgo (cuyo tamaño pequeño hacía pensar en una mujer) con el nombre de Lucy. El método de datación por el potasio-argón y el método magnético indicaron que la edad de Lucy era de unos 3,5 millones de años.

Un año después, en una ladera de Hadar, Johanson y su grupo hallaron huesos de no menos de trece homínidos, a los que denominaron «la Primera Familia». Todos resultaron tener más o menos la misma edad que Lucy. También encontraron herramientas de piedra cuya factura era mejor que las halladas en la garganta de Olduvai. Cuando John Harris objetó que las herramientas podían ser modernas, ya que se habían encontrado en la superficie, Johanson siguió excavando y descubrió en el lugar mismo herramientas de piedra cuya antigüedad era de aproximadamente 2,5 millones de años.

De modo que, al parecer, no había duda de que Lucy y la Primera Familia eran humanas y, asimismo, más antiguas que el *Homo habilis* de Leakey. A estas alturas Johanson se inclinaba a creer que Lucy era un australopiteco, mientras que la Primera Familia era un tipo de *Homo habilis.* Richard Leakey pensaba que era probable que Lucy fuese un «ramapiteco tardío», es decir, el mono antiguo que muy probablemente no es un antepasado del ser humano. Pero más adelante, un paleontólogo llamado Timothy White persuadió a Johanson de que todos los hallazgos correspondían a un tipo de australopiteco. Johanson decidió entonces dar al grupo de Hadar el nombre *de Australopithecus afarensis* (en honor del desierto de Afar).

Al parecer, ésta es la conclusión a la que finalmente llegó la ciencia del hombre antiguo. Los seres humanos han evolucionado a lo largo de tres millones y medio de años a partir del simiesco *Australopithecus afarensis.* Al cabo de un millón de años, éste había evolucionado y se había convertido en el *Australopithecus africanus:* «el hombre dartiano». Vinieron luego el *Homo habilis,* el *Homo erectus* y finalmente el *Homo sapiens.* No cabe duda de que el esquema parece satisfactoriamente ordenado y completo.

Sin embargo, las dudas persisten. No se sabe que el australopiteco fabricara herramientas y, pese a ello, se encontraron herramientas en el yacimiento de la Primera Familia. ¿Podría ser, después de todo, que la Primera Familia fuese un grupo del *Homo habilis,* y que el *Homo habilis* coexistiera con el australopiteco?

Otro hallazgo refuerza la duda. En 1979, Mary Leakey se encontraba en Laetoli, unos 32 kilómetros al sur de la garganta de Olduvai. Y entre las huellas fósiles de animales que había en la ceniza volcánica su hijo Philip y otro miembro de la expedición, Peter Jones, descubrieron algunas huellas de homínidos que databan (según el método del potasio-argón) de hace entre 3,6 y 3,8 millones de años. Pese a ello, su aspecto era típicamente humano, con un «empeine alzado, un talón redondeado, un pulpejo pronunciado y un dedo gordo apuntando hacia delante necesario para caminar con el cuerpo erguido».

Parece que, después de casi 300 años, el problema del «viejo pecador» de Scheuchzer sigue siendo tan oscuro como siempre en ciertos aspectos.

7

ARQUEOLOGÍA PROHIBIDA

¿Y qué más da que el hombre tenga una antigüedad de dos millones de años, o de diez millones o incluso más?

Absolutamente ninguna si somos capaces de aceptar que el Australopithecus afarensis pudo convertirse en el Homo sapiens en unos tres millones y medio de años.

Porque ése es el problema: la escala de tiempo.

Sir Arthur Keith, refiriéndose al cráneo de Taung, escribió que «aparece demasiado tarde en la escala de tiempo para desempeñar algún papel en la ascendencia del hombre». En aquel momento se suponía que el cráneo de Taung tenía alrededor de un millón de años de antigüedad, y Keith opinaba que sencillamente no era tiempo suficiente para que aquel ser simiesco se convirtiese en el Homo sapiens en 900.000 años.

Pero aunque supongamos que Lucy era un tipo de ser humano muy anterior, el problema sigue existiendo. En los dos millones y pico de años comprendidos entre Lucy y el «bebé de Dart» ha habido pocos cambios... bien podrían ser monos ambos. El *Homo erectus*, con una antigüedad de medio millón de años, todavía presenta un aspecto simiesco. Luego, en sólo 400.000 años -un abrir y cerrar de ojos en tiempo geológico- tenemos el Homo sapiens y los neardentales con un cerebro mucho mayor que el del hombre moderno.

Si, en cambio, Reck y Leakey tienen razón, entonces puede que el *Homo*

sapiens existiera durante mucho más de dos millones de años y la escala de tiempo se vuelve mucho más verosímil. Mary Leakey escribió sobre la huella de Laetoli: «... hace al menos 3.600.000 años, en el plioceno, el ser que, según creo, fue el antepasado directo del hombre andaba con el cuerpo totalmente erguido y utilizaba los dos pies y las piernas con soltura... y sus pies tenían exactamente la misma forma que los nuestros». Y dado que la forma del pie es lo que cuenta en la evolución humana -cuán reciente es la fecha en que el ser descendió de los árboles-, esto tiene una importancia fundamental.

Si un homínido con pie humano existía hace más de tres millones de años, sin duda contribuiría a corroborar el argumento del presente libro, es decir, que la civilización tiene una antigüedad que supera en miles de años a la que le atribuyen los historiadores. A primera vista, esa afirmación puede parecer absurda: ¿qué importancia pueden tener unos cuantos miles de años cuando estamos hablando de millones? Pero de lo que realmente se trata aquí es del desarrollo de la mente humana. En *Timescale,* Nigel Calder cita al antropólogo T. Wynn, según el cual las pruebas ideadas por el psicólogo Jean Piaget y aplicadas a herramientas de la edad de piedra procedentes de Isimila, en Tanzania -cuya datación por el uranio dio una antigüedad de 330.000 años- indican que quienes las fabricaron eran tan inteligentes como los seres humanos modernos.[1]

En cierto modo, esto resulta tan sorprendente como el comentario de Mary Leakey en el sentido de que hace 3.600.000 había en la tierra seres que caminaban con el cuerpo erguido. Se nos antoja irrazonable. Si había en la Tierra seres inteligentes hace 330.000 años, ¿por qué no hicieron algo con su inteligencia... inventar el arco y la flecha o pintar imágenes, por ejemplo? En realidad, la pregunta no es razonable. Los inventos tienden a ser fruto de dificultades. Si no se presentan dificultades, las cosas tienden a seguir como estaban ayer y anteayer. Los pequeños grupos de homínidos que vivían en entornos muy distantes unos de otros se encontraban en la misma posición que las personas que vivían en poblados remotos hace unos cuantos siglos. Debían de tener una perspectiva increíblemente circunscrita al lugar donde vivían; cada generación hacía exactamente lo mismo que la generación de sus padres, la de sus abuelos y la de sus bisabuelos, porque a nadie se le ocurrían ideas nuevas. Piense en uno de aquellos poblados de Rusia que salen en las novelas rusas del siglo XIX, luego multiplique por diez el aburri-

1. Nigel Calder, *Timescale,* 1984, p. 241.

miento y la estrechez de miras y empezará a tener una idea de cómo pudo el hombre permanecer invariable durante cientos de miles de años.

Dicho de otro modo, puede que hombres dotados de gran inteligencia hicieran una y otra vez la misma clase de herramientas toscas porque no veían ninguna razón para hacer otra cosa. Es verdad que andar con el cuerpo erguido confiere ciertas ventajas: la vista de un hombre llega más lejos que la de un mono o un perro, y el hecho de que los ojos estén colocados uno al lado del otro, en vez de a uno y otro lado de la cabeza, significa que juzga mejor las distancias, lo cual es una ventaja para cazar. Pero no hay ninguna buena razón por la cual un ser erguido no deba permanecer invariable durante millones de años si no se presentan nuevas dificultades.

¿Y qué decir de la objeción evidente?: que si había antepasados «del hombre» en la Tierra hace tres o cuatro millones de años, ¿por qué no hemos encontrado sus restos? La respuesta está en el comentario de Richard Leakey (en *People of the Lake):* «Si alguien se tomara la molestia de reunir en una sola habitación todos los restos fósiles de nuestros antepasados (y sus parientes biológicos) que se han descubierto hasta ahora... tendría suficiente con un par de mesas grandes, de esas de caballete, para colocarlos». De los millones de homínidos que vivieron en la Tierra durante la prehistoria, tenemos meramente unos cuantos huesos.

A pesar de todo, en las mesas de caballete habría algunas muestras interesantes -como, por ejemplo, el esqueleto de Reck y la mandíbula que Leakey encontró en Kanam- que parecen sugerir la posibilidad de que el hombre exista desde hace más tiempo del que suponemos.

En 1976, un joven estudiante norteamericano de ciencias políticas llamado Michael A. Cremo se hizo miembro del Bhaktivedanta Institute en Florida, que enseña una forma de hinduismo llamada Gaudiya Vaishnavism. El guru de Cremo, conocido por el nombre de Swami Prabhupada, le sugirió que estudiara paleontología, para tratar de determinar que es posible que la antigüedad del *Homo sapiens* supere en millones de años la que se acepta de forma general. (Prabhupada murió en 1977.)

La idea de empezar una investigación científica por motivos religiosos despierta recelos comprensibles porque trae a la memoria el llamado «juicio

del mono» que se le celebró a Scopes en Tennessee*, y hace pensar en los modernos cristianos renacidos que todavía se oponen al darwinismo. Sin embargo, sería un error poner la perspectiva del hinduismo en el mismo grupo que la de algunas de las formas más dogmáticas de cristianismo, porque el hinduismo es notable por estar libre de dogmas. Su creencia más fundamental se expresa con las palabras sánscritas *Tat tvam asi,* que significan «Eso eres tú»: que la esencia del alma individual (Atman) es idéntica a la esencia de dios (Brahmán). En el cristianismo, generalmente se interpreta que la afirmación «El reino de Dios está entre vosotros» quiere decir lo mismo.

Dicho de otro modo, la esencia del vedantismo (la filosofía básica del hinduismo) es una creencia nada dogmática en la naturaleza espiritual de la realidad. Así que sería incorrecto comparar la tarea encomendada a Cremo con la de algún fundamentalista cristiano que se propusiera demostrar que el darwinismo tiene que ser falso porque choca con el Libro del Génesis. El equivalente hindú del Libro del Génesis son los himnos védicos, probablemente la literatura más antigua del mundo, y el comentario de los Vedas, el *Bhagavata Purana,* afirma que los seres humanos han existido en la Tierra durante cuatro inmensos ciclos de tiempo, llamados *yugas,* cada uno de los cuales duró varios miles de «años de los semidioses»; dado que cada año de los semidioses equivale a 360 años terrestres, el ciclo total de cuatro *yugas* asciende a 4.320.000 años.

Pero lo que se pedía a Cremo no era que «probase» el *Bhagavata Purana,* sino sencillamente que examinara los datos que proporcionaba la paleontología y los valorase objetivamente.

Cremo y su colega Richard L. Thompson, matemático y científico, debían pasar varios años estudiando material sobre los orígenes de la humanidad. Finalmente, su libro, *Forbidden Archaeology,* aparecería en 1993. No es un libro polémico que presente argumentos a favor o en contra del darwinismo, sino sencillamente un estudio exhaustivo -más de 900 páginas- de la historia de la paleoantropología.

Picó la curiosidad de Cremo el hecho de que parecía haber tan pocos informes sobre el hombre antiguo que datasen de entre 1859, año en que se publicó *El origen de las especies,* y 1894, el año del hombre de Java. Al estudiar volúmenes de antropología publicados a finales del siglo XIX y prin-

* En 1925, el profesor de enseñanza secundaria John Thomas Scopes fue procesado por enseñar la teoría darwiniana de la evolución. *(N. del T.)*

cipios del XX, Cremo encontró comentarios negativos sobre muchos informes durante el citado período, lo que indicaba que sí se habían publicado muchos informes, pero nadie les había hecho caso porque parecían contradecir la nueva ortodoxia darwiniana. Sacó datos sobre tales informes en las notas a pie de página, luego buscó los originales en bibliotecas universitarias y finalmente pudo obtener muchos de ellos.

He aquí algunos ejemplos típicos seleccionados entre los cientos que se ofrecen en el libro.

A comienzos de la década de 1870, el barón Von Ducker visitó el Museo de Atenas y se sintió intrigado al ver huesos de animales que mostraban señales de fracturas provocadas deliberadamente para extraer la médula: entre ellos los había de un caballo de tres dedos llamado *Hipparion.* Los bordes afilados de las fracturas parecían indicar que habían roto los huesos golpeándolos con piedras pesadas en vez de haberse roto al ser roídos por animales. Von Ducker fue al lugar donde los habían encontrado -un pueblo llamado Pikermi-, se puso a excavar y pronto dio con un enorme montón de huesos rotos procedentes de un yacimiento que databa claramente de finales del mioceno (sin duda alguna de antes de hace cinco millones de años).

El profesor Albert Gaudry, que había seleccionado los huesos para exponerlos en el museo, reconoció que: «De vez en cuando encuentro fracturas en los huesos que parecen hechas por la mano del hombre». Y agregó: «Pero me cuesta admitirlo». Otros profesores insistieron en que los huesos los habían roto animales como, por ejemplo, las hienas.

Más o menos en aquel tiempo -en 1872-, en una sesión de la Royal Anthropological Society, el geólogo Edward Charlesworth mostró numerosos dientes de tiburón en los que se habían practicado agujeros que los atravesaban, como si quisieran utilizarlos para hacer collares como los que confeccionan en la actualidad los habitantes de las islas de los mares del Sur. La capa de donde se recuperaron tenía una antigüedad de entre dos millones y dos millones y medio de años. El profesor Richard Owen comentó que la «acción mecánica humana» era la explicación más verosímil. El australopiteco, por supuesto, no hacía adornos. Aunque Charlesworth descartó los moluscos horadadores, sus colegas académicos decidieron que los agujeros eran obra de una combinación de desgaste, descomposición y parásitos.

En 1874, el arqueólogo Frank Calvert dio cuenta de que había encontrado pruebas de la existencia del hombre en el mioceno. En la cara de un acantilado de los Dardanelos halló un hueso que pertenecía o bien a un dinoterio o a un mastodonte y en el que aparecía grabada la imagen de un «cuadrúpedo con cuernos» y había rastros de otras siete u ocho figuras. Un geólogo ruso llamado Tchihatcheff admitió que el estrato correspondía al mioceno. Pero como a Calvert le consideraban un aficionado, nadie hizo caso de su hallazgo.

Ofrezco sólo un breve resumen de estos ejemplos; Cremo cita varias docenas más. Entre los más convincentes se encuentra el caso de Carlos Ribeiro.

En los escritos del geólogo J. D. Whitney -citados en el capítulo anterior al hablar de unos hallazgos efectuados en California- Cremo vio mencionado varias veces un geólogo portugués que se llamaba Carlos Ribeiro y había hecho algunos descubrimientos interesantes en el decenio de 1860. Pero no encontró ninguna obra de Ribeiro en las bibliotecas. Finalmente, Cremo halló algo sobre Ribeiro en *Le préhistorique,* de Gabriel de Mortillet (1883), cuyas notas a pie de página le permitieron localizar varios artículos de Ribeiro publicados en revistas francesas de arqueología y antropología.

Lo que comprobó fue que Ribeiro no era ningún aficionado. Era el jefe del Servicio de Estudios Geológicos de Portugal. A principios del decenio de 1860 se hallaba estudiando útiles de piedra encontrados en estratos cuaternarios (es decir, el pleistoceno) de Portugal. Al saber que habían encontrado herramientas de pedernal en lechos terciarios de piedra caliza en la cuenca el río Tajo, se apresuró a examinarlos y a llevar a cabo sus propias excavaciones. Enterrados muy profundamente en un lecho de piedra caliza inclinado en un ángulo de más de 30 grados con la horizontal, encontró «pedernales trabajados» y los extrajo. El hallazgo le colocó en una posición embarazosa, porque sabía que era un período demasiado temprano para encontrar artefactos humanos. Así que en su informe dijo que el lecho debía de ser del pleistoceno.

En 1866, al indicar que los lechos eran del pleistoceno en un mapa de los estratos geológicos de Portugal, Ribeiro recibió críticas del geólogo francés Édouard de Verneuil, que señaló que todo el mundo estaba de acuerdo en que los lechos eran del plioceno y del mioceno.

Mientras tanto, un prestigioso investigador, el abad Louis Bourgeois, había hecho hallazgos más interesantes en Thenay, cerca de Orleans. La factura de los pedernales era tosca, pero, en opinión del abad, se trataba sin duda alguna de artefactos; además, en algunos de ellos había señales de haber estado en contacto con el fuego, lo cual parecía corroborar esta opinión

Ahora bien, el abad Bourgeois venía excavando en busca de pedernales desde mediados del decenio de 1840, mucho antes de la revolución darwiniana, así que no se sintió profundamente preocupado al saber que los pedernales se habían hallado en lechos del mioceno (hace entre 25 y cinco millones de años). Pero al mostrarlos en París en 1867, sus colegas no quedaron convencidos.

La primera objeción que pusieron fue que no eran artefactos, sino «naturofactos». Existen, sin embargo, varios métodos sencillos para distinguir el trabajo humano en los pedernales. Un fragmento de pedernal natural, encontrado en el suelo, suele parecerse a cualquier otra piedra, con superficies redondeadas. Pero la diferencia entre el pedernal y las demás piedras es que al golpearlo en ángulo, se descascarilla y deja una superficie plana (aunque es frecuente que el golpe cause un efecto de rizos).

Lo primero que hay que hacer para fabricar una herramienta de pedernal es quitar el extremo redondeado. A esta superficie plana se la llama «raspador». Después de quitar dicho extremo, hay que golpear el pedernal delicadamente una y otra vez, con gran habilidad. Un resultado frecuente es el llamado «bulbo de percusión», que consiste en una leve hinchazón, como una ampolla. A menudo saltan esquirlas que dejan un agujero con forma de cicatriz llamado *eraillure* (rasguño). Un pedernal que presente dos bordes parecidos a cuchillos y estos otros rasgos es sin duda alguna obra del hombre. Una piedra que ruede por el lecho de un torrente o resulte golpeada por un arado puede producir un objeto que parezca vagamente artificial, pero, por regla general, a un experto le basta verla para saber si lo es o no.

Cuando hay docenas de tales pedernales, como en el caso de Bourgeois, resulta cada vez más difícil explicar su existencia diciendo que son «naturofactos». Al objetar sir John Prestwich (futuro protector de Benjamin Harrison) que los pedernales podían ser recientes porque se habían encontrado en la superficie, Bourgeois excavó más hondamente y encontró otros. Al sugerir los críticos que tal vez los pedernales habían caído en fisuras en lo alto de la meseta, Bourgeois demostró que no era así excavando hondamente en ella y comprobando que había un lecho de piedra

caliza de treinta centímetros de grueso que hubiera impedido que los pedernales artificiales penetraran en una capa «más antigua».

Al enterarse de todo esto, Ribeiro no volvió a declarar que sus lechos del río Tajo eran cuaternarios y aceptó la teoría de que eran terciarios. Posteriores geólogos han coincidido con él. Y empezó a hablar francamente de pedernales trabajados encontrados en lechos del mioceno.

En la Exposición de París de 1878 (que impulsó a don Marcelino de Sautuola a explorar su cueva en Altamira), Ribeiro expuso 95 de sus «herramientas» de pedernal y cuarcita. De Mortillet los examinó y si bien 73 de ellos le parecieron dudosos, reconoció que los otros 22 mostraban señales de trabajo humano. Decir esto, como señala Cremo, fue mucho para un hombre como De Mortillet, que se oponía categóricamente a la idea de que existieron seres humanos en el período terciario. Y Émile Cartailhac, que se encontraba entre los que más adelante acusarían a Sautuola de engaño, se entusiasmó tanto que volvió varias veces para enseñar los pedernales a amigos suyos. De Mortillet dijo que tenía la sensación de estar contemplando herramientas musterienses (obra del hombre de Neandertal), pero más toscas.

Tenemos que recordar que a la sazón Haeckel proponía que el eslabón perdido se encontraría en el plioceno, o incluso a finales del mioceno, mientras que Darwin pensaba que ya podía encontrarse en el eoceno, que empezó hace 55 millones de años. Así que Cartailhac y los demás no tenían forzosamente la sensación de ser herejes.

En 1880, Ribeiro expuso más pedernales en el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología que se celebró en Lisboa y escribió un informe sobre el hombre terciario en Portugal. El congreso mandó un grupo de geólogos a examinar los lechos. Formaban parte del grupo Cartailhac, De Mortillet y el famoso alemán Rudolf Virchow, que había declarado que el hombre de Neandertal era idiota. El 22 de septiembre de 1880 el grupo salió de Lisboa en un tren especial a las seis de la mañana y desde las ventanillas sus componentes fueron indicándose mutuamente los estratos jurásicos, cretáceos y de otros tipos. Llegaron a la colina de Monte Redondo, donde Ribeiro había encontrado tantos pedernales, y se separaron para empezar la búsqueda. Hallaron muchos pedernales trabajados en la superficie, a la vez que el italiano G. Belucci encontró en el mismo lugar, en un lecho de comienzos del mioceno, un pedernal que todos reconocieron que había sido «trabajado».

En el debate posterior que se celebró en el congreso, virtualmente todos los asistentes estuvieron de acuerdo en que Ribeiro había probado la existencia del hombre en el mioceno.

No hubo ningún cambio de parecer en relación con Ribeiro, ninguna denuncia repentina por parte de los científicos conservadores. Después del descubrimiento del hombre de Java por parte de Dubois (que, como hemos visto, también fue muy discutido), sus puntos de vista -y sus pruebas- sencillamente fueron olvidados. Nadie ha demostrado que sus pedernales no fueran del mioceno, ni apuntado una razón convincente por la cual fueran encontrados en lechos del mioceno. Sencillamente se dejó de hablar de ello.

A finales del verano de 1860, el profesor Giuseppe Ragazzoni, que era geólogo del Instituto Técnico de Brescia, se encontraba en Castenodolo, nueve kilómetros y pico al sur de dicha ciudad. Iba a buscar conchas fósiles en los estratos del plioceno descubiertos en la base de una colina baja, la Colle de Vento.

Entre las conchas encontró un fragmento de la parte superior de un cráneo, lleno de coral revestido de arcilla azul y luego, cerca de allí, más huesos, esta vez del tórax y las extremidades.

Los enseñó a dos geólogos y le dijeron que sin duda eran huesos humanos, pero que procedían de un enterramiento más reciente. Ragazzoni, sin embargo, no quedó convencido. Sabía que durante el plioceno un mar cálido bañaba los pies de la colina. Los huesos estaban recubiertos de coral y conchas; luego habían sido depositados allí por el mar del plioceno. Más adelante encontró otros dos fragmentos de hueso en el mismo yacimiento. Al cabo de quince años, un comerciante del lugar, Carlo Germani, compró la zona con la intención de vender la arcilla, que era rica en fosfato, como fertilizante, y Ragazzoni le pidió que estuviera atento por si aparecían huesos. Cinco años después, en enero de 1880, los trabajadores de Germani encontraron fragmentos de un cráneo, con parte de una mandíbula inferior y algunos dientes. Aparecieron más fragmentos. Luego, en febrero, se desenterró un esqueleto humano completo. Estaba ligeramente deformado, lo cual, al parecer, se debía a la presión de los estratos. Una vez restaurado el cráneo, era imposible distinguirlo del de una mujer moderna. Estaba enterrado en barro marino, sin mezcla de arena amarilla y arcilla roja de estratos superiores. Se descartó la posibilidad de que el esqueleto hubiera sido introducido en la arcilla marina azul por alguna corriente, ya que la arci-

lla que lo cubría también formaba capas -estratos-, lo cual significaba que el esqueleto había ido quedando enterrado lentamente en la arcilla durante un largo período. Los geólogos que examinaron el lecho dijeron que era de mediados del plioceno, es decir, hace unos tres millones y medio de años, del mismo período que Lucy y la Primera Familia.

En 1883, el profesor Giuseppe Sergi, anatomista de la universidad de Roma, visitó el yacimiento y decidió que los diversos huesos y fragmentos de cráneo representaban un hombre, una mujer y dos niños. La zanja que se había cavado en 1880 seguía allí y Sergi pudo ver muy bien los estratos, todos ellos claros y separados. Se mostró de acuerdo en que no había la menor probabilidad de que los huesos hubieran llegado desde arriba arrastrados por el agua, toda vez que la arcilla roja era muy distintiva. En cuanto a un enterramiento, el esqueleto de mujer yacía boca abajo, lo cual indicaba claramente que había que descartar esa posibilidad.

Parecía, pues, que acababa de encontrarse la prueba irrefutable de la existencia del *Homo sapiens* en el plioceno.

Pero iba a surgir una complicación. En 1889, se halló otro esqueleto en Castenodolo. Éste yacía boca arriba en los ostrales y daba la impresión de que lo hubiesen enterrado. Sergi visitó el yacimiento de nuevo, en compañía de otro profesor, un tal Arthur Issel. Ambos opinaron que este esqueleto lo habían enterrado y que, por tanto, era probable que fuese más reciente. Pero al escribir sobre ello, la conclusión de Issel fue que esto demostraba que los esqueletos anteriores también habían sido enterramientos recientes, quizá perturbados por las faenas agrícolas. (Como no tenía ninguna relación con los esqueletos anteriores, no demostraba nada de esa índole.) Añadió que Sergi estaba de acuerdo con él. En cuanto a la geología, podían descartarse todos los esqueletos de Castenodolo porque eran del cuaternario.

Pero lo cierto era que Sergi no estaba de acuerdo con él, como dejaría bien claro más adelante. No vio absolutamente ningún motivo para cambiar su opinión de que los anteriores esqueletos eran del plioceno.

A continuación, Michael Cremo cita a un arqueólogo, el profesor R. A. S. Macalister, que, al escribir en 1921, empieza reconociendo que Ragazzoni y Sergi eran hombres de gran reputación y que, por tanto, su opinión debía tomarse en serio... luego agrega que «tiene que haber un error en alguna parte». Huesos del plioceno pertenecientes al *Homo sapiens* significaban un «una larga paralización de la evolución» , así que, prescindiendo de los indi-

cios que existieran, había que desestimar los anteriores esqueletos de Castenodolo. Cremo hace un comentario razonable en el sentido de que esto es aplicar ideas preconcebidas a los indicios. Si el *Homo sapiens* -o algo parecido a él- existía en el plioceno, entonces el hombre no ha evolucionado mucho en los últimos cuatro millones de años, y esto es contrario a la teoría darwiniana de la evolución. En tal caso, el tiburón también contradice la teoría de la evolución, porque no ha experimentado ningún cambio durante 150 millones de años.

En su libro *Secrets of the Ice Age* (1980), que se ocupa del mundo de los artistas de las cuevas de Cromañón, Evan Hadingham escribe:

> El revuelo que han causado descubrimientos recientes en África Oriental tiende a oscurecer un hecho importante: la historia más antigua del hombre no es de innovación rápida e ingenio, sino de estancamiento y conservadurismo casi inconcebibles. Ciertos rasgos de los primeros cráneos de homínido, en especial la forma de los dientes y las mandíbulas, permanecieron esencialmente invariables durante millones de años. Llama en particular la atención que la capacidad cerebral parezca haber sido de unos 600 a 800 centímetros cúbicos (un poco más de la mitad del promedio de capacidad moderna) durante un período de cerca de dos millones de años.

Es necesario explicar que la capacidad cerebral no es forzosamente una indicación de inteligencia. Aunque la media correspondiente a los seres humanos modernos es de 1.400 centímetros cúbicos, una persona puede ser inteligentísima con una capacidad muy inferior a la citada: el cerebro de Anatole France tenía sólo 1.000 centímetros cúbicos. Y por supuesto, el cerebro del hombre de Neandertal tenía 2.000 centímetros cúbicos. De modo que un antepasado humano con un cerebro de 800 centímetros cúbicos no sería por fuerza obviamente más tonto que un hombre moderno.

En el libro de Hadingham hay otra historia que podría considerarse aleccionadora. Cerca del lago Mungo, en Australia, se encontró una sepultura que contenía un «hombre moderno» y databa de hace unos 30.000 años; lo habían enterrado en almagre, sustancia que se utilizaba en las pinturas rupestres pero que también usaban mucho los neandertales. Pero en un lugar llamado Kow Swamp se hallaron restos de un pueblo mucho más

primitivo, desde el punto de vista físico. Databan del 10000 a. de C., esto es, de 20 mil años más tarde que el pueblo del lago Mungo. Estos dos tipos, el moderno y el primitivo, coexistían. Así que Cremo arguye que es posible que los australopitecos y un tipo de hombre más moderno coexistieran hace más de dos millones de años. Tenemos los indicios en el esqueleto de Reck, la mandíbula de Kanam, las huellas de Laetoli, así como los hallazgos de Ribeiro, los esqueletos de Castenodolo y los numerosos hallazgos que describió J. D. Whitney desde la Tuolume Table Mountain de California... pero se interrumpen con los modernos paleoantropólogos.

Cremo no arguye que haya algún tipo de conspiración científica que pretenda suprimir las pruebas de que la antigüedad del *Homo sapiens* puede ser mucho mayor de 100.000 años. Lo que arguye es que la antropología moderna ha creado una «historia del género humano» que es sencilla y coherente en el aspecto científico y no está dispuesta a aceptar la posibilidad de hacer cambios en un guión convenientemente libre de complicaciones.

Permítame resumir el citado «guión», tal como lo aceptaría la mayoría de los historiadores.

En África, hace unos doce millones de años, las exuberantes selvas del mioceno empezaron a desaparecer debido a la creciente escasez de lluvia; en el plioceno, siete millones de años después, las selvas ya habían dado paso a las praderas. Fue éste el momento en que nuestros antepasados humanos -algún mono tipo ramapiteco- decidieron bajar de los árboles y probar fortuna en las sabanas. Tres millones de años después, el mono había evolucionado hasta convertirse en el *Australopithecus afarensis.* A su vez, Lucy y los de su especie se transformaron en los dos tipos de australopiteco: el dartiano carnívoro y el vegetariano *A. robustus.*

Hace dos millones de años, volvieron las lluvias y empezó el pleistoceno con una glaciación que duró 65.000 años. Y durante el resto del pleistoceno hubo una serie de «interglaciales» -esto es, períodos cálidos que producían desiertos- a los que seguían glaciaciones, cuatro de cada. Durante este tiempo, el australopiteco aprendió a usar su ingenio y sus armas y empezó la rápida ascensión evolutiva que le convirtió en hombre: el *Homo habilis,* luego el *Homo erectus,* cuyo cerebro era el doble de grande del que poseía el australopiteco.

Luego, hace alrededor de medio millón de años, ocurrió otro acontecimiento misterioso que la ciencia no ha podido explicar: la «explosión del cerebro». En el período comprendido entre hace medio millón de años y la época moderna, el cerebro humano creció otro tercio y este crecimiento tuvo lugar principalmente en la parte superior, con la que pensamos. En *Génesis en África,* Robert Ardrey propone una teoría interesante para explicar por qué sucedió esto.

Sabemos que hace unos 700.000 años un meteorito gigante, o puede incluso que fuera un pequeño asteroide, estalló sobre el océano Índico y esparció unos fragmentos minúsculos -llamados «tectitas» en una zona de 51.800.000 kilómetros cuadrados. También se produjo una inversión de los polos de la Tierra y el Polo Norte se convirtió en el Polo Sur y viceversa. (Nadie sabe bien por qué sucedió esto, ni por qué ha ocurrido varias veces en la historia de la Tierra.) Durante este período la Tierra carecería de campo magnético y puede que esto diese lugar a un bombardeo de rayos cósmicos y partículas de alta velocidad que tal vez causaron mutaciones genéticas. Por la razón que fuese, el hombre evolucionó más en medio millón de años que en los anteriores tres millones.

La «explosión del cerebro» dio comienzo a la era del Hombre Verdadero. Los neandertales fueron un experimento evolucionista fallido que empezó hace unos 150.000 años (o posiblemente más del doble de años) y que fracasó porque estos hombres-monos no pudieron competir con el hombre de Cromañón, que destruyó al neandertal hace unos 30.000 años. Entonces el escenario quedó finalmente preparado para el hombre moderno.

Y de pronto, la historia se acelera mucho.

En Egipto, hace alrededor de 18.000 años, durante la glaciación, alguien se fijó en que las semillas que caían en las grietas que había en el limo de las orillas de las corrientes de agua se convertían en cosechas que podían recolectarse con hoces de piedra. Mil años más tarde, cazadores que habían aprendido a fabricar lámparas con soga y sebo pintaron animales en las cuevas de Lascaux, en Francia, no, como hemos visto, por razones artísticas, sino como parte de un ritual mágico cuyo fin era hacer que los animales cayeran en trampas.

Hace catorce mil años, cuando el hielo empezó a fundirse, cazadores asiáticos cruzaron el puente de tierra que había sobre lo que ahora es el estrecho de Bering y empezaron a poblar América. Otros aprendieron a fabricar embarcaciones y aparejos de pesca -arpones y anzuelos, por ejemplo- y a vivir de los mares. En Japón se hicieron los primeros cacharros

de cerámica. Hace doce mil años, los lobos fueron domesticados y se convirtieron en perros y luego, durante el siguiente milenio, les tocó el turno a las ovejas y las cabras.

Hace diez mil seiscientos años, surgió la primera ciudad amurallada en el valle del Jordán, el lugar que ahora denominamos Jericó, y la gente que residía allí recolectaba una planta silvestre llamada «trigo». Luego, durante los siguientes mil años, un accidente genético cruzó el trigo con la planta llamada «rompesacos» y creó una variedad más pesada y gruesa llamada «escanda». Un nuevo accidente genético cruzó la escanda con otra variedad de rompesacos y creó el trigo que se utiliza para elaborar pan, cuyos granos son tan pesados y están tan apretados que no se desparraman a impulsos del viento. Fue el hombre quien aprendió a cultivar este nuevo grano y con ello dejó de ser cazador-recolector para transformarse en agricultor. Añadió el ganado vacuno a su lista de animales domésticos, descubrió la manera de tejer la lana de oveja y de cabra para fabricar paño y aprendió a regar sus campos.

La revolución agrícola se extendió misteriosamente por todo el mundo; en África y en China se cultivó mijo; en América, alubias y maíz; en Nueva Guinea, caña de azúcar; en Indochina, arroz. Hace ocho mil años, la civilización tal como la conocemos había llegado a los confines de la Tierra. El pan se cocía en hornos; la cerámica, también. El cobre -que se encontraba en trozos en la superficie- era batido para fabricar cuchillas. Pero un día alguien reparó en que un líquido de color dorado manaba de un trozo de malaquita verde que había caído en una hoguera y que este líquido, al solidificarse, era cobre en estado puro. El siguiente paso consistió en meter la malaquita verde en un horno para cocer pan y recoger el cobre que salió de ella, con el cual podían fabricarse palas de hacha y puntas de flecha.

Lo malo era que el cobre no podía afilarse, pero el problema se resolvió hace unos 6.000 años al descubrirse que el arsénico tenía la propiedad de endurecer el cobre y formar una aleación. Lo mismo ocurría con el estaño, y el resultado fue el bronce, metal con la dureza suficiente para fabricar espadas. Junto con el animal recién domesticado al que llamaban «caballo» (cuyo tamaño era más o menos el de un poni actual), la espada permitió a una nueva casta, la de los guerreros, atemorizar a sus vecinos, de tal modo que cada vez eran más las ciudades que tenían que construirse con murallas.

También hace unos 6.000 años, alguien decidió que trabajar la tierra con la azada era un trabajo demasiado duro y que podía aligerarse atando

un buey a la azada. Y cuando el invento del arnés resolvió este problema el agricultor pudo usar una azada mucho más pesada -el arado- para abrir surcos en la tierra fina y seca del Oriente Medio. Al cabo de unos cuantos siglos, estos agricultores del Oriente Medio que usaban el arado se trasladaron al norte, talaron los bosques europeos y cultivaron la tierra que había sido demasiado dura para la azada. Fueron los antepasados de los actuales europeos.

El comercio entre ciudades hizo necesario disponer de algún signo que representara cosas tales como ovejas, cabras y cantidades de grano. De hecho, los primeros agricultores -hace unos diez mil años- habían modificado los «huesos para anotaciones» del hombre de la edad de piedra y los había transformado en tablillas de arcilla de diversas formas -cónicas, cilíndricas, esféricas, etcétera- que representaban los objetos con los que se podía comerciar. Hace cinco mil seiscientos años, en Sumeria, Mesopotamia, los contables del rey enviaban signos parecidos -en envases de arcilla- como liquidaciones de impuestos. El paso siguiente era obvio: imprimir las diversos formas en porciones de arcilla blanda y ahorrarse así la molestia de fabricar conos, esferas y cilindros. Pero después de que a alguien se le ocurriera utilizar arcilla blanda, evidentemente era cuestión de sentido común grabar en ella símbolos que representaran animales u hombres. Así se practicó por primera vez la escritura, que tiene derecho a que se la considere el más importante de todos los inventos humanos. Por fin podía el hombre comunicarse con otros hombres a pesar de la distancia y sin tener que confiar en la memoria del mensajero; ahora podía almacenar su propio conocimiento, del mismo modo que el hombre de la edad de piedra había almacenado las fases de la luna en trozos de hueso.

Y ahora -en esta etapa muy tardía del desarrollo de la civilización- llegó el invento que los hombres modernos tendemos a considerar el más grande de todos: la rueda. Nadie sabe con certeza cómo se produjo, pero lo más probable es que el inventor de la rueda fuese el alfarero mediterráneo, que hace unos 6.000 años descubrió que si era posible hacer que la arcilla húmeda girase en un torno, moldearla con las manos podía resultar más fácil. Pero ¿qué había que hacer para que un torno girase? La solución obvia era colocarlo en un eje vertical hincado en un agujero del suelo. Si luego era posible instalar otra rueda de madera en el eje ligeramente por encima del suelo, el alfarero podría hacerla girar con los pies. Cuanto más pesada era la rueda, más giraba a una velocidad constante.

Hasta entonces la ciencia del transporte se las había arreglado sin la

rueda, aunque es indudable que nuestros antepasados sabían que era posible mover objetos pesados sobre rodillos colocados uno al lado de otro. En las regiones donde nevaba, la respuesta era el trineo. Pero la idea de dos ruedas en un eje sugirió nuevas posibilidades. Por ejemplo, si se instalaban en un arado, resultaba más fácil tirar de él. Y cuatro de ellas instaladas debajo de un carro permitirían transportar en él una carga pesada.

La forma más sencilla de fabricar una rueda consistía en cortar un tronco en piezas circulares y planas. Pero el método tenía sus inconvenientes. Las líneas que cruzan en forma radial los anillos del árbol son líneas de debilidad y una rueda fabricada así no tarda en partirse. Un fleje de metal colocado alrededor del borde impide que se deshaga, pero sigue siendo fatalmente débil. La respuesta consistía en unir varios tablones hasta formar un cuadrado y cortarlo después en forma de círculo. Luego, un fleje de metal clavado alrededor del borde lo convertía en una rueda muy duradera.

Pero si se clavaban dos ruedas en los extremos de un eje, ¿cómo podían hacerse girar? Una de las primeras soluciones fue hacer que girase el eje, para lo cual se sujetaba debajo del carro (o arado) con correas de cuero o flejes de metal. La tecnología resolvió pronto este problema dejando un pequeño hueco entre el eje y el centro de la rueda. Este hueco incluso podía rellenarse con clavijas cortas y cilíndricas que reducían la fricción: los primeros rodamientos.

Y así, hace aproximadamente 5.500 años, el hombre mediterráneo produjo sus dos aportaciones más importantes a la historia: la escritura y la rueda. La escritura consistía en toscos «símbolos pictográficos» y la rueda estaba hecha con toscos segmentos; pero ambas cosas cumplían su función admirablemente. Y si la civilización hubiera sido tan pacífica y estable como en los primeros tiempos de la agricultura, tal vez ambas cosas hubieran permanecido invariables durante otros cuatro mil años. Pero en la historia de la humanidad estaba a punto de entrar otro factor que aceleraría el ritmo del cambio: la guerra.

La domesticación del caballo y el descubrimiento del bronce ya habían creado un nuevo tipo de ser humano: el guerrero. Pero los primeros guerreros se limitaban a defender su propio territorio y, de vez en cuando, a robar el ajeno. Ahora, al transformarse las poblaciones en ciudades y aumentar la prosperidad de éstas, sus gobernantes se volvieron más poderosos. Inevitablemente, estos gobernantes empezaron a pensar en la expansión -que significaba conquista y ésta, a su vez, impuestos-. Durante los dos o tres siglos que siguieron a la invención de la rueda, empezó en el

Oriente Medio la era de los reyes guerreros. Pero la guerra exigía carros rápidos y los carros sólo podían ser rápidos si sus ruedas eran ligeras. El resultado fue la invención de la rueda de radios. Y cuando se instalaron cuchillas en ellas, estas ruedas pasaron a ser un arma temible en las batallas. Akad, la parte septentrional de Babilonia, se convirtió en el primer imperio del mundo, y hace 4.400 años su rey ya se hacía llamar «emperador de todos los países de la tierra».

Los «imperios» requerían comunicación entre sus partes más distantes y la antigua y tosca pictografía ya no era suficientemente flexible. Hace unos 4.400 años, algún escriba de Mesopotamia tuvo una de las ideas más inspiradas de la historia de la humanidad: crear un tipo de escritura que se basara en el lenguaje humano en vez de en dibujos de objetos. Dicho de otro modo, que determinado símbolo representara una sílaba. Dos mil años después, los chinos inventarían una forma de escritura basada en los antiguos símbolos pictográficos... con el resultado de que el chino tiene unos ochenta mil símbolos. El genio que ideó la «escritura silábica» en la Tierra de los Dos Ríos había dado uno de los saltos imaginativos más importantes de la historia del género humano.

Más o menos en aquella misma época, jinetes procedentes de las estepas de Rusia bajaron hacia el sur y penetraron en lo que actualmente es Turquía. Estos «aurigas» tenían la piel clara en comparación con el hombre mediterráneo y, al penetrar como un vendaval en China y la India, llevaban consigo la lengua y la cultura que más adelante se llamarían «indoeuropeas».

Mientras tanto, en la otra orilla del Mediterráneo, en Egipto, las tribus nómadas ya se habían unido bajo un solo rey -el legendario Menes- hace 5.200 años, y los egipcios pronto harían su aportación a la historia de los inventos humanos al descubrir la momificación, hace unos 4.600 años; y convirtiendo las tumbas reales -las llamadas «mastabas»- en pirámides construidas con enormes bloques de piedra. En unos cuantos cientos de años, los egipcios habían avanzado asombrosamente en las ciencias, las matemáticas, la astronomía y la medicina...

Y aquí, por supuesto, es donde empezó el presente libro.

Lo que antecede es un resumen de lo que podríamos llamar «historia convencional». Y ya hemos visto que deja muchas preguntas sin respuesta.

Hapgood expresó una de las objeciones principales en *Maps of the Ancient Sea Kings:* que hay indicios de la existencia de una civilización mundial de navegantes en los tiempos en que en la Antártida no había hielo, posiblemente alrededor de 7000 a. de C. No cabe duda de que el mapa de Piri Re'is y otros portulanos constituyen hasta ahora la prueba más concluyente de que hay algo que no está bien en la «historia convencional».

Pero si el único propósito de estas objeciones fuera retrasar unos cuantos miles de años el origen de la civilización, el esfuerzo no valdría la pena. Tampoco serviría de nada sugerir la posibilidad de que el hombre exista desde hace un millón y pico más de años. En lo que se refiere a la civilización de navegantes de Hapgood, da lo mismo que la antigüedad del hombre sea de dos o diez millones de años.

Son las consecuencias de la «historia alternativa» lo que tanta importancia tiene.

Lo que sugiere Cremo es que hay indicios de que seres de anatomía parecida a la del hombre moderno existían ya en el mioceno o puede que incluso antes.

Si estos seres hipotéticos se parecían en su anatomía, entonces andaban con el cuerpo erguido, lo cual les dejaba las manos libres... lo cual, a su vez, induce a pensar que utilizaban herramientas, aunque se tratara sólo de toscos útiles de piedra, eolitos. El uso de herramientas no sólo exige cierto nivel de inteligencia, sino que también tiende a que ésta avance. El hombre que emplea herramientas, al encontrarse ante algún problema que podría resolverse utilizándolas, estudia las diversas posibilidades y hace que su cerebro trabaje.

En tal caso, ¿por qué el *Homo sapiens* no apareció mucho antes? Porque tendemos a vivir mecánicamente. Siempre y cuando podamos comer, beber y satisfacer nuestras necesidades básicas, no sentimos ninguna necesidad de innovar. Los experimentos modernos han indicado que a los monos se les puede enseñar a comunicarse mediante el lenguaje de los signos y a pintar. Poseen la inteligencia necesaria para ello. Entonces, ¿por qué no han cultivado estas capacidades en el curso de su evolución? Porque no tenían a nadie que les enseñara. Hay muchísima diferencia entre la inteligencia y el hacer uso óptimo de la misma... lo cual resulta claro en el comentario de Wynn en el sentido de que las pruebas de inteligencia de Piaget revelaron que los fabricantes de herramientas de hace 330.000 años eran tan inteligentes como los hombres modernos.

Entonces, ¿por qué el hombre de hace medio millón de años empezó a

evolucionar tan rápidamente? Ardrey podría tener razón; quizá algún acontecimiento externo, como la gran explosión que cubrió la Tierra de tectitas, provocó alguna mutación genética. Sin embargo, eso en sí mismo no daría toda la respuesta. Hemos visto que los neandertales tenían un cerebro mucho mayor que el del hombre moderno, pero que, a pesar de ello, no se transformaron en el *Homo sapiens sapiens.*

Si el hombre hubiera adquirido súbitamente la capacidad de usar herramientas, tendríamos la explicación obvia. Pero la Primera Familia de Johanson ya utilizaba herramientas toscas tres millones de años antes. Y no puede explicarse atendiendo a algún cambio climático que representara un obstáculo, ya que el mal tiempo del pleistoceno ya había durado un millón y medio de años.

Otra sugerencia verosímil es que el hombre empezó a adquirir la capacidad de hablar hace medio millón de años: esto es, que empezó a pronunciar algo más que gruñidos. Pero esto se presta a una objeción obvia: ¿qué quería decir? Una comunidad cazadora primitiva no necesita el lenguaje más que una manada de lobos. El lenguaje aparece como respuesta a cierta complejidad en la sociedad: por ejemplo, toda tecnología nueva requiere palabras también nuevas. Pero la sociedad primitiva no tenía tecnología nueva. Así que la teoría del lenguaje es presa de la misma objeción que la teoría de las herramientas.

El antropólogo húngaro Oscar Maerth incluso hizo la interesante sugerencia de que la respuesta puede radicar en el canibalismo. En 1929, un paleontólogo llamado Pie Wen-Chung había descubierto en unas cuevas cerca de Chukutien el cráneo petrificado de uno de los más antiguos antepasados del hombre. Parecía un chimpancé más que un ser humano, y su colaborador Teilhard de Chardin opinó que sus dientes eran de animal de presa. Tenía la frente hundida, cejas enormes y mentón huidizo. Pero el tamaño del cerebro era el doble del de un chimpancé: 800 centímetros cúbicos frente a 400. Y a medida que fueron encontrándose más extremidades, cráneos y dientes, se hizo evidente que este animal de presa caminaba con el cuerpo erguido. Al principio pareció que era el eslabón perdido que se buscaba desde hacía tanto tiempo, pero los indicios pronto demostraron que no lo era. El «Hombre de Pekín» (como lo llamaron) conocía el uso del fuego... su comida preferida era la carne de venado. Este ser, que había vivido hace medio millón de años, era un verdadero ser humano.

Era también caníbal. La totalidad de los 40 cráneos descubiertos en Chukutien estaban mutilados por la base de un modo que formaba un hueco

por el que podía meterse la mano para sacar el cerebro. Franz Weidenreich, el científico encargado de la investigación, dijo que no le cabía ninguna duda de que los seres habían sido sacrificados en masa, arrastrados al interior de las cuevas, asados y comidos. ¿,Por quién? Seguramente por otros hombres de Pekín. En otras cuevas de la zona se encontraron rastros del hombre de Cromañón y también había indicios de canibalismo.

Como sabemos, hay indicios que hacen pensar que el hombre de Cromañón practicaba el canibalismo. El propio Maerth afirma que un día después de comer cerebros de mono crudos en un restaurante asiático experimentó una sensación de calor en el cerebro y de vitalidad intensificada, incluido un fuerte impulso sexual. El canibalismo ritual -que Maerth estudió en Borneo, Sumatra y Nueva Guinea- se basa en la creencia de que la fuerza del enemigo muerto pasa a la persona que se lo come, y bien podría basarse esto en la experiencia de vitalidad intensificada que describió Maerth, que cree que «la inteligencia puede comerse».

La teoría de Maerth plantea un problema obvio. Si comer cerebros humanos produjera inteligencia, entonces las pocas tribus del sudeste asiático que siguen practicando esta costumbre deberían ser mucho más inteligentes que los occidentales, cuyos antepasados la abandonaron hace miles de años; y no parece que sea así. Además, para explicar el ritmo de la evolución del hombre a partir de hace unos 500.000 años, necesitaríamos muchas más pruebas de canibalismo generalizado y sencillamente no las tenemos. Así pues, a regañadientes, hay que considerar que la teoría del canibalismo no está probada.

El problema de la «historia convencional» que hemos descrito en líneas generales es que da a entender que el hombre es esencialmente pasivo. Se le caen una semillas en una grieta del suelo y se da cuenta de que se convierten en cosechas. Mueve una pesada carga sobre rodillos y se da cuenta de que una «rodaja» de rodillo se convierte en una rueda. Todo resulta así de casual, de forma bastante parecida a la selección natural de Darwin.

Ahora bien, es verdad que el hombre es un ser pasivo que se encuentra en sus mejores momentos cuando tiene que hacer frente a una dificultad. Pero lo que es tan importante en él es precisamente esa capacidad asombrosa de responder a las dificultades. Lo que le distingue de todos los demás animales es la decisión, la fuerza de voluntad y la imaginación con que afronta las dificultades. Éste es el verdadero secreto de su evolución.

Los paleoantropólogos han pasado por alto una explicación obvia del avance de la evolución: la sexualidad. En el plano sexual, la principal diferencia entre los seres humanos y los animales estriba en que las hembras humanas son sexualmente receptivas todo el año. La hembra del mono es receptiva al macho sólo durante una semana al mes.

En algún momento de la historia, la hembra humana dejó de estar «caliente» durante unos cuantos días al mes y se volvió receptiva al macho en cualquier momento. La explicación más verosímil es que cuando los cazadores pasaban varias semanas seguidas -o quizá veranos enteros[2]- lejos de la tribu, esperaban su recompensa sexual al volver, tanto si la hembra estaba receptiva como si no. Las hembras que no ponían objeción criaban más de su clase, mientras que las que sí ponían, reparos fueron extinguiéndose gradualmente por selección natural.

En algún momento de su evolución, las características sexuales de las hembras humanas se hicieron más pronunciadas: labios carnosos, senos grandes, nalgas y muslos redondeados. Los genitales de la hembra del chimpancé se hinchan y se vuelven de color de rosa vivo cuando está en celo; puede ser que estas características se transmitieran a la boca femenina. Robert Ardrey comentó: «La sexualidad es secundaria en el mundo de los animales», pero en el mundo de los seres humanos empezó a desempeñar un papel cada vez más importante cuando las mujeres se volvieron permanentemente receptivas y sus características sexuales se hicieron más pronunciadas. El vello menos espeso y el contacto cara a cara durante el apareamiento hicieron que las relaciones sexuales fueran mucho más sensuales.

En este momento de la evolución, los machos tendrían un motivo poderoso para ser competitivos. La presencia de hembras sin pareja introdujo un nuevo motivo de excitación. Mientras los cazadores se hallaban ausentes, las niñas flacuchas se convertían súbitamente en adolescentes núbiles. En anteriores grupos tribales, el único propósito del cazador era matar animales. Ahora el cazador más poderoso podía elegir entre las hembras más atractivas. Así que de pronto apareció una motivación muy fuerte para convertirse en un gran cazador: la recompensa de las relaciones sexuales.

Por supuesto, no hay ninguna prueba en absoluto de que la «explosión del cerebro» estuviera relacionada con los cambios sexuales que tuvieron lugar en la mujer. Sin embargo, a falta de otra hipótesis convincente, parece

2. «A la vida encerrada que se llevaba en invierno la seguía una existencia de nómadas en campamentos, durante la cual los cazadores se alojaban en (sigue en la pág. siguiente)

muy verosímil. Basta con que pensemos en el enorme papel que el romanticismo sexual ha interpretado en la historia de la civilización para que nos demos cuenta de que siempre ha sido una de las más poderosas motivaciones humanas. Antonio y Cleopatra, Dante y Beatriz, Abelardo y Eloísa, Lancelot y Ginebra, Romeo y Julieta, Fausto y Margarita: todos ejercen en nosotros la misma fascinación que ejercieron en nuestros tatarabuelos. Desde el punto de vista psicológico, el romanticismo sexual es todavía la fuerza más potente en la vida de los seres humanos. Puede que Goethe dijera algo que tenía sentido desde el punto de vista biológico cuando escribió: «La mujer eterna nos atrae hacia arriba».

Una vez más, la pregunta obvia es: ¿Qué importa si el hombre se hizo más «humano» por medio de la sexualidad, del lenguaje o de algún accidente genético relacionado con las tecticas?

Y esta vez la respuesta tiene que ser que importa mucho. Nos recuerda que un hombre impulsado por el deseo de poseer a cierta hembra es un individuo con un gran propósito. Ya hemos señalado que la evolución tiende a permanecer detenida cuando los individuos no tienen ningún motivo para evolucionar. Lo mismo es aplicable a los individuos; pueden tener talento y ser inteligentes y, a pesar de ello, malgastar su vida porque por alguna razón carecen de motivación para hacer uso de estas facultades. La mejor suerte que puede tener cualquier individuo es poseer un sentido muy claro de cuál es su meta.

Puede que sea verdad y puede que no lo sea que el *Homo sapiens* evolucionó a partir de una clase de romanticismo sexual. Pero la posibilidad sirve para llamar nuestra atención sobre una idea de importancia fundamental: que, dado que la evolución del *Homo sapiens* ha sido una evolución mental (como da a entender la palabra *sapiens),* quizá la causa de esa evolución deberíamos buscarla en el reino de la motivación y el propósito más que en el reino de la selección natural y la casualidad. Tal vez deberíamos hacer esta pregunta: ¿qué sentido de su meta pudo transformar al *Homo sapiens* en el *Homo sapiens sapiens*?

refugios de roca poco profundos y bien situados... Estaban siempre en marcha, siguiendo a los animales hervíboros a los que cazaban.» Raymond Lantier, citado por Alexander Marshack, *The Roots of Civilisation,* 1972, p. 371.

8

MÁS ARQUEOLOGÍA PROHIBIDA

Hay otra fuerza que distingue a los seres humanos de los animales: la religión.

Por alguna razón extraña que nadie ha podido explicar, el hombre ha sido siempre un animal religioso. Los escépticos del siglo XVIII trataron de explicarlo de forma convincente diciendo que era una mera superstición: el hombre temía a las fuerzas naturales, así que personalizó los truenos y relámpagos como dioses y a ellos elevó sus rezos. Pero esto no explica por qué nuestros antepasados durante la glaciación de Riss, hace más de 200.000 años, quisieron hacer esferas perfectamente redondas, cuando no había ninguna aplicación práctica obvia para ellas. Al parecer, la única explicación posible es que son objetos religiosos, una especie de disco solar. Y el *Homo erectus* -o quienquiera que las hiciese- sin duda no tenía ninguna necesidad de temer al sol.

Asimismo, ciertas herramientas de pedernal que datan de la glaciación de Riss muestran una factura compleja que las eleva a la categoría de obras de arte, puesto que es indudable que van mucho más allá de cualquier requisito práctico. En Boxgrove, en los Cotswolds, se hallaron herramientas parecidas que datan de hace medio millón de años. Esto induce a pensar que o bien los fabricantes de herramientas eran unos artistas que se enorgullecían de su trabajo -y encontraban en él un medio de «realizarse», como dice el psicólogo Abraham Maslow- o que las herramientas eran objetos rituales que estaban relacionados con sacrificios religiosos y posíble-

mente con el canibalismo ritual. En ambos casos volvemos a tener indicios claros de que el hombre había evolucionado hasta dejar muy atrás la etapa del mono, incluso cuando su aspecto continuaba siendo muy simiesco.

Ahora bien, el impulso religioso se basa en la sensación de que hay un significado oculto en el mundo. Los animales consideran el universo como algo muy natural; pero la inteligencia lleva aparejada una sensación de misterio y busca respuestas donde la estupidez ni tan sólo es capaz de percibir interrogantes. Las montañas o los árboles gigantescos se convierten en dioses; los relámpagos y los truenos, también; y lo mismo el sol, la luna y las estrellas.

Pero ¿por qué adquirió el hombre esta sensación de misterio, de significados ocultos? Hemos visto que la explicación racionalista -que dicha sensación se basa en el miedo- es insuficiente. Cuando un animal contempla el maravilloso espectáculo de un amanecer o un crepúsculo lo percibe solamente como un fenómeno natural. El hombre, en cambio, lo percibe como algo hermoso; el amanecer o el crepúsculo despierta cierta respuesta en él, igual que el aroma de la comida al prepararla. Pero la respuesta al aroma de la comida se debe al hambre física. ¿Qué clase de hambre despierta un crepúsculo? Si pudiéramos responder a esa pregunta, responderíamos a la pregunta de por qué el hombre es un animal religioso.

Pero al menos podemos empezar. Cuando Émile Cartailhac vio los grabados de la cueva de Laugerie-Basse en Les Eyzies, reconoció inmediatamente que «hay aquí algo más que la prueba de un maravilloso temperamento artístico; aquí intervienen motivos e intenciones que desconocemos...». Descartó la idea de que el hombre de Cromañón pintara porque tenía tiempo libre y señaló que los habitantes de las islas de los mares del Sur disponen de mucho tiempo libre pero casi nunca pintan en las rocas. En cambio, los bosquimanos que a duras penas subsistían produjeron abundancia de arte rupestre.

Fueron los aborígenes australianos y los indios de América quienes finalmente proporcionaron la respuesta: los dibujos tenían finalidades mágicas. Su objetivo era crear una relación entre el cazador y su presa. El antropólogo Ivar Lissner lo explica en *Man, God and Magic:* «Se hechiza a un animal por medio de su efigie, y el alma del animal vivo corre la misma suerte que el alma de su segundo ser... Un cazador también puede representar la muerte de su presa de manera ceremonial matándola en efigie, utilizando ciertos rituales muy antiguos...».

Así que tenemos una prueba más de que el hombre antiguo era un animal supersticioso. Pero ¿cómo es posible que fuera un animal tan estúpido que no cayese en la cuenta de que su magia no daba resultados... que cuando el chamán de la tribu celebraba alguna ceremonia complicada para atraer a los bisontes o los renos al lugar donde los cazadores les habían tendido una emboscada, los animales sencillamente no hacían acto de presencia?

Dicho de otro modo, si la magia era ineficaz, ¿por qué el hombre no la abandonó al cabo de unas cuantas generaciones?

Los escépticos contestarán que probablemente rezar no sirve para nada y, pese a ello, las personas siguen rezando. Pero se trata de un caso totalmente distinto. Las plegarias parecen encontrar respuesta con la frecuencia suficiente para dar pábulo a más plegarias; los escépticos afirman que son coincidencias o ilusiones vanas, y no hay ninguna manera obvia de decidir quién tiene razón. Pero un chamán tribal -como los que aparecen pintados en tantas cuevas de Dordoña- celebra un largo y complicado ritual la noche antes de la cacería y su objetivo es atraer animales a un lugar determinado. Si una y otra vez no daba resultado, los cazadores pronto se percatarían de que era una pérdida de tiempo.

De hecho, hay indicios interesantes de que, por alguna razón extraña, sí parece dar resultados.

Llama la atención que chamanes de todo el mundo, de culturas sin ninguna relación entre sí, tengan las mismas creencias básicas y los mismos métodos básicos.

En el volumen *Primitive Mythology* de su obra *Las máscaras de Dios,* publicada en 1959 (Alianza Editorial, Madrid, 1991), Joseph Campbell, refiriéndose a la tribu ona de Tierra del Fuego y a los indios nagajnek de Alaska, comenta: «Sacados... de las dos comunidades cazadoras más primitivas de la Tierra, en polos opuestos del mundo, sin comunicación, ciertamente durante milenios, con ningún punto común de origen tradicional... los dos grupos tienen, no obstante, el mismo concepto del papel y el carácter del chamán...».

Cita un ejemplo de magia chamánica que observó el antropólogo E. Lucas Bridges y que al principio decepciona porque parece un truco de prestidigitación. Bajo la nieve y a la luz de la luna, el chamán ona Houshken canta una salmodia durante un cuarto de hora antes de llevarse las manos a la boca y sacar una tira de piel de guanaco, más o menos del tamaño de un

cordón de zapato. Luego aparta lentamente las manos hasta que la tira adquiere alrededor de 1,20 metros de longitud. Entonces entrega uno de los extremos a su hermano, que retrocede hasta que los 1,20 metros se convierten en unos 2,40. Seguidamente Houshken vuelve a coger la tira, se lleva la mano a la boca y se traga la tira. «Ni siquiera un avestruz hubiera podido tragarse 2,40 metros de piel de un solo golpe y sin ningún esfuerzo visible.»

Houshken no ha escondido la tira en una manga porque va desnudo. Después de esto, se saca de la boca algo que semeja masa de pan semitransparente que parece estar vivo y gira a gran velocidad. Luego, al separar más las manos, la «masa de pan» sencillamente desaparece. De nuevo da la impresión de que se trata de un juego de manos hasta que recordamos que el chamán está desnudo.

Un libro titulado *Wizard of the Upper Amazon* es tal vez la crónica más clara y más detallada que ofrece la literatura atropológica de la formación y la evolución de un chamán. En esta obra, que se ha convertido en un clásico de su campo, el explorador F. Bruce Lamb hace de amanuense de un joven peruano llamado Manuel Córdova, que en 1902 fue secuestrado por los indios amahuacas de Brasil. Córdova pasó siete años entre los indios y da cuenta detallada de su forma de vivir.

Y como Córdova llegó a ser jefe de la tribu, también nos permite empezar a comprender lo que debía representar ser un cacique-chamán en el paleolítico. Para comprenderlo del todo, es necesario leer el libro entero, que transmite el notable sentido de unidad que existe en una tribu primitiva, en la cual cada uno de sus miembros es, en cierto modo, parte de un organismo. Pero la siguiente crónica breve servirá al menos para que quede claro por qué la «magia» parece desempeñar un papel inevitable en la existencia de los cazadores que viven en estrecho contacto con la naturaleza.

Uno de los capítulos más notables de *Wizard of the Upper Amazon* describe cómo el anciano jefe Xumu preparó a Córdova durante diez días con una dieta especial, que incluía brebajes que producían vómitos y diarrea y aceleraban los latidos del corazón. Luego, con otros miembros de la tribu, recibió un «extracto de visión» cuyo efecto fue inundarle de extrañas sensaciones, colores y visiones de animales y otras formas naturales. Hicieron falta muchas de estas sesiones antes de que Córdova pudiera dominar el caos que la droga producía... y que era el objetivo. Finalmente,

una noche los indios se internaron mucho en la selva y pasaron varias horas recogiendo enredaderas y hojas. Luego trituraron lo que habían recogido y con un complicado ritual (salmodias incluidas) lo metieron en la olla de barro cocido. Los preparativos continuaron durante tres días y, una vez terminados, el extracto verde se echó en unos cacharros pequeños.

Un cazador que pasaba por una temporada de mala suerte se acercó al jefe de la tribu y describió una serie de percances debido a los cuales su familia estaba medio muerta de inanición. El jefe le dijo que volviera la noche siguiente para la ceremonia del «extracto de visión» *(honi xuma).*

En la ceremonia participó un grupo numeroso. Poco después de beber el extracto, empezaron las visiones en colores, que todos compartieron. El «canto de la boa» trajo una gigantesca boa constrictor que cruzó el claro de la selva seguida por otras serpientes, luego por un largo desfile de pájaros, entre los que había un águila gigantesca, que extendió las alas delante de ellos, les miró con ojos amarillos y centelleantes y abrió y cerró el pico varias veces. Después vinieron muchos más animales y Córdova explica que ya no recuerda muchas cosas de lo que sucedió, «porque el conocimiento no tenía su origen en mi conciencia ni en mi experiencia». Continuó toda la noche.

Al día siguiente, el jefe, Xumu, preguntó al cazador «con mala suerte» si ahora podía dominar a los espíritus de la selva. El hombre contestó que su comprensión se había renovado y que la selva satisfaría todas sus necesidades.

Más adelante, Córdova se fue de caza. El día antes se celebraron complicados rituales, con bebida de pociones, baños de hierbas y exposición del cuerpo a varias clases de humos producidos quemando el pelo de un animal y plumas de un ave a la que cazarían. En medio de la ceremonia final, un búho se posó en una rama; los cazadores bailaron alrededor del animal mientras entonaban una salmodia ritual y le pedían que dirigiera sus flechas hacia los diversos animales que fueron nombrando. Finalmente, el búho se fue volando y se acostaron todos.

Córdova describe la cacería y cuenta que tuvo que aprender a reconocer todas las señales de la selva: el olor de los mamíferos o las serpientes, el significado de una ramita quebrada o de una hoja caída. Y después de dar muerte a varios cerdos silvestres, el jefe del grupo de cazadores le describió el método que empleaban para tener la certeza de que los cerdos pasaran siempre por allí. Primero hay que matar al jefe de la manada, que suele ser una hembra, y enterrar su cabeza en un agujero pro-

fundo, de cara a la dirección contraria a la que siguen los animales, en medio de salmodias rituales dirigidas a los espíritus de la selva. Si esto se hace correctamente, seguro que los cerdos pasarán siempre por aquel lugar cuando recorran su territorio, y si observan los hábitos de los animales, los cazadores siempre pueden estar al acecho cuando vuelvan.

Una noche oyeron la peculiar llamada de un insecto. Los cazadores se pusieron alerta al instante y dos de ellos se internaron sigilosamente en la selva. Al cabo de unas horas, volvieron con un insecto envuelto en una hoja. Hicieron una jaula diminuta y explicaron que la posesión de un *wyetee tee* garantizaría buena caza. Al día siguiente, los cazadores se escondieron en chozas camufladas en los árboles alrededor del claro de la selva. Tal como habían predicho, el *wyetee tee* trajo tal abundancia de caza que tuvieron que construir otro tendedero para ahumarla.

Andando el tiempo, Xumu eligió a Córdova como sucesor. No lo hizo sencillamente porque Córdova supiera disparar con un fusil y tuviese espíritu empresarial suficiente para enseñar a la tribu a fabricar y vender caucho, sino porque poseía la clase de sensibilidad que le permitiría comprender a sus compañeros.

> Durante mi formación me di cuenta de que se producían cambios sutiles en mi proceso mental y en mis modos de pensamiento. Me fijé en un aceleramiento mental y en cierta clarividencia que me permitía prever acontecimientos y reacciones de la tribu. Concentrando mi atención en un solo individuo, podía adivinar sus reacciones y propósitos y prever lo que haría o lo que pensaba hacer... El anciano dijo que mi facultad de prever y conocer los acontecimientos futuros mejoraría y aumentaría, también que podría localizar e identificar objetos desde una gran distancia.

En efecto, Córdova tuvo visiones de la muerte de su madre que, al volver a la civilización, comprobó que habían sido acertadas.

El jefe indio también poseía esta facultad de la clarividencia. «Esperamos en el poblado durante muchos días después de que saliera el grupo de cazadores. Finalmente, el jefe dijo que volverían al día siguiente...». Y por supuesto, Xumu tenía razón.

En todo el libro se ve claramente que gran parte de la «magia» de los indios es una especie de telepatía. Cuando Xumu se interna con él en la sel-

va para una iniciación mágica, a Córdova no le cabe ninguna duda de que entre ellos hay comunicación telepática.

«El jefe habló en tono bajo, agradable: "Empiezan las visiones". Había captado por completo mi atención con estas palabras de magia. Al instante noté que desaparecían las barreras que pudiera haber entre nosotros; éramos como uno solo.»

Entonces el jefe hace que aparezcan visiones que Córdova comparte. La explicación de los escépticos -que el jefe no hace más que utilizar la sugestión- no se ajusta a los hechos. El jefe dice: «Empecemos por los pájaros», y aparece la imagen increíblemente detallada de un pájaro; «Nunca había percibido yo imágenes visuales tan detalladas... Entonces el jefe hizo que apareciese una hembra y el macho ejecutó su danza de apareamaiento. Oí todos los cantos, llamadas y otros sonidos. Su variedad superaba todo lo que había oído hasta entonces».

Más adelante hay otra descripción larga de visiones que compartió toda la tribu. Después de beber el «extracto de visión», una salmodia da origen a una procesión de animales, entre los que hay un jaguar enorme. «Este animal tremendo avanzaba arrastrando los pies y con la cabeza baja, la boca abierta y la lengua colgando. Dientes horribles y grandes llenaban la boca abierta. Un cambio instantáneo de porte para adoptar un aire de alerta malévola hizo temblar al círculo de visionarios de fantasmas».

De hecho, Córdova se dio cuenta de que era él quien había provocado la aparición del jaguar, con el que una vez se había encontrado en un sendero de la selva y al que había mirado fijamente hasta obligarle a apartar los ojos. Los demás miembros de la tribu también reconocieron esto y el resultado fue que dieron a Córdova el apodo de «Jaguar».

Córdova habla luego de escenas de combate con tribus enemigas y con los caucheros invasores que habían obligado a los amahuacas a buscar nuevos territorios. Tiene visiones de un poblado en llamas y del jefe matando a un plantador de caucho. El «espectáculo» termina con escenas en su nuevo poblado. Es obvio que en esta sesión visionaria todos ven lo mismo, como si estuvieran sentados en un cine viendo una película; pero la película es una creación de sus propias mentes. En su introducción a *Wizard of the Upper Amazon,* Andrew Weil, investigador de Harvard, comenta: «Evidentemente, estos indios experimentan el inconsciente colectivo como una realidad inmediata, no sólo como una construcción intelectual».

Más adelante, Córdova cuenta que al morir el anciano jefe, él ocupa su lugar. Descubre que durante las visiones causadas por la droga, las salmodias le permiten controlar lo que se ve.

> Por complicadas y extrañas que fueran las visiones, obedecían a mis deseos tal como los expresaba cantando. Cuando se dieron cuenta de que yo dominaba sus visiones, todos los hombres consideraron que mi posición era infinitamente superior a la suya. Adquirí al mismo tiempo una conciencia más aguda de mi entorno y de la gente que tenía a mi alrededor... una sensación de clarividencia que me permitía prever cualquier situación difícil que pudiera producirse...

También hereda del anciano jefe la facultad de hacer uso de sus sueños. «Una noche, en el campamento de la boa, en sueños tuve visiones de que algo iba mal en Xanada...» Al volver, pudo comprobar que una tribu vecina estaba invadiendo su territorio.

Cuando finalmente regresó a la civilización, Córdova conservó lo que el anciano jefe le había enseñado. Las visiones de la muerte de su madre -durante una epidemia de gripe- resultaron ciertas. Y «por extraño que pueda parecerles, como mínimo he visto por anticipado otros dos acontecimientos importantes de mi vida. Explíquenlo como les plazca, pero yo creo que fue resultado de lo que me enseñó Xumu».

Un escéptico objetaría que todas estas cosas no prueban nada. Córdova sencillamente había tomado parte en rituales que los indios creían que producirían resultados y cuando llegaron los resultados creyeron que su magia había sido la causa. Sin embargo, esto es sencillamente todo lo contrario de la impresión que transmite *Wizard of the Upper Amazon,* en el que no puede haber duda alguna, como dice Andrew Weil, de que estamos hablando del «inconsciente colectivo» como de una realidad cotidiana.

El siguiente ejemplo de poder chamánico no puede explicarse diciendo que fue algún tipo de autoengaño colectivo.

Sir Arthur Francis Grimble era un administrador colonial británico que en 1914 pasó a desempeñar el cargo de comisario residente en las islas Gilbert, en el océano Pacífico. Más adelante describiría los cinco años que pasó en la islas en una deliciosa autobiografía titulada *Pattern of Islands* (1952), que

obtuvo un merecido gran éxito. El libro se ocupa principalmente de la vida cotidiana y el autor utiliza un tono realista que es muy apropiado. Sin embargo, en uno de los capítulos describe un acontecimiento tan extraño que parece no tener ninguna explicación normal.

Un anciano jefe llamado Kitiona criticó la delgadez de Grimble y le recomendó que comiese carne de marsopa. Grimble preguntó cómo podía adquirir carne de marsopa y le dijeron que el primo hermano de Kitiona, que vivía en el poblado de Kuma, era «llamador de marsopas» hereditario.

Grimble había oído hablar de lo de «llamar a las marsopas», es decir, de que ciertos chamanes poseían la facultad de hacer que las marsopas salieran a la orilla mediante alguna clase de magia; Grimble la clasificaba con el truco indio de la soga. Preguntó cómo se hacía y le contestaron que dependía de poder tener cierto sueño. Si el «llamador de marsopas» lograba tener dicho sueño, el espíritu salía de su cuerpo y podía visitar a la gente-marsopa e invitarla a un banquete y un baile en el poblado de Kuma. Cuando las marsopas llegaban al puerto, el espíritu del soñador, regresaba apresuradamente a su cuerpo y alertaba a la tribu...

Grimble se mostró interesado y Kitiona prometió que mandaría su canoa a buscarle cuando su primo estuviese preparado.

A su debido tiempo llegó la canoa y Grimble fue llevado a Kuma. Llegó acalorado, sudoroso e irritable, y fue recibido por un hombre gordo y amistoso que le explicó que era el «llamador de marsopas».

El hombre se metió en una choza protegida por hojas de cocotero recién trenzadas. «Emprendo mi viaje», dijo al despedirse. Grimble se instaló en la choza contigua.

Dieron las cuatro, que era la hora en que debían producirse resultados según había prometido el mago; no pasó nada. Sin embargo, las mujeres estaban trenzando guirnaldas, como si fuera a celebrarse una fiesta, al tiempo que iban llegando amigos y parientes de los poblados vecinos. A pesar del ambiente festivo, hacía un calor agobiante.

> Mi fe empezaba a flaquear a causa de la tensión cuando de la choza del soñador salió un aullido sofocado. Di un salto y vi que su pesado cuerpo salía disparado de cabeza a través de las pantallas de hojas. Cayó cuan largo era, se levantó trabajosamente y con pasos vacilantes

se apartó de la choza, la saliva brillando en su mentón. Se quedó de pie unos instantes, dando manotazos en el aire y quejándose con una extraña nota aguda que hacía pensar en un perrito. Luego empezó a hablar a borbotones: *«¡Teirake! ¡Teirake!* (¡Levantaos! ¡Levantaos!)... ¡Que vienen, que vienen! Bajemos a recibirlas». Echó a andar pesadamente en dirección a la playa.

Un rugido se alzó del poblado: «¡Que vienen, que vienen!». Me encontré corriendo a la desbandada con otras mil personas hasta los bajíos, chillando a todo pulmón que nuestras amigas del oeste ya venían. Yo corría detrás del soñador y los otros convergieron en él desde el norte y el sur. Nos desplegamos formando una larga línea, unos al lado de otros, y seguimos corriendo atropelladamente por los bajíos.

Acababa de meter la cabeza en el agua para refrescarme cuando un hombre que corría cerca de mí profirió un aullido y señaló; otros le imitaron, pero al principio no pude ver nada debido a los reflejos cegadores del sol en el agua. Cuando por fin pude verlas, todos chillaban como locos; ya estaban bastante cerca, avanzando hacia nosotros a gran velocidad. Cuando llegaron al borde de las aguas azules junto al arrecife, aflojaron la velocidad, se desplegaron y empezaron a nadar hacia atrás y hacia delante enfrente de la línea que formábamos nosotros. Entonces, de repente, desaparecieron.

En medio del silencio tenso que se produjo a continuación, pensé que se habían ido. La decepción fue tan grande que no me paré a pensar que, aun así, acababa de ver una cosa muy extraña. Estaba a punto de tocar la espalda del soñador para despedirme cuando se volvió hacia mí con cara tranquila y musitó, al tiempo que señalaba hacia abajo: «El rey procedente del oeste viene a verme». Mis ojos siguieron su mano. Allí, a menos de diez metros de nosotros, estaba la enorme silueta de una marsopa suspendida como una sombra reluciente en las aguas verdes y cristalinas. Detrás de ella había toda una flotilla de marsopas.

Avanzaban hacia nosotros en extensa formación con separaciones de dos o tres metros entre ellas y cubrían todo el espacio que alcanzaba mi vista. Se movían tan lentamente que parecían estar en trance. Su jefe pasó muy cerca de las piernas del soñador. Éste se volvió sin decir palabra y echó a andar a su lado camino de las bajíos,

sin prisas. Yo la seguía a uno o dos pasos de su cola casi inmóvil. Vi que a derecha e izquierda de nosotros otros grupos se volvían de cara a la playa de uno en uno, los brazos alzados, la cara inclinada sobre el agua.

Brotó un parloteo en voz baja y retrocedí un poco para poder abarcar toda la escena. La gente del poblado daba la bienvenida a sus invitados a tierra con palabras arrulladoras. Sólo los hombres andaban al lado de las marsopas; las mujeres y los niños seguían su estela y batían palmas suavemente para marcar el ritmo de una danza. Al acercanos a los bajíos de color verde esmeralda, la quilla de las marsopas empezó a tocar la arena y los animales movieron las aletas como si pidieran ayuda. Los hombres se inclinaron para rodearlas con los brazos y ayudarlas a salvar los obstáculos. Las marsopas no mostraban la menor señal de alarma. Era como si su único deseo fuese alcanzar la playa.

Cuando el agua sólo nos llegaba hasta los muslos, el soñador alzó repentinamente los brazos y llamó. Los hombres situados en los flancos se acercaron para rodear a las visitantes, diez o más hombres por cada animal. «¡Arriba!» , gritó entonces el soñador, y los pesados cuerpos negros fueron medio arrastrados y medio llevados a cuestas, sin que se resistieran, hasta el borde de la marea. Allí los depositaron en tierra, aquellas formas bellas y dignas, totalmente en paz, mientras el infierno se desataba a su alrededor. Hombres, mujeres y niños empezaron a dar saltos y a hacer gestos mientras proferían chillidos que desgarraban el cielo; luego se quitaron las guirnaldas y las arrojaron alrededor de los cuerpos inmóviles, empujados por una súbita y terrible furia de jactancia y burla. Mi cerebro todavía se resiste a recordar aquella última escena: la gente enloquecida, los animales tan triunfalmente quietos.

Los dejamos con las guirnaldas donde yacían y volvimos a nuestras casas. Más tarde, cuando la marea se retiró y quedaron varadas lejos del agua, los hombres bajaron con cuchillos para cortarlas en pedazos. Aquella noche hubo banquete y baile en Kuma. Reservaron para mí una porción de carne como la que reciben los jefes. Esperaban que la hiciera curar y que fuese la dieta para mi delgadez. La salaron debidamente, pero no me sentí con ánimos de comerla...

Parece claro que no hay gran diferencia entre la «magia» que Córdova aprendió en el Alto Amazonas y la magia de los «llamadores de marsopas» en el Pacífico Sur. Aparentemente, ambas se basan en alguna extraña capacidad telepática... o en lo que Weil llama «el inconsciente colectivo».

Puede parecer que al aventurarnos a entrar en este reino de la «magia» primitiva hemos dejado atrás todo el sentido común. Sin embargo, aunque resulte extraño, la sugerencia de que soñar puede producir facultades «paranormales» -o, mejor dicho, aprovechar facultades que todos poseemos- cuenta con cierto respaldo científico.

A principios del decenio de 1980, el doctor Andreas Mavromatis, de la Brunel University de Londres, dirigió a un grupo de estudiantes en la exploración de los «estados hipnagógicos», es decir, los estados de la conciencia entre el sueño y la vigilia.

En un libro titulado *Mental Radio* (1930), el novelista norteamericano Upton Sinclair habló de las facultades telepáticas de su esposa, May, que había sido telepática desde la infancia. May Sinclair explicó que para llegar a un estado mental telepático, ante todo tenía que concentrarse... no concentrarse en algo, sino sencillamente estar muy alerta. Luego tenía que producir una profunda relajación, hasta encontrarse al borde del sueño. Una vez en tal estado, la telepatía era posible.

Mavromatis aprendió solo a hacer lo mismo: a provocar estados de concentración y profunda relajación simultáneas. Lo que ocurre en estos estados -como sabe todo el mundo (porque todos los hemos experimentado cuando estamos a punto de dormirnos o de despertar)- es que vemos ciertas imágenes o situaciones con extrema claridad.

En un libro titulado *Beyond the Occult,* describí mi propia experiencia:

> Yo mismo lo conseguí por casualidad después de leer el libro de Mavromatis titulado *Hypnogogia.* Hacia el amanecer, me desperté a medias, flotando todavía a la deriva en una agradable somnolencia, y me encontré contemplando un paisaje montañoso dentro de mi cabeza. Era consciente de que estaba despierto y de yacer en la cama, pero también de contemplar las montañas y el paisaje de color blanco, exactamente como si estuviera mirando algo en la pantalla de un televisor. Poco después de esto, volví a quedarme dormido. La parte

más interesante de la experiencia fue la sensación de contemplar el paisaje, de poder concentrarme en él y desviar mi atención, exactamente igual que cuando estaba despierto.

Un día, cuando Mavromatis estaba medio dormido en un círculo de estudiantes, escuchando mientras uno de ellos «psicometraba» algún objeto que tenía en la mano (tratando de «sentir» su historia), empezó a «ver» las escenas que el estudiante estaba describiendo. Luego empezó a alterar sus visiones hipnagógicas -capacidad que había adquirido por medio de la práctica- y descubrió que el estudiante empezaba a describir sus visiones alteradas.

Convencido ahora de que los estados hipnagógicos estimulan la telepatía, pidió a los estudiantes que «captasen» las escenas que él imaginaba y comprobó que lo conseguían con frecuencia. Su conclusión es que «algunas imágenes hipnagógicas que aparentemente "no hacen al caso" podrían... ser fenómenos con sentido que pertenecieran a otra mente». Dicho de otro modo, que T. S. Eliot podría estar equivocado al pensar que «cada uno de nosotros piensa en la llave, cada uno en su prisión». Tal vez, como sugirió Blake, el hombre puede salir de su prisión interior «en el momento que lo desee».

La telepatía es, de hecho, quizá la más probada de las facultades «paranormales» y, en general, los estudiosos de lo paranormal están de acuerdo en que las pruebas de su existencia son irrefutables. El libro de Mavromatis va más allá y sugiere que hay un vínculo entre la telepatía y los estados oníricos.

Diríase, pues, que lo que Mavromatis ha reproducido bajo control con sus estudiantes es lo que los indios amahuacas eran capaces de hacer utilizando drogas psicotrópicas bajo la dirección de su chamán: alcanzar la «conciencia de grupo».

Es posible imaginar lo que sucedió cuando el «llamador de marsopas» entró en su choza. Al igual que Mavromatis, se había enseñado a sí mismo el arte de soñar de forma controlada: de sumirse en un trance hipnagógico que él puede controlar. Tenemos que suponer que entonces podía dirigir sus sueños hacia el reino de las marsopas y comunicarse directamente con ellas. (Los experimentos efectuados con marsopas inducen a pensar que son animales muy telepáticos.) Por medio de la «hipnosis» las marsopas fueron inducidas a nadar hasta tierra y permitir que las sacasen a la playa.

En *Man, God and Magic,* Ivar Lissner señala que hace unos 20.000

años, en el umbral entre la auriñaciense y la magdalaniense, de repente dejaron de hacerse retratos y estatuillas de la figura humana. «Parece obvio que los artistas ya no se atrevían a representar la forma humana en efigie.» Lo que sugiere es claro. Nuestros antepasados creían firmemente que la magia cinegética -con el uso de representaciones de la presa- era eficaz y mortífera, y que de ningún modo debían representarse seres humanos.

Volvamos una vez más a la pregunta: ¿por qué el hombre ha evolucionado tan rápidamente en el último medio millón de años -y en particular en los últimos 50.000 -cuando su evolución había estado virtualmente estancada durante millones de años?

En términos darwinistas no hay ninguna respuesta obvia. Que nosotros sepamos, no «sucedió» nada que de repente obligase al hombre a adaptarse mediante un aumento de la inteligencia.

Lo que sugiere el presente capítulo es la posibilidad de que la respuesta no sea obviamente «darwinista». El propio Darwin no era un darwinista rígido; aceptó la opinión de Lamarck en el sentido de que los seres pueden evolucionar porque quieren. Pero no aceptó que esto fuera el mecanismo principal de la evolución. Más recientemente, sir Julian Huxley -que, desde luego, era darwinista- sugirió que, en su etapa actual, el hombre se ha convertido en el «director ejecutivo de la evolución»; esto es, ahora tiene la inteligencia necesaria para hacerse cargo de su propia evolución.[1]

Lo que sugiere Huxley es que el hombre se encuentra ahora en condiciones de reconocer qué cambios son necesarios -en el medio ambiente, en la especie humana- y está dispuesto a efectuarlos. Pero Huxley opina que se trata de un fenómeno bastante reciente.

Sin embargo, Huxley también reconoce la capacidad del hombre de verse inspirado por el hecho de tener una meta. En realidad, disfruta haciendo cambios. Es verdad que tiende a permanecer estático cuando no ve ninguna razón para cambiar. Yo vivo en un pueblecito de Cornualles donde la vida es más o menos igual desde hace siglos. Si un pescador de la época de Isabel I fuera transportado a nuestro pueblecito en los años noventa, sin duda se llevaría una sorpresa al ver las antenas de televisión y las calles asfaltadas, pero, por lo demás, se sentiría totalmente a gusto. Y si la sociedad misma no hubiera cambiado -gracias a inventos tales como la máquina de vapor y la radio-, es perfectamente concebible que nuestro pue-

1. Julian Huxley, *New Bottles for New Wine,* 1957.

blecito no hubiera cambiado en absoluto desde 1595. El hombre medio acepta la vida tal como se presenta y se adapta a ella. Por eso el australopiteco continuó siendo el australopiteco durante dos millones de años o más.

Al mismo tiempo, sin embargo, lo que más gusta al hombre es el cambio. Trabajará con ahínco para mudarse de una casita de una sola habitación a una casa adosada; para cambiar su bicicleta por un coche y su radio por un televisor. Lo único que necesita es que le muestren la posibilidad. Sólo permance estático mientras no ve ninguna posibilidad de cambio.

Quisiera sugerir ahora que la religión misma introduce la posibilidad de cambiar. En vez de no dar importancia a los árboles, las montañas y los lagos, el hombre creyó que eran la morada de los dioses o de los espíritus de la naturaleza... y, además, de unos espíritus a los que se podía apaciguar dirigiéndose a ellos de la manera apropiada. Así que cuando sale a cazar un animal, ya no se fía exclusivamente de su lanza y su hacha de piedra, sino que, además, reza pidiendo que las cosas vayan bien y quizá celebra ciertos rituales y hace ciertas ofrendas. En este sentido, la actitud ante su propia vida se ha vuelto activa en vez de pasiva. Es el principio de una sensación de control.

En 1950, el doctor Ralph Solecki, del Smithsonian Institute, accedió a formar parte de una expedición al Kurdistán iraquí para excavar en cuevas donde se habían encontrado huesos del hombre de Neandertal. En un libro titulado *Shanidar, The Humanity of Neanderthal Man* (1971), describe sus hallazgos en la cueva de Shanidar.

Descubrió en ella esqueletos de varios neandertales que habían muerto a causa de un derrumbamiento y a los que habían enterrado de manera ritual. Las cenizas y los restos de comida que se encontraron sobre las sepulturas sugerían un banquete fúnebre, a la vez que ocho tipos diferentes de polen de flores silvestres de vivos colores parecían indicar que habían cubierto los muertos con una colcha de flores, o habían hecho una pantalla con ellas. El esqueleto de un hombre viejo e incapacitado que obviamente no había podido trabajar durante muchos años reveló que cuidaban a sus ancianos. Estaba claro que aquella gente tenía creencias religiosas de alguna clase.

Asimismo, en una cueva de La Quina, en Dordoña, entre las herramientas que se recuperaron había no menos de 76 esferas perfectas. Había también un disco plano de pedernal delicadamente trabajado, de 20 centímetros de diámetro, sin ningún propósito concebible... excepto como disco solar.

El hombre de Neandertal enterraba a sus muertos revestidos con el pigmento llamado «almagre», hábito que, al parecer, tomó en préstamo el hombre de Cromañón. En Sudáfrica se han encontrado muchas minas de almagre neandertales, la más antigua de las cuales tiene cien mil años. De uno de los yacimientos mayores se habían extraído un millón de kilos de mineral; luego habían vuelto a llenar cuidadosamente el agujero, es de suponer que para aplacar a los espíritus de la tierra.

Todo esto explica por qué el subtítulo del libro de Solecki es *The Humanity of Neanderthal Man:* puede que estos seres tuvieran cara simiesca, pero eran decididamente humanos. Y está claro que eran religiosos. Sin embargo, en ningún yacimiento neandertal del mundo se ha encontrado el menor vestigio de arte rupestre. Resulta extraño que el hombre de Neandertal poseyera almagre e incluso «lápices» de dióxido de manganeso negro (que se encontraron en Pech-de-l'Aze) y que, pese a ello, nunca los usara para dibujar una imagen en una superficie plana. Diríase que el hombre de Neandertal era religioso, pero -que sepamos- no practicaba la «magia», como los cromañones que le suplantaron. ,

¿Es posible que la religión y la «magia» den las pistas que permitan aclarar por qué el hombre evolucionó tan rápidamente durante el último medio millón de años? Es verdad que no sabemos nada de la evolución que pudo tener lugar entre los cráneos «canibalizados» del hombre de Pekín hace medio millón de años y el entierro ritual del neandertal hace cien mil años- a menos que las herramientas de la glaciación de Riss (a las que ya hemos hecho referencia) se usaran con fines rituales. Pero las minas de almagre neandertales revelan que se produjo alguna evolución importante y que esta evolución estuvo relacionada con la religión y el enterramiento. (¿Veneraban el almagre, como ha sugerido Stan Gooch, porque tenía el color de la sangre?)

Y luego encontramos al hombre de Cromañón practicando la magia cinegética, que debió de darle una nueva sensación de control de la naturaleza, así como de su propia vida. Es muy posible que considerase que sus chamanes eran dioses, del mismo modo que el hombre primitivo de una edad posterior (por ejemplo, en Great Zimbabwe, África, y en Angkor, Camboya) tenía a sus reyes-sacerdotes por dioses. La magia era la ciencia del hombre primitivo, toda vez que cumplía la función básica de la ciencia, que consiste en ofrecer respuestas a las preguntas básicas. Ya no era un animal pasivo, una víctima de la naturaleza. Trataba de comprender y, en lo referente a las cuestiones importantes, tenía la sensación de comprender.

Otro aspecto básico debe ponerse de relieve. Los rituales fúnebres del hombre de Neandertal indican claramente que creía que había vida después de la muerte. Y todos los chamanes, desde Islandia hasta Japón, se consideran a sí mismos mediadores entre este mundo y el mundo de los espíritus. En todo el mundo, los chamanes han declarado que al someterse a los rituales y las pruebas para ser chamanes, entraron en el mundo de los espíritus y hablaron con los muertos. Los chamanes creen que su poder procede de los espíritus y de los muertos.

La importancia de esta observación reside en que el sacerdote-chamán se siente poseedor de una comprensión tanto del cielo como de la tierra y esto es algo que incluso un cosmólogo moderno se mostraría reacio a pretender. Se sentía en la posición de quien posee conocimiento divino y no cabe duda de que el resto de la tribu compartía esta opinión. Lo cual induce a pensar que hace 40.000 años, puede que hasta 100.000, el hombre había alcanzado un estado de ánimo extrañamente «moderno».

Sabemos que este estado de ánimo existía en Egipto y en Sumeria en la antigüedad: de hecho, todas las civilizaciones antiguas de las que tenemos noticia eran teocracias. Si Hapgood tiene razón al creer que en el 7000 a. de C. existía una civilización marítima mundial, entonces es seguro que dicha civilización compartiría la misma visión del mundo. Ya hemos visto que los egipcios consideraban que su reino era un reflejo exacto del reino de los cielos. Y si Schwaller de Lubicz y Robert Bauval están en lo cierto al creer que la Esfinge fue construida por supervivientes de otra civilización hacia el 10500 a. de C., entonces no cabe duda de que dicha civilización opinaba lo mismo sobre la relación íntima entre el cielo y la tierra, los dioses y el hombre. Y si el profesor Arthur Posnansky no se equivoca, lo mismo opinaban los antiguos incas que construyeron Tiahuanaco más o menos en la misma época.

¿Cuándo acabó esta visión teocrática de alcance mundial? Sin duda alguna ya había desaparecido en tiempos de Sócrates y Platón. En un libro titulado *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind* (1976), el psicólogo de Princeton Julian Jaynes arguye que el momento decisivo fue reciente: el año 1250 a. de C.

El punto de partida de Jaynes es la ciencia relativamente nueva que se denomina «fisiología del cerebro dividido» y que, por tener una importancia

tan fundamental para el presente libro, requiere una breve explicación.

El cerebro consta de dos mitades que son virtualmente reflejo la una de la otra. Pero las funciones de estos dos hemisferios no son en modo alguno idénticas. Esto se refiere de manera particular a la «capa superior» del cerebro humano, la corteza cerebral, que es la que más se ha desarrollado durante el último medio millón de años.

Incluso en el siglo XIX se había reconocido que las dos mitades de nuestro cerebro cumplen funciones diferentes. La función del habla reside en la mitad izquierda del cerebro y los médicos observaron que las personas que sufrían una lesión en dicha mitad experimentaban dificultades para expresarse con claridad. El lado derecho del cerebro estaba relacionado de manera obvia con el reconocimiento de formas y dibujos, por lo que el artista que sufría daño en ella perdía todo su talento artístico. Se dio el caso de uno que ni siquiera pudo dibujar un trébol: puso las tres hojas una al lado de otra, en el mismo nivel.

Sin embargo, si la lesión afectaba al lado izquierdo, el artista sólo perdía la capacidad de expresarse claramente y continuaba siendo tan buen artista como siempre. Y un orador con una lesión en el lado derecho del cerebro podía ser tan elocuente como siempre, aunque no pudiera dibujar un trébol.

El lado izquierdo del cerebro también tiene que ver con la lógica y el raciocinio: por ejemplo, sumar el importe de la lista de la lavandería o hacer un crucigrama. El lado derecho interviene en actividades tales como la apreciación musical o el reconocimiento de caras. En resumen, podría decirse que el lado izquierdo es un científico y el derecho, un artista.

Una de las cosas extrañas de la fisiología humana es que el lado izquierdo del cuerpo lo controla el lado derecho del cerebro y viceversa. Nadie sabe muy bien por qué, excepto que probablemente contribuye a que la integración sea mayor. Si el lado izquierdo del cerebro controlase el lado derecho del cuerpo y viceversa, podría haber «disputas en la frontera»; tal como están las cosas, cada lado tiene un pie apoyado firmemente en el territorio del otro.

Si se quitara usted la «tapa» de la cabeza, la parte superior de su cerebro -los «hemisferios cerebrales»- parecería una nuez con las dos mitades comunicadas por medio de una especie de puente. Este puente es un nudo de nervios llamado «cuerpo calloso» o «comisura». Pero los médicos averiguaron que hay algunos individuos anormales que no tienen

comisura y, pese a ello, parecen funcionar perfectamente. Esto les indujo a preguntarse si podrían evitar los ataques epiléticos cortando la comisura. Lo probaron con pacientes epilépticos y pareció que daba buenos resultados: se producía una gran reducción de los ataques y el paciente parecía no sufrir ningún daño. Entonces los médicos se preguntaron para qué servía la comisura. Alguien sugirió que tal vez servía para transmitir los ataques de epilepsia; y otra persona apuntó que quizá su función era impedir que el cerebro se combara por el medio.

En el decenio de 1950 los experimentos efectuados en Norteamérica empezaron a aclarar muchos aspectos del problema. Alguien observó que si un paciente «de cerebro dividido» chocaba con una mesa con el lado izquierdo del cuerpo, no parecía darse cuenta del golpe. Empezó a resultar evidente que el efecto del cerebro dividido era impedir que una mitad del cerebro se enterase de lo que sabía la otra mitad. Si a un gato con el cerebro dividido se le enseñaba algún truco con un ojo tapado y luego se le ordenaba hacerlo con el otro ojo tapado, el animal quedaba desconcertado. Al final resultó obvio que tenemos literalmente dos cerebros.

Además, si a un paciente de cerebro dividido se le mostrara una manzana con el ojo izquierdo y una naranja con el derecho y luego se le preguntase qué era lo que acababa de ver, contestaría: «Una naranja»; si se le pidiera que con la mano Izquierda escribiese lo que acababa de ver, escribiría: «Una manzana». Una paciente de cerebro dividido a quien le enseñaron un dibujo indecente con el cerebro derecho se ruborizó; al preguntarle por qué se ruborizaba, dijo la verdad: «No lo sé». La persona que se ruborizaba era la que vivía en la mitad derecha del cerebro. La paciente vivía en la mitad izquierda.

Esto nos ocurre a todos, aunque en los zurdos los hemisferios del cerebro están al revés y, por ende, la situación se invierte. La persona (diestra) que usted dice que es vive en la mitad izquierda... la mitad que «hace frente» al mundo real. La persona que vive en el lado derecho es un desconocido.

Cabría objetar que usted y yo no somos pacientes de cerebro dividido. Esto no cambia nada. Mozart comentó una vez que las melodías rondaban por su cabeza completas y que lo único que tenía que hacer era anotarlas. ¿De dónde procedían? Es obvio que del lado derecho de su cerebro, del «artista». ¿Adónde iban? Al lado izquierdo del cerebro... donde vivía Mozart. Dicho de otro modo, Mozart era un paciente de cerebro dividido. Y si Mozart lo era, entonces también lo somos los demás. La persona a la que llamamos

«yo» es el científico. El «artista» vive en la sombras y apenas somos conscientes de su existencia, excepto cuando nuestro estado anímico es de profunda relajación o de «inspiración».

Jaynes empezó a interesarse por el asunto cuando experimentó una alucinación auditiva. Estaba echado en un diván, dándole vueltas a un problema hasta quedar mentalmente agotado, cuando de pronto oyó que una voz decía por encima de su cabeza: «Incluye el conocedor en lo conocido». Preocupado por su cordura, Jaynes empezó a investigar las alucinaciones y descubrió con alivio que alrededor del diez por ciento de las personas las han tenido.

Jaynes reparó entonces que en gran parte de la literatura antigua -la epopeya de Gilgamés, la Biblia, la *Ilíada*- los héroes están siempre oyendo voces: las voces de los dioses. También se fijó en que estos héroes antiguos carecían por completo de lo que nosotros llamaríamos «ser interior». «No podemos aproximarnos a estos héroes inventando espacios mentales detrás de sus ojos feroces como hacemos los unos con los otros. El hombre de la *Ilíada* no tenía subjetividad como nosotros; no tenía conciencia de su conciencia del mundo, ningún espacio mental interno para hacer conjeturas.»

Jaynes sugiere que lo que llamamos «subjetividad» -la capacidad de mirar dentro de ti mismo y decir: «Veamos, ¿qué pienso yo de esto?»- no existía antes de aproximadamente 1250 a. de C. Piensa que la mente de estas gentes antiguas era «bicameral», o sea, que estaba dividida en dos compartimentos. Y cuando a un hombre primitivo le preocupaba lo que tenía que hacer a continuación, oía una voz que le hablaba, justamente como la oyó Jaynes cuando se encontraba echado en el diván. Pensaba que era la voz de un dios (o de su jefe, al que consideraba un dios). En realidad, procedía del lado derecho de su cerebro.

Según Jaynes, la conciencia propia empezó a crecer lentamente después del 3000 a. de C. más o menos, debido al invento de la escritura, que creó una nueva clase de complejidad. Y durante las grandes guerras que convulsionaron el Oriente Medio y el Mediterráneo en el segundo milenio a. de C., la vieja mentalidad ingenua ya no pudo hacer frente al mundo y los seres humanos se vieron obligados a adquirir una falta de piedad y una eficacia nuevas con el fin de sobrevivir. «Atropellado por algún invasor y viendo cómo su esposa era violada, un hombre que obedeciera a sus voces atacaría inmediatamente, desde luego, y, por ende, es probable que resultara muerto.» El hombre que sobreviviese necesitaría la capacidad de

reflexionar y de disimular sus sentimientos.

Según Jaynes, la primera señal de este «cambio de parecer» surgió en Mesopotamia. El tirano asirio Tukultininurta hizo construir un altar de piedra alrededor de 1230 a. de C. en el que aparece el rey arrodillado ante el trono vacío del dios, mientras que en tallas anteriores se veía al rey hablando con el dios. Ahora está solo... atrapado en el lado izquierdo de su cerebro. El dios ha desaparecido.

Un texto cuneiforme de la época contiene estas líneas:

A uno que no tiene dios, al andar por la calle,
el dolor de cabeza le envuelve como una prenda.

Está hablando de estrés, de tensión nerviosa, de pérdida de contacto con el lado derecho del cerebro, con su sensación de «sentirse a gusto en el mundo». Parece que estemos observando el nacimiento del «hombre alienado». Y según Jaynes, es en este momento cuando la crueldad entró en la historia, y vemos tallas asirias en las que aparecen hombres y mujeres empalados y niños decapitados.

No es necesario estar de acuerdo con toda esta tesis para reconocer su importancia. La principal objeción que se le pone es que se ha demostrado que muchos animales poseen conciencia de sí mismos. Un experimentador anestesió a varios animales, les pintó la cara de rojo y los dejó enfrente de un espejo grande. La mayoría de los animales no mostraron el menor interés por su reflejo, pero los chimpancés y los orangutanes fueron la excepción: se inspeccionaron la cara con gran interés, lo que parece indicar que poseen conciencia de sí mismos. Y si los chimpancés y los orangutanes poseen conciencia de sí mismos, es difícil imaginar siquiera al más primitivo de los seres humanos totalmente desprovisto de ella.

Asimismo, nuestro reconocimiento de que el hombre moderno está «separado de sí mismo» parece dar a entender que somos nosotros los que somos «bicamerales» y tenemos la mente dividida en dos compartimentos, mientras que el hombre primitivo era «unicameral», como probablemente es la mayoría de los animales.

Sin embargo, a pesar de estas objeciones, es obvio que Jaynes está en lo cierto cuando sugiere que algún cambio básico se produjo en la raza humana en cierto momento de su historia y que después de ese momento el hombre se encontró atrapado en una forma más estrecha de conciencia. Con todo, compensamos la pérdida aprendiendo a utilizar la capacidad de racio-

cinio con mayor eficacia, y nuestra civilización tecnológica es el resultado.

Estas visiones interiores nos llevan de nuevo al argumento principal del presente libro.

Schwaller de Lubicz estaba totalmente convencido de que hay una diferencia fundamental entre la mentalidad egipcia y la del hombre moderno y habla de ello una y otra vez en todos sus libros.

Una de las formas más importantes de esta diferencia puede verse en los jeroglíficos. Las palabras, según Schwaller, fijan su significado. Si lees la palabra «perro», evoca un concepto vago, abstracto de la «condición de perro». Pero si contemplas la fotografía -incluso el simple dibujo de un perro-, el animal está mucho más vivo.

Todo el mundo, de niño, se ha probado esas gafas rojas y verdes que hacen que las fotografías se vuelvan tridimensionales. Miras la fotografía con los ojos sin gafas y parece borrosa con manchas rojas y verdes superpuestas unas a otras. Luego coges unas gafas de cartón que tienen un ojo de celofán rojo y otro de celofán verde y la fotografía deja de ser borrosa y adquiere tres dimensiones. Según Schwaller, nuestras palabras son como la fotografía borrosa. El jeroglífico es una imagen que cobra vida súbitamente. Schwaller dice: «Cada jeroglífico puede tener un significado fijo, convencional para su uso común, pero incluye (1) todas las ideas que puedan estar relacionadas con él, y (2) la posibilidad de comprensión personal».

En un capítulo titulado «Experimental Mysticism» del libro *A New Model of the Universe,* Ouspensky, discípulo de Gurdjieff, describe cómo utilizó algún método no especificado (probablemente óxido nitroso) para lograr la conciencia «mística». Una de las características de este estado de ánimo era que cada palabra, cada cosa, le recordaba docenas de otras palabras y cosas. Cuando miraba un cenicero, éste liberaba tal torrente de significados y asociaciones -sobre el cobre, la extracción de cobre, el tabaco, el fumar, etcétera-, que escribió en un papel: «Uno podría volverse loco a causa de un cenicero».

De modo parecido, Schwaller dice: «Así pues, los jeroglíficos no son metáforas en realidad. Expresan directamente lo que quieren decir, pero el significado sigue siendo tan profundo, tan complejo como podría ser la enseñanza de un objeto (silla, flor, buitre), si hubiera que considerar todos los significados que se le pueden atribuir. Pero por pereza o hábito, eludimos

este proceso mental analógico y designamos el objeto por medio de una palabra que para nosotros expresa un único concepto fijo».

En *The Temple of Man,* utiliza otra imagen. Si decimos «hombre que anda», imaginamos un hombre andando, pero de una manera vaga, abstracta. Pero si vemos una imagen de un hombre andando -incluso un jeroglífico-, el hombre se vuelve real. Y si el hombre que anda está pintado de verde, entonces también evoca la vegetación y el crecimiento. Y aunque andar y crecer parecen no tener absolutamente ninguna relación entre sí, podemos sentir la relación en la imagen del hombre verde.

Esta facultad que tiene el jeroglífico de evocar una «realidad» dentro de nosotros es a lo que se refiere Schwaller cuando habla de la «posibilidad de comprensión personal». Nos suena, por así decirlo.

En el mismo libro, en un capítulo sobre la mentalidad egipcia, vuelve a tratar de explicarse. A nuestro método moderno de vincular ideas y pensamientos lo llama «mecánico», como una palanca unida rígidamente a algún engranaje. En cambio, la mentalidad egipcia es «indirecta». Un jeroglífico evoca una idea, pero también evoca docenas de otras ideas relacionadas. Y trata de explicarse por medio de una imagen sencilla. Si miramos fijamente un punto de color verde vivo y luego cerramos los ojos, veremos el color complementario -el rojo- dentro de nuestros párpados. El occidental diría que el verde es la realidad, y el rojo, alguna clase de ilusión dependiente de esa realidad. Pero un egipcio antiguo hubiera tenido la sensación de que el rojo es la realidad, porque es una visión interior.

Es importante no interpretar mal esto. Schwaller no dice que la realidad externa sea una ilusión. Lo que dice es que los símbolos y los jeroglíficos pueden evocar dentro de nosotros una realidad más rica, más compleja. La gran música y la gran poesía producen el mismo efecto. Estos versos de Keats:

Las aguas móviles en su sacerdotal tarea
de ablución pura en torno a las costas humanas de la tierra

evocan de algún modo un rico complejo de sentimientos, que es la razón por la cual Eliot dijo que la verdadera poesía puede comunicar antes de ser comprendida. La percepción normal nos muestra meramente cosas sencillas, privadas de su «resonancia». Un paralelo sencillo sería un libro, que es un objeto sólido de forma rectangular; esto es su «realidad externa». Pero lo que hay dentro del libro puede hacer que emprendamos un viaje mágico. La

realidad del libro está oculta y para una persona que no sepa leer, el libro sería meramente un objeto físico.

Cuando examinamos esto a la luz de lo que hemos dicho sobre los lados izquierdo y derecho del cerebro, podemos ver inmediatamente que un jeroglífico es una imagen y, por tanto, lo capta el lado derecho del cerebro. Una palabra es una sucesión de letras y la capta el lado izquierdo el cerebro.

¿Dice Schwaller simplemente que los egipcios eran «gente de cerebro derecho» y nosotros somos «gente de cerebro izquierdo»?

Sí, en efecto, pero hay mucho más que eso. Dice que los egipcios poseían una clase de inteligencia diferente de la del hombre moderno, una inteligencia que es igual y en muchos aspectos superior. Schwaller la llama «inteligencia innata» o «inteligencia del corazón». Parece el tipo de doctrina que predicaba D. H. Lawrence o Henry Miller, y hasta cierto punto lo es. Pero hay muchas más cosas implícitas de lo que Lawrence y Miller pensaban. A pesar de su «inteligencia del corazón», ambos escritores se veían a sí mismos esencialmente como hombres modernos, por lo que las críticas que dirigen contra el siglo XX a menudo resultan negativas y destructivas. Ninguno de los dos parece ser consciente de las posibilidades de una forma distinta de ver.

Una de estas posibilidades es obvia. Si pensamos en lo que Manuel Córdova aprendió en la selva del Amazonas, podemos ver que entrañaba el aprendizaje de ciertas «facultades» que parecen casi míticas: en primer lugar, la facultad de participar en el «inconsciente colectivo» de la tribu. Fíjese en que Córdova pudo ver una procesión de pájaros y otros animales y que los vio de forma mucho más detallada que por medio de la percepción normal. El jefe de la tribu le había enseñado a hacer uso activo de su hemisferio derecho, que a su vez proporcionaba mucha más riqueza (más asociaciones) que la percepción visual normal.

Sería un error pensar que la telepatía es una facultad «paranormal». Con una serie de experimentos que llevó a cabo en el decenio de 1960, el doctor Zaboj V. Harvalik, físico de la universidad de Misuri, demostró que tenía una base científica. Para empezar, Harvalik se sintió intrigado por el arte del zahorí, es decir, la facultad de ver lo que está oculto y que, al parecer, poseen todos los pueblos primitivos. Al observar que la varilla del zahorí -una ramita bifurcada que sostienen las dos manos por las dos puntas de la horquilla- reaccionaba siempre a una corriente eléctrica, empezó a sos-

pechar que el arte del zahorí es básicamente eléctrico. Hincó verticalmente en tierra dos cañerías de agua, separadas por unos 18 metros, y conecto sus extremos con una batería potente. En cuanto encendió la corriente, la varilla reaccionó retorciéndose en sus manos. Hizo la prueba con algunos amigos y descubrió que todos podían hacer de zahorí si la corriente era bastante: 20 miliamperios, por ejemplo. Una quinta parte de ellos pudieron detectar incluso corrientes de sólo dos miliamperios. Todos mejoraron de forma constante con la práctica.

Harvalik también reparó en que las personas que parecían incapaces de hacer de zahorí «sintonizaban» repentinamente después de beber un vaso de whisky; era obvio que el whisky las relajaba e impedía la injerencia del «lado izquierdo del cerebro».

Harvalik descubrió que una tira de papel de aluminio enrollada en la cabeza bloquea por completo la capacidad de hacer de zahorí, lo cual también demuestra que el fenómeno es básicamente eléctrico (o magnético).

Un maestro zahorí alemán llamado De Boer era capaz de detectar corrientes bajísimas, de una milésima de miliamperio. Incluso podía detectar las señales de las emisoras de radio, para lo cual daba la vuelta lentamente hasta quedar de cara a la emisora. Sintonizando una radio portátil en la misma dirección, Harvalik comprobaba que De Boer había acertado. Asimismo, De Boer podía seleccionar determinada frecuencia con exclusión de las demás, lo cual se parecía a nuestra capacidad de «sintonizar» con conversaciones diferentes en una fiesta.

Cuando alguien inventó un magnetómetro capaz de detectar las ondas cerebrales, Harvalik se preguntó si un zahorí también podría captarlas. Se colocaba de espaldas a una pantalla en su jardín, con tapones en los oídos, y le decía a algún amigo que caminase hacia él desde el otro lado de la pantalla. La varilla de zahorí captaba la presencia del amigo cuando éste se hallaba a unos tres metros de distancia. La distancia se multiplicaba por dos si Harvalik le pedía al amigo que pensara en cosas «excitantes»: por ejemplo, en la sexualidad.[2]

Parece, pues, que el arte del zahorí es simplemente la facultad de detectar señales eléctricas. Pero ¿cómo las detecta la varilla de zahorí? Al parecer, alguna parte del cuerpo (Harvalik sacó la conclusión de que eran las glándulas suprarrenales) capta la señal y la transmite al cerebro, que a su vez hace que los músculos tengan convulsiones. Los músculos estriados que intervienen en ello están sometidos al control del lado derecho del cerebro

2. Los experimentos de Harvalik se describen en Christopher Bird, *The Divining Hand,* 1979.

El arte del zahorí -al igual que la telepatía- es una facultad del lado derecho del cerebro.

Si el arte del zahorí y la telepatía tienen explicación científica, entonces es posible comprender cómo el chamán de la edad de piedra podía influir en el movimiento de los bisontes o los ciervos y garantizar el éxito de los cazadores dibujando estos animales y poniendo así en marcha el proceso de «asociación» que describe Schwaller.

Todo esto nos pone en condiciones de empezar a construir una «historia alternativa».

En un libro de *Time-Life* titulado *Early Man,* hay una especie de gráfico suelto que muestra la evolución del hombre desde los simiescos driopiteco y ramapiteco hasta el hombre moderno, pasando por el australopiteco y el *Homo erectus.* El problema de los gráficos de esta clase es que nos dan la idea de que tuvo lugar una progresión ininterrumpida, por medio de la selección natural y la supervivencia de los mejor dotados, que llevó inevitablemente al *Homo sapiens sapiens.*

La objeción que se pone a este panorama es que hace que todo parezca demasiado mecánico. Por esto el libro de Cremo *Forbidden Archaeology* ofrece un recordatorio oportuno de que no es el único punto de vista. Con la sorprendente afirmación de que puede que el hombre anatómicamente moderno lleve millones de años en la Tierra, al menos Cremo hace que pongamos en duda esta visión mecánica de la evolución. (Una vez más hay que hacer hincapié en que la visión «mecánica» no es «darwiniana»; Darwin nunca fue dogmático hasta el extremo de afirmar que la selección natural fuese el único mecanismo de la evolución. Son sólo sus seguidores neodarwinianos quienes han convertido su pensamiento en dogma.)

Empecemos, pues, a formular nuestra historia alternativa suponiendo que tal vez Mary Leakey tiene razón al sugerir la posibilidad de que un hombre que andaba con el cuerpo erguido y parecía «humano» existía ya en la Tierra en tiempos de Lucy y la Primera Familia, hace tres millones y medio de años. También señaló que había estudiado un período de medio millón de años en la garganta de Olduvai durante el cual no hubo cambios en las herramientas. El hombre permaneció invariable porque no tenía ningún motivo para evolucionar. Dedicaba la mayor parte de sus energías a permanecer vivo simplemente.

En tal caso, ¿por qué empezó a evolucionar con una rapidez tan grande, que se da al acontecimiento el nombre de «la explosión del cerebro»?

Al hombre moderno le resulta casi imposible ponerse en el lugar de un ser sin civilización, sin cultura, sin nada excepto la naturaleza que le rodeaba. Hasta los indios amahuacos que describe Manuel Córdova vivían en chozas y utilizaban lanzas, arcos y flechas. Pero al menos permiten que nos hagamos una idea de lo que debe de ser vivir en contacto con la naturaleza de día y de noche. Los indios de Córdova leen todas las señales de la selva -todo lo que se ve y se oye- del mismo modo que nosotros leemos el periódico de la mañana. Y nuestros antepasados remotos debían de poseer la misma capacidad con el fin de sobrevivir.

Tenemos que imaginárnoslos rodeados de presencias no vistas, algunas visibles, algunas invisibles. Y tenemos que imaginárnoslos en estrecho contacto con la naturaleza, más estrecho del que podemos concebir. Schwaller de Lubicz intenta transmitir cierto sentido de la conciencia del hombre primitivo, aunque, forzoso es reconocerlo, se refiere a los egipcios antiguos: «... cada ser vivo está en contacto con todos los ritmos y armonías de todas las energías de su universo. El medio de este contacto es, por supuesto, la misma energía que contiene este ser vivo en particular. Nada separa este estado energético que hay dentro de un ser vivo individual de la energía en que se encuentra inmerso...».

Dicho de otro modo, Schwaller ve al hombre primitivo -y a los animales primitivos- inmerso en un mar de energías como un pez en el agua. Es como si fuera parte de ese mar, ún nudo de energía más denso que el que le rodea y sostiene. Schwaller habla de *neters,* palabra egipcia que suele traducirse por «dios» pero que aquí significa algo que está más cerca de una vibración de energía individual:

> ... en cada mes de cada estación del año, cada hora del día tiene *su neter,* porque cada una de estas horas tiene su carácter propio. Se sabe que la campanilla azul florece al amanecer y se cierra al mediodía como la flor de loto... ciertas frutas requieren el sol de la tarde para madurar y adquirir color... Un pimentero joven, por ejemplo, se inclina hacia el sol abrasador de la mañana, que es diferente del sol de cocción de la tarde... sacaremos la conclusión de que existe una relación entre la fruta, por ejemplo, su sabor, y el sol de su maduración, y, en el caso del pimentero, entre el fuego de la pimienta y el fuego del

sol. Hay una armonía en su «naturaleza».

> Si un buen horticultor planta sus coliflores en el día de luna llena, y un mal horticultor las planta cuando hay luna nueva, el primero obtendrá coliflores ricas y blancas y el segundo no cosechará más que plantas raquíticas. Es suficiente intentar esto para probarlo. Y lo mismo ocurre con todo lo que crece y vive. ¿Por qué estos efectos? ¿Rayos directos del sol o rayos indirectos reflejados desde la luna? Desde luego, pero por otra razón, una razón menos material: la armonía cósmica. Las razones puramente materiales ya no sirven para explicar por qué hay que tener en cuenta la estación, incluso el mes y la fecha exacta para obtener los mejores resultados. Entran en juego influencias cósmicas invisibles.[3]

He citado tan extensamente porque aquí Schwaller no sólo permite ver por dentro el estado anímico de los egipcios, sino también el motivo por el cual el hombre primitivo prestaba tanta atención al sol y a la luna. Por esto hacía piedras y discos solares perfectamente esféricos y por esto, más adelante, enterraría a sus muertos en túmulos circulares. El sol -y la luna- significaba para él infinitamente más de lo que puede significar para el hombre moderno.

Schwaller hace otro comentario fundamental que es tan válido para el primitivo *Homo sapiens* como para los antiguos egipcios: que daban por sentado que había vida después de la muerte. La vida en la tierra era sólo una pequeña parte del gran ciclo que empezaba y terminaría en otro mundo. Los espíritus -los espíritus de la naturaleza y los espíritus de los muertos- eran tan reales como las personas vivas. Las complicadas prácticas funerarias del hombre de Neandertal indican claramente que también él daba por sentado que existía vida después de la muerte, y lo mismo indican las sugerencias de canibalismo ritual... porque el caníbal tiene la intención de absorber el principio vital de su enemigo. Podemos decir que los agujeros en los cráneos hallados en la cueva de Chukutien, que hacen pensar que el hombre de Pekín era caníbal, también sugieren que creía en los espíritus.

Cualquier clase de ritual indica un nivel de inteligencia que supera la meramente animal. Un ritual simboliza acontecimientos en el mundo real, y un símbolo es una abstracción. El hombre es el único ser capaz de abstracción. De manera que si el hombre de Pekín se permitía practicar el canibalismo ritual, esto ya parecería sugerir que era verdaderamente huma-

3. René Schwaller de Lubicz, *Sacred Science,* 1961, p. 164.

no. Y como es difícil imaginar alguna clase de ritual sin comunicación, entonces también tenemos que imaginar que era capaz de hablar.

En un capítulo anterior nos ocupamos de la sugerencia de que «la explosión del cerebro» se debiera a la aparición del habla y señalamos que esta teoría también requiere que expliquemos lo que el hombre primitivo tenía que decir. La sugerencia de canibalismo ritual -y, por tanto, de religión- proporciona una respuesta. El hombre de Pekín no tenía ninguna necesidad de preguntarle a su esposa: «¿Has hecho la colada?». Pero si vivía en el mundo rico y complejo que sugiere Schwaller de Lubicz, en el cual cada hora del día tenía su *neter* o vibración individual, y en el cual el sol, la luna y los espíritus de los muertos eran presencias vivas, entonces la lengua tenía, por así decirlo, un objeto sobre el cual ejercitarse.

El hombre de Pekín nos proporciona otra pista. En 1930, Teilhard de Chardin visitó al abad Breuil en París y le enseñó un fragmento de hueso ennegrecido. «¿Qué piensa usted que es esto?» El abad lo examinó, luego dijo: «Es un fragmento de asta de ciervo que ha sido expuesto al fuego y luego trabajado con alguna tosca herramienta de piedra». «¡Imposible! -exclamó Teilhard-. Procede de Chukutien.» «No me importa de dónde proceda -dijo Breuil- El hombre le dio forma... un hombre que conocía la utilización del fuego.»

El fragmento de asta tenía alrededor de medio millón de años de antigüedad. Y dado que lo habían tallado con una herramienta después de quemarlo, debemos suponer que primero lo quemaron deliberadamente. Así que el *Homo erectus* usaba el fuego.

No podemos suponer que supiera hacer fuego frotando dos pedazos de pedernal, ya que sería suponer un nivel demasiado elevado de avance. En tal caso, tenemos que pensar que se proveía de fuego cuando veía que un relámpago abatía un árbol -o algún fenómeno parecido- y entonces se encargaba de que continuara ardiendo siempre, seguramente encomendando a algún miembro del grupo que mantuviera el fuego encendido. Y es obvio que este concepto de mantener un fuego encendido, durante año tras año, daría al «vigilante del fuego» un fuerte sentido de motivación y de tener una meta. Y como tener una meta contribuye a la evolución, he aquí otra posible causa de la «explosión del cerebro». Al parecer, el hombre de Pekín conocía el fuego y tenía alguna clase de ritual religioso.

Schwaller hace la importante observación de que la ciencia, el arte, la medicina y la astronomía de los egipcios no deben verse como aspectos di-

ferentes de la vida egipcia, sino que todos eran aspectos de lo mismo: la religión en el sentido más amplio. La religión era idéntica al conocimiento.

Lo mismo debía de suceder en el caso de los descendientes del hombre de Pekín. Habían pasado del nivel meramente animal al nivel donde el conocimiento podía definirse empleando algún tipo de lenguaje. Ver un árbol o un río o una montaña como un dios -o, mejor dicho, un *neter*- sería verlo bajo una luz nueva y extraña. Incluso hoy, la persona que se ha convertido a una religión ve el mundo bajo esta luz extraña que hace que todo parezca diferente. Shaw hace decir a un personaje de *Vuelta a Matusalén* que desde que su mente despertó, hasta las cosas pequeñas resultan ser cosas grandes. Éste es el efecto del conocimiento. Trae un sentido de la distancia del mundo material, y un sentido de control.

Sin embargo, el hombre de Neandertal era religioso y, aun así, desapareció de la historia. Esto puede deberse a una sola razón: que el ser que le suplantó tenía un sentido aún mayor de la precisión y el control. Sin duda el hombre de Neandertal tenía su propia forma de magia cinegética; pero, comparada con la magia del hombre de Cromañón, con sus chamanes y rituales y dibujos rupestres, era tan tosca como una bicicleta comparada con un automóvil.

Este sentido de la precisión y el control aparece ilustrado en una historia que Jacquetta Hawkes cuenta en su libro *Man and the Sun* (1962). Señala Hawkes:

> La falta de cualquier representación o símbolo solar en el arte del paleolítico tal vez no signifique que el sol no desempeñara absolutamente ningún papel en él. Un rito que se practica entre los pigmeos del Congo previene contra semejante suposición. Frobenius viajaba a través de la jungla con varios de estos hábiles y valientes pequeños cazadores cuando, al caer la noche, surgió la necesidad de carne fresca. El hombre blanco preguntó a sus compañeros si podían matar un antílope. La insensatez de la pregunta los dejó atónitos. Explicaron que aquel día no podían cazar con buenos resultados porque no habían hecho los preparativos apropiados; prometieron que saldrían de cacería por la mañana. Frobenius sintió curiosidad por saber en qué podían consistir los preparativos, así que se levantó antes de que amaneciera y se escondió en la cima de la colina que habían elegido. Aparecieron todos los pigmeos del grupo, tres hombres y una

mujer, y al poco alisaron la superficie de una pequeña extensión de arena y trazaron un dibujo en ella. Se quedaron esperando; luego, al salir el sol, uno de los hombres disparó una flecha contra el dibujo, mientras la mujer alzaba los brazos hacia el sol y profería exclamaciones. Los hombres se internaron corriendo en la selva. Al acercarse al lugar, Frobenius se encontró con que el dibujo representaba un antílope y la flecha estaba clavada en el cuello. Más adelante, después de que los cazadores volvieran con un hermoso antílope que tenía el cuello atravesado por una flecha, algunos de ellos arrancaron mechones de pelo del animal y llenaron una calabaza con su sangre, cubrieron el dibujo con todo ello y luego lo borraron. Joseph Campbell añade: «Lo más importante de la ceremonia de los pigmeos era que se celebrase al amanecer, que la flecha se clavara en el antílope exactamente cuando un rayo de sol cayera sobre él...».

Es fácil ver que el cazador de Cromañón, utilizando esta técnica, se sentiría como el moderno cazador que emplea un fusil de gran potencia dotado de mira telescópica. En comparación, la magia del hombre de Neandertal, que era más antigua, debía de parecer tan tosca como un arco y una flecha.

Me inclino a creer que éste fue el motivo de que el hombre de Cromañón se convirtiera en el fundador de la civilización. Su dominio de la «magia» le daba un sentido de optimismo, de tener una meta, de control, como ningún animal había poseído antes.

Un elemento fundamental de esta evolución fue la autoridad del jefe. Entre los animales, el jefe es sencillamente el más dominante. Pero si el hombre de Cromañón se parecía a sus descendientes de Egipto, Sumeria y Europa (o incluso al jefe de los indios amahuacas de Brasil), entonces sus reyes no eran sencillamente figuras dotadas de autoridad, sino sacerdotes y chamanes, hombres que conocían a los «espíritus» y a los dioses. Esto tenía una importancia inmensa para el hombre antiguo; podemos hacernos una idea de lo que significaba si pensamos en el efecto que tuvo Hitler en Alemania a principios del decenio de 1930: el sentido de optimismo, de idealismo, de una meta nacional. El concepto del Tercer Reich de Hitler era básicamente religioso: la idea del cielo trasladado a la tierra. Lo mismo ocurría en el antiguo Egipto, bajo su faraón-dios.

De manera que si hubo una civilización en la «Atlántida» antes de

11000 a. de C., y en Tiahuanaco en los Andes, y en el Egipto predinástico, entonces podemos afirmar categóricamente que se trataba de una «teocracia faraónica», gobernada por un rey del cual también se creía que era un dios.

Las pirámides las construyeron hombres que creían de forma total y sin ninguna duda que su faraón era un dios y que erigir tan magníficas estructuras significaba servir a los dioses. Esta creencia da a una sociedad una meta y una dirección que es imposible que tenga un grupo de meros animales, por dominante y astuto que sea su jefe. Cuando el hombre primitivo empezó a creer que el jefe de su tribu estaba en comunicación con los dioses, dio uno de los pasos más importantes en su evolución.

9

DE ESTRELLAS Y DIOSES

En el verano de 1933, un escocés de 39 años llamado Alexander Thom ancló su yate de vela en East Loch Roag, al noroeste de la isla de Lewis, en las Hébridas. Thom era un ingeniero aeronáutico cuya pasión de toda la vida era navegar a vela. Al salir la luna, alzó los ojos y vio que sobre ella se recortaban las piedras verticales de Callanish, «el Stonehenge de Escocia».

Después de cenar, Thom subió andando hasta ellas y al recorrer con los ojos la avenida de menhires, se dio cuenta de que su eje principal, que iba de norte a sur, señalaba directamente la estrella Polar. Pero Thom sabía que cuando se erigieron las piedras -probablemente antes que la Gran Pirámide- la estrella Polar no estaba en la misma posición que en aquel momento. ¿Cómo, pues, los hombres que construyeron el monumento consiguieron señalar con tanta exactitud el norte geográfico? Haría falta algo más que conjeturas para lograr una precisión tan increíble como la que se ve en Callanish. Un método consistiría en observar la posición exacta del sol naciente y del sol poniente y luego bisecar la línea entre ellos... pero esto sólo puede hacerse con exactitud en terreno llano, donde ambos horizontes están nivelados. Otro consistiría en observar alguna estrella cerca del polo al caer la noche, volver a observarla doce horas después, antes del amanecer, y bisecar esa línea. Thom se dio cuenta de que resultaría una tarea complicadísima que requeriría el empleo de plomadas y estacas verticales. Era obvio que aquellos ingenieros antiguos estaban muy avanzados.

Thom empezó a estudiar otros círculos de piedras, la mayoría de los cuales eran virtualmente desconocidos. Quedó convencido de que sus constructores eran hombres con una inteligencia igual a la suya, o superior: un programa de televisión sobre las ideas de Thom los llamó «Einsteins prehistóricos».

La idea dejó estupefactos -y enfurecidos- a la mayoría de los arqueólogos. El astrónomo sir Norman Lockyer había comentado, hacia principios del siglo XX, que Stonehenge podía ser una especie de calculadora astronómica que señalaba las posiciones del sol y de la luna, pero nadie había tomado muy en serio sus palabras, puesto que la mayoría de los «expertos» estaban convencidos de que los constructores de Stonehenge eran salvajes supersticiosos que probablemente llevaban a cabo sacrificios humanos en la piedra que hacía de altar. Thom afirmaba ahora que, al contrario, eran geómetras magistrales.

Asimismo, la mayoría de los círculos de piedra no eran círculos: algunos tenían forma de huevo y otros, de letra «D». Sin embargo, la geometría era siempre precisa, como pudo descubrir Thom a lo largo de años de estudio y cálculo. ¿Cómo lo hacían? Thom descubrió finalmente que los «círculos» estaban construidos alrededor de «triángulos pitagóricos», es decir, triángulos cuyos lados tenían una longitud de 3, 4 y 5 unidades respectivamente (por lo que el cuadrado de la hipotenusa era igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados).

¿Y por qué querían aquellos círculos? La respuesta era en este caso más difícil. Seguramente para calcular cosas tales como las fases de la luna, el movimiento del sol entre los solsticios y los equinoccios y para predecir los eclipses. Pero ¿por qué querían predecir los eclipses? Thom reconocía que lo ignoraba, pero contaba la historia de dos antiguos astrónomos chinos que perdieron la cabeza por no haber predicho un eclipse... lo cual significaba que los antiguos concedían una importancia inmensa a los eclipses.

Había otro problema interesante. Si aquellos hombres antiguos eran tan buenos en geometría, ¿cómo lo recordaban todo? Los constructores de megalitos no nos han dejado ninguna tablilla de piedra o de barro en la que aparecieran inscritas proposiciones geométricas. Pero la verdad es que nos consta que los antiguos griegos se sabían las obras de Homero -y de otros poetas- de memoria. Habían cultivado su memoria hasta ser capaces de recitar cientos de miles de líneas. La *Iliada* y la *Odisea* que nosotros leemos en libros se habían transmitido durante siglos en la memoria de los bardos... de ahí que éstos fueran tan respetados.

Cuando murió en 1985, a la edad de 91 años, Alexander Thom ya no era considerado un chiflado; gran número de respetables arqueólogos y expertos en historia antigua de Inglaterra se habían convertido en sus más firmes partidarios. Asimismo, el astrónomo británico Gerald Hawkins había confirmado las aseveraciones más importantes de Thom introduciendo datos procedentes de monumentos como Stonehenge en su ordenador en Harvard y demostrando que existían alineamientos astronómicos.

Uno de los seguidores más interesantes de Thom, la profesora escocesa Anne Macaulay, había seguido los pasos de Thom con una teoría que es igual de controvertida. En *Science and Gods in Megalithic Britain,* Macaulay parte del supuesto de Thom de que la geometría más antigua era una tradición no escrita y relacionada con la astronomía.[1] Luego se preguntó a sí misma cómo podían los antiguos astrónomos almacenar su conocimiento a falta de escritura fonética (que fue inventda por los griegos y los fenicios después del 2000 a. de C.). Obviamente, la respuesta tiene que ser que lo guardaban en la memoria. Pero no se trata de la memoria en el sentido que damos hoy a la palabra. Es un hecho poco sabido que los antiguos habían creado un complejo arte de la memoria que ellos pensaban que podía compararse con cualquiera de las otras artes o ciencias. La estudiosa Frances Yates ha escrito sobre ella en su libro *The Art of Memory* (1966) y muestra cómo podemos localizar sus orígenes en los antiguos griegos y cómo siguió existiendo hasta la época de Shakespeare.

El arte de la memoria no dependía sencillamente del poder del cerebro, sino de una complicada serie de ayudas mnemotécnicas (mecanismos que nos ayudan a recordar, como *roygbiv* para los colores del arco iris). Lo que sugiere Anne Macaulay es que el alfabeto fonético se creó como una serie de ayudas mnemotécnicas para anotar las posiciones de las estrellas polares, y que la palabra «Apolo» -el dios de la música- era una de estas ayudas mnemotécnicas básicas. Las letras, de la A a la U, se crearon como ayudas mnemotécnicas para ciertos teoremas geométricos o figuras geométricas con los cuales había números asociados. (De hecho, el punto de partida de Anne Macaulay fue su estudio de la antigua escala musical griega.)

Su teoría de la historia antigua y la geometría de los círculos megalíticos es demasiado complicada para exponerla detalladamente aquí. Pero Anne Macaulay saca una conclusión que hace pensar: que cuando se usa este «código» para condensar la salida meridional extrema de la luna, el

1. Anne Macaulay, *Science and Gods in Megalithic Britain* (pendiente de publicación todavía). Estoy en deuda con la doctora Macaulay por permitirme leer el manuscrito del libro.

lugar ideal para construir un observatorio es precisamente donde se encuentra Stonehenge. Otra conclusión es que todo esto indica que es probable que la antigua ciencia griega -incluido Pitágoras (que nació alrededor de 540 a. de C.)- tuviera su origen en Europa, lo cual es exactamente lo contrario de una sugerencia que se hizo en el siglo XIX en el sentido de que Stonehenge fue construido por griegos micénicos. Anne Macaulay sugiere la posibilidad de que los primitivos griegos fueran comerciantes de estaño británicos procedentes de Cornualles.

Dado que sabemos que la construcción de Stonehenge empezó hacia el 3100 a. de C., su teoría también da a entender que la escritura fonética es alrededor de 1.500 años más antigua de lo que suponemos.

Desde nuestro punto de vista, la importancia de toda esto reside en la sugerencia de que existían formas avanzadas de geometría y astronomía mucho antes de que hubiera un método exacto de ponerlas por escrito. Anne Macaulay cree -al igual que Thom- que puede leerse en la geometría de los círculos y monumentos megalíticos, y que sus constructores intentan transmitirnos un mensaje... justamente del mismo modo que Robert Bauval y Graham Hancock creen (como veremos) que los antiguos egipcios transmitían un mensaje en la geometría de Gizeh.

¿Cuándo empezaron nuestros antepasados a usar ayudas mnemotécnicas para anotar los movimientos del sol y de la luna?

Parecerá increíble, pero la respuesta es que fue hace como mínimo 35.000 años.

En el decenio de 1960, un investigador del museo Peabody llamado Alexander Marshack se encontraba estudiando la historia de la civilización y se sentía peocupado por lo que él llamó «una serie de "súbitamentes"». La ciencia había empezado «súbitamente» con los griegos; las matemáticas y la astronomía habían aparecido «súbitamente» entre los egipcios, los mesopotámicos y los chinos; la civilización misma había empezado «súbitamente» en la Media Luna de las tierras fértiles del Oriente Medio.

En resumen, preocupaba a Marshack la misma pregunta que había preocupado a Schwaller de Lubicz y a John Anthony West. Y al igual que Schwaller y West, Marshack decidió que estas cosas no habían aparecido «súbitamente», sino que eran fruto de miles de años de preparación.

Sentía curiosidad por saber si había algún indicio arqueológico de que el hombre se entregara a actividades estacionales (él las llama «divididas en factores temporales») como la agricultura en los tiempos de «antes de la civilización».

En ese momento quedó fascinado por las extrañas señales que vio en fragmentos de hueso que databan de la edad de piedra. Al examinarlas con el microscopio, comprobó que estaban hechas con numerosas herramientas diferentes, lo cual era señal de que no databan de la misma época. Por último sacó la conclusión de que una serie de señales que formaban una línea curva en un hueso de 35.000 años de antigüedad eran anotaciones de las fases de la luna. Lo cual quería decir que, en cierto sentido, el hombre de Cromañón habían inventado la «escritura».

Pero ¿por qué? ¿Por qué iban a importarle los movimientos del sol y de la luna? En primer lugar, porque era inteligente... tan inteligente como el hombre moderno. Probablemente se consideraba a sí mismo muy civilizado, igual que nosotros. Y una persona inteligente necesita tener un sentido del tiempo, de la historia. Marshack menciona un «palo calendario» de los indios pima de América que representa su historia durante 44 años. Esto quiere decir que el «narrador» indio podía coger el palo, señalar algún año lejano y contar su historia, que estaba representada por medio de puntos y espirales u otras señales apenas visibles. Es probable que el hombre de Cromañón de hace 35.000 años hiciera lo mismo.

Y luego, por supuesto, un calendario sería útil para los cazadores porque les diría cuándo volverían los ciervos u otros animales. Sería útil para las mujeres embarazadas que quisieran saber cuándo llegaría el momento de dar a luz. De hecho, un calendario es una de las necesidades básicas de la civilización, el equivalente del reloj digital del hombre moderno.

Pero claro, nos estamos olvidando de otro factor muy importante. Si Schwaller está en lo cierto, al hombre de Cromañón le interesaban el sol y la luna por otra razón: porque era sensible a sus ritmos y los experimentaba como fuerzas vivas. Hoy día, hasta el más escéptico de los científicos reconoce la influencia que ejerce la luna en los pacientes mentales; todo médico que haya trabajado en un hospital confirmará que la luna llena afecta a ciertos pacientes. Sin embargo, comparado con los pueblos aborígenes, el hombre civilizado ha perdido la mayor parte de su sensibilidad a la naturaleza.

Si queremos comprender a nuestros antepasados de Cromañón, debe-

mos tratar de imaginar seres humanos que sean tan sensibles al sol, a la luna y a otras fuerzas naturales (por ejemplo, el magnetismo de la Tierra) como el paciente mental lo es a la luna llena.

En *The Roots of Civilisation,* Marshack comenta: «Aunque en el paleolítico superior las explicaciones se hacían mediante historias y por medio de imágenes y símbolos, intervenía en ello un alto grado de inteligencia, cognición, racionalidad, conocimiento y habilidad técnica».[2] Dicho de otro modo, el hombre de la edad de piedra poseía todas las capacidades necesarias para crear civilización.

Y sin embargo, aunque se encontraba al borde de la civilización hace 35.000 años y vivía en una comunidad lo bastante avanzada como para necesitar un conocimiento de la astronomía, se nos pide que creamos que, de hecho, tardó otros 25.000 años antes de que empezara a dar los primeros pasos vacilantes hacia la construcción de las primeras ciudades.

Resulta, en general, poco verosímil.

En su libro desconcertante y oscuro *La diosa blanca,* el poeta Robert Graves propone un punto de vista que está totalmente de acuerdo con las conclusiones de Marshack. Arguye que el culto a la diosa luna (la «diosa blanca») fue la religión universal original del género humano y que en una etapa bastante posterior fue suplantada por el culto al dios sol Apolo, al que Graves considera símbolo de la ciencia y la racionalidad: esto es, del conocimiento del cerebro izquierdo en contraposición a la intuición del cerebro derecho que él asocia con la diosa.

Graves cuenta que estaba leyendo la traducción que lady Charlotte Guest hizo de la epopeya galesa *The Mabinogion* cuando encontró un poema incomprensible titulado «The song of Taliesin». De pronto supo («no me pregunten cómo») que los versos eran una serie de acertijos medievales cuyas respuestas él conocía. También supo («por inspiración») que los acertijos estaban relacionados con una tradición galesa sobre una Batalla de los Árboles, que en realidad trataba de una lucha entre dos sacerdocios druídicos por el control del saber.

El alfabeto druídico era un secreto que se guardaba celosamente, pero sus dieciocho letras eran nombres de árboles cuyas consonantes representaban los meses de los cuales eran característicos los árboles, a la vez que las vocales representaban las posiciones del sol, con sus equinoccios y solsticios. El «calendario de los árboles» se usó en toda Euro-

2. Alexander, Marshack, *The Roots of Civilisation,* 1972, p. 280.

pa y Oriente Medio en la edad del bronce, y se asociaba con la Diosa de la Triple Luna.

Dice Graves que este culto fue reprimido poco a poco por el «afanoso culto racional al dios solar Apolo, que rechazó el alfabeto arbóreo órfico a favor del alfabeto fenicio comercial -el conocido ABC- y dio comienzo a la literatura y la ciencia europeas».

La idea de Graves corrobora la de Anne Macaulay en el sentido de que el alfabeto moderno estaba asociado con Apolo. También corrobora muchas de las sugerencias que hicimos en el capítulo anterior acerca de la mentalidad «mágica» del hombre de Cromañón, que poco a poco ha cedido ante la mente «bicameral» de hoy.

Según Graves, no necesitó «preparar» *La diosa blanca* en el sentido normal de la palabra, sino que «le fue impuesto». Y lo que «le fue impuesto» fue todo un sistema de conocimiento que está basado en una mentalidad que es totalmente distinta de la nuestra... en premisas «lunares» en lugar de «solares».

Resulta evidente que esto es también lo que trata de describir en líneas generales Schwaller en libros como *Sacred Science,* y contribuye a explicar su oscuridad: trata de describir una visión remota y olvidada de la realidad empleando un lenguaje que no es en absoluto apropiado para ello.

La mención de calendarios antiguos nos recuerda inevitablemente el famoso calendario maya que, como señala Graham Hancock, es mucho más exacto que el moderno calendario gregoriano. Hancock cita a un arqueólogo que pregunta por qué los mayas crearon un calendario tan increíblemente exacto, pero no comprendieron el principio de la rueda. Sabemos, por supuesto, que los mayas heredaron su calendario de los olmecas de mil años antes, pero eso sólo significa que ahora hay que preguntar por qué los olmecas no comprendieron el principio de la rueda.

Hancock sugiere que la respuesta puede ser que los mayas -y los olmecas- no inventaron el calendario, sino que lo heredaron: exactamente la sugerencia que hizo Schwaller de Lubicz para explicar el carácter avanzado de la ciencia egipcia. Todos los indicios que hemos considerado hasta ahora señalan que Hancock y Schwaller tienen razón.

Lo cual sigue sin responder a esta pregunta: ¿Por qué querría alguien un calendario tan exacto?

Una posibiliad intrigante la ha sugerido un investigador moderno que se llama Maurice Cotterell, en un libro titulado *The Mayan Prophecies* (escrito conjuntamente con Adrian Gilbert, colaborador de Robert Bauval en *El misterio de Orión*).

Cotterell es un ingeniero y científico informático que se sintió interesado por los aspectos científicos de la astrología. Cuando estaba en la marina mercante se fijó en que el comportamiento de sus compañeros de a bordo parecía ajustarse a sus signos astrológicos: que los signos «de fuego» son más agresivos que los de «agua», etcétera.

Ahora bien, de hecho, un estadístico llamado Michel Gauquelin ya había planteado esta cuestión y publicado un estudio que indicaba que hay pruebas estadísticas auténticas de ciertas proposiciones de la astrología, tales como que nacen más científicos y médicos bajo el signo de Marte, y que nacen más políticos y actores bajo Júpiter. Un psicólogo escéptico, el doctor Hans Eysenck, fue lo bastante imparcial como para examinar estos resultados, tras lo cual consternó a sus colegas reconociendo públicamente que parecían ser razonables. Eysenck trabajó luego con un astrólogo llamado Jeff Mayo y estudiaron conjuntamente dos grandes muestras de sujetos elegidos al azar para ver si las personas nacidas bajo signos «de fuego» (Aries, Leo, Sagitario) y signos «de aire» (Géminis, Libra, Acuario) son más extravertidas que las nacidas bajo signos «de tierra» (Tauro, Virgo, Capricornio) y «agua» (Cáncer, Escorpio, Piscis). Y aunque las probabilidades en contra eran de 10.000 a 1, las estadísticas, que afectaron a unas 4.000 personas, demostraron que efectivamente era así.

Cotterell quiso saber cómo era esto posible. ¿Hay algún factor cósmico que cambie de un mes a otro y explique este resultado intrigante? A los signos del zodíaco (Aries, Tauro, etcétera) se les llama signos «del sol» porque el sol nace sobre un fondo de constelaciones diferentes cada mes. Pero es obvio que las constelaciones no pueden influir en los individuos, toda vez que están a años luz de distancia: decir que nuestro destino está escrito en las estrellas no es más que una forma de hablar, ya que son meramente las cifras en un reloj que nos permiten saber la hora.

En cambio, el sol hace algo que ejerce gran influencia en la Tierra; este horno grande y rugiente despide un chorro continuo de energía debido al cual las colas de los cometas salen a borbotones detrás de ellos como banderas ondeando al viento. También tiene variaciones llamadas «manchas solares», que son enormes erupciones magnéticas que pueden causar interferencias radiofónicas en la Tierra. Emiten un «viento solar» de partícu-

las magnéticas que causan la aurora boreal.

Cotterell decidió partir del razonable supuesto de que el campo magnético del sol, en particular la actividad de las manchas solares, puede ser lo que afecta a los embriones humanos.

Debido a que está hecho de plasma -gas supercalentado-, el sol no gira de manera uniforme, como gira la Tierra; su ecuador gira casi un tercio más rápidamente que sus polos: 26 días por «vuelta», mientras que los polos tardan 37. A causa de ello, sus líneas de magnetismo se tuercen y a veces sobresalen del sol igual que los muelles sobresalen de un colchón roto; esto son las «manchas solares».

Cotterell se sintió muy interesado al saber que no sólo cambia el sol el tipo de radiación que emite cada mes, sino que, además, hay cuatro tipos de radiación solar que se siguen unos a otros de acuerdo con un orden. Así que la actividades del sol no sólo parecen corresponderse con los cambios astrológicos mensuales llamados «signos solares», sino también con los cuatro tipos de signo: fuego, tierra, aire, agua.

Debido a que la Tierra también gira alrededor del sol, una rotación solar de 26 días tarda 28 días vista desde la Tierra. La Tierra recibe una lluvia alterna de partículas negativas y positivas cada siete días.

Los biólogos saben que el débil campo magnético de la Tierra influye en las células vivas y puede afectar la síntesis del ADN en las células. Así que Cotterell pensó que era muy probable que los cambios en el campo magnético del sol afecten a los bebés en el momento de la concepción. Si así ocurría, había descubierto la base científica de la astrología.

Los astrólogos a quienes explicó su teoría no acabaron de quedar convencidos. Según la astrología, lo que nos afecta es el momento en que se produce el nacimiento y no el de la concepción. Sin embargo, esto no parece tener sentido: después de todo, el bebé ya ha vivido nueve meses cuando llega el momento de nacer. De hecho, otro científico ya estaba trabajando en una teoría parecida; en *The Paranormal.. Beyond Sensory Science* (1992), el físico Percy Seymour sugiere que el feto recién formado se ve afectado por la «red magnética» del sistema solar, que se extiende como pata de gallina entre el sol, la luna y los planetas. Cotterell sencillamente hacía caso omiso de la luna y los planetas por considerarlos sin importancia.

Al obtener un puesto de trabajo en el Cranfield Institute of Technology,

Cotterell se apresuró a introducir sus datos en el potente ordenador del instituto. Quería determinar la interacción de los dos campos magnéticos del sol (debida a sus diferentes velocidades de rotación en los polos y el ecuador) y el movimiento de la Tierra alrededor del sol.

Lo que salió del ordenador fue un gráfico que mostraba un ciclo rítmico definido cada once años y medio. Los astrónomos han calculado el «ciclo» de manchas solares en 11,1 años. Así pues, parecía que Cotterell se estaba acercando.

Los dos campos magnéticos interactivos del sol vuelven al punto de partida, por así decirlo, cada 87,45 días, a lo que Cotterell dio el nombre de bit. Al examinar su gráfico, vio que el ciclo de manchas solares se repite y vuelve al punto de partida cada 187 años. Pero hay otra complicación: la llamada «capa neutra» del sol, que es la zona alrededor del ecuador donde el norte y el sur se compensan perfectamente. Esta capa se comba por efecto del campo magnético del sol, de modo que se mueve un bit cada 187 años, lo que da un ciclo total -antes de que vuelva al punto de partida- de 18.139 años. Y cada 18.139 años el campo magnético del sol se invierte.

Cotterell comprobó que este período se dividía en 97 períodos de 187 años, consistentes en cinco ciclos principales, tres de 19 veces 187 y dos de 20 veces 187.

Al observar que 20 veces 187 años equivalen a 1.366.040 días Cotterell sintió gran interés. Había despertado su curiosidad uno de los documentos astronómicos mayas conocidos por el nombre de *Códice de Dresde,* que los mayas utilizaban para calcular los eclipses, así como los ciclos del planeta Venus, a los que concedían muchísima importancia. Los mayas declaraban que Venus «nació» en el año 3114 a. de C., el 12 de agosto. (Posiblemente el lector recordará que Immanuel Velikovsky, de quien hablamos en el capítulo 5, creía que Venus había «nacido» de Júpiter y se acercó a la Tierra cuando se dirigía a ocupar su posición actual.) Los mayas calculaban usando un período complicado que llamaban *tzolkin* -260 días- y, según ellos, un ciclo completo del planeta Venus equivalía a 1.366.560 días. Cotterell se fijó en que esta cifra era igual a la suya de 1.366.040 más dos *tzolkin.* Se preguntó si era posible que los mayas hubieran sacado por casualidad la misma conclusión sobre los ciclos de manchas solares y que su complejísimo calendario se basara en él.

Algo más le hacía pensar que quizá estaba bien encaminado. Había observado un hecho bastante curioso: que el bombardeo magnético del sol

se intensifica durante los períodos de baja actividad en los ciclos de manchas solares. Esto parecía contradictorio: lo lógico era esperar que disminuyera. Sacó la conclusión de que el fenómeno tenía que ver con los cinturones de radiación que hay alrededor de la Tierra y que se denominan «cinturones de Van Allen» porque fueron descubiertos por el científico espacial James Van Allen en 1958. Estos cinturones se deben al campo magnético de la Tierra y atrapan la radiación solar, que, de no ser por ello, destruiría la vida en la Tierra.

Cotterell pensó que los cinturones de Van Allen quedan supersaturados de partículas magnéticas durante los períodos de gran actividad de las manchas solares y de esta manera reducen la cantidad de radiación que llega a la superficie de la Tierra. En los períodos de poca actividad de las manchas solares, permiten el paso de las partículas. Y Cotterell creía que causan esterilidad y otros problemas.

Cotterell se inclinaba a datar la decadencia de los mayas a partir de 627 d. de C., año en que la Tierra estaba recibiendo un bombardeo máximo de magnetismo del sol. Ahora se dio cuenta de que 627 d. de C. era también el final del ciclo maya (de 1.366.560 días) a partir del «nacimiento de Venus» en 3114 a. de C. Era también el momento en que el ciclo magnético del sol se invertía. El nacimiento de Venus fue la fecha de la anterior inversión. Sin duda no podía ser una coincidencia.

Bastante más preocupante era el hecho de que el próximo ciclo maya terminará el 22 de diciembre de 2012, fecha en que el campo magnético del sol volverá a invertirse. Cotterell señala que actualmente se registra un descenso de la fertilidad en los países desarrollados y que la causa puede ser este cambio en el ciclo de manchas solares.

Graham Hancock, según hemos visto, cita el año 2030 como el momento en que, de acuerdo con las previsiones, se producirá una inversión de los polos magnéticos de la Tierra que causará numerosas catástrofes. Si Cotterell está en lo cierto, tal vez la Tierra experimente problemas 18 años antes.

Pero es posible que, después de todo, tanto Hancock como Cotterell se equivoquen. La Tierra superó su anterior cambio en el campo magnético del sol -en 627 d. de C.- sin ninguna catástrofe visible. En el citado año, el emperador bizantino Heraclio invadió Asiria y Mesopotamia y derrotó a los persas cerca de Nineveh, el profeta Mahoma hostigó a los habitantes de La Meca desde Medina y los japoneses mandaron enviados a China. Al parecer, ninguno de los citados se fijó en la inversión del campo magnético del sol.

En cuanto al campo magnético de la Tierra, los científicos actuales no tienen ninguna idea sobre cuál es su causa, y mucho menos de por qué su polaridad se invierte de vez en cuando; así que está claro que no puede haber ninguna razón científica por la que deba suceder en 2030 en vez de dentro de mil años.

Con todo, las ideas de Cotterell han sido una aportación importante al estudio de las civilizaciones antiguas. Parece haber demostrado de forma muy convincente que el calendario maya tiene un sólido fundamento científico y -una vez más- que el hombre antiguo parecía saber mucho más sobre los cielos de lo que creen los astrónomos modernos.

Asimismo, si los mayas basaron su calendario en el ciclo de manchas solares, entonces debemos suponer que este conocimiento se basaba en la intuición más que en el interés puramente científico. Schwaller de Lubicz dice que todo ser vivo está en contacto con las energías del universo, y que cada hora del día tiene sus diferentes *neters* o vibraciones. Si Alexander Marshack está en lo cierto, el hombre de Cromañón estudió los cielos porque era consciente de estas energías o vibraciones, y sin duda cabe decir lo mismo de los incas y los mayas.

He dejado deliberadamente hasta ahora el comentario de uno de los libros más desconcertantes y desesperantes que jamás se hayan escrito sobre el problema de la astronomía y el hombre antiguo: *Hamlet's Mill* (1960), de Giorgio de Santillana y Hertha von Dachend. En comparación con *Hamlet's Mill, La diosa blanca* de Graves parece un modelo de claridad.

Santillana era un profesor de historia de la ciencia muy respetado, pero las editoriales especializdas en libros para universitarios rechazaron *Hamlet's Mill* y finalmente publicó la obra una editorial comercial poco conocida. Así que los colegas de Santillana en la universidad tuvieron dos razones para no hacer caso del libro: no sólo era increíblemente oscuro, sino que, además, el hecho de que lo publicara una editorial no especializada equivalía a reconocer que el libro estaba por debajo de los niveles de erudición aceptables. A decir verdad, parece que la opinión general de los círculos universitarios era que el libro demostraba que Santillana había pasado a engrosar el gremio de los chiflados.

Sin embargo, a pesar de su oscuridad, el libro se ha abierto paso lenta-

mente, toda vez que es imposible leer unas cuantas páginas sin reconocer que dice algo de tremenda importancia y que Santillana sabe exactamente de qué está hablando.

Desde hacía mucho tiempo, Santillana era consciente de que había un punto en el que la historia de la ciencia se fundía con la mitología. Y *Hamlet's Mill* deja bien claro que en algún momento Santillana debió de tener una revelación sobre la mitología que le dejó abrumado porque le produjo la sensación de que se le había confiado algún secreto asombroso del pasado.

Su colaboradora, Hertha von Dachend, era antropóloga y alumna del mismo Frobenius que había visto a los pigmeos africanos disparar una flecha contra el dibujo de un antílope. También Von Dachend pensaba que los mitos eran algo más que tonterías primitivas. Y «dio con un filón de oro» (al decir de Santillana) cuando se fijó en que dos minúsculas islas del Pacífico sin más distinción que el extraordinario número de lugares sagrados que había en ellas estaban situadas exactamente en el Trópico de Cáncer y el Trópico de Capricornio: el punto en que el sol «se para» y luego vuelve sobre sus pasos en los solsticios. La observación de Von Dachend confirmó que el «hombre primitivo» sentía un profundo interés por la astronomía y, por tanto, era menos primitivo de lo que se suponía.

Santillana ya había sacado la misma conclusión. Años antes había reconocido que una de las características básicas del hombre antiguo era «la atención minuciosa, constante e inmensa que prestaba a las estaciones. ¿Qué es un solsticio o un equinoccio? Representa la capacidad de coherencia, deducción, intención imaginativa y reconstrucción que difícilmente podríamos atribuir a nuestros antepasados. Y pese a ello, allí estaba. Yo la vi».

Dice Santillana que mucho antes de que se inventara la escritura, el hombre estaba obsesionado por las medidas y el contar, por los números... y por la astronomía. Y luego, empleando un lenguaje que hace pensar en Alexander Thom, habla de aquellos «Newton y Einstein olvidados desde hace tanto tiempo».

Santillana opinaba que este conocimiento antiguo se basaba en el tiempo, «el tiempo de la música» (del que volveremos a hablar más adelante).

El argumento básico del libro puede expresarse de manera muy sencilla: que el hombre antiguo no sólo tenía conocimiento de la precesión de los equinoccios (supuestamente descubierta por el griego Hiparco en el 134 a. de C.), sino que, además, codificó este conocimiento en docenas de

mitos. Esta tesis es interesante, aunque no es de las que hacen época. Pero eso es sólo la mitad de la historia.

Santillana dice:

> Este libro es muy poco convencional... Para empezar, no hay ningún sistema que pueda presentarse en términos analíticos modernos. No hay ninguna clave, y no hay ningún principio a partir del cual pueda deducirse una presentación. La estructura procede de una época en que no existía un sistema en el sentido que damos nosotros a la palabra y sería injusto buscar uno. Difícilmente podía haberlo entre personas que se aprendían de memoria todas sus ideas.

Dicho de otro modo, lo que el lector normal espera de él es que hable de los mitos antiguos y luego los explique en términos de la precesión de los equinoccios. Está tratando de decir que no es tan sencillo. «El tema posee naturaleza de holograma, algo que tiene que estar presente en conjunto en la mente.»

Hay una manera más sencilla de expresar lo que Santillana trata de explicar. En todo el mundo, en los mitos de docenas de culturas diferentes, hay leyendas que obviamente expresan la misma historia. Sir James Frazer hizo de esto el punto de partida de su famoso libro *La rama dorada* (Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1944, 8ª reimpresión, 1995). Frazer decidió que la clave del misterio era el concepto de la fertilidad de la tierra, la necesidad de una buena cosecha. El rey era un mago cuyos poderes garantizaban la lluvia. Si los poderes empezaban a fallar, el rey era ofrecido como sacrificio a los dioses. Finalmente, el sacrificio se volvió simbólico y se convirtió en un ritual en el cual el dios era enterrado y brotaba de nuevo en primavera, igual que John Barleycorn*...

Desde luego, el problema en este caso es que se presupone que los mitos se formaron después de que el hombre se convirtiera en agricultor. Lo que se desprende de *Hamlet's Mill* es que Santillana estaba totalmente convencido de que son más antiguos, mucho más antiguos. Incluso hay veces en que sospechamos que insinúa que se remontan a decenas de miles de años atrás.

En efecto, Santillana presenta un rico tapiz de leyendas de los esqui-

* Personificación humorística de la cebada tal como se usa para elaborar licor de malta, del propio licor de malta o de cualquier licor que embriague. *(N. del T.)*

males, los islandeses, los antiguos escandinavos, los indios norteamericanos, los finlandeses, los hawaianos, los japoneses, los chinos, los hindúes, los persas, los romanos, los antiguos griegos, los antiguos hindúes, los antiguos egipcios y docenas de otros pueblos, y pregunta: ¿cómo se formaron estas extrañas similitudes a menos que los mitos tengan algún origen en común? Y se inclina a creer que este origen reside en la astronomía.

Su punto de partida es un molino de trigo que pertenecía al héroe islandés Amlodhi (cuyo nombre nos ha llegado convertido en Hamlet). Al principio este molino producía paz y abundancia; existía en los tiempos de la «Edad de Oro». Esta edad tocó a su fin y entonces el molino produjo sal. Finalmente fue a parar al fondo del mar, donde molía arena y creó el remolino llamado Maelstrom... que Edgar Allan Poe utilizó con efecto tan dramático. *(Mala* significa «moler».)

¿Por qué un molino? Seguramente porque una rueda de molino, el sol, atraviesa las constelaciones en una dirección -Aries, Tauro, Géminis, etcétera- mientras los equinoccios se mueven en la dirección contraria: Géminis, Tauro, Aries.

Lo que encarnaba el molino era la idea «de catástrofes y la reconstrucción periódica del mundo». Así que los mitos antiguos tratan de catástrofes como el Diluvio. Pero las «eras» que terminan en catástrofe se deben a la precesión de los equinoccios, lo cual significa que nos movemos de era en era: desde la era de Leo en el 10000 a. de C. hasta nuestra actual era de Piscis, y la próxima era de Acuario.

Obviamente, si los antiguos pensaban que la precesión estaba relacionada con grandes catástrofes periódicas que destruían a gran parte del género humano, le concederían gran importancia y la estudiarían minuciosamente. Según Santillana, el molino de Amlodhi es una imagen de la precesión de los equinoccios.

En nuestro tiempo, los teóricos de la teoría de los «astronautas de la antigüedad» como Von Däniken han señalado los indicios de conocimiento avanzado entre los antiguos y han argüido que demuestran que este conocimiento lo trajeron a la Tierra visitantes procedentes del espacio exterior. De hecho, la teoría de la precesión que propone Santillana es una prueba bastante concluyente de que no hubo tales visitantes. De haber existido, hubieran explicado a aquellos primeros astrónomos que la precesión se debía sencillamente a la inclinación del eje de la Tierra, que hace que ésta se mueva como una peonza o un giroscopio, y que no tiene una gran importancia universal: en tal caso, el rico grupo de mitos que se exploran en *Hamlet's Mill* nunca hubiera existido.

Me permitirá que ofrezca un ejemplo de la complejidad del método argumentativo de Santillana. El capítulo 21, «The Great God Pan is Dead», empieza contando la historia de Plutarco sobre cómo de una isla griega surgió una voz que llamó al piloto de un barco -un egipcio cuyo nombre era Thamus- y le dijo: «Cuando llegues frente a Palodes, anuncia que el gran Pan ha muerto». Como el mar estaba calmo y silencioso al pasar por delante de Palodes, Thamus hizo lo que le había pedido la voz y de la costa llegaron grandes gritos y lamentaciones. El emperador Tiberio, que se interesaba por la mitología, hizo comparecer a Thamus para escuchar la historia de sus propios labios.

Los cristianos tendían a interpretar que esta historia significaba que Cristo había muerto (pues Jesús fue crucificado durante el reinado de Tiberio). Pero Santillana cita a continuación muchos mitos extrañamente parecidos. En el Tirol, existen leyendas sobre los *fanggen,* espíritus de los árboles que a veces entran en los hogares de los seres humanos en calidad de sirvientes. En uno de los cuentos que recogieron los Grimm un hombre que se dirige a su casa oye una voz que llama: «Portador de yugo, portador de yugo, diles a los de tu casa que Giki-Gaki ha muerto». Cuando repite estas palabras, la sirvienta prorrumpe en llanto y desaparece. Según Santillana, el «yugo» es el eje del molino de Amlodhi.

Hay muchas variantes. Un hombre está contemplando una reunión de gatos cuando uno de ellos salta a lo alto de una pared y grita: «¡Dile a Dildrum que Doldrum ha muerto». Al llegar a casa, el hombre cuenta a su esposa lo que ha visto y el gato de la casa grita: «Entonces soy el rey de los gatos», y desaparece chimenea arriba.

Santillana pregunta si es posible que el barco de Plutarco sea la constelación Argos y que lleve a bordo el cadáver de Osiris. ¿Y es casualidad que el piloto se llame Thamus, como el rey de Platón que criticó a Tot (el dios Mercurio) por inventar la escritura, lo que convirtió al hombre en un ser mentalmente perezoso y puso fin a una era de «conocimiento interno» del universo?

Luego cuenta la historia de unas mujeres que lamentan la muerte de un dios, esta vez Tamuz, que aparece en el libro de Frazer como un dios del grano que muere con la estación. Pero en este contexto a Tamuz, que es un dios secundario, se le menciona junto con muchos dioses importantes. ¿Qué hace en tan distinguida compañía?

La respuesta, según Santillana, aparece cuando nos enteramos de la fecha de la fiesta de Tamuz. Tenía lugar durante la noche del 19 al 20 de junio, la fecha que señalaba el comienzo del año egipcio. En aquel día, Sirio,

la estrella perro, salía justo antes que el sol (su «orto helíaco»). ahora los egipcios veneraban a Sirio porque a lo largo de 3.000 años continuó saliendo en la citada fecha, desafiando la precesión de los equinoccios.

Parece imposible, ya que la precesión afecta a todas las estrellas. Pero Sirio está muy cerca de la Tierra, relativamente hablando -es la segunda de las estrellas más próximas a ella- y tiene mucho «movimiento propio» que le permite (en apariencia) desafiar a la precesión.

Había otra razón, que estaba relacionada con el hecho de que los antiguos egipcios utilizaban un calendario que, al igual que el calendario juliano de los romanos, tenía sólo 365 días por año, en lugar de 365,25, y esta ligera inexactitud también permitió que Sirio aparentemente desafiara a la precesión.

De manera que cuando Sirio también sucumbió a la precesión, como sucedió finalmente, el gran dios Pan había muerto.

Se comprende que el método argumentativo de Santillana desconcertara a los estudiosos al ver cómo salta del gran dios Pan a las sirvientas y los gatos atigrados y Platón, así como una docena de otros ejemplos que me he abstenido de incluir, para terminar con la precesión y Sirio.

Una vez más hay que decir que es imposible entender *Hamlet's Mill a* menos que tengamos presente que no es sólo un intento de argüir que los mitos antiguos reflejan un conocimiento de la precesión. Si sólo se tratara de esto, Santillana hubiera podido salir del paso con un ensayo breve. Necesitó un libro grueso y sumamente denso para expresar lo que quería someter a nuestra atención: la increíble riqueza de la mitología mundial y el hecho de que parece señalar alguna forma de aprehender el universo que en nuestra era de información escrita, radiada y televisada tenemos olvidada desde hace mucho tiempo. Hasta se toma la molestia de atacar a uno de los más grandes estudiosos de los mitos, Ernst Cassirer, a quien considera demasiado «reduccionista». Obviamente piensa que lo que dice es demasiado grande para exponerlo de forma lógica y directamente. A menudo comenta que explorar tal o cual relación requeriría todo un libro. Quizá si hubiera vivido lo suficiente para leer *Fingerprints of the Gods,* de Hancock, y *El misterio de Orión,* de Bauval, habría comenzado a pensar que unas cuantas personas empezaban a comprender de qué estaba hablando.

Hasta ahora no hemos mencionado otra cultura que tiene mucho derecho a que se la considere la «cuna de la civilización»: la de la India antigua.

En general se piensa que la India fue ocupada originalmente por un pueblo primitivo llamado «los drávidas» y que entre el 1500 y el 1200 a. de C. arios de ojos azules descendieron desde el Afganistán y empujaron a los drávidas hacia el sur, tras lo cual instauraron su propia cultura «védica»... una cultura cuyos mayores monumentos literarios son los himnos védicos.

En Harappa, en lo que actualmente es Pakistán, había unos grandes montículos que se sabía que ocultaban las ruinas de una ciudad antigua, y en 1921 un arqueólogo indio llamado Daya Ram Sahni sugirió que podía pertenecer a un período anterior al imperio maurya, que fue fundado por Chandragupta más o menos en tiempos de Alejandro Magno (nacido en el 356 a. de C.). De hecho, las excavaciones efectuadas en Harappa revelaron que fue dos mil años y medio antes de Chandragupta.

Las excavaciones empezadas en 1922 en Mohenjo-Daro (nombre que significa «colina de los muertos»), en el valle del Indo, 643 kilómetros y pico al sudoeste de Harappa, pusieron al descubierto una rica e insospechada civilización. Aunque parezca increíble, Mohenjo-Daro resultó tan avanzada como una ciudad griega o romana posterior y estaba construida sobre plataformas de ladrillos de barro para protegerla de las inundaciones con una planta cuadriculada que hacía pensar en Nueva York, y un impresionante sistema de alcantarillas, por no hablar de los retretes de asiento. El tamaño de la ciudad indicaba que había dado cabida a unas 40.000 personas. El gran número de estatuillas femeninas que se encontraron sugería que se rendía culto a una deidad femenina, probablemente la diosa luna. Los sellos demostraron que poseían alguna forma de escritura.

En años posteriores, las excavaciones efectuadas a lo largo de los 2.896 kilómetros y pico del valle del Indo revelaron más de 150 yacimientos, media docena de los cuales eran ciudades. Toda la zona comprendida entre el mar Arábigo y las estribaciones del Himalaya fue en otro tiempo la patria de una gran civilización que rivalizaba con Egipto o Grecia. A esta civilización perdida se le dio el nombre de «cultura del valle del Indo».

Al este del Indo se extiende el vasto desierto de Thar. Al encontrarse restos de ciudades en este desierto, los estudiosos se preguntaron cómo habían podido subsistir en un lugar tan árido. Luego las fotografías tomadas

por los satélites proporcionaron la respuesta: en otro tiempo el desierto de Thar era una llanura fértil y la atravesaba un gran río; había incluso señales inconfundibles de canales. Actualmente sólo existe una pequeña parte del citado río, el Ghaggar. Los estudiosos sacaron la conclusión de que el río desaparecido era el Sarasvati, que se menciona en los himnos védicos.

Al parecer, en el apogeo de Mohenjo-Daro y Harappa, toda esta llanura era uno de los lugares más ricos del mundo. En una época en que los antiguos britanos eran agricultores de la Edad del Bronce y los griegos eran unas cuantas tribus de guerreros micénicos, una de las más grandes civilizaciones del mundo florecía en la tierra del Indo y del Sarasvati.

Según parece, una gran catástrofe destruyó esta civilización en algún momento posterior al 1900 a. de C. Hay indicios de que la tierra se pandeó, debido a la presión de la placa tectónica que ha levantado el Himalaya, y el resultado fue una serie de terremotos y erupciones volcánicas que literalmente hundieron los ríos en la tierra. El coste en vidas humanas debió de ser atroz.

Los Vedas están escritos en sánscrito, que es una lengua compleja que sir William Jones -en 1786- demostró que estaba emparentada con el griego, el latín, el alemán y el celta (lo cual fue origen de la expresión «lenguas indoeuropeas»). Y si los Vedas hablan del río Sarasvati, parece claro que fueron escritos antes de aproximadamente 2000 a. de C. y no más tarde de 1500 a. de C., como al principio creían los eruditos. Y si -como parece probable- el sánscrito era la lengua de los arios, entonces también estaba claro que la invasión de éstos no pudo ser en una fecha tan tardía como 1500 a. de C.

Hay cuatro colecciones principales de himnos védicos: el *RigVeda,* el *Sama-Veda,* el *Yajur-Veda* y el *Atharva-Veda,* de los cuales se reconoce que el *Rig-Veda* es el más antiguo e importante.

En el decenio de 1980, un estudioso de los Vedas, David Frawley, observó que los himnos del *Rig-Veda* están llenos de un simbolismo oceánico que parece sugerir que surgieron de una cultura marítima... lo cual, desde luego, se contradecía con la suposición de que los arios procedían de alguna parte de la Europa central. También reparó en que algunos himnos decían que los «antepasados» procedían del otro lado del mar y que se habían salvado de una gran inundación.

Frawley estudió las referencias astronómicas que contenían los himnos védicos y sacó la conclusión de que una referencia a un solsticio de verano

en Virgo indicaba una fecha de alrededor de 4000 a. de C., mientras que otra a un solsticio de verano en Libra señalaba aproximadamente a 6000 a. de C. También sacó la conclusión de que los autores de los Vedas conocían la precesión de los equinoccios. Expuso estas ideas revolucionarias en un libro titulado *Gods, Sages and Kings* (1991).

En la sección de astronomía védica, por ejemplo, habla de un mito según el cual el dios del año, Prajapati, se enamoró de su propia hija Rohini y fue castigado por un dios llamado Rudra, que le clavó una flecha de tres puntas. Frawley señala que Rudra es el nombre de Sirio en la astronomía védica, a la vez que la flecha de tres puntas es Orión y Rohini es la estrella Aldebarán. El mito indica una época en que el equinoccio de primavera se movía de Géminis a Tauro, alrededor del 4000 a. de C. (Un estudioso llamado B. G. Tilak había sido uno de los primeros en investigar la astronomía de los Vedas y dedica todo un libro a Orión.) Nada de todo esto parecerá polémico a quien esté familiarizado con *Hamlet's Mill.*

Se observará también que los hindúes védicos mostraban gran interés por las mismas estrellas y constelaciones que tenían gran importancia para los egipcios. Frawley señala que Orión simboliza tanto el Varuna de los hindúes como el Osiris de los egipcios y el Urano de los griegos y que los mitos de estos dioses parecen referirse al equinoccio vernal de Orión alrededor del 6000 a. de C.

Frawley reconoció que la idea de una cultura marítima que databa de antes del 6000 a. de C. es muy polémica y que lo más probable es que se rechace de entrada. Sin embargo, como hemos visto, Charles Hapgood la hubiera juzgado muy verosímil. Y lo mismo cabe decir, por supuesto, de aquel notable estudioso de la cultura maya que fue Augustus Le Plongeon, que -como se recordará- sugirió que colonizadores procedentes de las tierras de los mayas habían navegado hasta Europa y la India miles de años antes de Cristo, y citó el *Ramayana* en el sentido de que la India y China fueron invadidas y conquistadas por unos guerreros a los que se conocía como grandes navegantes y arquitectos. John West y Graham Hancock probablemente corregirían el argumento de Le Plongeon y sugerirían que América del Sur, Egipto y también la India se convirtieron en refugio de supervivientes de alguna gran catástrofe mucho antes de 6000 a. de C.

Los interrogantes que Frawley plantea en *Gods, Sages and Kings* se examinan también en un libro titulado *In Search of the Cradle of Civilisation* (1995), de George Feuerstein, Subhash Kak y David Frawley. Como sugiere

el título*, los autores arguyen que la India es la «cuna de la civilización» y que hay pruebas de que la cultura védica ya existía en el 7000 a. de C. Señalan que el mito según el cual la creación tuvo lugar a partir de un océano de leche revuelto parece referirse a la Vía Láctea, a la vez que el movimiento de revolución -como en Santillana- se refiere al «molino de Hamlet» o precesión, y que los antiguos hindúes consideraban un acontecimiento alarmante el paso del punto equinoccial de una constelación a otra (el final de una era).

Los argumentos que se exponen en *In Search of the Cradle of Civilisation* hacen pensar inevitablemente en los de John Anthony West, Robert Bauval y Graham Hancock: de hecho, los autores mencionan la opinión de Robert Schoch en el sentido de que es posible que el origen de la Esfinge se remonte al 7000 a. de C. Pero desconocían los argumentos astronómicos que desde entonces han empujado a West, Hancock y Bauval a datar la Esfinge en el 10500 a. de C. Si estos argumentos son válidos, la sugerencia de que la India es la cuna de la civilización porque los Vedas parecen referirse a fechas tan remotas como 6000 a. de C. pierde gran parte de su fuerza.

En cambio, también podría argüirse que los datos astronómicos que presentan Feuerstein, Kak y Frawley demuestran que los antiguos hindúes compartían la obsesión egipcia por observar las estrellas y la precesión de los equinoccios. En tal caso, cabe aplicar a la India antigua los mismos argumentos que al Egipto antiguo. En Egipto tenemos la sugerencia de que puede que la civilización dinástica del tercer milenio fuera precedida de una civilización mucho más antigua que fundaron los supervivientes de una gran inundación, los cuales proyectaron las pirámides y construyeron la Esfinge en 10500 a. de C. En la India, al parecer, la gran civilización de la llanura del Indo y el Sarasvati tuvo unos precursores cuyo gran logro fue el *Rig-Veda.* Frawley sugiere la posibilidad de que la civilización de los «precursores» datase del 7000 a. de C., que casualmente es la fecha que Schoch sugirió para la Esfinge. No parece haber ninguna buena razón por la cual la civilización de los hindúes védicos no deba atrasarse otros 3000 años y pico también.

Me permitirá que exprese algunas de estas visiones interiores en términos propios de los conceptos que hemos formulado en los dos capítulos anteriores.

* «En busca de la cuna de la civilización.» *(N. del T)*

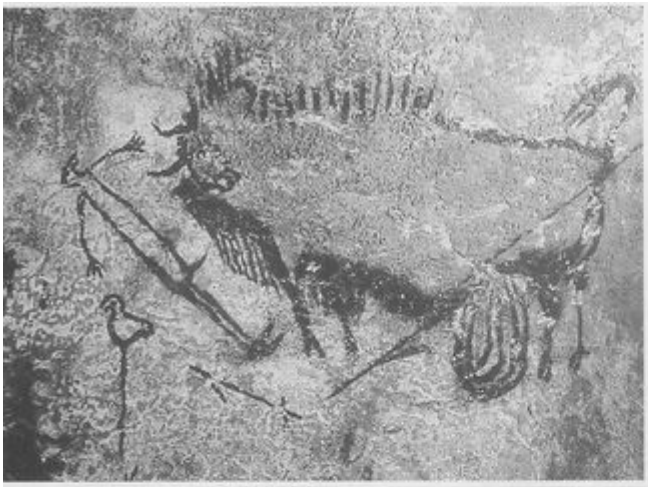
El «conocimiento» del hombre antiguo no concordaba con el sentido que damos hoy a esta palabra: conocimiento que podía clasificarse en una enciclopedia. Era un sentido de participación intuitiva en el universo, un sentido que crecía lentamente. Santillana dice: «El pensamiento arcaico es cosmológico por encima de todo; afronta las consecuencias más graves de un cosmos de maneras que repercuten en la posterior filosofía clásica... No puede reducirse a algo concreto».

Un animal experimenta la sensación de ser una criatura que debe ajustarse -de manera esencialmente pasiva- al universo que la rodea. Cuando dejó de ser un mero animal, el hombre también dejó de ser pasivo. Empezó a tener la sensación de que podía hacer algo por controlar el mundo en el cual se encontraba. Al principio este intento de ejercer control llegó por medio de diversos rituales, incluido el canibalismo ritual. El «hombre verdadero» empezó como animal religioso.

Al cabo de unos cuantos cientos de años, el hombre de Neandertal había evolucionado tanto que su cerebro era una tercera parte mayor que el del hombre moderno. El zoólogo Nicholas Humphrey no entendía por qué el cerebro del gorila es mucho mayor de lo necesario, hasta que comprendió que era debido a la vida social del gorila, que es extraordinariamente rica. En efecto, un gorila recién nacido asiste a una especie de universidad en la cual aprende un comportamiento social complejísimo. Es casi seguro que ocurría lo mismo en el caso del hombre de Neandertal.

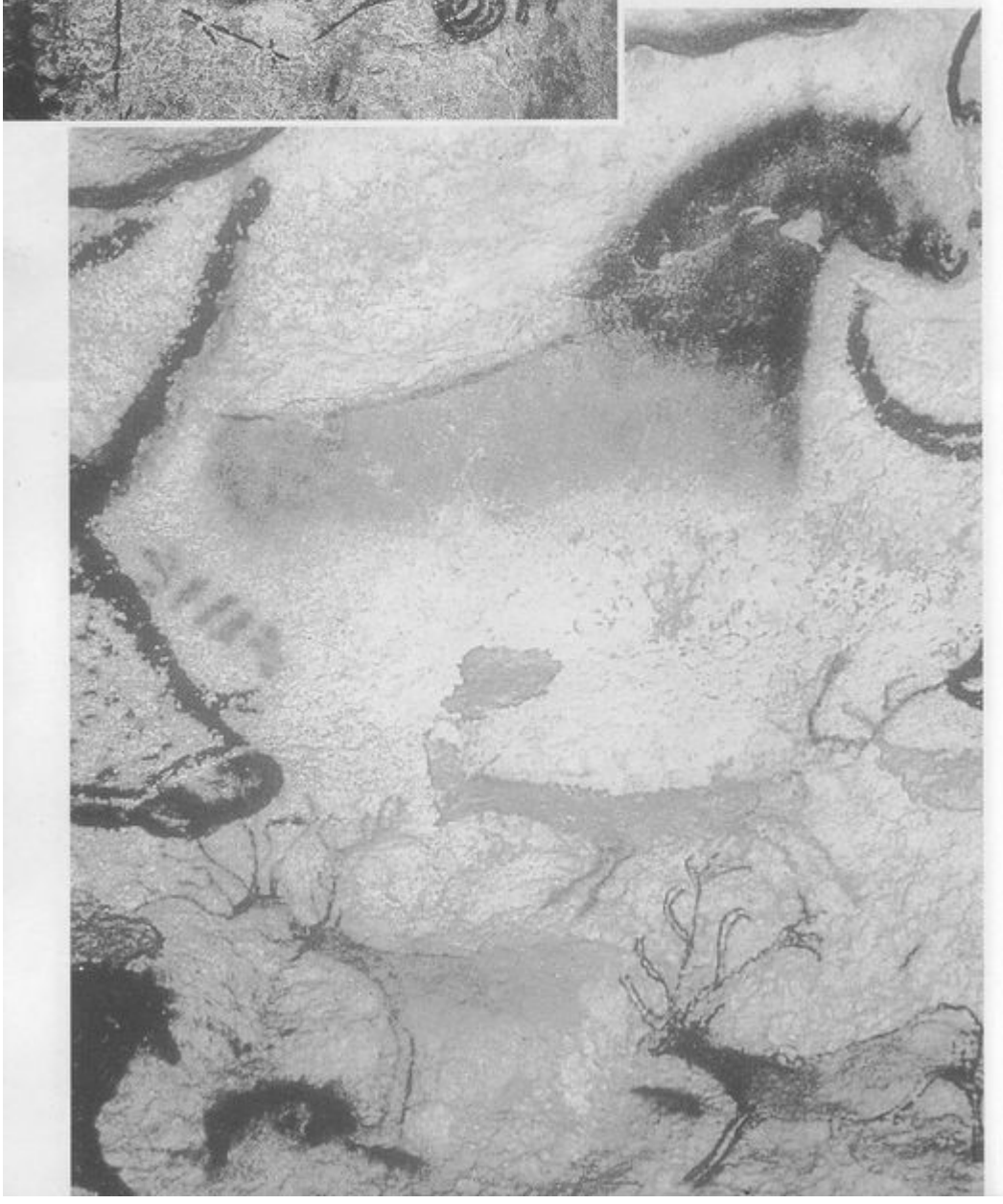
Sin embargo, fue el hombre de Cromañón quien dio el siguiente paso inmenso al crear la magia cinegética. Tuvo la sensación de que le daba un control nuevo del universo. Y también estudió los movimientos de la luna. Nosotros suponemos que meramente necesitaba algún tipo de calendario que le informara de las migraciones de los animales, pero, como es obvio, tanto Graves como Schwaller lo considerarían bajo una luz totalmente distinta. Dirían que formaba parte de un rico y complejo sistema de conocimiento, un sistema «lunar» que no se parecería en nada a nuestro conocimiento «solar». Está claro que esto es lo que Santillana también trata de expresar.

En algún momento -quizá, como sugiere Jaynes, en una fecha tan reciente como 1250 a. de C.- el hombre empezó a crear conocimiento «solar», la clase de conocimiento que se puede incluir en las enciclopedias, los diccionarios y las tablas de logaritmos. La diferencia que existe entre los dos tipos de conocimiento es muy fácil de expresar: se trata de la diferencia entre la visión interior y la simple información. Cuando Arquímedes salió de



Izquierda Pintura rupestre en Lascaux, Francia, 20000 a. de C. que muestra la magia cinegética del chamán. El bisonte recibe el lanzazo en el estómago

Abajo También en Lascaux, pintura rupestre de urus (raza de ganado extinta), caballos y ciervos



un salto del baño y gritó «¡Eureka!» acababa de tener una súbita visión interior de los cuerpos flotantes. Expresó esta visión interior bajo la forma de una «ley» que cualquier colegial puede aprenderse de memoria: todo cuerpo sumergido en un líquido pierde una parte de su peso, o sufre un empuje de abajo arriba, igual al del volumen del agua que desaloja. Parece bastante sencillo. Pero ¿cómo lo utilizaríamos si, al igual que Arquímedes, tuviéramos que idear un método para averiguar si un orfebre ha adulterado el oro de una corona con algún metal de baja ley? Para resolver este problema necesitamos una visión interior de la ley de los cuerpos flotantes.[3]

Por esto, en el *Fedro* de Platón, el rey Thamus expresa dudas cuando el dios Tot le dice que su invención de la escritura es un gran avance para la raza humana; el rey contesta que sólo servirá para hacer que el hombre sea mentalmente perezoso y para disminuir sus facultades mentales.

El conocimiento solar, que puede almacenarse en enciclopedias, es utilísimo; pero no puede substituir realmente aquel sentido íntimo del universo -y de nuestra participación en él- que nuestros antepasados que observaban las estrellas fueron los primeros en adquirir.

Esto nos lleva a una de las conjeturas más recientes e interesantes sobre estos antepasados que observaban las estrellas.

En el capítulo 3, hablé del importante avance que han hecho Robert Bauval y Graham Hancock al sugerir exactamente por qué los antiguos egipcios construyeron la Esfinge alrededor de 10500 a. de C. y la gran pirámide 8.000 años después. *Guardián del Génesis* (Planeta/Seix Barral, Barcelona, 1997) -el título se refiere a la Esfinge- es una notable obra de investigación basada en simulaciones hechas con ordenador de los cielos del antiguo Egipto. La esencia del libro reside en este comentario: «... nuestra hipótesis es que los monumentos de Gizeh, los cielos pasados, presentes y futuros que se extienden sobre ellos y los textos funerarios antiguos que los vinculan entre sí expresan los lineamientos de un mensaje. Al tratar de leer este mensaje, no hemos hecho más que seguir el viaje de "iniciación" de los Reyes-Horus de Egipto...».

Ya hemos visto cómo Bauval reconstruyó los cielos en el 2500 a. C. y descubrió que el «pozo de ventilación» meridional que salía de la Cámara del

3. La respuesta consiste en sumergir la corona en una vasija llena de agua hasta el borde y medir el líquido derramado para determinar su volumen exacto. Luego tomar exactamente el mismo volumen de oro puro y pesarlo. Si la corona pesa menos, no es oro puro.

Rey señalaba directamente el Cinturón de Orión, a la vez que el pozo parecido que salía de la Cámara de la Reina que había debajo señalaba la estrella Sirio, a la que los egipcios identificaban con Isis, del mismo modo que identificaban la constelación de Orión con Osiris. Estos lineamientos convencieron a Bauval de que la pirámide fue realmente construida cuando los egiptólogos piensan que fue construida.

También recordamos que la única vez que las posiciones de las tres pirámides en el suelo reflejan las posiciones de las tres estrellas del Cinturón de Orión es el 10500 a. de C., año en que Orión está más cerca que nunca del horizonte meridional del «ciclo precesional», que dura 25.920 años. Después de eso, Orión parece subir muy despacio por los cielos y, en 2500 d. de C., habrá alcanzado su punto más alto y empezará a descender de nuevo.

Los egipcios llamaron a esa vez anterior, la del 10500 a. de C., *Zep Tepi, la* «primera vez», y la identificaron con una especie de edad de oro, el principio de una nueva época. En la terminología de Santillana, fue una vez en que el molino produjo paz y abundancia.

Hubiera sido muy oportuno, por supuesto, que las alineaciones sugiriesen que la pirámide se había construido en el 10500 a. de C., porque contribuiría en gran medida a probar el convencimiento de Schwaller de que la Esfinge y las pirámides las construyeron los civilizadísimos supervivientes de alguna gran catástrofe: los atlantes.

Bauval y Hancock señalan que hay una razón muy convincente para creer que la Esfinge se construyó en el 10500 a. de C. Imagine que se encuentra usted de pie entre las patas de la Esfinge al amanecer en el equinoccio de primavera del 10500 a. de C. La Esfinge está orientada al este y unos momentos antes de que amanezca vemos la constelación de Leo subiendo por encima del horizonte: Leo, el león. Si ahora nos volvemos en ángulo recto de cara al sur, vemos en el cielo la constelación de Orión, con las estrellas de su cinturón reflejando exactamente la futura planta de las pirámides. Es como si los que las construyeron nos estuviesen dejando un mensaje para decirnos no sólo cuándo edificaron la Gran Pirámide sino también, de manera implícita, cuándo sus antepasados construyeron la Esfinge. El «pozo de ventilación» del sur nos dice cuándo edificaron la pirámide, y la alineación de las pirámides, que refleja el cinturón de Orión, nos dice que están dirigiendo nuestra atención a 10500 a. de C., en la era de Leo.

Sin embargo, todavía nos queda por contestar la pregunta más intri-

gante: en tal caso, ¿por qué los egipcios construyeron la Esfinge en 10500 a. de C. y las pirámides 8.000 años después?

Según *Guardián del Génesis,* la respuesta es astronómica: que tuvieron que esperar otros 8.000 años para que algún acontecimiento importante ocurriese en el cielo. Hablaremos de ello dentro de un momento.

Mientras tanto, es evidente que la tesis de Bauval y Hancock es muy polémica. Afirman que los «sacerdotes» originales llegaron a Egipto antes del 10500 a. de C., que conocían muy bien la precesión y que sabían que Orión alcanzaría su punto más bajo en el cielo en el 10500 a. de C. La Esfinge, orientada al este, fue construida para señalar el principio de esta nueva era.

Se plantea entonces la objeción que comenté en el capítulo 3. ¿Se nos pide realmente que creamos que los antiguos sacerdotes hicieron los proyectos 8.000 años por adelantado, y luego llevaron su plan a la práctica de forma tan brillante? Parece poco probable.

El intento de demostrarlo que hacen Bauval y Hancock empieza con uno de los hechos básicos acerca de la mentalidad egipcia antigua: que los antiguos veían Egipto como un equivalente terrestre del cielo, con la Vía Láctea encarnada por el Nilo. Egipto era una imagen del cielo.

¿Y cuál era la finalidad básica de estos sacerdotes e iniciados que construyeron la Esfinge? Fue una que nos permite comprender por qué Schwaller de Lubicz se encontraba tan a gusto en la mentalidad del antiguo Egipto: la búsqueda de inmortalidad, la misma búsqueda que llevaban a cabo los alquimistas cuando intentaban crear la piedra filosofal.

El argumento de *Guardián del Génesis* depende mucho de textos egipcios como, por ejemplo, *El libro de los muertos,* los textos de las pirámides, y *El libro de lo que está en el duat.* A menudo estos textos nos dicen, con gran precisión, lo que podemos inferir de la astronomía. *Duat* suele traducirse por «cielo», pero Bauval y Hancock presentan buenos argumentos a favor de la tesis de que se refiere a una parte concreta del cielo: aquella zona donde Orión y Sirio podían verse en la «orilla derecha» de la Vía Láctea en el 2500 a. de C. Y tenía importancia sólo en el momento del solsticio de verano, el momento en que Sirio salía al amanecer y señalaba el desbordamiento del Nilo.

El siguiente paso importante de este argumento se refiere a *Zep Tepi, la* primera vez, o mejor dicho, el lugar donde se suponía que había sucedido:

podríamos decir que se trata de la versión egipcia del Jardín del Edén. A juzgar por lo que dicen muchos textos, parece que se halla situado en la zona de las Grandes Pirámides y de las antiguas ciudades de Menfis y Heliópolis, justo al sur del delta del Nilo. Éste es el lugar donde Osiris e Isis gobernaban conjuntamente, antes de que el hermano de Osiris, Set -el dios de las tinieblas- le asesinara y desmembrara y esparciera las partes de su cuerpo. Isis logró juntarla y empalarse con el pene de Osiris durante el tiempo suficiente para quedar preñada. Su hijo fue Horus, que vengaría a su padre (igual que Hamlet en la historia posterior).

Geb, el padre de Isis y Osiris, al principio dio a Set y a Horus sendas mitades del reino de Egipto; luego cambió de parecer y se lo dio todo a Horus, uniendo así la tierra de Egipto. Según los historiadores, esta unión del Alto Egipto y el Bajo Egipto ocurrió en tiempos del rey Menes, alrededor de 3000 a. de C. Pero los mitos egipcios sugieren claramente que tuvo lugar en otro momento.

El cuerpo de Osiris, que había sido localizado en el sur de Egipto, ha flotado ahora Nilo arriba, desde su tumba de Abydos en el sur, hasta «la tierra de Sokar»: la zona de Rostau (el nombre antiguo de Gizeh) y Heliópolis en el norte. Ahora, finalmente, Osiris puede partir camino de su hogar en el reino de los cielos en Orión. Y partirá de Gizeh.

¿Cuándo sucedió esto? Los autores arguyen que los datos astronómicos dan la fecha de 2500 a. de C.

¿Y dónde? Según Hancock, hay una pintura de una pirámide de la tierra de Sokar, con corredores y pasadizos que recuerdan mucho los de la Gran Pirámide. Y por supuesto, Bauval arguye en *El misterio de Orión* que el faraón -identificado con Osiris- partió de la Cámara del Rey de la Gran Pirámide cuando el «pozo de ventilación» señalaba Orión.

Ahora, piense. El ciclo empezó -según Bauval y Hancock- en el 10500 a. de C., cuando Orión (Osiris) se encontraba en el nadir de su ciclo precesional. Y si Hancock está en lo cierto, estos supervivientes de alguna gran inundación pensaron que la catástrofe indicaba el final de una era... y, desde luego, el principio de otra. Este siguiente ciclo duraría 25.920 años, y la mitad del ciclo (cuando Orión empieza a descender otra vez) ocurrirá en el 2460 d. de C.

Supongamos algo que reconozco que es traído por los pelos: que los sacerdotes astrónomos que construyeron la Esfinge en el 10500 a. de C. también se proponían construir las pirámides de tal manera que su ordena-

ción reflejara exactamente el Cinturón de Orión y expresara así un mensaje importante dirigido a alguna era futura. La pregunta obvia es: ¿cuándo se llevaría a cabo la construcción?

Supongamos -lo que es ahora virtualmente cierto- que estos sacerdotes conocían todo lo referente a la precesión de los equinoccios: esto es, sabían que los equinoccios no ocurren una y otra vez sobre la misma constelación: que, al igual que la manecilla de un reloj, se mueven lentamente alrededor de las constelaciones y tardan 2.200 años en pasar de una cifra a otra. (Por si fuera poco, desde luego, la manecilla de este reloj se mueve hacia atrás... razón por la cual se da a este fenómeno el nombre de «precesión».) El equinoccio más imporante es tradicionalmente el que tiene lugar en primavera, al empezar el año: el equinoccio vernal. Y el «punto vernal» es el lugar exacto del zodíaco que la «manecilla» señala en aquel momento. En el 10500 a. de C., el punto en cuestión estaba en Leo.

Como eran buenos astrónomos, estos sacerdotes sabían lo que sucedería durante los siguientes mil años y pico. En primer lugar, el punto vernal se movería hacia atrás, de Leo a Cáncer, luego a Géminis, luego a Tauro, hasta que en nuestra propia era se encontraría en Piscis, a punto de entrar en Acuario.

Al ocurrir esto, el cuerpo de Osiris -la constelación de Orión- subiría en el cielo y parecería desplazarse hacia el norte subiendo por la «orilla» derecha de la Vía Láctea.

Ahora bien, obviamente llegaría un momento en que Osiris alcanzaría «la tierra de Sokar» en el cielo: la tierra donde, abajo en el suelo, se había construido la Esfinge. Y entonces, con las ceremonias correctas, finalmente podría ocupar el lugar que le correspondía como señor del cielo.

Así que, por fin, era el momento de construir el gran Templo de las Estrellas donde esta ceremonia llegaría a su punto culminante. ¿Y dónde estaba el punto vernal en ese momento? ¿Exactamente dónde señalaba la manecilla del reloj precesional?

Entre 3000 y 2500, el punto vernal estaba en la orilla «occidental» de la Vía Láctea y pasaba lentamente por delante de la cabeza del toro Tauro. Esta cabeza la forma un grupo dé estrellas llamadas Híadas de las que sobresalen dos por ser las más luminosas.

Si ahora miramos desde el cielo su reflejo en la tierra de Egipto, vemos el Nilo y la «tierra de Sokar», que incluye Menfis, Heliópolis y Rostau (Gizeh). Y si miramos hoy, desde arriba, el lugar donde se «reflejan» las citadas dos estrellas brillantes de las Híadas, también vemos dos pirámides: las llamadas

Pirámide Acodada y la Pirámide Roja en Dashur, construidas por el faraón Snefru, el padre de Keops.

Bauval y Hancock sugieren muy razonablemente que Snefru las construyó en aquel lugar por un motivo: para señalar el principio del gran designio.

¿Y dónde está Osiris (Orión) en ese momento? También ha llegado virtualmente a «Sokar». El punto vernal y la constelación de Orión -y la estrella Sirio (Isis)- se encuentran ahora en la misma zona del cielo.

No era así en el 10500 a. de C. Al colocarte de cara al este hacia Leo -que es donde estaba situado el punto vernal-, tenías que girar 90 grados completos para mirar hacia Orión. Ahora, ocho mil años después, se han reunido.

Por esta razón, según Bauval y Hancock, la Gran Pirámide se construyó ocho mil años después de la Esfinge. Los «cielos» estaban finalmente preparados para ella. Y la lógica de lo que dicen los dos autores parece virtualmente irrefutable. Siempre y cuando estés de acuerdo en que los antiguos egipcios sabían todo lo relativo a la precesión -y en la actualidad nadie duda seriamente de ello- y en que Orión era su constelación más importante, entonces es imposible no estar de acuerdo en que el momento en que el punto vernal entró en la misma zona que Orión fue tal vez el momento más importante de la historia de Egipto.

Vino seguidamente la construcción de las pirámides en Rostau, dispuestas de forma que señalaran claramente la Primera Vez en el 10500 a. de C.

Vino luego la ceremonia con que el faraón mandaba a Osiris de vuelta a su lugar apropiado y con la que también obtendría la inmortalidad para sí mismo y para su pueblo.

Esta ceremonia tenía lugar en el momento en que Sirio salía al amanecer. Pero empezaba diez semanas antes. Sirio permanecía ausente durante setenta días por debajo del horizonte (debido, por supuesto, al hecho de que la Tierra está inclinada sobre su eje). Y también lo estaba, desde luego, su casi vecina Orión: Osiris.

Parece muy probable que cada año se celebrara una ceremonia cuyo objetivo era «rescatar» a Osiris. Pero la ceremonia que se celebró en el momento del solsticio de verano -el acontecimiento que anunciaba el desbordamiento del Nilo-, en el año después de terminarse la Gran Pirámide sería culminante.

El faraón-Horus -es de suponer que se trataba de Keops- tenía que em-

prender un viaje para hacer que su padre, Osiris, volviese a la vida. Bajo su forma de sol, tenía que cruzar el gran río -la Vía Láctea- en su barca solar y viajar al horizonte oriental, donde Osiris se encontraba cautivo. Bajo su forma de rey, tenía que cruzar el Nilo en una barca, luego viajar a Gizeh, para colocarse ante el pecho de la Esfinge.

Bauval y Hancock escriben:

> Como el «hijo de Osiris» salió del vientre de Isis, es decir, la estrella Sirio, al amanecer en el solsticio de verano... Fue entonces -y allí- tanto en el horizonte del cielo como en el «horizonte» de la tierra donde el rey Horus tenía que encontrarse enfrente de la Puerta de Rostau. Vigilando esa puerta en el horizonte de la tierra encontraría la figura gigantesca de un león: la Gran Esfinge. Y vigilando esa puerta en el horizonte del cielo su equivalente celestial encontraría... ¿qué?
>
> La respuesta, esde luego, es la constelación de Leo.

Los texto de las pirámides explican que el principio del viaje de Horus al otro mundo tuvo lugar 70 días antes de la gran ceremonia. Veinticinco días después, el sol ha cruzado el «río» -la Vía Láctea- y ahora se mueve en dirección este hacia la constelación de Leo. Y 45 días después -al finalizar los 70 días- el sol se encuentra entre las patas de Leo.

En el suelo, el faraón está en la orilla oriental del Nilo, cruza el río en la barca solar -tal vez la barca que se encontró enterrada cerca de la pirámide en 1954-, luego avanza, pasando por las dos pirámides, de Dashur, hasta el pecho de la Esfinge.

En ese momento, según los textos, tiene que hacer frente a una prueba ritual, bastante parecida a las que celebran los francmasones y se describen en *La flauta mágica* de Mozart. Se le permite escoger entre dos caminos, o bien por tierra o por mar, para viajar al otro mundo y rescatar a su padre. Los autores creen que el camino terrestre era una calzada inmensa (de la cual todavía quedan restos) que comunicaba el Templo del Valle con la Gran Pirámide. En otro tiempo estuvo cubierta con losas de piedra caliza y había estrellas pintadas en el techo.

El «camino acuático» todavía no se ha descubierto, pero los autores creen que era un corredor subterráneo que se mantenía medio lleno (o tal vez más que medio lleno) de agua que se extraía del Nilo mediante la acción

capilar. (Citan a un ingeniero francés, el doctor Jean Kerisel, que sugiere la posibilidad de que la Esfinge se alce sobre un túnel de 700 metros de longitud que conduce a la Gran Pirámide.)

Lo que ocurrió a continuación es conjetura y nada más, sólo que debió de terminar con la reaparición de Orión y Sirio por encima del horizonte oriental. Bauval y Hancock creen que esta ceremonia era la unión simbólica del Alto Egipto y el Bajo Egipto, esto es, del cielo y la tierra. Es claro que los sacerdotes que la planearon la consideraban el acontecimiento principal de la historia de Egipto después de la Primera Vez.

¿Y quiénes eran estos sacerdotes? Bauval y Hancock escriben:

> Argüiremos que «hombres serios e inteligentes» -y también mujeres- actuaban en verdad entre los bastidores de la prehistoria en Egipto, y proponemos que uno de los numerosos nombres por los que se les conocía era el de «Seguidores de Horus». Proponemos también que su objetivo, al que sus generaciones fueron fieles durante miles de años con el rigor de un culto mesiánico, puede que fuese llevar a buen término un gran proyecto cósmico.

Hablan seguidamente del Templo de Edfú, algunas de cuyas partes datan de la Era de las Pirámides, aunque su forma actual se construyó entre el 237 y el 57 a. de C. Sus «Textos de Construcción» hablan de eras anteriores que se remontan hasta la Primera Vez, cuando el dios Tot copió las palabras de los sabios en un libro con el título curiosamente moderno de *Especificaciones de los túmulos de comienzos de la era primitiva,* incluido el Gran Túmulo Primitivo mismo, donde fue creado el mundo. El profesor Iodden Edwards cree que este túmulo es la enorme roca sobre la que se erigió la Gran Pirámide.

Según los Textos de Construcción, los diversos templos y túmulos los proyectaron Siete Sabios, incluida la «mansión el dios» (seguramente la Gran Pirámide), lo cual parece corroborar la creencia de Bauval de que las pirámides se proyectaron (y quizá se construyeron en parte) al mismo tiempo que la Esfinge. Los Siéte Sabios eran supervivientes de una inundación catastrófica y llegaron de una isla. Estos Siete Sabios parecen idénticos a los Dioses Constructores, los Superiores y los Seguidores de Horus *(Shemsu Hor)* a los que se hace referencia en otros escritos tales como los Textos de

las Pirámides. Los Seguidores de Horus no eran dioses, sino seres humanos que reconstruyeron el mundo después de la gran catástrofe... a la que precedió la Era de los Dioses.

Ésta es, pues, la tesis fundamental de *Guardián del Génesis:* que un grupo de sacerdotes supervivientes de alguna catástrofe virtualmente crearon el antiguo Egipto tal como lo conocemos. Podría considerarse la continuación de *Hamlet's Mill* y de *Death of the Gods in Ancient Egypt,* de Jane B. Sellers, que también arguye de forma convincente que los antiguos egipcios conocían todo lo relativo a la precesión. Pero va más allá que estos libros en sus argumentos matemáticos y astronómicos (que por razones de espacio sólo he podido presentar en líneas generales). Sus argumentos sobre las alineaciones astronómicas de la Esfinge y las pirámides representan un esfuerzo notable. Jane Sellers ya había hablado de un «código precesional» de números, y Graham Hancock resume sus resultados en *Fingerprints of the Gods.* Pero al utilizar las simulaciones hechas con ordenador, Bauval eleva todo esto a un nuevo nivel de precisión y el resultado es que incluso los que tienen dudas sobre la idea de una sucesión sacerdotal que durase miles de años tendrán que admitir que los cálculos matemáticos parecen irrefutables.

Los autores sacan otra conclusión interesante. Preguntaron al ordenador exactamente dónde estaba situado el punto vernal en el 10500 a. de C. La respuesta fue «que se encontraba 111,111 grados al este de la estación que había ocupado en el 2500 a. de C. Entonces había estado a la cabeza de Híadas-Tauro, cerca de la orilla derecha de la Vía Láctea; 8.000 años antes se hallaba directamente debajo de las patas traseras de la constelación de Leo».

Y si este punto tiene un «doble terrenal», entonces parecería insinuar la existencia de algún secreto no descubierto debajo de las patas traseras de la Esfinge. Los Textos de los Sarcófagos hablan de «una cosa sellada que está en la oscuridad, con fuego a su alrededor, y contiene la exhalación de Osiris, y está puesta en Rostau». ¿Podría ser que ese «algo escondido» -en una cámara debajo de las patas traseras de la Esfinge- sea un «tesoro» que transformará nuestro conocimiento del antiguo Egipto? Edgar Cayce predijo el descubrimiento de una Sala de Registros debajo de la Esfinge hacia finales del siglo XX, y Hancock y Bauval se preguntan si actualmente no estará investigando esto el equipo de «egiptólogos oficiales» que son los únicos a quienes se permite acercarse a la Esfinge.

Así que *Guardián del Génesis* termina con un interrogante, lo cual quizá es inevitable. Porque la verdadera pregunta que hay detrás de esta investigación del pasado remoto es: ¿qué significa todo esto? Tenemos que reconocer que ni siquiera el conocimiento más exacto del código precesional egipcio y su religión de resurrección nos acerca más a responder algunas de las preguntas más obvias sobre su logro... ni tan sólo una tan sencilla como la que se refiere a cómo levantaron bloques de 200 toneladas...

10
LA TERCERA FUERZA

En el capítulo 1 vimos que Schwaller y Gurdjieff creían que los hombres de hoy han degenerado de su nivel anterior. Obviamente, Schwaller se refería al antiguo Egipto y a la civilización anterior de donde los egipcios obtuvieron su conocimiento. Pero ¿qué era lo que -según Schwaller- hacía que los hombres de tiempos pasados fueran «gigantes»?

Lo que se desprende claramente de sus libros es la idea de que el hombre moderno ha olvidado algo de importancia fundamental.

Cabe hacerse una idea de a qué se refería consultando los resultados de las investigaciones del antropólogo norteamericano Edward T. Hall, que pasó gran parte de su vida estudiando a los indios americanos: hopis, navajos, pueblos y quichés (los descendientes de los mayas). Su libro *The Dance of Life* (1983) trata del tiempo y del hecho de que el sistema de tiempo de los indios es tan totalmente distinto del de los norteamericanos y los europeos, que es virtualmente una clase distinta de tiempo. Señala que los hopis ni siquiera tienen una palabra para designar el tiempo y que los verbos hopis no tienen tiempos. Viven en un «presente eterno», indiferentes a la ciencia, la tecnología y la filosofía occidentales. Hall acuña la expresión «tiempo policrónico» para distinguir este «presente eterno» de los indios americanos del tiempo «monocrónico» de la civilización occidental, con su reloj que nunca se detiene.

> La religión es el núcleo fundamental de la vida hopi. Las ceremonias religiosas cumplen muchas funciones que en la cultura norteamericano-europea se tratan como entes independientes y distintos, completamente aparte de lo sagrado: disciplinar a los niños, por ejemplo; fomentar la lluvia y la fertilidad; permanecer sincronizados con la naturaleza; ayudar a las cosechas vivificadoras a ser fértiles y a crecer; relacionar a unos con otros; e iniciar a los jóvenes en la adultez. De hecho, la religión está en el centro no sólo de la organización social, sino también del gobierno, que es parte integral de la vida ceremonial de los hopis.

En el centro de este ceremonial se encuentra, por supuesto, la danza. Cuando una danza de los hopis logra su objetivo «se borra toda conciencia de la realidad externa, toda conciencia del universo exterior: el mundo se desmorona y queda contenido en este acontecimiento único...».

Desde luego, la danza no siempre alcanza los resultados apetecidos y puede fracasar si penetra en ella algún elemento de discordia. Esto subraya el hecho de que una danza hopi no es sencillamente una formalidad, como los himnos en una iglesia cristiana; requiere un compromiso total y los buenos resultados pueden sentirse, como los buenos resultados de una obra de arte. En otra parte del libro Hall hace hincapié en que «para los quichés, vivir la vida es un poco análogo a componer música, pintar o escribir un poema. Cada día, si se enfoca de manera apropiada, puede ser o bien una obra de arte o un desastre... Los quichés realmente tienen que pensar profunda y seriamente en el proceso de cómo debe vivirse cada día». De modo que la «ley de la productividad» que impulsa al hombre occidental, y por la cual se miden sus logros, parece ajena a los indios americanos, que piensan que un día vivido de forma apropiada es un logro, aunque no hayan hecho ni pizca de «trabajo productivo».

Sugiero que aquí empezamos a tener la explicación de lo que querían decir Schwaller y Gurdjieff al afirmar que el moderno hombre civilizado había «degenerado». Es como si se hubiera puesto tapones en los oídos para protegerse del ruido de la ciudad y luego se hubiese olvidado de quitárselos.

Podríamos expresar esto, desde luego, diciendo que el ciudadano civilizado es persona «de cerebro izquierdo», y que los hopis y los quichés son personas «de cerebro derecho». Es verdad, por supuesto. Pero no nos

acerca más a nuestro objetivo: definir el mundo mental de los antiguos egipcios.

A modo de primer paso, veamos la descripción que hace Hall de su larga cabalgata con un compañero para llevar los caballos de éste de Nuevo México a Arizona.

> Nuestra media diaria era de 19 a 24 kilómetros aproximadamente, ya que, de lo contrario, los mustangs que conducíamos se cansarían y acabarían sin poder dar un paso. Mientras bajábamos por las laderas cubiertas de abetos de las montañas de Jemez en direción a las resecas llanuras del oeste, vi la misma montaña desde ángulos distintos durante tres días y me pareció que giraba lentamente al pasar nosotros. Esta clase de experiencias te producen una sensación muy distinta de la que vives al hacer un viaje rápido de una o dos horas por una carretera asfaltada. El caballo, el paisaje y el tiempo marcan la pauta; estábamos en poder de la naturaleza y poco control podíamos ejercer sobre el ritmo de avance.
>
> Más adelante, al hacer una excursión de 480 o 640 kilómetros, descubrí que se necesitaba un mínimo de tres días para ajustarse al ritmo más lento de un caballo al paso.

No está hablando meramente de relajación, sino de una clase distinta de percepción.

Curiosamente, el «mago» Aleister Crowley, que en ciertos aspectos era un personaje muy poco admirable, sabía esto. En 1920, una actriz llamada Jane Wolff visitó a Crowley en la villa que éste tenía alquilada en Cefalú. La actriz resultó ser una mujer muy combativa y Crowley decidió enseñarle que él sabía lo que más le convenía. Le dijo que debía empezar su iniciación a la magia con un mes de meditación en una tienda en lo alto de un acantilado. Al negarse ella rotundamente, Crowley le dijo que era libre de irse en el primer barco. Finalmente, enfadada y de mala gana, la actriz accedió a ir a meditar.

Durante el mes siguiente vivió en la tienda, vestida sólo con una túnica de lana y alimentándose de pan, uvas y agua. Durante los primeros días se sintió tensa, resentida e incómoda. Luego empezó a aburrirse. Pero después de diecinueve días, se sumió repentinamente en un estado anímico de «calma perfecta, alegría profunda y renovación de fuerza y valor». De pronto, comprendió lo que Crowley quería decir al indicarle que para leer y jugar disponía del sol, la luna, las estrellas, el cielo, el mar y el universo. Al finalizar

el mes, abandonó la tienda a regañadientes.

Al igual que Hall, había pasado de un modo de tiempo a otro. No se trata sencillamente de una cuestión de relajación: después de todo, cuando estamos relajados el mundo puede parecer más o menos igual que cuando estamos en tensión. Pero lo que experimentaron Hall y Jane Wolff fue una percepción, una certeza, de que el mundo es un lugar más rico y más extraño de lo que nos damos cuenta.

Esto también se desprende de una historia que Hall cuenta acerca de los indios pueblos (sobre los que D. H. Lawrence escribió en *Mañanitas mexicanas* (Laertes, Barcelona, 1982). Un nuevo agente agrícola había pasado un verano y un invierno trabajando con los indios, que parecían simpatizar con él. Luego, un día fue a visitar al superintendente de la agencia y reconoció que los indios parecían haberle tomado antipatía. No tenía la menor idea del porqué. El superintendente visitó a un líder religioso de los pueblos y le preguntó qué había pasado. Lo único que el indio quiso responder fue: «Sencillamente no sabe ciertas cosas».

Después de pensar en ello, el superintendente supo de pronto lo que pasaba.

> En primavera, la Madre Tierra está preñada y hay que tratarla con cuidado. Los indios quitan las herraduras de acero de sus caballos; no usan sus carretas ni siquiera llevan zapatos como los del hombre blanco porque no quieren romper la superficie de la tierra. El agente de extensión agrícola, que no sabía nada de esto, y si lo sabía, probablemente no le daba importancia, hacía cuanto podía por persuadir a los indios a que empezaran a arar a comienzos de primavera.

Al igual que la mayoría de los occidentales «civilizados», el agente sin duda pensó que la idea de que la tierra era una madre preñada era una superstición extraña y no acertó a ver que para los indios no se trata de una idea o una creencia, sino de algo que sienten dentro de ellos, de tal modo que la relación de un indio con la tierra es tan íntima como la relación con su caballo... o, para el caso, con su esposa. Considerar esto una «creencia» representa no saber ver todo un aspecto de la realidad.

Vemos también que el antiguo egipcio debía de sentir exactamente lo mismo acerca de su relación con la tierra y con el Nilo que le permitía seguir

vivo desbordándose cada vez que Sothis volvía al cielo del amanecer. No se trataba de una superstición, sino de una relación con la tierra y los cielos que se experimentaba profundamente, una relación que podía sentirse con tanta claridad como el sol de mediodía o un viento frío. Egipto era una sociedad sagrada, como Schwaller nunca se cansa de señalar.

Que Hall comprende esta relación es cada vez más evidente cuando habla de los indios quichés y su sentido del tiempo. Herederos del calendario de los mayas, los quichés vivían simultáneamente de acuerdo con dos calendarios, uno secular y otro religioso. Su calendario normal -como sabemos- es el mismo calendario juliano que usaban los antiguos egipcios: de 360 días con cinco días «de más». Su calendario sagrado tiene 260 días que se componen de varios períodos. Los dos calendarios se entrelazan, por lo que «vuelven al principio» cada 52 años, momento en que el calendario sagrado se ha repetido 73 veces. Al terminar un año normal, el calendario sagrado se ha adentrado mucho en su segundo año; así que podría decirse que continúa girando incesantemente, como una rueda.

Hall explica que cada día tiene características especiales -del mismo modo que en el antiguo Egipto (según Schwaller) cada hora tenía sus *neters* especiales- y

> hace falta un chamán-adivino especial para hacer una interpretación apropiada del día. Esto reviste especial importancia cuando hay que tomar decisiones críticas. Cada uno de los veinte días no tiene sólo un nombre propio y un carácter que es divino, sino también un número. La «naturaleza» de los días cambia según el acompañamiento numérico, así como los actos o medidas que se proyectan durante ese día en particular. Un día «bueno» en un contexto puede ser malo en otro. Hay combinaciones favorables y desfavorables, y la combinación es lo que determina cómo debe interpretarse el día.

Asimismo, es importante tener en cuenta que todo esto es muy distinto de una «creencia». El estado anímico «de cerebro derecho» permite una percepción más honda. Por ejemplo, «un rasgo importante de la adivinación quiché es el uso del cuerpo como emisor, receptor y analizador de mensajes». Así, un chamán quiché toma el pulso en diferentes partes del cuerpo del paciente con el fin de hacer un diagnóstico y efectuar una curación. El propio Hall reconoce que parece un «camelo», pero da buen re-

sultado. Y Hall cuenta seguidamente la historia de un psicoanalista que también aprendió a utilizar su cuerpo como receptor y analizador de mensajes. Tenía una paciente seductora pero muy violenta que a veces trataba de romperle el cráneo con un objeto pesado sin advertencia previa. Los intentos de agresión se producían cuando el psicoanalista se encontraba más relajado y confiado. Entonces se dio cuenta de que su propio pulso le avisaba de los ataques; se aceleraba segundos antes de que se produjeran. Lo único que tenía que hacer era asegurarse de prestarle atención y entonces se encontraba preparado para desviar el golpe. Captaba algún tipo de señal -telepática o de otra clase- y el pulso hacía de despertador.

La presencia de un elemento «telepático» (o «inconsciente colectivo») en su vida es lo que hace que los indios americanos reconozcan la importancia del pensamiento. Hall explica que cuando los indios pueblos de Nuevo México piensan construir una casa, esperan hasta que estén presentes los «pensamientos apropiados». «Los pueblos creen que los pensamientos tienen vida propia y que estos pensamientos vivos son parte integrante de toda estructura que sea obra del hombre y permanecerán con la estructura para siempre. Los pensamientos son un ingrediente tan esencial como la argamasa y los ladrillos. Lo que se hace sin los pensamientos apropiados es peor que nada.»

Resulta obvio que esto es parte inseparable de la actitud que empuja a los hopis a dedicar un esfuerzo tan inmenso a la danza sagrada, tratando de asegurarse de que «dé buenos resultados». Reconocen que en cierto sentido sutil los pensamientos humanos, las actitudes humanas, se graban en lo que hacemos. En la magia tradicional -por ejemplo, la tibetana- existe la creencia de que un largo esfuerzo de concentración puede hacer que nazcan las «formas de pensamiento». (En el Tibet las llaman «tulpas»). Estas formas de pensamiento pueden ser benévolas o de otra clase.

Pero Hall también señala que los «pensamientos apropiados» que se necesitan para construir una casa no son sólo los de su futuro propietario, sino también los de todas las personas relacionadas con la construcción. Es esencialmente una empresa conjunta. «Al edificar una casa, un indio pueblo reafirma el grupo». Asimismo, nos damos cuenta de que los indios pueblos comparten un «inconsciente colectivo» como el de los indios amahuacas de Brasil de los que habló Córdova y de que este «inconsciente colectivo» es muy distinto de la mente dividida en compartimentos del occidental norteamericano-europeo.Nuestra conciencia «de cerebro izquierdo» nos deja

encallados en un universo mucho más sombrío y aburrido que el de los indios.

Si podemos comprender esto, podemos ver que no se trata de que los indios sean crédulos, sino de que nosotros padecemos de lo que William James llamó «cierta ceguera en los seres humanos». El occidental norteamericano-europeo carece de un sentido que el indio posee, del mismo modo que el ciego carece de un sentido que posee el hombre que ve.

Hall arguye que este sentido se debe a la ralentización del tiempo por parte de los indios. Todos tenemos cierto concepto de esto: por ejemplo, la forma en que, si las circunstancias son idóneas, un vaso de vino o de whisky puede relajarnos y hacer que todo parezca más real e interesante. Esto nos permite comprender cómo nuestro tiempo «de cerebro izquierdo» tiene el efecto de hacer que las cosas resulten ligeramente irreales. Lo que tanto nos cuesta comprender es que un largo período de tiempo «de cerebro derecho» pueda hacernos conscientes de otra realidad. A Hall le gusta recordarnos «que esta realidad ... existe como algo distinto de lo que yo o cualquier otra persona diga o piense».

Lo que es tan importante en *The Dance of Lifé* es que nos hace conscientes de que la «otra» manera de percibir el mundo no es algún concepto vago u «oculto», sino una realidad que puede estudiarse científicamente. William Condon, colega de Hall, sacó esta conclusión después de estudiar filosofía, en concreto la fenomenología de Husserl. Éste quería negar el punto de vista que se ha convertido en piedra angular de la filosofía occidental: que el significado está «en la mente». Condon escribió: «Hay una coherencia auténtica entre las cosas que percibimos y en que pensamos, y esta coherencia no es algo que creamos nosotros, sino algo que nosotros descubrimos».

Condon se hizo con una filmación de cuatro segundos y medio que hizo Gregory Bateson en la que se veía a una familia cenando y se dio cuenta de que estudiándola atentamente podía descubrir muchas cosas sobre la familia y sus relaciones. Quedó tan fascinado que se pasó un año y medio viendo la película una y otra vez hasta que gastó 130 copias de la misma.

Hall siguió el mismo método. Rodó unos metros de película en el mercado indio de la plaza de Santa Fe, luego la estudió encuadre a encuadre, asombrado al ver cuántas cosas revelaba sobre las diferentes actitudes de los indios, los hispanoamericanos y los angloamericanos. Una filmación de 30 segundos en la que una mujer norteamericana de clase me-

dia hablaba con una mujer india situada detrás de su tenderete constituía un minidrama por sí sola: la mujer norteamericana extendía el brazo y su dedo apuntaba como un estoque la cara de la india, hasta que ésta volvía la cabeza hacia otro lado, con una expresión inconfundible de indignación en el rostro. Más adelante, Hall hizo que varios estudiantes vieran la película, sin preparación previa y sin decirles qué era lo que debían buscar. Generalmente se necesitaban varios días durante los cuales el estudiante, desconcertado y aburrido contemplaba la película sumido en un estado de horrible frustración... hasta que, de pronto, la filmación surtía efecto. Entonces el estudiante podía distinguir gran número de significados profundos en la película. Al igual que Jane Wolff, la «estudiante» de Crowley, de repente había surgido un nuevo nivel de percepción.

Hall señala que esta clase de percepción es natural en la cultura japonesa y se encuentra en la tradición zen, que intenta crear visión interior mediante el mismo método de «frustración». Lo que aparece no es sencillamente un nuevo nivel de percepción, sino un nuevo nivel de hacer y ser. Eugen Herrigel describe en *Zen in the Art of Archery* cómo su maestro le enseñó a permitir que «ello» -el «otro ser»- disparase la flecha. El maestro de Herrigel disparó la flecha en una sala larga y oscura, con el blanco iluminado por una sola bujía, y, pese a ello, partió en dos la flecha que hacía de blanco.

San Agustín dijo: «¿Qué es el tiempo? Cuando no pienso en la pregunta, conozco la respuesta». Esto es esencialmente el principio del zen, y el principio que hay debajo de la vida de los hopis, los navajos, los pueblos y los quichés que describe Hall.

En la última sección del libro, Hall habla del hombre de Cromañón y de las «señales de luna» que Alexander Marshack descubrió en el hueso de 35.000 años de antigüedad, así como de los círculos de piedra que estudiaron Thom y Gerald Hawkins. Y es en este momento, mientras habla de la continuidad esencial de su cultura y de la cultura de los indios americanos, cuando se ve de forma clara que piensa en un tipo de evolución completamente distinto de la supervivencia de los mejor dotados de que hablara Darwin.

En una de las páginas más importantes de *The Dance of Life,* Hall describe cómo uno de sus estudiantes decidió filmar a unos niños en un parque de juegos infantiles. Para evitar que se sintiesen cohibidos, el estudiante los filmó desde un coche abandonado. Al ver el resultado, prime-

ramente se llevó una decepción: niños jugando y nada más. Pero después de ver la película repetidas veces y a distintas velocidades -lo cual formaba parte de la técnica que enseñaba Hall-, observó que una niña pequeña y animada parecía afectar a todos los demás niños que se encontraban en el parque. La niña saltaba a la comba, danzaba y daba vueltas y sus ritmos parecían transmitirse a todos los grupos a los que se acercaba.

Después de ver la filmación docenas de veces, el estudiante empezó a percibir un ritmo subyacente, como si estuviera contemplando una especie de ballet. Además, el ritmo le resultaba conocido. Pidió a un amigo suyo muy aficionado al rock que viese la película. Al cabo de un rato, el amigo tomó un casete de un estante cercano. Al tocarlo mientras pasaban la película, los niños parecían bailar al compás de la música de rock, como si la hubieran compuesto especialmente para ellos. «Ni un compás, ni un encuadre carecían de sincronización.»

Hall piensa que lo que había pasado era que los niños bailaban y jugaban al compás de algún ritmo musical básico de la vida que el compositor también había «arrancado del aire del tiempo». Por eso Hall utiliza para este capítulo el título de todo el libro, «The Dance of Life»*. Cree que existe algún ritmo básico de la vida -un ritmo muy exacto, que podría definirse empleando términos musicales- y que no oímos porque nos lo impide nuestra moderna conciencia «de cerebro izquierdo».

Es evidente que de esto habla Schwaller en el capítulo de *Sacred Science* titulado «Magic, Sorcery, Medicine». «Los animales superiores, así como el animal humano, se hallan totalmente bañados en una atmósfera psíquica que establece el lazo entre los individuos, un lazo tan explícito como el aire que respiran todas las cosas vivas... Todo ser vivo está en contacto con todos los ritmos y armonías de todas las energías que hay en su universo.»

Pero ¿hay alguna forma de convertir esta afirmación más bien vaga y abstracta en algo más concreto y práctico? Después de todo, las armonías y los ritmos pueden medirse en el laboratorio del físico y desribirse en términos de amplitud o de longitud de onda. ¿No podemos ser más precisos al hablar de ellos?

Ésta es una pregunta que, de forma casi accidental, preocuparía a un ex vendedor de publicidad llamado Michael Hayes.

Desde los últimos años de su infancia -que pasó en Penzance, Cor-

*«La danza de la vida.» *(N. del T.)*

nualles, donde su madre era propietaria de un hotel—, Hayes se preguntaba por qué vivimos y qué tenemos que hacer ahora que ya estamos aquí.

En 1971, a la edad de 22 años, se fue a vivir a Mashad, Irán, donde su hermano ocupaba un puesto importante en una compañía dedicada al comercio internacional. Eran los años anteriores a la deposición del sha, cuando Irán aún atraía a muchos hippies. Durante los siete años que pasó en Irán, Mike Hayes -como prefiere que le llamen- aprovechó la oportunidad para viajar a la India, Pakistán, Katmandú y Afganistán. Fue durante esta época cuando un amigo hippie le dio a conocer las ideas de Gurdjieff -por medio de *In Search of the Miraculous,* de Ouspensky-, a raíz de lo cual empezó a pensar más deliberadamente en los problemas básicos de la naturaleza humana.

En Mashad le había causado una profunda impresión la gran mezquita de Imam Reza. Al ver el gran número de fieles que había en ella y la devoción que mostraban, resultaba obvio que para ellos la religión era una realidad viva, como lo había sido para los constructores de las catedrales en la Edad Media. Y al viajar por la India y Pakistán, donde tuvo oportunidad de conocer el hinduismo y el budismo, volvió a percibir la tremenda vitalidad de la tradición religiosa. Se llevó una sorpresa, ya que, aparte de los himnos en la escuela y alguna visita a la iglesia, su infancia no había sido especialmente religiosa. Le impresionaron el tamaño mismo de aquellos territorios religiosos y el efecto de los fundadores de las religiones en sus seguidores. «... Saqué la conclusión de que indudablemente había algo sobrenatural en todo esto. Fueran quienes fuesen, aquellos "salvadores" de la humanidad sabían sin duda cómo hacer sentir su presencia.»

Al volver a Inglaterra, pensó que había llegado el momento de poner al día su educación, ya que se dio cuenta de que distaba mucho de ser completa. Se matriculó en un curso de estudios para externos de la universidad de Leicester, y fue allí donde asistió a algunas clases sobre el ADN y el código genético.

El ADN es, por supuesto, un material que parece hilo, se encuentra en las células vivas y lleva información genética como, por ejemplo, si un bebé nacerá con el pelo castaño o rubio, ojos azules o castaños, etcétera. Transmite esta información por medio de un código que fue descifrado finalmente por James Watson y Francis Crick a principios del decenio de 1950. Mostraron que la molécula del ADN tiene una estructura espiral y se parece bastante a dos escaleras de mano espirales unidas por peldaños hechos de cuatro «bases» químicas: adenina, guanina, citosina y timina. Es-

tas bases se hallan unidas unas a otras en un orden que parece fortuito -quizá AGTTCGGAA- pero es el orden de estas bases lo que causa la diferencia entre el pelo castaño y el pelo rubio, etcétera. Cuando una célula se divide en dos -que es su forma de reproducirse- la «escalera» se deshace y cada mitad atrae a varias moléculas de las bases que flotan libremente, hasta que hay ahora dos escaleras idénticas. Así es como se reproducen las cosas vivas.

Cuando el profesor dijo que 64 es el número en que las cuatro bases pueden formar unidades tripletas llamadas «codones de ARN», Mike Hayes tuvo la sensación de que era algo que ya sabía. El número 64 despertó vagos recuerdos. Le sucedió lo mismo cuando el profesor dijo que estos codones se corresponden con los veinte aminoácidos que son necesarios para la formación de proteínas, pero, como hay también dos que son la instrucción codificada para «empezar» y «parar», el número básico es 22. También esto le pareció vagamente conocido.

Entonces recordó dónde había encontrado el número 64: en el I Ching, el Libro Chino de los Cambios, que se utiliza como oráculo. Y la unidad básica del Ching es, por supuesto, un «triplete» de líneas que pueden ser discontinuas o continuas y corresponden a los principios del yin y el yang, a los que podría considerarse la oscuridad y la luz, o los principios masculino y femenino, o la luna y el sol.

---- ---- --------
---- ---- --------
---- ---- --------

Hayes recordó que al estudiar el I Ching en sus tiempos de hippy, se había preguntado vagamente por qué el número de sus «hexagramas» (cada uno compuesto de dos trigramas) tenía que ser 64 -ocho veces ocho- y no siete veces siete o nueve veces nueve. Y ahora se enteró de que cada una de las unidades tripletas del ARN enlaza con otra tripleta en la molécula del ADN. Así que la «doble hélice» de información que hay en el corazón de todas las células reproductivas consta de 64 hexagramas, como en el I Ching. ¿Podía ser realmente una simple coincidencia?

Como el curso para externos le dejaba tiempo libre, empezó a examinar más detenidamente esta «coincidencia». Desde luego, parecía improbable

que Fu Hsi, el legendario creador del I Ching, se hubiera tropezado por casualidad con alguna clase de visión interior de carácter místico del «código de la vida». Pero Mike Hayes pensó que investigarlo merecía la pena.

Si no era ninguna coincidencia, entonces tenía que haber ocho trigramas ocultos en el ADN. Y cuando averiguó que así era, Mike Hayes empezó a pensar que había encontrado algo que podía ser realmente muy importante.

Entonces recordó dónde había visto el número 22. No tenía nada que ver con el I Ching, sino con Pitágoras, el «padre de las matemáticas» griego. Los pitagóricos consideraban que el número 22 era sagrado porque representaba tres octavas musicales y los pitagóricos veían la música como uno de los secretos básicos del universo. Desde luego, una escala musical normal tiene siete notas -do, re, mi, fa, sol, la, si- y un último do la completa al tiempo que empieza la siguiente octava. Pero tres octavas -y los pitagóricos también atribuían un significado místico al número tres- empiezan con do y terminan con otro do 22 notas después.

Mike Hayes había tocado la guitarra desde sus primeros años de adolescencia, así que sabíá un poco de teoría musical. En la búsqueda que emprendió ahora sus conocimientos musicales resultaron de importancia fundamental.

Pero en esta primera fase, a finales del decenio de 1970, en su cerebro empezaba a cobrar forma una sospecha: que estos números relacionados con el código del ADN podían expresar alguna ley básica del universo. Se encontraba en la situación del estudiante de Edward T. Hall que se dio cuenta de que los niños del parque de juegos infantiles bailaban al compás de algún ritmo básico de la vida, un ritmo que a los demás nos resulta totalmente insospechado. Mike Hayes acabó creyendo que ese ritmo es de naturaleza básicamente musical. Y esto, a su vez, quería decir que él era una especie de pitagórico.

A la filosofía pitagórica se le da a veces el nombre de «misticismo de los números» y Pitágoras concedía gran importancia a los números tres y siete, así como a las leyes que gobiernan las notas musicales. Gurdjieff también había hablado de la Ley de Tres y la Ley de Siete. La Ley de Tres afirma que toda creación lleva aparejada una «tercera fuerza». Nos inclinamos a pensar en términos de dualidades: positivo y negativo, masculino y femenino, bueno y malo. Gurdjieff -que sacó la idea de la filosofía sankhya de la India- afirmó que, en vez de ello, deberíamos tratar de pensar en términos de tres. Positivo y negativo se limitan a contrapesarse re-

cíprocamente, pero si se quiere que de ellos salga algo, es necesario que los empuje una tercera fuerza. Un ejemplo obvio sería el catalizador en una reacción química. El oxígeno y el dióxido de azufre no se combinan naturalmente, pero si los hacemos pasar por encima de asbesto platinado caliente, forman trióxido de azufre, a partir del cual se produce el ácido sulfúrico. El asbesto platinado no experimenta ningún cambio.

Otro ejemplo sencillo sería una cremallera. Las tiras izquierda y derecha necesitan la abrazadera de en medio para combinarse.

Pero tal vez la ilustración más interesante que ofrece Gurdjieff es la de una persona que desea cambiar, adquirir mayor conocimiento de sí misma, y en la cual las fuerzas de la pereza actúan de contrapeso. En este caso, el avance puede producirse por medio del conocimiento: una percepción de cómo puede conseguirse que trae un impulso y un optimismo nuevos. Dicho de otro modo, la tercera fuerza es una especie de patada, una fuerza externa que altera el equilibrio de una situación, que rompe un punto muerto.

La Ley de Siete la ilustran las siete notas de la escala musical; aquí el do final las junta para que puedan pasar a una octava superior. Asimismo, los siete colores del espectro se «juntan» para formar la luz blanca.

Cuando empezó a estudiar las principales religiones del mundo, llamó la atención de Mike Hayes la frecuencia con que aparecen los números tres, siete y 22. Al legendario fundador de la filosofía hermética -identificada con el dios egipcio Tot- se le conoce por el Tres Veces Grande Hermes. El número pi -la relación del diámetro de un círculo con su circunferencia-, supuestamente descubierto por Pitágoras, es 22 dividido entre siete.

En la historia del Arca de Noé, Dios dice a éste que construya un arca y haga subir a ella dos pares de cada especie animal. Al cabo de siete días, empieza a llover. Cuando las aguas de la inundación comienzan a bajar, Noé envía un cuervo a ver qué está pasando. El cuervo no regresa y, al cabo de siete días, envía una paloma que no consigue encontrar tierra. Después de otros siete días, Noé vuelve a enviar la paloma y ésta regresa con una rama de olivo en el pico (la rama de olivo que se ha convertido en el símbolo de la más importante de las terceras fuerzas: la reconciliación). Transcurridos siete días más, suelta de nuevo la paloma y esta vez el pájaro no vuelve, ya que ha encontrado tierra.

Las personas que conocen la Biblia recordarán que parece haber una

contradicción en el número de animales. En Génesis, 6, 19, Dios dice a Noé que suba a bordo dos de cada especie. En Génesis, 7,2 la cifra se ha convertido en siete parejas de animales «puros» y sólo dos de los que «no son puros». Pero en el versículo 8, Noé sube a bordo con sólo dos parejas de cada especie. De hecho, apenas tiene sentido hacer que suban a bordo siete parejas de animales. Lo cual induce a pensar que el siete lo incluyó algún escriba sencillamente con el fin de introducir el «mágico» siete en el texto. Lo mismo podría ocurrir con la edad de Noé: 600 años... el principio de su séptimo siglo.

Hayes señala que la historia contiene tres períodos de siete días -excepto que hay también un día en que la paloma regresa, incapaz de encontrar tierra, lo que hace que el total ascienda a 22. El arco iris, el símbolo de la reconciliación de Dios, tiene, por supuesto, siete colores.

El mismo misticismo de los números puede verse en el candelabro sagrado de los hebreos llamado *menorah,* que tiene seis brazos a cada lado, con tres tazas en cada uno de ellos, lo que da un total de dieciocho. Cabría esperar que el pie central (el séptimo) tuviera otras tres tazas, lo que daría un total de 21. En vez de ello, tiene cuatro y, por ende, el total es de 22. Veintidós tazas divididas entre siete brazos es igual al número pi.

Pitágoras también daba una importancia especial a una cifra que él llamaba «tétrada»: diez guijarros dispuestos de manera que formen un triángulo:

```
*
* *
* * *
* * * *
```

Pitágoras tenía esta figura por símbolo de lo sobrenatural y Hayes la ve como símbolo de ascensión evolutiva, con el guijarro de más arriba como símbolo -igual que el do de arriba- del movimiento de subida a un nivel superior (Platón llama a la tétrada «la música de las esferas»). De la tétrada saca Pitágoras otros dos números sagrados: el diez (para el número de guijarros) y el cuatro (para el número de líneas).

Hayes procede a demostrar cómo el símbolo de la tétrada aparece también repetidamente en la religión y en el hermetismo. Por ejemplo, un comentario del Corán titulado *Tafsir* describe la visita del profeta a los siete

cielos, que empieza con Mahoma montado en un cuadrúpedo que no es ni asno ni mula, entrando luego en una mezquita e inclinando la cabeza tres veces para rezar, después de lo cual el ángel Gabriel le ofrece dos vasijas, una llena de vino y la otra llena de leche, y después de que haya escogido la de leche, le conduce hasta el primer cielo. Así que tenemos el cuadrúpedo -el número cuatro- seguido de tres inclinaciones de cabeza, seguidas a su vez de dos vasijas, a las que sigue el primer cielo: los números que forman una tétrada. El cuadrúpedo también es simbólico; al no ser ni asno ni mula, simboliza la tercera fuerza o manifestación y lleva así a la siguiente línea de la tétrada: la tres. Las dos vasijas de vino y leche también son simbólicas: la leche simboliza la dulzura, la amabilidad (el principio yin de los chinos) en contraposición al vino, que es más positivo y enérgico.

Después de dedicar un decenio al estudio de la religión, Mike Hayes utilizó finalmente los resultados para escribir un libro titulado *The Infinite Harmony,* en el cual hay secciones monográficas que tratan del antiguo Egipto, el judaísmo, el zoroastrismo, el jainismo y el budismo (con su senda óctuple), el confucionismo, el cristianismo y el islamismo, así como un capítulo sobre la alquimia y el código hermético, uno sobre el *I-Ching* y uno sobre el código genético. Su argumento básico es que la octava musical, junto con la Ley de Tres y la Ley de Siete, expresa algún código básico de la vida y la ley que gobierna a la evolución. Y demuestra que estos números aparecen con desconcertante frecuencia en las grandes religiones del mundo (el Libro del Apocalipsis parece estar especialmente lleno de simbolismo de los números y simbolismo musical).

Inevitablemente, el lector empieza a preguntarse si todo esto demuestra sólo que el autor está decidido a hacer que los números encajen en los hechos: por ejemplo, me pregunté por qué Dios hizo que lloviese durante 40 días y 40 noches, en vez de los siete u ocho o 22 que cabría esperar (aunque la respuesta podría residir en la multiplicación de los dos números de la tétrada, el cuatro y el diez). Sin embargo, incluso aceptando el argumento en su nivel más bajo, no puede haber ninguna duda de la extraña recurrencia de los números tres, siete y ocho en todas las religiones del mundo, como si todas ellas incluyeran algún principio musical.

Pero esto, desde luego, es sólo la base del argumento de Hayes. Su esencia es la idea de que el «código hermético» es también un código evolucionista... tiene algo que ver con la manera en que la vida se manifiesta

y trata continuamente de pasar a un nivel superior. Hayes cree que lo que ha vislumbrado es algo muy parecido al «ritmo de la vida» que vio el estudiante de Hall en la película de los escolares: el mismo ritmo oculto que los hopis, los navajos y los quichés todavía utilizan para regular sus vidas y que los sacerdotes del antiguo Egipto reconocían como la fuerza creativa de Osiris.

De hecho, el capítulo que habla de Egipto y la Gran Pirámide es especialmente convincente porque -como hemos visto- poca duda cabe de que los egipcios se propusieron de forma deliberada codificar sus conocimientos... tales como el tamaño de la Tierra. En algunos casos, es difícil saber con exactitud qué era lo que los egipcios trataban de decirnos. Nos enteramos, por ejemplo, de que en la antecámara de la Cámara del Rey hay un relieve de granito cuadrado cuya extensión es exactamente igual a la extensión de un círculo cuyo diámetro tiene casualmente la longitud exacta del suelo de la antecámara. Asimismo, al multiplicar esta longitud por pi, el resultado es exactamente la longitud del año solar: 927,7126 centímetros de pirámide. Es difícil comprender por qué el arquitecto de la pirámide quiso transmitir esta información o a quién. Por otra parte, parece que la hornacina descentrada que hay en la Cámara de la Reina, que también ha llenado de perplejidad a la mayoría de quienes escriben sobre las pirámides, se desvía exactamente un codo sagrado, como si el arquitecto intentara decirnos exactamente qué medida básica estaba utilizando. Puede que la otra información codificada sea igualmente práctica.

Mike Hayes también arguye de manera convincente que los egipcios conocían la existencia de pi (que, como seguramente recordaremos, fue descubierto supuestamente por Pitágoras dos mil años después). Cita, por ejemplo, un decreto que nombra a cierto sumo sacerdote director de la totalidad de los 22 nomos (distritos) del Alto Egipto. Más adelante, cuando se nombra al hijo, es sólo director de siete nomos. El simbolismo parece obvio: padre comparado con hijo, 22 comparado con siete.

También señala la asociación de la Gran Pirámide con el «Cuadrado Mágico de Hermes», 2080, que casualmente es la suma de todos los números que van del 1 al 64: el número del *I-Ching* y el código genético.

Después de estudiar durante años el templo de Luxor, desaparecieron todas las dudas de Schwaller de Lubicz sobre su simbolismo, que era increíblemente exacto. Su obra principal, *The Temple of Man* (que no debe

confundirse con la más corta *Temple in Man,* también sobre Luxor), demuestra más allá de toda duda que el templo de Luxor simboliza un ser humano, con varias cámaras que corresponden exactamente a varios órganos. También aquí el arquitecto disfrutó jugando con códigos numéricos, muchos de los cuales Schwaller consigue descifrar en los tres volúmenes. Sin duda un místico egipcio antiguo hubiera encontrado el templo, al igual que la Gran Pirámide, una revelación asombrosa y continua. Pero a pesar de la descodificación de Schwaller, la mayor parte de su significado se nos ha perdido.

Como hemos visto, el punto de partida de Mike Hayes fue la observación del extraño parecido entre el código genético y el I Ching.

El I Ching es, por supuesto, un libro de «oráculos» que se consulta en busca de consejo. Desde luego, esto parece superstición pura. Pero el psicólogo Carl Jung, que dio a conocer el libro al mundo moderno al presentar la traducción de Richard Wilhelm en 1951, creía que había algo más que eso. Arguyó que hay una verdad oculta detrás del I Ching a la que llamó «sincronicidad» (en un libro corto de título homónimo), «un principio de relaciones no causales».

El I Ching se consulta o bien arrojando al suelo tres monedas seis veces, y tomando nota de si sale cara más veces que cruz o viceversa (cruz corresponde a yin: línea discontinua; y cara, a yang: línea continua). También puede consultarse por el método de los 50 tallos de milenrama: se aparta uno de ellos y quedan 49, que observamos que son siete veces siete. Parece, pues, que un método se basa en la Ley de Tres y el otro, en la Ley de Siete.

Hay que tener presente que al principio el Libro de los Cambios no era un «libro», sino meramente dos líneas, una discontinua y otra continua, cuyo significado era respectivamente no y sí, y el interesado tiraba las monedas al suelo (o dividía los tallos de milenrama) sólo una vez. Según parece, al legendario inventor del I Ching, el sabio Fu Hsi (que se cree que vivió en el tercer mileno a. de C.), se le ocurrió que las dos líneas pueden cambiar de naturaleza y convertirse en su contraria. Fu Hsi dispuso las líneas en trigramas, luego en hexagramas. Empezó por *Ken,* «permanecer quieto, la montaña». Luego contempló estos hexagramas, concibiéndolos como redes de fuerza, y trató de imaginar el significado de los cambios dentro de ellos. En esa etapa se trataba de un ejercicio de intuición pura. Probablemente, la mayoría de los hexagramas ni siquiera tenían nombre. Una versión ligera-

mente posterior de los hexagramas empezaba con *K'un,* «el receptivo».

Alrededor de 1000 a. de C., el rey Wen había sido encarcelado por el tirano Chou Hsin, y allí, después de una visión en la que los hexagramas aparecieron dispuestos en círculo, los dispuso en su forma actual, empezando por el hexagrama masculino Ch'ien, «el creativo», y añadiendo comentarios. Wen fue rescatado por su hijo, que derrocó al tirano, y Wen se convirtió en gobernante. Confucio añadió más comentarios unos quinientos años después.

De manera que el I Ching empezó puramente en forma de símbolos que se contemplaban por su signficado interior. Es indudable que Jung los veía así.

El filósofo suizo Jean Gebser señala (en su obra magna *The Ever Present Origin,* 1949) que «la conversión del antiguo libro de oráculos en un libro de sabiduría... indica el hecho decisivo de que alrededor de 1000 a. de C. el hombre empezó a darse cuenta de una conciencia diurna, despierta», lo cual hace pensar que en China, al igual que en el Mediterráneo, había aparecido algún cambio fundamental en la naturaleza de la conciencia humana.

Sólo hacia el final de *The Dance of Life* Edward T. Hall menciona el nombre de Jung, cuya idea del inconsciente colectivo parece fluir como una corriente subterránea a través del libro. Hall también habla de sincronicidad -que él ve como una forma de *entrainment* (término que acuñó William Condon y que significa lo que ocurre cuando una persona capta el ritmo de otra; dicho de otro modo, vibración simpática). Hall ve la sincronicidad como un tipo de *entrainment* en el cual dos personas situadas en lugares diferentes experimentan simultáneamente unos acontecimientos. Cita una anécdota relativa a Jung, que iba en un tren y se sentía extrañamente deprimido al pensar en un paciente que tenía graves problemas conyugales. En cierto momento de su lúgubre meditación, Jung consultó casualmente su reloj... y más adelante averiguó que el paciente se había suicidado exactamente en aquel momento.

Pero por supuesto, eso no es todo lo que quiere decir Jung cuando habla de sincronicidad. Ni lo son los ejemplos personales que pone Hall de un colega que le llamó para darle una información que necesitaba con urgencia, o de experimentar «en mi propio cuerpo sensaciones que estaban presentes en el cuerpo de otra persona». Estas cosas podrían explicarse diciendo que obedecen a alguna clase de telepatía. Muchos ejemplos de sincronicidad que cita Jung son de coincidencias tan absurdas que parecen

fruto de la imaginación. Un ejemplo típico se refiere al poeta francés Émile Deschamps, a quien, cuando era niño, cierto M. Fortgibu dio una porción de budín con pasas. Al cabo de diez años, vio un budín con pasas en el escaparate de un restaurante de París y entró a preguntar si podían servirle un poco... y le dijeron que lo había encargado M. Fortgibu. Muchos años después, le invitaron a un almuerzo en el que sirvieron budín con pasas y comentó que lo único que faltaba era M. Fortgibu. En el momento de decirlo, entró M. Fortgibu... se había equivocado de dirección.

Jung comenta que «o bien hay procesos físicos que causan sucesos psíquicos, o hay una psique preexistente que organiza la materia». Lo que dice implícitamente es que tales coincidencias suceden cuando la mente se encuentra en un estado de armonía y equilibrio. Ilustración perfecta de ello es una historia que contó a Jung su amigo Richard Wilhelm, traductor del I Ching. Wilhelm se hallaba en un remoto poblado chino que estaba padeciendo una sequía y cuyos habitantes mandaron a buscar a un hombre que hacía llover y vivía en un poblado lejano. El hombre pidió una casita en la periferia del poblado, entró en ella y no volvieron a verle durante tres días. Al finalizar ese período, hubo un tremendo aguacero seguido de nieve. Wilhelm preguntó al anciano cómo lo había hecho y el anciano le contestó que él no había hecho nada. «Vengo de una región donde todo está en orden. Llueve cuando debe llover y hace buen tiempo cuando se necesita. Pero la gente de este poblado está toda fuera del Tao y fuera de sí misma. Me infectó en seguida cuando llegué, así que pedí una casita en el borde del poblado, para poder estar solo. Cuando volví a estar en el Tao, llovió.»

La anécdota parece un ejemplo perfecto de lo que quiere decir Hall cuando habla de la armonía de los indios con la naturaleza. Es también un ejemplo de la armonía a que se hace referencia en el título del libro de Hayes *The Infinite Harmony:* la armonía que Confucio y Lao-tsé, el fundador del taoísmo, consideraban la esencia del «recto vivir».

Sin embargo, seguimos encontrándonos ante la idea desconcertante y totalmente ilógica de un libro -hecho de papel y tinta de imprenta- que responde a preguntas. Una posibilidad obvia sería que las preguntas las contestan «espíritus», como en el caso de un tablero de Ouija. Pero al parecer, los chinos no aceptan esta idea. Jung explica así la opinión de los chinos: «Lo que sucede en un momento dado posee inevitablemente la cualidad peculiar de ese momento»; y, a modo de ejemplos, habla de un entendido en vinos que puede decir la situación exacta del viñedo basándose

en el sabor del vino, y de anticuarios capaces de nombrar el momento y el lugar donde se hizo determinado objeto de arte; incluso añade la arriesgada analogía de un astrólogo al que le basta mirar a una persona para decir bajo qué signo nació y el signo ascendente en aquel momento.

Así pues, el I Ching puede considerarse o bien como alguna clase de ente vivo o como una especie de libro de cálculos hechos que puede informar al interesado del significado exacto del hexagrama que haya obtenido. En todo caso, se basa en la idea de que la pura casualidad no existe.

De buenas a primeras, esta idea resulta absurda, pero parece encontrar corroboración en la física cuántica, en la cual el observador altera de algún modo el acontecimiento que está observando. Por ejemplo, si se proyecta un rayo de luz por un agujerito, hará que aparezca un pequeño círculo de luz en una pantalla (o placa fotográfica) colocada al otro lado. Si se practican dos agujeritos uno al lado del otro, hay dos círculos de luz entrelazados, pero en la parte que se traslapa hay varias líneas oscuras que se deben a la «interferencia» de los dos rayos de luz, que se anulan mutuamente. Si se reduce la intensidad de la luz, de manera que sólo pueda pasar un fotón a la vez, cabría esperar que las líneas de interferencia desaparecieran al revelar finalmente la placa, porque un fotón no puede causar interferencia con un fotón. Sin embargo, las líneas de interferencia continúan allí. Pero si «vigilamos» los fotones con un detector de fotones, para averiguar qué está pasando en los agujeros, la pauta de interferencia desaparece...

Jung parece sugerir que, de la misma manera, nuestra mente afecta a las pautas del mundo real y «amaña» inconscientemente los resultados. He descrito en otra parte[1] cómo, al comenzar a escribir un artículo sobre la sincronicidad, empezaron a ocurrir las sincronicidades más absurdas. La más absurda de ellas fue la siguiente. Describí cómo un amigo, Jacques Vallée, buscaba desde hacía algún tiempo información sobre el profeta bíblico Melquisedec, porque le interesaba una secta religiosa de Los Ángeles que se llamaba la órden de Melquisedec. Encontró muy poca. Pero al tomar un taxi para que le llevara al aeropuerto de Los Ángeles y pedirle un recibo a la taxista, ésta le dio uno firmado por «M. Melchizedek». Pensó que tal vez había cientos de personas llamadas así en Los Ángeles y buscó en el inmenso listín telefónico, que ocupa varios volúmenes. Había un solo Melchizedek: su taxista.

Al terminar de escribir esta historia, hice una pausa y salí a pasear a

1. Colin Wilson, *An Encyclopedia of Unsolved Mysteries,* 1949.

mis perros. Me fijé en que en la cama plegable que tenía en el sótano había un libro que no reconocí; se titulaba *You Are Sentenced to Life* y su autor era W. D. Chesney, un médico de Los Ángeles, y sabía que era mío porque lo había enviado a encuadernar. (Mi casa contiene más de 20.000 libros, por lo que es fácil despistarse.) Al volver del paseo, abrí el libro... y encontré ante mis ojos una página encabezada por las palabras «Orden de Melquisedec». Era una copia de una carta que el fundador de la orden había escrito al autor del libro. Sentí un cosquilleo extraño. Era como si algún hado me susurrase al oído: «Si piensas que la historia de Jacques Vallée es la sincronicidad más extraña que jamás te hayan contado, ¿qué me dices de esto?». Era como si la sincronicidad se hubiera propuesto convencerme de su realidad.

¿Cómo podemos explicar las sincronicidades? A menos que las descartemos como «puras casualidades», tenemos que aceptar forzosamente la conclusión de Jung de que, en lo que se refiere a la formación de la realidad, la mente interpreta un papel más activo del que suponemos. O, como dijo Jung, «hay una psique preexistente que organiza la materia».

Es obvio que esto está muy cerca de los puntos de vista de los indios hopis y navajos que describió Hall: la sensación de que nuestras actitudes mentales influyen en la naturaleza y en el mundo material, de tal modo que, por ejemplo, una casa no puede construirse hasta que los constructores hayan creado «pensamientos apropiados». Los indios piensan que su mente puede influir en el futuro de la casa, del mismo modo que, según Jung, nuestra mente influye en la caída de las monedas al consultar el I Ching.

Mike Hayes lo expresaría de forma ligeramente distinta. Diría que las energías básicas que componen el universo están hechas de vibraciones que obedecen las leyes de la música; por tanto, los acontecimientos siguen estas «leyes ocultas».

Puede que baste un ejemplo para aclarar lo que digo. Pídale a alguien que escriba su número de teléfono y luego que escriba las mismas cifras pero cambiando su orden. Ahora dígale que reste el número más pequeño del más grande y que sume las cifras de la respuesta hasta que se conviertan en un sólo número (esto es, 783 se convertirá en 18, luego en 9). Puede decirle a la persona que la respuesta es 9. Esto se debe a que la respuesta siempre es 9. Funciona con los números más grandes o los más pequeños.

No soy matemático, al menos no lo suficiente para saber por qué es así, pero sé que no se trata de «magia», sino meramente de las leyes de la arit-

mética. Jung diría que las sincronicidades son el funcionamiento de parecidas leyes de la realidad. Mike Hayes añadiría que tales leyes son de naturaleza básicamente musical.

Así pues, puede que lo que parezca ser «magia» primitiva no sea más que el reconocimiento de estas leyes de «la casualidad».

De un ejemplo de ello fue testigo el reportero de la televisión Ross Salmon a finales del decenio de 1970. Se encontraba visitando a los indios calahuaya del lago Titicaca y oyó decir que el hechicero se había ido a la ciudad para ganar dinero y que se sospechaba que su esposa, Wakchu, le era infiel. El consejo de las mujeres del lugar y el consejo de los ancianos no llegaron a ninguna decisión sobre si era culpable o no, así que los sacerdotes anunciaron que iban a «llamar al cóndor» para que aclarase el asunto. Los calahuayas creen que los seres humanos se reencarnan en cóndores y que el Gran Cóndor es una reencarnación de un gran jefe inca.

Salmon fue autorizado a filmar la ceremonia que tuvo lugar en lo alto de un escarpado precipicio y durante la cual los sacerdotes celebraron su ritual para llamar al cóndor, arrojando al aire hojas de palma de coco y entonando salmodias. Al día siguiente, condujeron a Wakchu al lugar y la ataron a un poste, sin más ropa que un taparrabo. Salmon estaba totalmente convencido de que no pasaría nada. Pero al cabo de media hora, apareció un cóndor que se posó en una roca de cara a Wakchu después de dar algunas vueltas en el aire. Permaneció quieto en la roca durante un rato, luego se acercó a la muchacha y la señaló con el pico. Los ancianos exclamaron: «¡Culpable!... debe quitarse la vida». Si a Salmon le quedaba alguna duda acerca de la autenticidad de la ceremonia, esa duda se esfumó cuando diez días después Wakchu se arrojó a un precipicio.

Todo esto se mostró en la Westward Television, con el comentario de Salmon. Cuando escribió un libro sobre sus viajes, *In Search of Eldorado,* me apresuré a comprarlo, para poder citar su descripción. Me llevé una sorpresa al ver que sólo contaba la mitad de la historia, con lo que ésta resultaba más ambigua. La siguiente vez que me encontré con él le pregunté a qué era debido y contestó que los científicos le habían aconsejado que «la suavizara», porque era obvio que le habían engañado. Sin embargo, la película no dejaba ninguna duda de que no le habían engañado.

En este caso, al parecer, «llamaron» al cóndor de la misma manera que en la crónica de sir Arthur Grimble llaman a las marsopas; y luego el cóndor interpretó el papel de oráculo e indicó que la muchacha era culpable. No hay

ninguna explicación «racional» de lo ocurrido (salvo que los sacerdotes hicieran trampas); pero seguro que los indios hopis o los nativos de las islas Gilbert no encontrarían nada increíble en los acontecimientos.

Ross Salmon también menciona que habló con dos tribus indias de la región de Bolivia-Colombia, ambas analfabetas, pero con un sinfín de acontecimientos almacenados en la memoria, y que ambas le dijeron que el hombre lleva en la Tierra mucho más tiempo de lo que se sospecha.

Sir Wallis Budge empieza su libro *Magia egipcia* (Editorial Humanitas, 1988) explicando que la religión egipcia tiene dos caras: «En una de ellas se parece mucho a numerosos aspectos de la religión cristiana de hoy; y en la otra, a la religión de muchas de las sectas que florecieron en los primeros tres o cuatro siglos de nuestra era...». Budge explica que este último aspecto «representa una colección de ideas y supersticiones que pertenecen a un estado de existencia salvaje o semisalvaje... Podemos pensar que tales ideas y creencias son a la vez infantiles y necias, pero no hay ninguna razón posible para dudar de que eran cosas muy reales para quienes las tenían».

Budge, por supuesto, era hombre de las postrimerías de la época victoriana, lo cual explica su tono condescendiente y la extraña sugerencia (con la que sin duda pretendía tranquilizar a sus lectores) de que la religión egipcia se parece al cristianismo. Ve a los egipcios desde una perspectiva totalmente occidental y a menudo habla de su creencia en «Dios». Todas las historias mágicas que cuenta son absurdas... sobre magos capaces de cortar cabezas y luego volver a ponerlas en su sitio, para que el sujeto del experimento no sufra ningún daño. Incluso cuenta una historia sacada de *El asno de oro* (La última edición de este clásico ha sido publicada por Espasa-Calpe en su colección Austral, en 1996), de Apuleyo -que, por supuesto, no tiene nada que ver con Egipto- sobre un hombre al que las brujas se le comen la nariz y las orejas.

Medio siglo después de Budge, una obra titulada *Before Philosophy* (1949) muestra una comprensión mucho mayor de los egipcios. El profesor Henri Frankfort comenta en la introducción: «El pensamiento creador de mitos no conoce el tiempo como duración uniforme o como sucesión de momentos cualitativamente indiferentes. El concepto de tiempo tal como se usa en nuestras matemáticas y física es tan desconocido para el hombre pri-

mitivo como el que forma el marco de nuestra historia». Lo que quiere decir Frankfort al hablar de «tiempo creador de mitos» es lo que quiere decir Edward T. Hall cuando habla del «tiempo policrónico» de los indios americanos... el sentido de un presente eterno.

¿Y de qué manera creó monumentos como las pirámides un pueblo que vivía en un presente eterno?

Para comprenderlo, primero necesitamos comprender el Nilo y la tierra a la que sustenta. El profesor John A. Wilson dice:

> La parte esencial de Egipto es un tajo verde rebosante de vida que atraviesa pardas inmensidades desérticas. La línea de demarcación entre la vida y la no-vida es sorprendentemente clara: uno puede colocarse en el borde de los cultivos con un pie en la tierra negra regada y el otro pie en las arenas del desierto. El país está esencialmente falto de lluvia; sólo las aguas del Nilo hacen que la vida sea posible...

Los egipcios eran un pueblo afortunado. Su país era una especie de tubo, con el mar en un extremo y las montañas de África en el otro, y colinas a ambos lados del Nilo que les protegían de los enemigos y de los vientos abrasadores. En agosto ya se ha recogido la cosecha y los campos aparecen secos y agrietados. Entonces las aguas del Nilo suben e inundan la tierra y la dejan cubierta de un limo rico en el cual los agricultores se apresuran a plantar nuevos cultivos. Mesopotamia, en cambio, tenía el Tigris y el Éufrates, que eran de poco fiar y podían desbordarse en cualquier momento y ahogar los cultivos, y los feroces vientos del desierto que a menudo levantaban tempestades de arena. No es extraño que los egipcios aparecieran como un pueblo sereno y satisfecho a ojos de los escritores de la antigüedad.

Lo que sí parece sorprender a John A. Wilson -a juzgar por lo que escribe en *Before Philosophy*- es la brevedad del período que necesitó la civilización egipcia para alcanzar un punto tan alto. Lo explica diciendo: «Los egipcios llevaban siglos haciendo acopio de fuerza lenta dentro del Valle del Nilo hasta que llegó su día y dieron un salto hacia arriba con una brusquedad que nos parece milagrosa».

Wilson prosigue diciendo: «Veremos dos períodos principales del pensamiento egipcio, los agresivos y optimistas primeros tiempos y los sumisos y esperanzados tiempos posteriores». Y cita a Breasted, que comenta: «¡Imaginad... el valor a toda prueba del hombre que dijo a sus ar-

quitectos que trazaran la base cuadrada de 230 metros a cada lado! [Sabía que] se necesitarían casi dos millones y medio de bloques con un peso de dos toneladas y media cada uno para cubrir este cuadrado de cinco hectáreas y pico con una montaña de obra de albañilería de cerca de 147 metros de altura... La Gran Pirámide de Gizeh es, por tanto, un documento de la historia de la mente humana».

West, Hancock y Bauval estarían de acuerdo; pero argüirían que la «brusquedad» es una ilusión y que los egipcios eran herederos de una civilización más antigua. Bauval y Hancock sugerirían, además, que no fue un «acopio de fuerza lenta» lo que hizo que los egipcios llevaran repentinamente a cabo los logros de la era de las pirámides, sino un propósito religioso a largo plazo. La Gran Pirámide fue la culminación de siglos de preparación y señaló el comienzo de una nueva era, la Era de Osiris, que sólo podía traer prosperidad a todos los habitantes de la tierra de Egipto. Con su rey-dios, en su tierra bien protegida, bajo los ojos benévolos de los dioses que les contemplaban desde los cielos, podían permitirse ser alegres y optimistas.

Asimismo, es casi seguro que fueron la primera civilización de la historia de la humanidad que se encontró en esa feliz situación. En cierto sentido, podemos considerar a los egipcios como la culminación de la evolución del hombre hasta aquel momento. Wilson dice: «Queremos hacer hincapié con tanta fuerza como podamos en que los egipcios de aquellos tiempos eran un pueblo alegre y lozano. Disfrutaban de la vida al máximo y la amaban demasiado para renunciar a su abundante sabor». Durante miles de años el hombre había tenido que «habérselas» con muchas cosas: glaciaciones, sequías, terremotos e inundaciones. Ahora, de pronto, un solo pueblo -que creía firmemente estar protegido por los dioses- había encontrado su edad de oro.

Pero lo que estamos en condiciones de comprender -a diferencia del profesor Wilson- es que la fuerza del Egipto dinástico surgió de la unidad de la mente. Al igual que los hopis o los navajos, los egipcios vivían muy apegados a la tierra, al limo negro que les traía vida. Y podríamos decir de ellos lo que Hall dice de los hopis: que la religión es el núcleo central de su vida.

Todo indica que cada una de sus palabras es aplicable al antiguo Egipto. Era básicamente una civilización religiosa, totalmente unida.

Para comprender esto del todo, tenemos que verlo sobre el fondo de la evolución social del hombre hasta aquel momento.

He argüido que los indicios -tal como los presenta, por ejemplo, Alexander Marshack- inducen a pensar que el hombre de Cromañón representó un avance asombroso en la evolución. Para entonces, venía sucediendo desde hacia casi medio millón de años, por razones que no se comprenden totalmente.

Como hemos visto, Gurdjieff tomó prestada de la filosofía sankhya la idea de la Ley de Tres: la tercera fuerza. Dos fuerzas -tales como el hombre luchando contra su entorno- pueden permanecer eternamente en equilibrio si nada altera éste. En cierto sentido, que los seres humanos existieran o no existieran ya en el mioceno (como sugiere *Forbidden Archaeology)* carece de importancia -aunque sin duda los indicios merecen estudiarse- porque, si realmente existían, no hicieron nada más que esperar durante millones de años. Luego, hace alrededor de medio millón de años, alguna «tercera fuerza» alteró el equilibrio y dio al hombre una razón -o varias razones- para convertirse en un ser más inteligente. Es casi seguro que el lenguaje y la evolución de la sexualidad humana desempeñaron sus papeles respectivos. Un ser que está aprendiendo a expresarse verbalmente se está volviendo más inteligente por definición. Y un ser cuyo interés por la sexualidad ha dejado de ser animal y estacional, y que encuentra al sexo opuesto interesante y excitante -tal vez incluso sagrado- de manera permanente también ha dado un paso importante por el camino que le llevará a ser verdaderamente humano.

El hombre de Neandertal era sin duda un «animal religioso», y Stan Gooch ha argüido enérgicamente (en *The Neanderthal Question* y *Cities of Dreams*) que alcanzó un nivel de civilización más alto de lo que creemos. Pero como desapareció del escenario de la historia, esto tiene poco que ver con lo que nos ocupa ahora. Y como no nos ha dejado arte alguno, no tenemos ningún indicio de que alcanzara esa etapa importantísima de la evolución que es la magia cinegética.

Pero sabemos que el hombre de Cromañón la alcanzó. Y también estamos en condiciones de comprender la importancia de aquel avance. Un hombre que cree que puede influir en la naturaleza y capturar sus presas por medio del ritual mágico experimenta una nueva sensación de control. Piensa que, en cierto sentido, ha encontrado la clave que le permitirá ser amo en lugar de esclavo de la naturaleza. La vida deja de ser una lucha incesante por la supervivencia en la que a menudo sale vencedor de milagro. Ha experimentado una revolución psicológica a la que podríamos dar el nombre

de «revolución del tener una meta».

Si Marshack está en lo cierto, entonces el estudio atento de los cielos también desempeñó un papel en la revolución. Para empezar, es probable que se tratara meramente de crear algún tipo de calendario que le pemitiese prever los cambios de estación. Pero dado que este estudio interpretó un papel fundamental en su actitud más activa e interesada ante su propia existencia, debió de convertirse en algo que, cada vez más, hacía porque sí.

Pero estamos hablando del hombre de Cromañón como si fuera un individuo que disfrutaba cultivando su afición a contemplar las estrellas. Lo que hay que comprender es que el hombre antiguo nunca fue «individuo» en el sentido que nosotros damos a la palabra. Era miembro de un grupo -en el que había tanto varones como hembras- y compartía la conciencia de ese grupo. Los animales actúan basándose en el instinto colectivo, como un rebaño de renos o una bandada de pájaros o un banco de peces, y es necesario que pensemos lo mismo de nuestros remotos antepasados humanos.

Pero la magia cinegética dio pie a otro cambio básico, como podemos ver en las pinturas rupestres. Los que las ejecutaron eran chamanes, «magos», y era inevitable que el chamán se convirtiese también en el jefe. En las sociedades primitivas, el sacerdote se convierte pronto en rey-sacerdote; y la sacerdotisa, en reina-sacerdotisa. Y esto tiene el efecto de crear una nueva clase de unidad, un nuevo nivel en lo que se refiere a tener una meta.

Este debió de ser uno de los factores más importantes en la evolución del hombre de Cromañón hasta convertirse en el moderno *Homo sapiens.* Tenía un jefe al que contemplaba con admiración total. A partir de ahora, podía hacer frente al mundo con una resolución total. Y con esta unidad de resolución, estaba preparado para crear civilización.

¿Cuánto tiempo fue necesario? No tenemos ni idea. La historia convencional sugiere que transcurrieron unos 25.000 años entre el momento en que los hombres de Cromañón de Marshack, los que contemplaban las estrellas, se convirtieron en agricultores y el momento en que empezaron a construir ciudades. Los indicios que hemos examinado en el presente libro hacen pensar que fue mucho menos tiempo y que tal vez ya en el 20000 a. de C. la «unidad colectiva» con su rey-chamán o reina-sacerdotisa había evolucionado hasta convertirse en alguna forma primitiva de civilización.

Según Hapgood, existía una civilización marítima mundial en una época en que en la Antártida no había hielo, quizá en el 7000 a. de C. Pero si Schwaller de Lubicz acierta al pensar que la erosión de la Esfinge se debió al agua, entonces alguna civilización bastante avanzada se adelantó a ella tres mil o cuatro mil años. En *Earth's Shifting Crust,* Hapgood argüye que la Antártida estaba unos 4.000 kilómetros más cerca del ecuador en el 15000 a. de C. Si así era, resulta fácil imaginar que su movimiento constituyó una gran catástrofe para quienes vivían allí y probablemente llevó aparejadas grandes inundaciones.

Hemos examinado atentamente los indicios de que supervivientes de este continente a la deriva se refugiaron en América del Sur y en Egipto, y de que los pueblos nativos de América Central y América del Sur los llamaban Viracochas.

Si Schwaller está en lo cierto, un grupo de estos Viracochas se trasladó a Egipto, encontró el hogar ideal en ese país protegido, con su gran río y su inundación anual, y empezó a crear una nueva civilización. Conscientes de la precesión de los equinoccios, que desempeñaba un papel fundamental en su creencia religiosa, los Viracochas pusieron los cimientos de su templo en la meseta de Gizeh, donde una gran masa de granito pasó a ser identificada con el «túmulo primitivo».

Construyeron la Esfinge, orientada a la constelación de Leo, y trazaron la planta de las pirámides, cuya conformación era exactamente la de las tres estrellas del Cinturón de Orión en el 10500 a. de C. Pensaban terminar su Templo de las Estrellas cuando Orión se acercara al equivalente celeste de la meseta de Gizeh. Entonces el dios-faraón llevaría a cabo la ceremonia que mandaría a Osiris de vuelta a su morada en los cielos, y daría comienzo a una nueva edad de oro.

Los egiptólogos están de acuerdo en que esta edad de oro realmente llegó alrededor del 2600 a. de C. Hubo una explosión de energía creativa, una oleada de optimismo. Con el convencimiento religioso haciendo de «tercera fuerza», los antiguos egipcios pasaron a ser la manifestación más elevada del impulso evolucionista humano registrada hasta entonces.

Los antiguos egipcios aceptaban la magia del mismo modo que el hombre moderno acepta la tecnología: no se trataba de magia en el sentido de una contradicción de las leyes de la causalidad, sino, como explicó Schwaller, en el sentido de estar «bañado en una atmósfera psíquica que crea un lazo entre los individuos, un lazo que es tan explícito como el aire

que respiran todos los seres vivos». Dicho de otro modo, la magia egipcia estaba indudablemente más cerca de la magia del «llamador» de marsopas de las islas Gilbert, o del jefe amahuaca que ejecutaba un ritual de caza, que de las cosas absurdas que describe Budge. Esta clase de magia se basa en una comprensión de leyes olvidadas de la naturaleza.

Tratando de adquirir cierta visión interna de cómo los egipcios levantaban gigantescos bloques de piedra, pregunté a Christopher Dunn, el ingeniero industrial que había estudiado el sarcófago de la Cámara del Rey de la Gran Pirámide, si tenía alguna sugerencia práctica -o incluso no práctica- que hacer. Su respuesta consistió en enviarme un extraño folleto titulado *A Book in Every Home,* escrito por un hombre que se llamaba Edward Leedskalnin y publicado por él mismo en Homestead, Florida. Al parecer, Leedskalnin era un excéntrico que vivía en un lugar llamado Coral Castle, cerca de Miami, en Florida, que él mismo construyó con gigantescos bloques de coral, algunos de los cuales pesaban hasta 30 toneladas. Leedskalnin era un hombrecillo delgado y bajito, de poco más de metro y medio de estatura, que murió en 1952 sin haber divulgado el secreto de cómo había construido el «castillo» y cómo se las había ingeniado para mover aquellos pesados bloques. En 28 años extrajo y erigió un total de 1.100 toneladas de coral.

A Book in Every Home nos cuenta la razón por la cual Ed Leedskalnin se convirtió en una especie de ermitaño. «Siempre he querido tener una chica, pero nunca la he tenido.» En su juventud se enamoró de una chica de dieciséis años, pero, al parecer, su galanteo no dio buenos resultados. Puede que se debiera a que ella le rechazó, aunque el folleto insinúa claramente que la verdadera razón fue que Leedskalnin se énteró de que la chica no era virgen y decidió que sería humillante aceptar «mercancía dañada». Parece ser que se obsesionó con la idea de que la mayoría de las chicas de «dieciséis dulces años» (una de sus expresiones favoritas) estaban «dañadas» (aunque es obvio que, a su modo de ver, incluso un beso era prueba de depravación), y «por eso conseguí resistirme al impulso natural a hacer el amor». El folleto aconseja a todas las madres que no permitan que sus hijas se relacionen con «chicos descarados» e incluso sugiere que, en su lugar, se ofrezcan ellas mismas.

El desengaño amoroso empujó a Leedskalnin a retirarse a Homestead, donde ideó algún proceso secreto para mover y levantar bloques gigantescos cuyo promedio de peso era de seis toneladas y media, es decir, superior al

peso medio de los bloques utilizados para construir la Gran Pirámide.

Christopher Dunn había visitado Coral Castle por primera vez en 1982; ahora, después de recibir mi carta, tuvo la amabilidad de hacer una segunda visita y quedó convencido de que Leedskalnin dijo sólo la verdad cuando declaró: «Conozco el secreto de cómo se construyeron las pirámides de Egipto». Pero se negó a divulgarlo, incluso a los funcionarios del gobierno norteamericano que le visitaron y a quienes enseñó el castillo. Lo único que estaba dispuesto a insinuar era que «todo consiste en imanes individuales, y es el movimiento de esos imanes dentro del material a través del espacio lo que produce fenómenos que pueden medirse, esto es, magnetismo y electricidad».

Christopher Dunn habló del asunto con un colega llamado Steven Defenbaugh y los dos sacaron la conclusión de que Leedskalnin había inventado algún mecanismo contra la gravedad. Entonces a Christopher Dunn se le ocurrió pensar que el simple hecho de levantarse de la cama por la mañana es ir contra la gravedad y que este concepto no hace que la solución esté más cerca.

Por otra parte, existen ahora trenes de levitación magnética que son básicamente mecanismos contra la gravedad. Si un imán se suspende sobre otro, existe una tendencia natural a que sus polos opuestos se alineen, de tal forma que se atraen mutuamente. Si puede impedirse que sus polos se alineen, se repelen mutuamente. ¿Era posible que Leedskalnin hubiera utilizado este principio para levantar sus inmensos bloques? En una fotografía del patio posterior de Ed Leedskalnin se ve un mecanismo que hace pensar en tres postes de teléfono apoyados unos en otros para formar un trípode, con un caja cuadrada en lo alto. De esta caja descienden unos alambres que cuelgan entre los postes. No se encontró ninguna caja así en el taller de Leedskalnin después de su muerte, por lo que es de suponer que desmontó el mecanismo para impedir que lo examinasen.

Lo que Christopher Dunn sí pudo encontrar en el taller fue un volante de gran tamaño que se supone que Leedskalnin utilizaría para producir electricidad. Los imanes en forma de barra que había en ella estaban puestos en hormigón. Dunn se fue a comprar un imán de este tipo en una ferretería. Luego volvió al taller e hizo girar el volante mientras sostenía el imán cerca de él. Efectivamente, el imán empezó a dar bandazos en su mano como un tren al cambiar de vía. Fue suficiente para comprender que el secreto de Leedskalnin estaba relacionado con el magnetismo.

Dunn señala que la Tierra misma es un gran imán... aunque todavía no tenemos idea de qué es lo que causa el magnetismo. Y por supuesto, la materia misma es de naturaleza eléctrica. ¿Había descubierto Leedskalnin algún principio nuevo que utilizaba el magnetismo de la Tierra? O, si eso resulta demasiado absurdo para tomarlo en serio, ¿era posible que hubiese convertido todo su bloque de coral en un imán gigantesco envolviéndolo en planchas de acero y utilizando una corriente eléctrica? ¿Y había utilizado luego ese mecanismo en contrafase para obligarlo a moverse? ¿Era incluso posible que hubiera colgado el bloque revestido de acero como si fuese un tren de levitación magnética?

La objeción obvia que cabe poner a todo esto -como solución del problema de cómo se construyeron las pirámides- es que los egipcios no conocían la electricidad y no poseían hierro. De hecho, hay quienes dudan de ambas proposiciones. Cuando estaba explorando la Gran Pirámide en junio de 1837, Howard-Vyse ordenó a uno de sus ayudantes, J. R. Hill, que utilizase pólvora para despejar el otro extremo del «pozo de ventilación» del sur de la Cámara del Rey (la que Bauval descubrió que señalaba el cinturón de Orión en el 2500 a. de C.). Hill llevó a cabo varias voladuras en la cara sur de la pirámide y, después de retirar muchos cascotes, encontró una plancha de hierro cerca de la boca del pozo de ventilación. Tenía unos treinta centímetros de longitud por unos diez de ancho y unos tres milímetros de grueso y no parecía hierro meteórico; de hecho, como parecía hierro forjado normal y corriente, los «expertos» se mostraron inclinados a dudar de su autenticidad. Pero al examinarlo en 1881, Flinders Petrie encontró protozoos fosilizados en el orín, señal de que había permanecido enterrado durante mucho tiempo junto a un bloque de piedra caliza en el que había fósiles. En 1989 lo examinó el doctor M. P. Jones del departamento de recursos minerales del Imperial College de Londres, y él y su colega el doctor Sayed El Gayer determinaron que no era hierro meteórico, ya que su contenido de níquel era demasiado bajo. Los análisis indicaron que lo habían fundido a una temperatura de más de 1.000 grados centígrados y que había rastros de oro en un lado de la plancha, lo cual inducía a pensar que en otro tiempo había estado chapada en oro. La conclusión que cabía sacar era, al parecer, que los egipcios sabían fundir mineral de hierro... aproximadamente dos mil años antes de la edad del hierro.

Los rastros de oro sugieren otra posibilidad: que la hubieran chapado en oro empleando medios eléctricos. En junio de 1936, el arqueólogo alemán

Wilhelm König, del Museo del Irak en Bagdad, encontró un vaso de arcilla que contenía un cilindro de cobre dentro del cual había una varilla de hierro sujetada por medio de asfalto y plomo fundido. Reconoció que se trataba de una pila primitiva. Otros arqueólgos rechazaron esta conclusión alegando que la sepultura parta donde se encontró la pila databa de alrededor del 250 a. de C. Pero otro egiptólogo alemán, el doctor Arne Eggebrecht, se mostró de acuerdo con König y construyó un duplicado que, al llenarlo de zumo de fruta, producía medio voltio de electricidad durante dieciocho días. Pudo utilizarlo para chapar en oro una figurilla de plata en media hora. Eggebrecht había observado estatuas egipcias chapadas en oro en las cuales el revestimiento de oro parecía demasiado tenue y fino para haberse aplicado pegándolo o batiéndolo y sacó la conclusión de que era muy probable que los egipcios conociesen la electrodeposición. Parece seguro que los partos la conocían... porque cuesta imaginar para qué otra cosa podían utilizar la pila.

Otros han sugerido una posibilidad todavía más intrigante. Uno de los misterios de las tumbas egipcias pintadas es el método que usaban los artistas para iluminar la tumba mientras pintaban, ya que en ellas no hay ninguna señal de negro de humo en el techo. Pero en las paredes del templo de Dendera hay grabados que podrían ser luces eléctricas y aisladores. Hay que reconocer que esto también hubiera llevado aparejada la invención de una bombilla en la cual se hubiera hecho el vacío y eso resulta inverosímil... parece mucho más probable que los artistas usaran lámparas de aceite con mechas bien despabiladas, o que limpiasen cuidadosamente todo rastro de negro de humo del techo. Pero estas sugerencias sirven para recordarnos que seguimos sin tener idea de cómo excavaron los egipcios el sarcófago de la Cámara del Rey o el interior de los vasos cuyo cuello es demasiado estrecho para permitir el paso siquiera de un dedo infantil. Lo único seguro es que sabían mucho más de lo que creemos.

Puede que el problema básico sea el que los últimos capítulos han tratado de concretar: que como hijos de una cultura tecnológica, nos resulta virtualmente imposible meternos dentro de la mente de una cultura más primitiva y mucho más sencilla. Schwaller de Lubicz no se cansa nunca de hacer hincapié en que los antiguos egipcios se expresaban por medio de símbolos no porque sus dibujos «simbolizaran» algo, de la manera que Freud afirma que un obelisco simboliza un falo. El símbolo era la única forma

de expresar lo que querían decir. Buscar un significado oculto viene a ser como si alguien se colocara enfrente de un cuadro de Constable y dijera: «Me pregunto qué querrá decir con esto».

Tenemos que intentar comprender lo que significa ser una civilización que está unificada totalmente por su religión. Como dice Schwaller, «el antiguo Egipto no tenía una "religión" como tal; era una religión en su totalidad, en la acepción más amplia y más pura de la palabra».

Quizá podamos empezar a comprender esto si pensamos en términos de una de esas modernas sectas mesiánicas que creen que su líder es Dios, o una reencarnación de Cristo, y que gustosamente morirían por él. Su creencia total en su mesías hace que la vida sea de una sencillez maravillosa; se sienten absolutamente protegidos de los problemas y las contingencias que atormentan al resto de la humanidad. Han descubierto que la creencia total y ciega crea una especie de paraíso en la tierra y no se dejan influir ni siquiera por las pruebas más concluyentes de que su mesías no es lo que afirma ser. Se niegan, de hecho, a cambiar su estado de paz interior y certeza por las miserias y los peligros habituales de la existencia humana.

En uno de los textos herméticos, el dios Tot dice: «¿No sabes, Asclepio, que Egipto es una imagen del cielo? ¿O, más exactamente, que en Egipto todas las operaciones de los poderes que gobiernan y actúan en el cielo han sido trasladadas a la tierra de abajo?».

Alrededor de un millón de antiguos egipcios creían esto a pie juntillas. Eran campesinos analfabetos, pero creían que sus sacerdotes conocían todos los secretos del universo y que su faraón era un dios. El antiguo Egipto era una civilización colectiva: no sólo en el sentido en que la Rusia soviética y la China comunista eran colectivos, sino en un sentido aún más profundo, el de estar unidos por un «inconsciente colectivo». Estaban tan unidos bajo su dios-faraón como los indios amahuacas bajo su jefe chamán. Incluso es probable que, en sus misterios religiosos, experimentasen «visiones» colectivas del mismo modo que los indios amahuacas las experimentaban cuando todos los miembros de la tribu podían ver la misma procesión de animales imaginarios.

La idea de que un faraón cruel obligó a miles de esclavos a construir la Gran Pirámide pertenece a una época posterior que había dejado atrás la sencillez de los egipcios del Imperio Antiguo. Kurt Mendelssohn se acerca más a la verdad cuando supone que el faraón ideó la tarea de construir pirá-

mides para unir a su pueblo. Pero Mendelssohn no comprende que estaban unidos... mucho más unidos de lo que puede comprender un hombre moderno.

De hecho, la moderna ciencia informática puede proporcionar una visión interior de este concepto paradójico de un inconsciente colectivo. En *Out of Control* (1994), Kevin Kelly describe una conferencia celebrada en Las Vegas en la cual cinco mil entusiastas de los ordenadores se reunieron en una sala. En el escenario, de cara al público, hay una especie de inmensa pantalla de televisión en la cual los asistentes pueden verse a sí mismos. Cada uno de ellos tiene una varilla de cartón que es roja por un lado y verde por el otro. Cuando el público agita las varillas, un baile de colores llena la pantalla. Cada miembro del público puede localizarse en la pantalla cambiando el color de su varilla del rojo al verde y otra vez al rojo.

Ahora el maestro de ceremonias proyecta en la pantalla un videojuego llamado Pong, que es una especie de pin-pon con un punto blanco que rebota dentro de un cuadrado mientras dos rectángulos móviles, uno a cada lado, hacen de raqueta. El maestro de ceremonias anuncia: «El lado izquierdo del auditorio controla la raqueta izquierda, y el lado derecho controla la raqueta derecha».

Todos los asistentes empiezan a jugar al ping-pong electrónico. Dos mil quinientas personas controlan simultáneamente cada raqueta. El inconsciente colectivo está jugando la partida. Además, su juego es excelente, como si hubiera un solo jugador a cada lado. A medida que la pelota rebota más rápidamente, todo el público juega también con mayor rapidez.

Acto seguido, el maestro de ceremonias hace que en medio de la pantalla aparezca un círculo blanco y pide a quienes creen estar sentados dentro de él que traten de crear un número 5 de color verde. Poco a poco, un 5 borroso se materializa en la pantalla, luego se hace más nítido hasta que resulta totalmente claro. Cuando el maestro de ceremonias pide un 4, luego un 3, un 2, un 1 y un 0, las cifras aparecen casi al instante.

Ahora el maestro de ceremonias coloca en la pantalla un simulador de vuelo, de tal modo que todos los asistentes miran por los ojos del piloto una minúscula pista de aterrizaje situada en medio de un valle de color de rosa. Esta vez el lado izquierdo controla el balanceo del avión y el lado derecho controla la inclinación. Pero cuando 5.000 mentes se disponen a hacer que el aparato aterrice, resulta obvio que éste va a aterrizar sobre un costado. Así que todos los asistentes suspenden la operación de aterrizaje y hacen que

el aparato levante el morro y vuelva a intentarlo.

Como dice Kelly: «Nadie decidió si había que virar a la izquierda o a la derecha. Nadie mandaba. Pero como obedeciendo a un impulso unánime, el aparato se ladea y describe una amplia curva».

En un segundo intento de aterrizaje se hacen mal las maniobras de aproximación y el aterrizaje se suspende nuevamente. «La muchedumbre decide, sin comunicación lateral, como una bandada de pájaros alzando el vuelo...» Y simultáneamente cada uno de los espectadores decide comprobar si puede hacer que el avión rice el rizo. El horizonte vira vertiginosamente, pero lo consiguen y, puestos en pie, se aplauden a sí mismos.

De esta manera puede el hombre moderno alcanzar la conciencia de grupo y, además, alcanzarla casi instantáneamente. Es obvio que no hemos perdido el tranquillo. En efecto -según comenta Kelly-, el público se convierte en una bandada de pájaros. Es de suponer que esto podría explicarse diciendo que se trata de una respuesta individual, pero a todos los efectos prácticos, se trata de telepatía de grupo.

Veamos ahora un fenómeno igualmente curioso. Corre el año 1979 en Moscú y la doctora Larissa Vilenskaya, psicóloga experimental, se encuentra en el piso del doctor Veniamin Pushkin, donde el cineasta soviético Boris Yermolayev piensa demostrar sus peculiares facultades ante unos cuantos observadores científicos. Yermolayev bebe un poco de vodka para relajarse, luego, para entrar en calor, hace un experimento de adivinación de naipes, y lo hace con tanta rapidez, que la doctora Vilenskaya no puede seguirlo. Luego Yermolayev pide a uno de los observadores que le dé algún objeto ligero; le da un paquete de cigarrillos. Yermolayev extiende las manos ante sí y contempla fijamente los dedos abiertos, y la tensión es tan grande que el sudor aparece en su frente. Luego coge el paquete de cigarrillos entre los dedos de ambas manos y lo mira fijamente. Abre las manos y el paquete cae al suelo. Lo recoge y lo sostiene otra vez mientras le habla en susurros inaudibles. Después abre las manos y el paquete permanece suspendido en el aire entre 30 y 40 segundos antes de caer al suelo.

Yermolayev explica que trata de establecer una relación de comunicación con el objeto. Lo «persuade» e intenta proyectar una parte de sí mismo en su interior.

En la misma monografía,[2] la doctora Vilenskaya describe cómo Elvira Shevchuk, una mujer de 40 años de Kalinin, es capaz de suspender varios

2. «Physical Mediumship in Russia», incluido en *Incredible Tales of the Paranormal,* en edición del doctor Alexander Imich, 1995.

objetos en el aire de la misma manera, entre ellos un vaso de precipitados lleno de líquido. En un caso, tomó un bastón que le proporcionó el doctor Pushkin, lo colocó formando un ángulo de 45 grados en el suelo, luego apartó lentamente las manos. El bastón permaneció en un ángulo de 45 grados durante más de un minuto.

Las pruebas de proezas de esta clase llevadas a cabo en condiciones experimentales son abrumadoras. Un indio amahuaca o un indio hopi no se mostraría sorprendido: se encogería de hombros y comentaría que Yermolayev y madame Shevchuk son simplemente chamanes naturales y que las proezas que llevan a cabo son como las que los chamanes vienen haciendo desde el principio de los tiempos.

¿Estoy sugiriendo, pues, que los antiguos egipcios «hacían levitar» bloques de piedra de 200 toneladas mediante el ejercicio de la «mente de grupo»? No exactamente. La cosa no es tan sencilla. Es probable que ni siquiera fuesen conscientes de hacer algo que se salía de lo normal. Se peparaban para mover algún bloque inmenso, probablemente con palancas, sogas y rodillos, el sacerdote pronunciaba «palabras de poder» y entonces todos hacían un gran esfuerzo conjunto y el bloque se movía sin problemas, justamente como todos ellos sabían que iba a moverse.

Permítame ser más explícito. A menudo he tomado parte en un experimento en el cual cuatro personas levantan a un hombre hecho y derecho por el simple procedimiento de colocar un dedo debajo de sus sobacos y de sus rodillas. El «juego» suele desarrollarse de la siguiente manera. El sujeto se sienta y los cuatro voluntarios ponen un dedo debajo de cada sobaco y de cada rodilla -cuatro dedos en total- y tratan de levantarle. Naturalmente, no pueden. Entonces todos apoyan las manos en su cabeza, formando una especie de montón, primero la mano derecha de cada una de las personas, luego la izquierda. Se concentran mucho y aprietan hacia abajo durante cosa de medio minuto. Luego, todos a la vez, apartan las manos, ponen el dedo índice sólo debajo de los sobacos y las rodillas del sujeto y lo levantan. Esta vez el sujeto se alza del suelo. El «profesor» Joad describió una vez, en un programa de la BBC titulado *Brains Trust,* que había visto cómo un tabernero gordísimo era levantado por cuatro personas, una de ellas la hija pequeña del tabernero.

Las personas de mentalidad científica afirman que la explicación es muy sencilla. Cuando cuatro personas se concentran totalmente y luego ejercen su fuerza de manera simultánea, pueden ejercer mucha más fuerza que si intentan hacer el experimento sin preparación, ya que, en este caso,

las dudas sobre sí mismas garantizan el fracaso.

Esta explicación bien puede ser correcta. A efectos prácticos, da lo mismo que el poder que ejerzan sea normal o paranormal. Con toda probabilidad el medio minuto de concentración crea la misma clase de unidad que experimentaron los asistentes a la conferencia de informática. El factor que «incrementa su fuerza» es su unanimidad total.

Sugiero que los trabajadores que construyeron la Gran Pirámide utilizaron algún «truco» parecido y que varios turnos de trabajadores probablemente levantaron sus bloques de 6 toneladas de hilada en hilada por medio de un súbito esfuerzo concentrado, guiados por algún supervisor o sacerdote. Probablemente creían que los dioses estaban haciendo que los bloques fuesen más ligeros y que no se necesitaba ningún esfuerzo especial, exceptuando la obediencia. Al construir el Templo de la Esfinge, es probable que utilizaran rampas y palancas, y eran del todo inconscientes de que hubiese algo fuera de lo corriente en mover un bloque de 200 toneladas. En una civilización donde unirse formaba parte del comportamiento habitual de los hombres que trabajaban juntos, es probable que lo aceptasen como una técnica perfectamente normal. Una cuadrilla de trabajadores modernos correría peligro de ser aplastada al perder el control de un bloque y caer éste hacia atrás, pero un grupo de trabajadores totalmente unificado actuaría de común acuerdo, como el público que hace que el avión aterrice.

La explicación de otros misterios -como el sarcófago de granito, por ejemplo- puede que tenga que esperar hasta que averigüemos si los egipcios poseían recursos técnicos insospechados, tales como la capacidad de hacer uso práctico de las vibraciones musicales. Lo que está claro es que nuestra ignorancia continuará hasta que comprendamos mejor los poderes de la «mente de grupo». Pero si los asistentes a una conferencia de informática pueden demostrar estos poderes de manera espontánea, entonces parece que no hay ninguna razón por la cual experimentos preparados minuciosamente para llevarlos a cabo con grupos no empiecen a proporcionar algunas de las respuestas.

Todos los indicios hacen pensar que el Egipto del Imperio Antiguo fue un experimento singular en la evolución humana, la demostración más notable en la historia de la humanidad de lo que podía conseguirse con una «mente de grupo».

No podía durar, por supuesto. Según el profesor Wildon: «El Antiguo

Imperio de Egipto se sumió hasta el cuello en el caos. Los antiguos valores... fueron barridos en medio de una anarquía de fuerza y convulsiones». Su brillantísima civilización se convirtió en una especie de lucha en pos del triunfo. Dos siglos después de Keops, la construcción de pirámides ya se había convertido en una actividad penosamente chapucera e incompetente... aunque la inscripción de los textos antiguos en la pirámide de Unas fue todavía uno de los grandes logros del Antiguo Imperio.

Wilson describe cómo los egipcios fueron perdiendo gradualmente la confianza en sí mismos. Durante el Antiguo Imperio los hombres se consideraban a sí mismos casi iguales a los dioses. Quinientos años después, se sentían vulnerables y propensos a los accidentes. Esto produjo una forma superior de moral en la cual cada vez se hacía más hincapié en la responsabilidad del hombre para con el hombre... y la mujer. Pero las antiguas certezas se habían evaporado. Wilson dice: «La nueva filosofía determinista se planteó de forma bastante definida en términos de la voluntad de dios, frente a la impotencia del hombre».

Luego, más o menos en tiempos de la caída de Troya -hacia el 1250 a. de C.-, surgieron nuevos problemas. La violencia se apoderó del mundo mediterráneo: los hititas, los Pueblos del Mar, los libios, los asirios. Egipto sobrevivió, pero nunca volvió a ser el mismo.

El año 1250 a. de C. es, por supuesto, el período en que, según Julian Jaynes, nació la «conciencia moderna». Jaynes cree que la «conciencia antigua» era «bicameral», que carecía de toda clase de conocimiento de sí misma, y que los hombres «oían voces» y creían erróneamente que eran las voces de los dioses; dicho de otro modo, el hombre era una especie de robot consciente. En vista de los indicios que se presentan aquí, esto parece poco probable. Sugieren que la principal diferencia entre el hombre primitivo y el hombre moderno es que el primero daba por sentado cierto acceso al «inconsciente colectivo» y, por tanto, estaba mucho más cerca de la naturaleza y de su semejantes. Pero es difícil imaginar algún ser humano, incluso el más primitivo, que carezca por completo de conciencia de sí mismo.

Schwaller, como sabemos, opinaba que el hombre ha degenerado desde los tiempos de los antiguos egipcios. Y en cierto modo es obvio que tiene razón. Pero en cierto modo también es obvio que la «caída» era inevitable. La «conciencia de grupo» había llegado a una especie de límite.

Ahora bien, desde el punto de vista evolucionista, la conciencia de gru-

po tiene grandes ventajas. En *Génesis en Africa,* Robert Ardrey describe córno él y Raymond Dart se encontraban junto a una flor especialmente hermosa. Dart agitó la mano por encima de ella y la flor se disolvió en una nube de insectos que volaban alrededor de una ramita pelada. Al cabo de un rato, los insectos -eran de los llamados «hemípteros»- volvieron a posarse en la ramita, se subieron unos encima de otros durante unos momentos y luego volvieron a formar la «flor», verde en la punta, dando paso gradualmente a delicados matices coralinos.

La selección natural no puede explicar el hemíptero, toda vez que en la selección natural los individuos mueren porque son incapaces de afrontar las dificultades y los supervivientes «mejor dotados» se aparean y perpetúan la especie. Pero para explicar el hemíptero en términos darwinianos, tenemos que suponer que toda una colonia de insectos se posó en una rama y por casualidad formó algo parecido a una flor, mientras que a otro grupo, que parecía un conjunto de hemípteros, se lo comieron los pájaros. Y los otros tomaron nota de esto y se prepararon para formar flores todavía más convincentes. De hecho, como podemos ver, no hay ninguna explicación darwiniana. Sólo la hipótesis de la «mente de grupo» puede explicar cómo aprendieron a formar una flor que ni tan sólo existe en la naturaleza.

Pero la conciencia de grupo tiene un valor limitado. No puede producir un Leonardo, un Beethoven, ni un Einstein. Hasta el antiguo Egipto necesitaba sus genios, como Imhotep, que construyó la Pirámide Escalonada. La conciencia de grupo tiende a ser estática por naturaleza. Puede que sólo hayan hecho falta 50.000 años para que la conciencia de grupo evolucionase de los artistas rupestres de Cromañón a los egipcios del Antiguo Imperio. Pero sólo se han necesitado poco más de 3.000 años para que el «hombre caído», atrapado en la conciencia de cerebro izquierdo, crease la civilización moderna. Eso se debe a que la conciencia de cerebro izquierdo es sencillamente un método de evolución mucho más eficiente. Un individuo de cerebro izquierdo, un individuo con talento como Tales, Pitágoras o Platón, produce ideas importantes y estas ideas se difunden por medio de la escritura e influyen en muchas más personas que incluso el más carismático de los chamanes. Fue con la ayuda del Nuevo Testamento y el Corán como Jesús y Mahoma procedieron a conquistar el mundo.

El inconveniente de la conciencia de cerebro izquierdo es que crea frustración, lo cual, a su vez, produce delincuentes que descargan sus frustraciones en el resto de la sociedad. Sin embargo, un libro solo como

Morte d'Arthur -escrito en la cárcel por un hombre que era a la vez un forajido y un violador- puede cambiar la sensibilidad de todo un continente. Después de la invención de la imprenta, los individuos dotados de talento podían influir en millones de personas. A partir del decenio de 1440, durante el cual Gutenberg inventó la imprenta, sería posible escribir la historia de la civilización occidental en términos de libros importantes... empezando por las 95 tesis de Lutero y su traducción de la Biblia.

Libros como éstos son un ejemplo de lo que Gurdjieff llama «la tercera fuerza». En tiempos de Lutero, había dos fuerzas en equilibrio: el poder de la Iglesia de Roma y el descontento de europeos del norte como, por ejemplo, Federico el Sabio de Sajonia. Y quizá habrían continuado en equilibrio hasta finalizar el siglo, toda vez que el emperador de Alemania era Carlos V, el hombre más poderoso de Europa. Pero Lutero clavó un papel con sus 95 tesis en la puerta de la iglesia en Wittenberg, luego las hizo imprimir. Todo el mundo en Alemania las leyó, o hizo que alguien se las leyera, y la Reforma se puso en marcha antes de que el papa pudiera impedirlo. La tercera fuerza había entrado como un certero puntapié.

Mi argumento es que la evolución no puede entenderse sin este concepto de la tercera fuerza. Uno de los mejores ejemplos que puso Gurdjieff fue el de una persona que desea cambiar, alcanzar mayor conocimiento de sí misma, y en la que las fuerzas de la pereza hacen de contrapeso. En este caso, el avance puede producirse por medio del conocimiento... una percepción de cómo puede alcanzarse que da un impulso y un optimismo nuevos.

De la misma manera, según los neodarwinianos, el hombre evolucionó mediante la lucha contra la naturaleza: dos fuerzas en oposición. Sugiero que el verdadero estímulo de la evolución fue el conocimiento, el descubrimiento por parte del hombre de que podía resolver problemas utilizando el cerebro. La explosión del cerebro debió de ser fruto de la intervención de una «tercera fuerza»... posiblemente la explosión de un meteoro, aunque es más probable que fuera el crecimiento del lenguaje, de la religión y de las actitudes sexuales. Asimismo, creo que el descubrimiento de la magia cinegética por parte del hombre de Cromañón fue lo que actuó como una «tercera fuerza» que hizo que su actitud ante la vida y el entorno fuese más agresiva y dirigida a una meta.

En un libro muy original titulado *El cáliz y la espada,* Riane Eisler presenta su propia opinión sobre lo que ha fallado en la civilización. Propone una teoría de «transformación cultural» y arguye que hay dos modelos básicos de sociedad, el «modelo de asociación» y el «modelo de dominación». Los indios amahuacas y hopis serían ejemplos de lo que quiere decir Eisler cuando habla del modelo de asociación. Una moderna sociedad anónima sería ejemplo del modelo dominador, con su carácter implacable y competitivo.

Eisler cree que la cultura del paleolítico y la del neolítico eran culturas de asociación, pero que «después de un período de caos y de trastorno cultural casi total, ocurrió un cambio social fundamental». En esto su teoría presenta un obvio parecido con la de Julian Jaynes. La principal diferencia es que Eisler cree que el «trastorno» empezó ya en el 5000 a. de C., año en que unos nómadas a los que llama «la gente de Kurgan», que hasta entonces vivía en los «territorios inhóspitos, despreciados, más fríos, más despoblados, situados en los bordes de la tierra» empezó a invadir los territorios de las civilizaciones agrícolas que se extendían junto a los lagos y los fértiles valles fluviales.

Eisler llama a estas civilizaciones «culturas de asociación» porque cree que los hombres y las mujeres vivían en términos de igualdad y que el culto de la Madre Tierra era la más extendida de las formas de religión: cita una cantidad impresionante de indicios arqueológicos que sugieren que las culturas primitivas estaban orientadas a la Madre Tierra, la Diosa Blanca de Graves. Estas culturas duraron miles de años, pero acabaron sucumbiendo ante los nómadas invasores (a los que Eisler identifica con arios). Creta fue una de las últimas en caer ante los invasores y su destrucción, hace unos 3.000 años, señala el final de una era. También aquí el argumento se acerca mucho al de Jaynes.

La gente de Kurgan trajo una «cultura de dominación», «un sistema social en el cual la norma era la dominación masculina, la violencia masculina, y una estructura social en general jerárquica y autoritaria». Y Eisler declara que esto ha durado hasta nuestra propia época. Arguye que ahora el género humano se encuentra en una encrucijada de la evolución; lo que se necesita, si hemos de sobrevivir, es una vuelta a la cultura de asociación del pasado.

Una autoridad en materia de evolución, Ashley Montague, calificó *El cáliz y la espada* como «el libro más importante desde *El origen de las especies,* de Darwin». Como era de prever, otros lo han rechazado por considerarlo una muestra de propaganda feminista. Sin embargo, puede ver-

se que su argumento básico se acerca mucho al que hemos expuesto en líneas generales en los últimos tres capítulos. Eisler también parece aceptar que uno de los factores que hicieron que el hombre se volviera verdaderamente humano fue alguna clase de revolución sexual en la cual la mujer asumió una importancia nueva: cita a André Leroi-Gourhan, director del Centro de la Sorbona para Estudios Prehistóricos y Protohistóricos, en el sentido de que «el arte paleolítico refleja la importancia que nuestros primitivos antepasados concedían a su observación de que hay dos sexos», conclusión «basada en el análisis de miles de pinturas y objetos en unas sesenta cuevas paleolíticas excavadas». Dicho de otro modo, el hombre del paleolítico había empezado a ver a la mujer como una especie de diosa.

El argumento de Riane Eisler es en verdad muy persuasivo. Sin embargo, su último capítulo, «Breakthrough in Evolution: Towards a Partnership Future», que debería ser el más importante del libro, es, de hecho, el menos convincente. Pinta un cuadro atractivo de un futuro «mundo de asociación» en el cual no habrá más guerras ni más dominación masculina, y en el cual se producirá una disminución ininterrumpida de problemas tales como las enfermedades mentales, el suicidio, el divorcio, las palizas a la esposa, el gamberrismo, el asesinato y el terrorismo internacional. Pero parece pensar que todo esto nacerá de la buena voluntad y la comprensión. Gurdjieff hubiera señalado que la buena voluntad y la comprensión no pueden cambiar nada. En un mundo en el cual las fuerzas están en equilibrio -en este caso la cultura de dominación frente a la cultura de asociación- el cambio sólo puede traerlo una «tercera fuerza».

Pero ¿qué fuerza?

En su *Experiment in Autobiography* (1934), H. G. Wells señaló que desde el principio de la vida, la mayoría de los seres han tenido que «habérselas». Sus vidas son un drama de lucha contra las fuerzas de la naturaleza. Sin embargo, hoy día puedes decirle a un hombre: «Sí, te ganas la vida, mantienes una familia, amas y odias, pero... ¿qué haces?». Lo que realmente le interesa puede estar en otra parte... el arte, la ciencia, la literatura, la filosofía. El pájaro es un ser del aire, el pez es un ser del agua, y el hombre es un ser de la mente.

A continuación compara el género humano con los anfibios más primitivos, que salieron arrastrándose de los mares prehistóricos porque querían convertirse en animales terrestres. Pero sólo tienen aletas en lugar

de piernas y la tierra les resulta agotadora y anhelan el medio sustentador que es el mar. El hombre todavía no es un verdadero ser de la mente; tiene aletas en lugar de piernas. Después de un breve paseo por el mundo de la mente, se siente agotado. En cierto modo, todavía no somos humanos.

Gurdjieff lo hubiera expresado de forma más áspera; hubiese dicho que pensamos que tenemos libre albedrío, pero casi no tenemos ni pizca. Al poco de empezar la primera guerra mundial, Gurdjieff y Ouspensky vieron un camión cargado de muletas que se dirigía al frente de batalla... muletas para hombres a los que las explosiones aún no habían arrrancado las piernas. Sin embargo, no había manera de impedir que las explosiones arrancasen aquellas piernas. Éste es el reparo que Gurdjieff pondría a la visión de una «sociedad de asociación» que ofrece Riane Eisler. Las ilusiones no pueden cambiar la naturaleza humana.

En cambio, cuando examinamos este problema desde la perspectiva de la evolución humana, aparecen algunas interesantes visiones interiores.

Parece ser que la mayoría de los animales no poseen ni un gramo de conciencia propia, en el sentido de ser capaces de reflexionar sobre sí mismos. No podemos imaginarnos a un perro preguntando: «¿Quién soy?». Pero desde el momento en que empezó a ejecutar alguna clase de rito religioso -tallar discos solares, practicar el canibalismo ritual, enterrar a los muertos con ritos fúnebres-, el hombre había adquirido un nuevo nivel de conciencia de sí mismo; ahora era verdaderamente humano.

Puede ser que hace cuarenta mil años la sociedad de Cromañón fuese más rica y compleja de lo que nos imaginamos y que en ella existieran la observación de los cielos, el culto de la diosa luna, la magia cinegética (posiblemente con una sacerdotisa en calidad de chamán) y una vida cuyos ritmos eran los de la naturaleza. Esta «sociedad de asociación» alcanzó su nivel más alto en el antiguo Egipto, donde Isis y Osiris compartían el trono de los dioses, y terminó en algún momento de los últimos 3.500 años.

Pero esta «caída», como hemos visto, no dejó de tener sus ventajas. Como individuo, aislado en la conciencia de cerebro izquierdo, el hombre empezó a utilizar su cerebro de una manera nueva. Fue Pitágoras quien inventó la palabra «filosofía»: amor a la sabiduría, esto es, amor al conocimiento por el conocimiento, no por ninguna utilidad práctica que pudiera tener. Y Platón describe cómo Sócrates, preocupado por algún pro-

blema filosófico, permaneció en el mismo sitio todo un día y una noche.

Sin duda esta historia es una exageración. Como señala Wells, el hombre no tiene tanto de criatura de la mente.

Con todo, siguió cultivando esta extraña facultad de vivir dentro de su propia cabeza. Los antiguos griegos se sentían muy felices sentados en un frío asiento de piedra mientras contemplaban cómo un actor que llevaba una máscara fingía ser Edipo. Y poco más de 2.000 años después, el público se sentía igualmente feliz permaneciendo de pie en el Mermaid Theatre mientras un actor se movía por un escenario desnudo y afirmaba ser Tamerlán el Grande.

Menos de dos siglos después, un impresor llamado Samuel Richardson inventó una nueva forma de distracción: la novela. Por supuesto, podría decirse que la novela era tan antigua como Homero. Pero hasta 1740 había sido una especie de cuento de hadas. Richardson la convirtió en folletín; *Pamela* (Fascículos Planeta, colección «Grandes novelas de amor de la literatura universal», Barcelona, 1984) trataba de la vecinita de al lado. De pronto, todo el mundo se puso a leer novelas... y a escribirlas. La novela era una alfombra mágica que podía sacar a los lectores de su propia vida -y de los problemas de tener que «habérselas»- y meterlos en la vida de otras personas.

El principal descubrimiento que ha hecho el hombre durante los últimos siglos ha sido el de la imaginación.

Pero al llegar aquí, nos percatamos de un nuevo problema. Esta huida del mundo real era tan embriagadora que muchas personas perdieron todo sentido de la realidad. Los poetas -y los pintores y los músicos- románticos encontraban el mundo de la fantasía tan preferible a las ásperas realidades de la vida que empezaron a suicidarse, o a morir a causa de las drogas o el alcohol, en número alarmante. El típico artista del siglo XIX era un «extraño» que se sentía desgraciado y alienado. El Axel del escritor De l'Isle Adam lo resumió con las palabras: «En cuanto a vivir, nuestros sirvientes pueden hacerlo por nosotros».

Dos guerras mundiales y una sensación de crisis también mundial han contribuido a devolvernos un poco de realismo. Pero todavía es obvio que Wells estaba en lo cierto; nuestro verdadero problema es que aún no somos seres de la mente. El problema no es la maldad ni la dominación masculina ni el materialismo científico, es el aburrimiento. Cuando nos enfrentamos a una dificultad, somos magníficos. Pero cuando hemos resuelto los problemas y restaurado la paz y el ocio, tendemos a sentir que nos ahogamos y nos falta dirección.

Sin embargo, he aquí una de las observaciones más interesante; sobre la humanidad. Cuando se nos plantea algún problema terrible podemos ver, con perfecta claridad, qué agradable sería que el problema desapareciese y la vida volviera a la normalidad. Y si alguien nos preguntara: «Pero ¿no lo encontraríais aburrido?», responderíamos con indignación: «¡Claro que no!». Y esto no es engañarse a uno . Podemos ver qué fácil sería usar la imaginación -que se ha convertido en una herramienta tan útil- para recrear nuestro actual estado de ansiedad y desdicha y relajarnos en una inmensa sensación de gratitud porque haya desaparecido.

Y en efecto, cuando un problema grave desaparece, sentimos realmente una gratitud inmensa... durante unas cuantas horas. Luego volvemos a caer en nuestro habitual estado y «no le damos importancia»

La verdad es que si bien la imaginación humana ha avanzado de forma extraordinaria durante los últimos tres siglos, todavía no tiene la fuerza suficiente para hacer que nos sintamos inmensamente agradecidos por todas las desdichas y dificultades que no estamos experimentando.

Sin embargo, cuando examinamos el asunto con atención, resulta obvio que este avance de la imaginación es la tercera fuerza que puede alterar el rumbo de la evolución humana. Nuestra civilización tecnológica ha creado más libertad de la que el hombre ha experimentado en toda su historia. A pesar de ello, el hombre no es consciente de que es libre. Se siente atrapado, aburrido e inquieto.

Permítame citar algunos ejemplos de la tercera fuerza como creadora de una sensación de libertad.

En *Por el camino de Swann* (Aguilar, Madrid, 1989), Marcel Proust cuenta que una vez que se sentía cansado y deprimido probó un poco de pastel mojado en una infusión de hierbas y experimentó una súbita sensación de deleite abrumador. «Había dejado de sentirme mediocre, accidental, mortal.» Entonces se dio cuenta de que el sabor le había recordado su infancia y cierta ocasión en que una tía suya le había dejado probar su pastel mojado en una infusión de hierbas. El sabor hizo que su infancia volviera a ser real y produjo la súbita sensación de éxtasis y libertad.

Cuando era un adolescente que se aburría y se sentía deprimido, Graham Greene cogió un revólver y jugó a la ruleta rusa. Al oír sólo un clic en la recámara vacía, experimentó una intensa sensación de deleite y alivio, y el reconocimiento de que la vida es infinitamente rica y apasionante.

El psicólogo Abraham Maslow acuñó la expresión «experiencia punta» para describir tales momentos. Cuenta la experiencia punta que le describió una mujer joven y casada. Estaba contemplando a su marido y sus hijos mientras desayunaban y se sentía alegre y relajada, pero preocupada por lo que tenía que hacer a continuación. De repente, un rayo de luz solar entró por la ventana y la mujer pensó: «¡Qué suerte tengo!» y se entregó a la experiencia punta.

En un libro titulado *Seeing the Invisible,* que es una recopilación de experiencias «trascendentes», una muchacha de dieciséis años describe cómo una noche de verano, al acercarse a un bosque, el tiempo se detuvo durante un momento. «Por todas partes me rodeaba una luz blanca, brillante, centelleante, como el sol reflejándose en la nieve helada, como un millón de diamantes, y no había ningún maizal, ni árboles, ni cielo, la luz estaba en todas partes...» La muchacha comenta: «Sólo la vi una vez, pero el corazón me dice que todavía está allí».

En los tres primeros casos -Proust, Greene y la joven mujer casada- sabemos qué fue lo que «desencadenó» la experiencia; en el cuarto caso, no tenemos la menor idea. Obviamente, hay veces en que la experiencia punta «sencillamente sucede».

Pero Maslow observó una cosa interesantísima. Al hablarles de las experiencias punta, sus alumnos empezaron a recordar experiencias de esta clase que habían vivido en el pasado y luego habían olvidado. Por ejemplo, un joven que trabajaba tocando la batería en un grupo de jazz para pagarse los estudios en la universidad recordó cómo, hacia las dos de la madrugada, comenzaba a tocar con tal perfección que «no podía hacer nada mal» y entraba en la experiencia punta.

Asimismo, al empezar los estudiantes a contarse sus experiencias punta, comenzaron a tenerlas constantemente. Al igual que la muchacha al acercarse al bosque, «sabían que continuaba allí» y ello les sitúa en el estado apropiado de expectación optimista que tiende a generar la experiencia punta. Estas experiencias siempre producen una abrumadora sensación de autenticidad, de la realidad de la libertad. En tales momentos nuestra habitual sensación de falta de libertad la vemos como una ilusión.

Así pues, ¿qué les había pasado a los alumnos de Maslow? ¿Por qué podían tener experiencias punta de manera constante? Porque de algún modo habían «cogido el tranquillo». Sabían que la libertad estaba realmente allí y sencillamente aprendieron a verla. Es como uno de esos dibujos de líneas enmarañadas que de pronto, al mirarlos fijamente, se convierten en un

rostro. Y una vez lo has visto, siempre puedes volver a verlo.

Podemos estar seguros de que a nuestros antepasados de hace 4.000 años les resultaba mucho más fácil provocar experiencias punta, porque estaban relajados y apegados a la naturaleza. Luego tuvo lugar la «caída» en la conciencia de cerebro izquierdo, que provoca una especie de visión en túnel. Sin embargo, como demostró la investigación de Maslow, a los seres humanos sanos no les cuesta librarse de la visión en túnel y recobrar la conciencia de la libertad. A sus estudiantes les resultó facilísimo, del mismo modo que al público de Kelly en la conferencia de informática le resultó fácil alcanzar la conciencia de grupo.

¿Cuál es la lección de la experiencia punta? Es fácil de describir. Produce una sensación de deleite y valor... de hecho, vemos el valor como algo de importancia fundamental. También vemos que la experiencia punta depende de un alto grado de presión interna... que es lo contrario de la «depresión». Y si deseamos vivir de un modo que dé lugar a experiencias punta con regularidad, necesitamos mantener una sensación de empuje, de tener una meta, de optimismo. Provocamos la «depresión» cuando nos permitimos experimentar una «sensación de abatimiento». Es como dejar que se escape aire de un neumático. Y cuando nos sentimos alegres y optimistas -por ejemplo, en una mañana de primavera o al emprender un viaje- creamos una sensación de alta presión interior al llenarnos de una sensación confiada de tener sentido y una meta. Lo hacemos nosotros mismos. Nos imaginamos que el mundo exterior es la causa de nuestros problemas y a veces, de hecho, es verdad que nos plantea dificultades reales. Pero la mayoría de nuestros problemas los provocamos nosotros mismos; nos permitimos volvernos negativos o meramente «vacíos».

Arguyo que fue necesario para la evolución humana que escapáramos de aquella agradable conciencia colectiva que caracterizaba a nuestros antepasados. Tenía ventajas enormes, pero era esencialmente limitada. Era demasiado agradable, demasiado relajada, y sus logros tendían a ser comunales. La nueva conciencia de cerebro izquierdo era mucho más difícil, mucho más penosa y agotadora. En el libro de Dostoyevski *Los poseídos,* el personaje llamado Svidrigailov dice que la otra noche soñó con la eternidad y que era como una habitación estrecha llena de telarañas. Esto es el símbolo de la conciencia de cerebro izquierdo. Y pese a ello, cuando se ve galvanizada por el valor y el optimismo, es capaz de una intensidad -y un sentido de control- mucho mayor que la conciencia de cerebro derecho.

Dicho de otro modo, las personas con conciencia de cerebro izquierdo pueden elegir. Pueden crear conciencia de cerebro derecho. Pero a la típica persona con esta clase de conciencia le resulta muy penoso tratar de crear conciencia de cerebro izquierdo, la clase de concentración con sentido que se necesita, por ejemplo, para resolver un difícil problema matemático o filosófico. Lo cual quiere decir que, en este momento de la evolución, las personas con conciencia de cerebro izquierdo llevan ventaja.

Ésta es la razón por la cual son tan importantes estas visiones interiores de las civilizaciones pasadas que se tratan en el presente libro. Nos hemos inclinado a verlas como versiones menos eficientes de nosotros mismos: versiones supersticiosas, insuficientes en el plano tecnológico, deficientes en el de la razón y la lógica. Ahora vemos claramente que era un error. En ciertos sentidos, en realidad sabían más que nosotros. Comparada con su rica conciencia colectiva, la conciencia moderna parece estéril y estrecha. También sabían más que nosotros sobre los poderes ocultos de la mente. En ciertos aspectos, eran mucho más eficientes que nosotros. Comprender realmente esto es una revelación que nos enseña muchas cosas sobre lo que significa ser humano.

Para empezar, nos hace comprender que, de hecho, la evolución nos ha dado mucho más que a ellas. La conciencia de cerebro derecho tiende a ser pasiva; la de cerebro izquierdo es activa. La de cerebro derecho es como un río caudaloso que fluye mansamente; la de cerebro izquierdo es como un potente chorro de agua. Sobre todo, la conciencia de cerebro izquierdo tiene la facultad de contemplarse a sí misma, como en un espejo. Comprender a los hombres del pasado remoto es comprender algo muy importante acerca de nosotros mismos... entre otras cosas, cuántas razones tenemos para sentirnos satisfechos del lugar adonde nos han llevado los últimos 3.500 años. Porque no hemos perdido lo que ellas perdieron; todavía lo tenemos... pero también tenemos mucho más. Nuestra principal desventaja hasta ahora ha sido que no sabíamos que lo teníamos... o, si lo sabíamos, no comprendíamos lo que podía hacerse con ello.

Es difícil concluir un libro como el presente, porque entraña hacer que el lector vea por qué el hombre ha alcanzado el punto más interesante de su evolución hasta ahora. Los antiguos egipcios hubieran entendido perfectamente el problema: sabían que hay ciertas cosas que deben demostrarse. Lo mismo ocurría en el caso de los maestros del zen, que comprendían que el destello de visión interior no se alcanza por medio de ex-

plicaciones, sino que tiene que producirse espontáneamente.

Quizá nos ayudaría pensar otra vez en la joven madre de Maslow que contempla cómo desayunan su marido y sus hijos. Era «afortunada» antes de que el rayo de luz entrara por la ventana. Pero la luz del sol hizo que se diese cuenta de que era afortunada y entró en la experiencia punta. Esta experiencia dependía de adquirir una especie de vista de pájaro que la hiciera ser consciente de lo que ya poseía.

Lo mismo puede decirse del siguiente paso de la evolución humana. Ya ha sucedido. Ha estado sucediendo durante los últimos 3.500 años. Ahora lo único que tenemos que hacer es reconocerlo.

BIBLIOGRAFÍA

Ardrey, Robert, *Génesis en África,* Editorial Hispano-Europea, Barcelona, 1969.

Bauval, Robert y Adrian Gilbert, *El misterio de Orión,* Emecé, 1995.

Bird, Christopher, *El gran libro de la radiestesia,* Martínez Roca, 1989.

Calder, Nigel, *Timescale,* Chatto and Windus, 1984.

Edwards, I. E. S., *The Pyramids of Egypt,* Penguin, 1947.

Eisler, Riane, *El cáliz y la espada,* H. F. Martínez de Murguía, Madrid, 1996.

Feuerestein, George, Subhash Kak y David Frawley, *In Search of the Cradle of Civilisation,* Quest Books, 1995.

Flem-ath, Rand y Rose, *When the Sky Fell,* Weidenfeld, 1995.

Frawley, David, *Gods, Sages and Kings,* Passage Press, 1991.

Gebser, Jean. *The Ever Present Origin,* Ohio University Press, 1985.

Gilbert, Adrian y Maurice Cotterell, *The Mayan Prophecies,* Element, 1995.

Gooch, Stan, *The Neanderthal Question,* Wildwood House, 1994.

-, *Cities of dreams,* Aulis Books, 1995.

Grimble, sir Arthur, *Pattern of Islands,* John Murray, 1952.

Gurdjieff, George, *All and Everything,* Routledge, 1950.

Haddingham, Evan, *Secrets of the Ice Age,* Heinemann, 1979.

Hall, Edward T., *The Dance of Life,* Doubleday, 1983.

Hancock, Graham, *Símbolo y señal,* Planeta, 1993.

-, *Fingerprints of the Gods,* Heinemann, 1995.

Hapgood, Charles, *Maps of the Ancient Sea Kings,* Turnstone Books, 1979.
Hayes, Michael, *The Infinite Harmony,* Weidenfeld, 1994.
Jaynes, Julian, *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind,* Houghton Mifflin, 1976.
Kelly, Kevin, *Out of Control,* Fourth Estate, 1994.
Lissner, Ivar, *Man, God and Magic,* Cape, 1961.
Lamb, Bruce, *Wizard of the Upper Amazon,* Houghton Mifflin, 1971.
Marshack, Alexander, *Roots of Civilisation,* McGraw-Hill, 1972.
Mavromatis, *Hypnagogia,* Routledge, 1987.
Petrie, W, N. Flinders, *The Pyramids and Temples of Gizeh: History and Mysteries of Man Ltd,* Londres, 1990.
Salmon, Ross, *In Search of El Dorado,* Hodder, 1966.
Santillana, Giorgio y Herta von Dachend, *Hamlet's Mill,* Godine, 1977.
Schwaller de Lubicz, R. A., *Sacred Science,* Inner Traditions International, 1988.
Sellers, Jane B., *The Death of the Gods in Ancient Egypt,* Penguin, 1992.
Sitchin, Zechariah, *Crónicas de la Tierra.* De sus seis volúmenes, cuatro han sido traducidos al español por Heptada Ediciones y Martínez Roca, 1990-1994.
Solecki, Ralph R., *Shanidar, the Humanity of Neanderthal Man,* Allen Lane, 1972.
Temple, Robert, *El misterio de Sirio,* Martínez Roca, 1982.
Thom, Alexander, *Megalithic Sites in Britain,* Oxford, 1967.
Thom, Archibald, *Walking in all of the Squares: A Biography of Alexander Thom,* Argyll Publishing, 1995.
Tompkins, Peter, *Secrets of the Great Pyramid,* Harper and Row, 1971.
-, *Secrets of the Mexican Pyramids,* Harper and Row, 1976.
Vandenbroeck, Andre, *Al Kemi,* Lindisfarne Press, 1987.
Wells, H. G.; *Experiment in Autobiography,* Gollanz, 1934.
Wendt, Herbert, *In Search of Adam,* Houghton Mifflin, 1966.
-, *Before the Deluge,* Gollancz, 1978.
West, John Anthony, *Serpent in the Sky,* Wildwood House, 1979.
Wilson, Colin, *New Pathways in Psychology: Maslow and the PostFreudian Revolution,* Gollancz, 1972.

EL MENSAJE OCULTO DE LA ESFINGE

◆

En la mole de piedra de la Esfinge están grabadas las huellas de una sabiduría que trasciende la dictadura del tiempo.
Colin Wilson, investigador riguroso de los secretos de la mente y de la historia, levanta el velo que oculta una fascinante continuidad entre los momentos estelares de las grandes civilizaciones:

- El apogeo de una cultura singular en la Antártida antes de la glaciación.
- La dispersión de dicha cultura tras un cataclismo cósmico.
- La aparición de monumentos megalíticos en Egipto, Europa y América.
- El cultivo de las artes herméticas por los constructores, los astrólogos, los alquimistas, los druidas, los chamanes.
- Los hallazgos de Carl Jung, Fulcanelli, Edgar Cayce y otros visionarios.

No fueron coincidencias. La Esfinge encierra las claves de una mente colectiva que rigió los destinos de la humanidad y que puede volver a regirlos. Colin Wilson nos ayuda a descifrar esas claves.

ISBN 84-270-2283-2
9 788427 022836